

U.A.N.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

LIVRO GENERAL DE BIBLIOTECA

ZOLA

GERMINAL

2

PQ2504

A67

v. 2



1020026909



GERMINAL

TOMO SEGUNDO

Núm. Clas. _____

Núm. Autor _____

Núm. Adg. _____

Procedencia _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificó _____

Catalogó _____



FONDO

RICARDO COVARRUBIAS

EL COSMOS EDITORIAL

MORÓN, PASTOR Y COMPAÑIA

MADRID

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA
Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Obras de Emilio Zola.

- Germinal*. (Tercera edición); dos tomos, 6 pesetas en rústica y 7 en encuadernados en tela.
Si excolemus Eugenio Rougon: dos tomos, 6 pesetas en rústica y 6 en tela.
El ventre de París: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 5 en tela.
La confesión de Claudio: un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.
La fortuna de los Rougon: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 5 en tela.
La conquista de Plasman: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 5 en tela.
André Myriam: un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.
La caída del Padre Morel: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.
Marguerite Berth: un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.
Cuanto a Ninon: un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.
Nuevos cuentos a Ninon: un tomo, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.
Los misterios de Marsella: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.
La tierra. (Tercera edición): un tomo, 4 pesetas en rústica y 4,50 en tela.

De otros autores.

- Julio Simón**.—*Dios, Patria y Libertad*: un tomo, 5 pesetas en rústica y 6,50 en pasta española.
Edouard Belpi.—*Las representaciones de la vida*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Ullrich.—*El suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Banery.—*El Eriscape de Mirac*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
X....—*Al lado de la diosa*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Henri Rivière.—*El Combate de la vida*: tres tomos, 7,50 pesetas en rústica y 9 en tela.
Edmond.—*La Luchadora*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

- Bouvier**.—*Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.
Arsène Houssaye.—*La Comedianta*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Que los escogidos de varios autores: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Canizo.—*Justicia y Providencia*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Barbey d'Aureville.—*Lo que no quiere*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Cubas.—*El Pavil de miel*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Dickens.—*Días penosos*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Fortunio.—*La Virgen de Beldu*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
J. de La Cerda.—*El gran problema*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Sofes Eguitaz.—*En el quinto cielo*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Eca de Queiros.—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.
Mahalin.—*La Bella Horchatera*: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.
Trucba.—*El Gabón y la Chaqueta*: dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.
Enault.—*Gabriela de Celestinos*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Ortega Junilla.—*Ortega de lauro*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Zaccone.—*Los dramas de la Bolsa*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Gautier.—*Fortunio y La Muerta enonorada*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.
Vascano.—*Javier Malo*: un tomo, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Biblioteca de EL COSMOS EDITORIAL

GERMINAL

FOR

EMILIO ZOLA

VERSIÓN CASTELLANA

FOR

ANGEL DE LUQUE

TOMO SEGUNDO

TERCERA EDICIÓN



101156

EL COSMOS EDITORIAL
MORÓN, PASTOR Y COMPAÑIA

63, Cardenal Cisneros, 65

MADRID

30817

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEON
BIBLIOTECA UNIVER

"ALFONSO EL TERCERO"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

843
Z

PQ 2503
A67
V. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL D

IMPRENTA DE PEDRO NÚÑEZ, ESPÍRITU SANTO, 18.



GERMINAL

PARTE PRIMERA

I.



TRANSURRIERON otras dos semanas. Estaban en los primeros días de Enero; un frío extraordinario tenía acobardada á la gente de toda la llanura. Y ¡es claro! la miseria aumentaba, y los barrios de obreros perecían de hambre, casi sin fuerzas para luchar más. Tres mil francos enviados por la Internacional de Londres, no habían dado ni para comer dos días. Luego, nada más habían recibido, nada más que promesas vagas, cuya realización parecía cada vez más lejana. Aquella esperanza perdida abatía á todo el mundo, y les quitaba valor. ¿Con quién habían de con-

tar, si hasta sus mejores amigos, sus hermanos, los abandonaban? Se sentían perdidos en medio de aquel invierno cruel, aislados en el centro del mundo.

Un martes faltaron todos los recursos en el barrio de los *Doscientos Cuarenta*. Esteban se había multiplicado inútilmente con los delegados: iniciábanse nuevas suscripciones en las ciudades próximas, y hasta en París; hacíanse cuestaciones y se organizaban conferencias; pero la opinión pública, interesada al principio en los sucesos, iba haciéndose indiferente, al ver que la huelga se prolongaba de un modo indefinido, y sin escenas dramáticas de sensación, en medio de la más perfecta tranquilidad. Aquellas insignificantes limosnas apenas daban lo suficiente para socorrer á las familias más pobres. Las otras habían vivido empeñando las ropas y perdiendo poco á poco todo cuanto tenían en las casas. Todo iba trasladándose á poder de los prestamistas: la lana de los colchones, los utensilios de cocina, y hasta los muebles más necesarios. Por un momento se habían creído salvados, porque los comerciantes de Montson, casi arruinados por Maigrat, habían ofrecido vender á crédito, con objeto de arrebatarse la clientela, y durante una semana, Verdonek, el de la tienda de comestibles, los dos panaderos Carouble y Smeltan tuvieron, en efecto, sus tiendas á disposición de todo el mundo; pero se les acabó el dinero, y no pudieron seguir fiando. Los usureros se regocijaban, porque de todo

aquello resultó un aumento en las deudas, que por largo tiempo debían ahogar á los mineros. Pero todo había concluído ya; no había crédito posible, ni un trebejo que vender, ni más recurso que acostarse en un rincón, y morir allí de hambre como un perro.

Esteban hubiera vendido de buena gana su sangre. Había cedido en provecho de los demás su sueldo de secretario, y había estado en Marchiennes á empeñar su pantalón y su levita de paño negro, con objeto de que se pudiese comer en casa de los Maheu. No le quedaba más que las botas, que conservaba para poder andar mucho, según decía. Su desesperación era que la huelga se hubiese declarado demasiado pronto; es decir, antes de que la Caja de socorros contara con fondos suficientes. En eso veía la causa única del desastre; porque los obreros triunfarían seguramente de los propietarios cuando lograsen reunir ahorros bastantes para resistir. Y recordaba las palabras de Souveraine, asegurando que la Compañía deseaba promover la huelga para que los mineros agotaran el fondo de socorros con que contaban.

Ver que toda aquella pobre gente se moría de hambre, le tenía fuera de sí, y prefería salir á rendirse en largos paseos por el campo. Una tarde, cuando volvía á su casa, al pasar por *Requillart* había encontrado á orillas del camino á una pobre vieja desmayada. Sin duda se moría de inanición; la levantó del suelo y empezó á llamar á una mu-

chacha que veía al otro lado de la empalizada de que se hallaba rodeado el antiguo emplazamiento de la mina.

—¡Hola! ¿Eres tú?—dijo, al reconocer á la Mouquette.—Ayúdame, y á ver si puedes darle algo que beber.

La Mouquette, llorando de conmiseración, entró rápidamente en la barraca donde vivía, y salió en seguida con un frasco de ginebra y un poco de pan. La ginebra resucitó á la pobre vieja, quien, sin hablar una palabra, mordió un pedazo de pan con verdadera ansiedad. Era la madre de un minero; vivía en un barrio cerca de Cougny, y se había caído allí en medio del camino, volviendo de Joiselle, donde había procurado inútilmente que una hermana suya le prestase unos cuartos. Cuando se hubo comido el pan, se marchó aturdida y dando las gracias.

Esteban se había quedado á la puerta de casa de la Mouquette.

—¿Qué? ¿No entras á tomar una copa?—le preguntó ésta alegremente.

Y viendo que vacilaba, añadió:

—Entonces es que sigues teniéndome miedo.

Él, animado por su sonrisa, la siguió: la acción que acababa de realizar con aquella pobre vieja le enternecía. La joven no quiso recibirle en el cuarto de su padre, y se lo llevó al suyo, donde sirvió dos copitas de ginebra. La habitación estaba muy limpia, y Esteban la cumplimentó por ello. Además,

parecía que la familia no tenía falta de nada; su padre seguía trabajando de mozo de cuadra en *La Voreux*; y ella, por no estarse sin hacer nada, se había dedicado á lavandera, ganando treinta sueldos todos los días. Aunque le gustaban los hombres, no era una holgazana ni una perdida.

—Oye—murmuró ella de repente, levantándose y cogiéndole por la cintura:—¿por qué no quieres amarme?

Esteban se echó á reír, al ver el aire picaresco y casi coquetón con que le había interrogado.

—Pues si te quiero mucho—respondió.

—No, no como yo desearía... Sabes que me muero de ganas. ¡Anda! ¡Estaría yo tan contenta!

Y era verdad, porque se lo estaba rogando desde hacía seis meses. Esteban la miraba, mientras la joven se estrechaba contra él, abrazándole convulsa, con la cara levantada y retratándose en ella una expresión tal de amoroso deseo, que Esteban se sentía conmovido. Su abultado rostro no tenía nada de bello, con aquel color amarillento peculiar á todos los mineros; pero sus ojos brillaban de un modo delicioso, y de sus carnes salía un encanto, un temblor de deseo, que la hacían apetitosa. Entonces, ante aquel entregarse tan humilde, tan ardiente, Esteban no se atrevió á resistir.

—¡Oh! Si quieres, ¿verdad?—balbuceó ella entusiasmada:—¿dime que sí!

Y se entregó á él con tal torpeza, con tal desvanecimiento de virgen, que no parecía sino que era

la primera vez que caía en los brazos de un hombre. Luego, al separarse, élla fué quien dejó desbordar su agradecimiento, besándole las manos y llorando de satisfacción.

Esteban se avergonzó un poco de su buena fortuna. No era cosa de alabarse por haber poseído á la Monquette. Al salir de allí se prometió solemnemente no contar á nadie la aventura.

Y, sin embargo, experimentaba por élla verdaderos sentimientos de amistad, porque era una buena muchacha.

Cuando regresó á su casa, las noticias graves que recibió le hicieron olvidar por completo su amorosa aventura. Circulaban rumores de que la Compañía estaba dispuesta á transigir, si iba otra comisión de obreros á visitar al director; por lo menos, los capataces lo habían dicho así. La verdad era que en la lucha entablada, la mina sufría todavía más que los mineros. En una y otra parte la intransigencia estaba haciendo verdaderos desastres; mientras el trabajo se moría de hambre, el capital, á su vez, se arruinaba. Cada día de huelga, le costaba centenares de miles de francos. Toda máquina que se detiene es una máquina muerta. El material y las herramientas se estropeaban, el dinero parado desaparecía como agua derramada en la arena. Concluida la escasa existencia de carbón almacenado, la clientela hablaba de hacer sus pedidos á Bélgica, y aquelló constituía una verdadera amenaza. Pero lo que más asustaba á la Com-

pañía, lo que ésta ocultaba cuidadosamente, eran los desperfectos continuos que sufrían las galerías y las cañeras. Los capataces no daban abasto; ya no había gente de quien echar mano para apuntalar y revestir, y los puntales crujían y se venían abajo por todas partes. Pronto los destrozos fueron de tal naturaleza, que se necesitaría muchos meses para arreglar todo aquello antes de comenzar de nuevo los trabajos de extracción.

Aunque estas cosas no podían estar ocultas, Esteban y los delegados titubeaban en dar paso alguno con el director, sin saber á punto fijo las intenciones de la Compañía. Dansaert, á quien preguntaron, no quería contestar; según él, todos lamentaban la cosa, y se haría todo lo posible porque el conflicto desapareciese; pero no precisaba nada. Entonces decidieron ir á ver al señor Hennebeau, para que toda la razón estuviese de parte de ellos; porque no querían que se les acusara de haberse negado á que la Compañía aprovechara una ocasión de reconocer y confesar sus yerros. Pero juraron no ceder en lo más mínimo, y mantener su *ultimatum*, que era lo justo.

La entrevista se verificó el martes por la mañana, el día precisamente en que el barrio entero se estaba muriendo de hambre. Aquella entrevista fué menos cordial que la primera. Maheu llevó la palabra para decir que los compañeros les enviaban á saber si aquellos señores habían decidido algo nuevo. Al principio, el señor Hennebeau afectó sorpre-

sa, contestando que no había recibido orden alguna, y que la situación no podía variar mientras los obreros continuaran en su actitud levantisca. Aquella rigidez autoritaria produjo un efecto desastroso; de tal modo, que, aun cuando hubieran ido con propósitos conciliadores, aquella manera de recibirlos les hubiera decidido á obstinarse en su actitud. Luego, el director quiso buscar una fórmula de avenencia, basándola en que los mineros cobrasen aparte el trabajo de apuntalar, y que la Compañía les pagase los dos céntimos que se habían rebajado en cada carretilla. Añadió, por supuesto, que eso lo hacía por sí, sin atribuciones, porque nada le habían dicho de París; pero que suponía podría obtener aquellas concesiones. Los delegados se negaron á semejante solución, y reincidieron en sus exigencias: continuar con el antiguo sistema, y aumentar los cinco céntimos que pedían en cada carretilla. Entonces confesó que estaba autorizado para parlamentar con ellos, y les aconsejó que aceptasen, en nombre de sus mujeres y de sus hijos, que iban á perecer. Pero ellos, con los ojos bajos y la cabeza dura, como se dice vulgarmente, contestaron que no, que no, y que no. La entrevista terminó con frialdad.

El señor Hennebeau cerró la puerta con estrépito. Esteban, Maheu y los demás se marcharon, haciendo sonar los tacones de su calzado burdo en las losas de la calle, con la rabia silenciosa de los vencidos á quienes se pone en el último trance.

A las dos de la tarde, las mujeres del barrio hicieron otra nueva tentativa cerca de Maigrat. Era la única esperanza, el único recurso: conmover á aquel hombre y arrancarle la esperanza de que les daría de comer, fiándoles una semana más. La idea fué de la mujer de Maheu, que á menudo fiaba demasiado en el buen corazón de las gentes. Consiguó que la *Quemada* y la mujer de Levaque la acompañaran. La mujer de Pierron, en cambio, se excusó, diciendo que no se atrevía á dejar solo á su marido, cuya enfermedad no acababa de curarse. Otras mujeres se agregaron á nuestras tres conocidas, y formaron un grupo de dieciocho ó veinte.

Cuando los burgueses de Montson las vieron llegar, ocupando todo á lo ancho la carretera, sombrías y amenazadoras, menearon la cabeza con expresión de temor. Todos cerraban las puertas, y una señora escondió los cubiertos y las alhajas que tenía en la casa. Era la primera vez que se las veía en aquella actitud, y ya se sabe que cuando en asuntos de semejante naturaleza toman parte las mujeres, la cosa va por mal camino. En casa de Maigrat hubo una escena muy violenta. Primero las hizo entrar, en son de burla, fingiendo creer que iban á pagarle lo que le debían, añadiendo que habían tenido muy buena idea en ponerse de acuerdo para llevarle todas á la vez el dinero, que ya le iba haciendo falta. Luego, cuando la mujer de Maheu tomó la palabra, hizo como que se sulfuraba. ¿Estaban burlándose de él? ¿Querer que les

fiase más? ¿Había de arruinarse por ellas? ¡No, no más; ni una patata, ni una migaja de pan! Y les decía que fuesen á entenderse con el tendero Verdonek, y con los panaderos Carouble y Smeltan, toda vez que entonces se proveían en sus casas. Las mujeres le escuchaban con aire de temerosa humildad, excusándose por molestarle otra vez, y tratando de adivinar en su semblante si le iban conmoviendo. Entonces él empezó á echarlo á broma, y puso la tienda á disposición de la *Quemada*, si consentía en ser su amante. Tan acobardadas estaban, que todas reían oyendo aquellas chanzas groseras; y la mujer de Levaque llegó á decir que ella estaba dispuesta á aceptar la proposición hecha á su vecina. Pero Maigrat se cansó, y las echó á la calle, y viendo que insistían suplicándole, maltrató á una. Las otras, ya fuera de la tienda, le insultaban, mientras la mujer de Maheu, con los brazos extendidos, en un acceso de vengativa indignación, pedía que lo matasen, jurando que un hombre semejante no debía vivir.

La vuelta al barrio fué verdaderamente lúgubre. Los hombres miraban á sus mujeres, que volvían con las manos vacías. Cuestión resuelta: tendrían que acostarse sin tomar ni un bocado de pan; y el porvenir para los días subsiguientes les parecía más negro aún, porque en él no brillaba ni el más ligero rayo de esperanza. Como todos lo habían querido, nadie hablaba de rendirse. Aquel exceso de miseria les hacía obstinarse más y más, silenciosos

como fieras perseguidas, resueltas á morir en sus madrigueras antes que entregarse. ¿Quién se habría atrevido á ser el primero en hablar de sumisión? Juraron resistir con todos sus compañeros, y resistirían, del mismo modo que en el fondo de la mina se ayudaban cuando había un hundimiento y alguno estaba en peligro. Era natural, porque tenían una buena escuela para aprender á resignarse; bien podía uno no comer en ocho días, cuando desde la edad de doce años se sufría lo que ellos sufrían en su trabajo ordinario; y su fraternal desinterés se duplicaba así, por virtud de ese espíritu de cuerpo, de ese orgullo propio del hombre que se envanece de su oficio, y que, acostumbrado á luchar todos los días con la muerte, sabe imponerse sacrificios.

En casa de los Mahen la velada fué espantosa. Todos callaban, sentados delante de la estufa donde ardía la última paletada de carbón. Después de haber desocupado los colchones, puñado á puñado, habían resuelto, dos días antes, vender por tres francos el reloj de la sala baja; y la habitación parecía muerta desde que no la animaba el continuo *tic-tac* de la péndola. En la casa no quedaba más que aquella cajita de cartón color de rosa, antiguo regalo de Mahen á su mujer, y que ésta tenía en más estima que una joya. Las dos únicas sillas buenas que había desaparecieron también, y el viejo *Buenamuerte* y los chiquillos tenían que apretarse bien para estar sentados en un banquillo traí-

do del jardín. El triste crepúsculo que iba llegando, parecía aumentar el frío.

—¿Qué vamos á hacer?—repetía la mujer de Maheu, acurrucada en un rincón junto á la lumbre.

Esteban, de pie, contemplaba los retratos del Emperador y de la Emperatriz pegados en la pared. Hacía mucho tiempo que los hubiese arrancado de allí, á no ser por la familia, que se lo prohibía por razón de adorno. Pero en aquel momento murmuró, apretando los dientes:

—¡Y pensar que no podremos obtener ni un cuarto de esos canallas que nos ven morir de hambre!

—Si me dieran algo por la caja esa...—replicó la mujer mu y palida, y después de titubear un rato.

Pero Maheu, que estaba sentado en el filo de la mesa, con las piernas colgando y la cabeza inclinada sobre el pecho, se incorporó bruscamente, y dijo:

—¡No, no quiero!

Su mujer se había levantado con trabajo, y daba vuelta á la habitación. ¿Era posible verse reducidos á semejante miseria? En el aparador no había ni un mendrugo de pan, ni nada que vender en la casa, ni ninguna idea para obtener dinero! ¡Pronto se quedarían hasta sin lumbre! Se enfadó con Alicia, á quien enviara aquella mañana á los alrededores de la mina, con objeto de llevarse algún carbón de desecho, y la cual había vuelto con las manos vacías, diciendo que los vigilantes no lo permitían.

—¿Y ese granuja de Juanillo—exclamó la ma-

dre,—dónde andará?... Debía haber traído ensalada, y á lo menos pastaríamos como los animales. ¡Ya veréis cómo no vienel Anoche tampoco estuvo aquí á dormir. Yo no sé qué demonios hace; pero el muy bribón parece que no tiene hambre.

—Acaso—dijo Esteban—pedirá limosna por ahí.

La buena mujer cerró los puños y agitó furiosamente los brazos.

—¡Por vida de Dios! Si supiera eso... ¡Mis hijos mendigar! Preferiría matarlos y matarme yo en seguida.

Maheu se había vuelto á sentar encima de la mesa. Leonor y Enrique, extrañando que no se comiese, empezaban á llorar; mientras que el abuelo *Buenamuerte*, silencioso y cabizbajo, se pasaba filosóficamente la lengua por el cielo de la boca para engañar el hambre. Nadie volvió á decir palabra; todos se abismaban en aquella agravación de sus males: el abuelo, tosiendo y escupiendo, y con su reumatismo, que iba terminándose por una hidropesía; el padre, asmático y con las rodillas hinchadas, á causa de la humedad; la mujer y los chicos, trabajados por las escrófulas y la anemia hereditarias.

Todo aquello era evidentemente consecuencia del oficio; no se quejaban sino cuando faltaba que comer y la gente se moría de hambre; y ya en el barrio iban cayendo como moscas.

Aquella situación era imposible, y les precisaba hacer algo. ¿Qué harían, Dios santo?

Entonces, en medio de la semioscuridad del crepúsculo, cuya tristeza hacía más lóbrega la sala, Esteban, que se hallaba vacilando, tomó su partido resueltamente.

—Esperadme—dijo.—Voy á ver si en una parte...

Y salió. Se había acordado de la Monquette, la cual tendría, de seguro, pan, y se lo daría. Contrariábase verse obligado á ir de nuevo á *Requillart*, porque de seguro élla volvería á besarle las manos con su aire de esclava enamorada; pero era imposible dejar á sus amigos en aquel apuro, y, si las circunstancias lo exigían, estaba resuelto á ser de nuevo complaciente con élla.

—También yo voy á ver si puedo...—dijo á su vez la mujer de Maheu.—Así no podemos estar.

Volvió á abrir la puerta, porque el joven acababa de salir, y la cerró dando un portazo, dejando á los demás inmóviles y mudos, á la débil luz de un cabo de vela que Alicia acababa de encender. Al salir, se detuvo un instante; luego entró decidida en casa de los Levaque.

—Oye: el otro día te presté un pan. ¿Puedes devolvérmelo?

Pero se detuvo, porque lo que veía no era nada tranquilizador, y en la casa se notaba más miseria aún que en la suya propia. La mujer de Levaque, con los ojos entornados, contemplaba la lumbre casi apagada, mientras su marido, casi borracho, dormía con la cabeza apoyada en la mesa.

Bouteloup, retrepado en una silla contra la pared, no abandonaba su aire de buen muchacho, y aunque parecía sorprendido por no tener qué comer, no se mostraba enfadado de que los demás se le hubieran comido todas sus economías.

—¡Un pan! ¡Ay, querida!—respondió la mujer de Levaque.—¡Y yo que iba á pedirte que me pres-taras otro!

En aquel momento su marido, medio dormido, empezó á quejarse; élla, golpeándole furiosamente la cara contra la mesa, gritó:

—¡Calla, granuja! ¡Así revientes! ¿No era mejor que, en vez de hacer que te convidasen á beber, hubieras pedido unos cuartos á cualquier amigo para traer pan á tu casa?

Y la infeliz continuó lamentándose y maldiciendo su estrella, con las frases soeces que acostumbraba á usar. La casa estaba muy sucia, y de todos los rincones se exhalaba un olor insoportable, porque decía la de Levaque que le importaba poco que todo se lo llevase el demonio. Su hijo, el granujilla de Braulio, había desaparecido también desde por la mañana muy temprano, y élla, como loca, gritaba que, tanto mejor si no volvía, porque de aquel modo se ahorraba tener que darle de comer. Luego dijo que se iba á acostar, porque al menos en la cama no tendría frío, y dió un codazo á Bouteloup, diciendo:

—¡Ea, vamos! ¡Arriba!... Ya no hay lumbre, y no hay para qué encender una vela, si no hemos

de ver más que los platos vacíos... ¿Vienes, Luis? Te digo que me voy á la cama; allí tendremos menos frío. Este maldito borracho, que se hiele ahí si quiere.

Cuando la mujer de Maheu se vió en la calle, cruzó resueltamente los jardinillos para dirigirse á casa de los Pierron. Oyó reír; llamó, y hubo un momento de silencio. Tardaron lo menos dos minutos en abrir la puerta.

—¡Hola! ¿Eres tú?—dijo la mujer de Pierron, afectando sorpresa.—Creí que era el médico.

Y sin aguardar á que le respondiera, continuó hablando y señalando á Pierron, que estaba sentado junto á la lumbre.

—Nada, no quiere ser bueno—dijo.—La cara no es mala; pero por dentro anda la procesión, y como necesita calor á todo trance, quemamos todo lo que encontramos á mano.

Pierron, en efecto, tenía muy buen aspecto; estaba gordo y colorado, aunque se quejaba continuamente, para fingirse enfermo. Además, la mujer de Maheu, al entrar, había notado un marcado olor á guisado de conejo, y estaba segura de que habían escondido la fuente, sobre todo cuando, además de las migas de pan que se veían en la mesa, echó de ver una botella de vino que habían dejado sin duda olvidada encima del aparador.

—Mamá ha ido á Montson—añadió la mujer de Pierron,—á ver si le dan un pan. Estamos impacientísimos esperándola.

Pero se quedó confundida porque, siguiendo las miradas de la vecina, también las suyas tropezaron con la botella de vino. Pronto se repuso, y contó una historia para justificar el tenerla, diciendo que los señores de la *Piolaine* se la habían dado para el enfermo.

—Ya sé que son muy caritativos—dijo la mujer de Maheu;—los conozco.

Su corazón se quejaba de que, cuanto menos necesitados, más favorecidos somos por la suerte en este mundo. ¿Por qué no habría visto á los señores de la *Piolaine* en el barrio? Tal vez hubiera podido sacarles algo con que comer un par de días.

—Pues venía—dijo al fin—para ver si estábais menos apurados que nosotros... y si podías darme un poco de salchicha, con la condición de devolvértela, por supuesto.

La mujer de Pierron contestó exaltándose:

—Nada, hija mía. Ni una chispa de pan... Si mamá no vuelve pronto, es porque no ha logrado lo que iba buscando, y nos tendremos que acostar sin cenar. No tenemos ni un mendrugo.

En aquel momento se oyeron sollozos que saltan de la cueva, y la mujer de Pierron se incomodó y empezó á pegar puñetazos en la puerta. Era la bribona de Lidia, á quien tenía encerrada, según dijo, para castigarla, porque se iba á la calle y no volvía en todo el día. No había manera de domarla.

La mujer de Maheu, sin embargo, seguía allí, de pie, inmóvil y sin decidirse á marchar. El ca-

lorcito que se notaba en la sala baja la consolaba, y la idea de que allí se comía aumentaba su dolor de estómago, producido por el hambre. Era evidente que habían encerrado á la chicuela, y hecho salir á la vieja, para comerse tranquilamente su plato de conejo. ¡Ah! ¡Es grande cosa esta, que cuanto peor conducta tiene una mujer, mejor van sus negocios!

—¡Adiós, buenas noches!—dijo de pronto.

Y salió á la calle; pero, en vez de irse á su casa, la mujer de Maheu dió una vuelta por los jardines, porque no se atrevía á entrar. Mas ¿á dónde ir? ¿A qué llamar á ninguna puerta, si todos estaban, como ellos, muertos de hambre?

Al pasar por delante de la iglesia, vió una sombra que caminaba rápidamente por la acera. Una esperanza vaga la hizo apresurar el paso, porque había conocido al cura de Montson, el abate Joire, que los domingos decía Misa en la capillita del barrio de los obreros: sin duda saldría de la sacristía, é indudablemente había ido á sus negocios por la noche, para que no le vieran los mineros.

—Señor Cura, señor Cura—tartamudeó la mujer de Maheu cuando estuvo cerca de él.

Pero el Cura no se detuvo.

—¡Buenas noches, hija mía, buenas noches!—contestó, acelerando más el paso.

La mujer de Maheu se vió, sin saber cómo, á la puerta de su casa otra vez, y como las piernas se negaban á sostenerla, volvió á entrar en ella.

Nadie se había movido. Maheu continuaba sentado en el pico de la mesa, cada vez más abatido. El viejo *Buenamuerte* y los chiquillos se apretaban unos contra otros en el banco, para tener menos frío. La vela había estado ardiendo, y quedaba ya tan poco de ella, que muy pronto se verían á oscuras. Al oír abrir la puerta, los chicos volvieron la cabeza; pero viendo que su madre no llevaba nada en las manos, se pusieron á mirar al suelo, contentando el deseo de llorar, por miedo de que les regañasen. La mujer de Maheu se había sentado en una silla, junto á la lumbre que se apagaba. Nadie le preguntó; el silencio continuaba. Todos habían comprendido, y consideraban inútil cansarse en hablar; ya no tenían más que una esperanza, esperanza vaga: la vuelta de Esteban, que quizás sería más afortunado que su amiga.

Cuando Esteban entró, vieron que llevaba en un trapo una docena de patatas cocidas, pero frías ya.

—Esto es todo lo que he encontrado—dijo.

Y es que en casa de la Mouquette tampoco había pan, por lo cual le dió lo que tenía para comer ella, metiéndolo á la fuerza en aquel trapo, y besándole mil veces con cariñoso entusiasmo.

—Gracias—contestó á la mujer de Maheu, que le ofrecía su parte:—yo he comido allí.

Mentía, y no podía menos de contemplar con aire sombrío á los niños que se abalanzaban á las patatas con verdadera ansia. El padre y la madre también se contenían para dejarles más parte; en

cambio el viejo tragaba cuanto podía. Fué necesario quitarle una patata para dársela á Alicia. En tres minutos la mesa quedó limpia. Miráronse unos á otros, porque todavía tenían mucha hambre.

Entonces Esteban dijo que había recibido noticias importantes. La Compañía, irritada por el tison de los obreros, iba á despedir para siempre á los más comprometidos en la huelga. Decididamente se declaraba la guerra sin cuartel. Y otro rumor más grave circulaba: el de que había conseguido de muchos mineros que volviesen al trabajo; al día siguiente, *La Victoria* y *Feutry Cantel* debían tener todas las brigadas completas, y en *Miron* y en *La Magdalena* contaban ya con la tercera parte de los trabajadores.

Los Maheu se exaltaron.

—¡Por vida de Dios!—gritó el padre.—¡Si hay traidores entre nosotros, es menester darles su merecido!

Y puesto en pie, cediendo á la influencia de los sufrimientos físicos y morales,

—¡Vamos mañana por la noche al bosque!—gritó.—Puesto que nos prohíben que nos reunamos en la *Alegría*, en medio del bosque estaremos más cómodos.

Aquel grito había despertado al viejo *Buenamuerte*, que dormitaba después de atracarse de patatas.

Aquel era el antiguo grito de combate, la contraseña de los mineros de otro tiempo, cuando se

reunían para organizar la resistencia contra los soldados del rey.

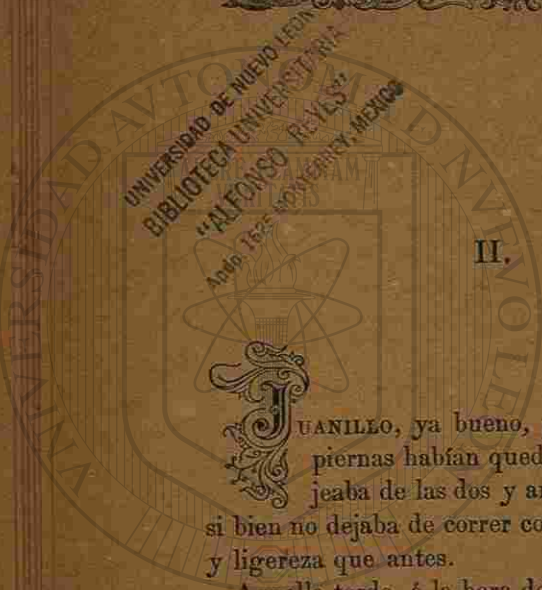
—¡Sí, sí, á Vendome!—dijo á su vez.—Yo soy de los que van si se celebra la reunión allí.

La mujer de Maheu hizo un gesto enérgico.

—¡Iremos todos! ¡Así se acabará con estas injusticias y con estas traiciones!—exclamó.

Esteban decidió que se diera cita á todos los barrios de obreros para el día siguiente por la noche. Pero la lumbre se había concluido como en casa de Levaque, y la vela se apagó bruscamente. Ya no había carbón ni petróleo, y fué necesario que subieran á acostarse á tuestas y transidos de frío. Los dos chiquillos lloraban.





II.

JUANILLO, ya bueno, podía andar; pero sus piernas habían quedado tan mal, que cojeaba de las dos y andaba como los patos, si bien no dejaba de correr con la misma habilidad y ligereza que antes.

Aquella tarde, á la hora del crepúsculo, Juanillo estaba en acecho en el camino de *Requillart*, acompañado de sus inseparables Braulio y Lidia. Habíase emboscado detrás de una empalizada, enfrente de una tiendecilla de comestibles colocada en el borde del sendero. Una vieja, casi ciega, tenía allí para vender tres ó cuatro sacos de lentejas y algunas sardinas, todo negro de polvo; pero lo que Juanillo miraba con maliciosa atención ó intenciones nada buenas, era una bacalada que había colgada en la puerta. Ya dos veces había enviado á Braulio para cogerla; pero las dos veces se

lo había impedido algún transeunte que acertaba á mostrarse en el recodo del camino. ¡Qué demonio de importunos! ¡No podía uno dedicarse en paz á sus negocios!

Apareció un señor á caballo, y los tres chiquillos se ocultaron de nuevo detrás de la empalizada al reconocer al señor Hennebeau. A menudo, desde que comenzara la huelga, se le veía así por los caminos, paseando sólo por en medio de los barrios que habitaban los obreros sublevados, haciendo alarde de valor, para convencerse por sí mismo del estado de las cosas que reinaban.

Y jamás oyó silbar una piedra; nó tropezaba sino con hombres que le saludaban de no muy buena gana, aunque respetuosamente, ó con parejas amorosas que se reían de la política é iban á gozar placeres en la soledad del campo. Él, sin acortar el trote de su yegua, volviendo la cabeza para no interrumpir á nadie, pasaba por allí, sintiendo, sin saber por qué, que su corazón se hinchaba de deseos en aquel país del amor libre. Vió perfectamente á los chicuelos echados sobre Lidia, y sintió que los ojos se le humedecían á su pesar, mientras, recto en la silla, militarmente abrochado hasta el cuello, desaparecía por el otro lado del camino.

—¡Maldita suerte!—dijo Juanillo.—No acabaremos nunca... ¡Anda, Braulio!... Tira de la cola!

Pero en aquel momento aparecieron dos hombres, y el chiquillo contuvo un juramento, cuando oyó la voz de su hermano Zacarías, contando á Mouque

que le había quitado á su mujer una pieza de cuarenta sueldos que tenía cosida en la saya. Los dos, que iban riéndose, cogidos amigablemente del brazo, detuviéronse un momento, formando planes para el otro día.

—¿Pero se van á estar ahí hasta la noche?—dijo Juanillo exasperado.—En cuanto oscurezca, la mujer descolgará la bacalada, y adiós mi dinero.

Pasó otro hombre con dirección á *Requillart*. Esteban se marchó con él; y al pasar por delante de la empalizada, el chiquillo les oyó hablar de la reunión en el bosque: habían tenido que aplazarla hasta el día siguiente, para tener tiempo de avisar en todos los barrios.

—¿Habéis oído?—murmuró el chicuelo, hablando con sus dos compañeros.—¿Habéis oído? Mañana es el gran día. Iremos, ¿no es verdad? Nos escaparemos por la tarde.

Y como, al fin, en aquel instante no había nadie en la carretera, ordenó á Braulio que fuese á robar la bacalada.

—¡Valiente! ¿Eh? Tira pronto de ella, y mucho cuidado, porque la vieja tiene una escoba en la mano.

Felizmente, la noche estaba muy oscura. Braulio dió un salto, y se cogió á la bacalada, rompiendo la cuerdecilla que la sujetaba á un clavo, y en seguida echó á correr, seguido por Juanillo y Lidia, como alma que lleva el diablo. La tendera, asombrada, salió de la tienda sin comprender lo

que pasaba, y sin poder distinguir el grupo, que desapareció corriendo en la oscuridad.

Aquellos granujas acabaron por ser el terror del país. Poco á poco le habían ido invadiendo como una horda salvaje. Al principio se habían contentado con los alrededores de *La Voreux*, revolcándose en los montones de carbón, de donde salían completamente tiznados, y jugando al escondite por entre los montones de tablones, por donde se perdían como en el fondo de un bosque virgen. Luego habían tomado por asalto la plataforma, y cada día ensanchaban el campo de sus operaciones; corrían los campos comiendo raíces y frutos, bajaban á la orilla del canal á pescar peces, y viajaban hasta el bosque de Vendome. Pronto toda la inmensa llanura les pertenecería.

Y la verdadera causa que les hacía recorrer el país desde Montson á Marchiennes era la afición al merodeo. Juanillo era el capitán en todas aquellas expediciones; dirigía su tropa sobre tal ó cual presa, devastando las plantaciones de cebollas, y las huertas, y los jardines. En aquellos alrededores se empezaba á hablar de los mineros en huelga y de una partida de ladrones bien organizada. Un día obligó á Lidia á que robase á su misma madre, haciendo que le llevase dos docenas de las rosquillas que vendía, y la pobreçilla niña, á pesar de haber recibido una paliza soberbia, no le había descubierto, porque temblaba ante su autoridad absoluta. Y lo malo era que él se quedaba siempre

con la parte del león. Braulio tenía también que entregarle el botín, y se daba por muy contento cuando el capitán no le abofeteaba, y guardaba para sí la parte que le correspondía á él.

Hacia algún tiempo que Juanillo abusaba de su autoridad. Pegaba á Lidia como se pega á una mujer legítima, y se aprovechaba de la credulidad de Braulio para mezclarle en aventuras desagradables; era feliz, burlándose de aquel muchachote, más fuerte y robusto que él, que de un solo puñetazo le habría roto la cabeza. Los despreciaba á los dos; los trataba como á esclavos, y les decía que su querida era una princesa, ante la cual no eran dignos de presentarse. Y, en efecto, hacía ocho días que desaparecía bruscamente por la esquina de una calle ó en el recodo de un camino, después de darles orden, con la cara *feroche*, para que se volvieran en seguida á su casa. Antes se guardaba el botín.

Lo mismo sucedió aquella noche.

—Dámela—dijo arrancando la bacalada de manos de su compañero, cuando los tres se detuvieron en un recodo de la carretera, cerca de *Requillart*.

Braulio protestó.

—Quiero mi parte, ¿oyes? Porque yo la he cogido.

—¿Eh? ¿Cómo?—exclamó Juanillo.—Tendrás parte, si te la doy; pero no será esta noche. Será mañana, si queda algo.

Pegó un empujón á Lidia, y los cuadró uno al lado del otro, como si fuesen soldados.

Luego, pasando por detrás de ellos:

—Ahora os vais á estar ahí cinco minutos, sin volver la cara... Y cuidado, porque si os volvéis, os comerán las fieras... En seguida os vais á casa, y cuidado con que Braulio te toque, Lidia, porque yo lo sabré, y habrá palos.

Y se desvaneció en la oscuridad, con tanto cuidado, que no se oyeron ni sus pisadas.

Los otros dos permanecieron inmóviles durante los cinco minutos que había mandado, sin atreverse á mirar hacia atrás, temerosos de recibir un bofetón misterioso. Poco á poco entre ellos dos había nacido un afecto entrañable, á causa del terror que entrambos tenían á su capitán. Él siempre pensaba en abrazarla, estrechándola fuertemente en sus brazos, como veía hacer á otros, y ella también hubiera querido que lo hiciese, porque tenía verdadero afán de verse acariciada de buena manera, y no como lo hacía Juanillo. Pero cuando se marcharon, ni uno ni otro se atrevieron, aun cuando la noche estaba oscura, ni á darse siquiera un beso; caminaron uno junto á otro, conmovidos y desesperados á la vez, pero temerosos de que, si se tocaban, el capitán les daría una paliza.

A aquella misma hora Esteban entraba en *Requillart*. El día antes la Mouquette le había suplicado que volviera, y volvía, enfadado consigo mismo, lleno de cierta afición, á pesar suyo, hacia la pobre muchacha, que le adoraba como si fuese un dios. Iba con el propósito de romper con ella. La

vería y la explicaría que no debía perseguirle más, para no dar que hablar á las gentes. Los tiempos eran malos, y era poco honrado andar buscando placeres cuando todos los amigos, y ellos mismos, estaban muriéndose de hambre. No la encontró en su casa, y decidió esperarla entre las ruinas de la antigua mina.

Entre los escombros que por doquiera se veían amontonados, abríase el pozo de entrada, medio obstruido: un madero puesto en pie, que sostenía un pedazo del antiguo techo, tenía el aspecto de un aparato de suplicio, junto al oscuro agujero; dos árboles habían crecido allí, como si salieran del abismo que se abría en lo que fué pozo de bajada. Aquel rincón tenía un aspecto de salvaje abandono, de entrada á un precipicio, interceptada por maderas de desecho.

Por ahorrarse gastos de entretenimiento, la Compañía estaba desde hacía diez años queriendo cegar el pozo de la mina; pero esperaba para ello á instalar un ventilador en *La Voreux*, porque el foco de ventilación de los dos pozos, que se comunicaban, estaba colocado al pie de *Requillart*, cuyo antiguo pozo servía de chimenea.

Por prudencia, á fin de que se pudiera subir y bajar, había dado orden de que se tuvieran en buen estado las escalas hasta una profundidad de quinientos veinticinco metros; pero, á pesar de lo mandado, nadie se ocupaba en ello; las escalas se pudrían de humedad, y ya algunos travesaños se habían

caído. Arriba, en la entrada, como faltaban algunos peldaños de la escala, era preciso, para bajar, cogerse á las raíces de uno de los árboles de que hemos hablado, y dejarse ir á la ventura en la oscuridad.

Esteban esperaba pacientemente al pie de un árbol, cuando sintió un ligero ruido producido por las ramas de otro árbol. Creyó que era una culebra que se escapaba. Pero la luz de un fósforo le asombró: quedóse estupefacto al ver que, á pocos pasos de distancia, Juanillo encendía una vela y desaparecía por la boca del pozo.

Sintióse presa de una curiosidad tan grande, que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se metió por el mismo agujero; el chiquillo había desaparecido; una débil claridad, que salía de la vela que aquél llevaba en la mano, le guiaba. Por un instante titubeó: pero luego se dejó caer como había hecho el otro, agarrándose á las raíces del árbol, y, después de creer que daba un salto de quinientos metros de altura, acabó por sentir bajo sus pies un peldaño de la escalera.

Y empezó á bajar con cuidado. Juanillo no debía haber oído nada, porque Esteban seguía viendo debajo de él la luz que descendía, mientras que la sombra del chiquillo danzaba por las paredes del pozo. La escala continuaba bajando; pero era difícilísimo el descenso, porque unas veces tropezaba con peldaños que resistían bien, y otras con travesaños que, medio podridos, crujían bajo su peso; y

á medida que bajaba, el calor iba haciéndose sofocante: un calor de horno que salía del foco de ventilación, poco activo por fortuna desde que comenzara la huelga, porque en tiempo de trabajo no se hubiera podido hacer aquella excursión sin exponerse á tostarse.

—Maldito granuja!—murmuraba Esteban medio sofocado.—¿Dónde irá?

Dos veces estuvo á punto de caerse. Sus piés resbalaban en los húmedos peldaños de madera. ¡Si siquiera hubiese tenido una luz como el chiquillo! Pero sin ella se golpeaba contra las paredes á cada instante, guiado como iba solamente por la vela que el muchacho llevaba en la mano, y que iba desapareciendo rápidamente.

Habían bajado veinte escalas, y el descenso continuaba. Desde entonces se puso á contarlas: «Veintiuna, veintidos, veintitrés,» y seguían bajando, bajando sin cesar.

Sentía en la cabeza un calor terrible, que iba aumentando por momentos. Al fin llegó á un empalme de escalas, y vió que el chiquillo echó á correr por una galería.

Treinta escalas significaban unos doscientos diez metros de bajada.

—¿Irá ahora á pasearse por ahí?—pensó Esteban.—De seguro que va á calentarse en la cuadra.

Pero allí, á la izquierda, la galería que conducía al establo se hallaba cerrada por los escombros de un desprendimiento. Empezó otra excursión más

difícil y más peligrosa. Multitud de murciélagos, asustados, revoloteaban en la semi-oscuridad, é iban á pegarse al techo de la galería.

Tuvo que apresurar el paso para no perder de vista la luz, andando por la galería en pos del muchacho; sino que por los sitios por donde éste pasaba con facilidad, gracias á su ligereza de serpiente, él no podía atravesar sin arañarse. Aquella galería, como todas las de la mina abandonada, se había estrechado considerablemente, y seguía estrechándose todos los días á causa de los hundimientos; en algunos sitios se había convertido en un verdadero agujero, que pronto había de cerrarse por sí mismo. En aquellas circunstancias, los pedazos de maderas rotas se convertían en un verdadero peligro, porque le amenazaban con desgarrarle las carnes, ó con atravesarle de parte á parte, si tropezaba con uno de improviso. Así es, que caminaba con precaución, de rodillas ó arrastrándose boca abajo y andando á tientas en la oscuridad. Bruscamente le sorprendió un grupo de ratas, que le corrieron por todo el cuerpo, de la nuca á los piés, en un galope de espantada huida.

—¿Por vida de Dios! ¿Habremos llegado ya?—murmuró casi sin poder respirar, y destrozado por el dolor de riñones.

Habían llegado, en efecto. Al cabo de un kilómetro de camino, la galería se ensanchaba un poco, é iba á desembocar en un trozo de la mina que estaba en buen estado de conservación. Era el anti-

guo pie del pozo de subida, y estaba abierto en la roca viva, pareciendo una gruta natural. Tuvo que detenerse, porque veía á pocos metros de distancia al muchacho, que acababa de poner la vela entre dos piedras, y que se instalaba allí con la tranquilidad de quien se encuentra en su casa. Una instalación completa trocaba aquel trozo de galería en una habitación confortable. En el suelo, en un rincón, había paja extendida, que formaba una cama cómoda; sobre unos pedazos de madera vieja que servía de mesa, había un poco de todo: pan, velas, tarros de ginebra; era aquello una verdadera cueva de ladrones, donde se había ido acumulando el botín de muchas semanas, botín inútil, porque se veía allí hasta jabón y betún, robados por el gusto del hurto nada más. Y el muchacho, solo, en medio del producto de sus rapiñas, tenía el aire de un bandido egoísta, que no quisiera hacer á nadie participe de su alegría.

—Oye, niño: ¿te estás burlando de la gente?— exclamó Esteban cuando hubo descansado un momento. —¿Te parece á tí que se puede tolerar que tú te atraques á lo pavo, cuando los demás nos morimos de hambre?

Juanillo, asustado, estaba temblando. Pero, al conocer á Esteban, se tranquilizó en seguida.

—¿Quieres comer conmigo?—acabó por decir.—
¿Eh? Te daré un pedazo de bacalao asado... Ahora verás.

No había dejado la bacalada que llevaba en la

mano, y empezó á quitarle el pellejo con un cuchillo nuevo, uno de esos puñales que tienen una inscripción en el puño. En el de aquél se leía la palabra *Amor*.

—Bonito cuchillo tienes—observó Esteban.

—Regalo de Lidia—respondió Juanillo, olvidando añadir que Lidia lo había robado por orden suya á un mercader de Montson, que ponía su puesto ambulante frente á la taberna de la *Cabeza cortada*.

Luego, sin dejar de raspar el pellejo, continuó diciendo:

—Se está bien en mi casa, ¿no es verdad? Se está más calentito que allí arriba, y huele mucho mejor.

Esteban tomó asiento, deseando hacerle hablar. Ya no tenía rabia; al contrario, experimentaba cierta simpatía y cierto interés hacia aquel granuja tan atrevido y tan industrioso: además, disfrutaba de cierto agradable calor en aquella caverna: la temperatura no era demasiado elevada tampoco, y agradaba mucho más, porque fuera de allí los fríos de Diciembre estaban siendo insoportables para los pobres mineros que carecían de abrigo. A medida que el tiempo pasaba, iban quitándose de las galerías los malos gases, y el *grisú* había desaparecido por completo. No se notaba allí más que el olor á las maderas viejas en fermentación, un olor muy sutil á éter. Aquellos trozos de madera tenían, además, un aspecto muy agradable, una palidez amarillenta, como la del mármol, adornada de capri-

chosas labores blanquecinas, que semejaban delicados bordados de seda y de perlas. Otros maderos estaban llenos de setas, y todos ellos estaban poblados de mariposas blancas, de moscas y arañas, todo un pueblo de insectos, que jamás había visto la luz del sol.

—¿De modo que no tienes miedo?—preguntó Esteban.

Juanillo le miró con asombro.

—¿Miedo de qué? ¿Pues no estoy solo?

Ya había concluido de raspar el bacalao. Encendió lumbre con unos pedazos de madera, y empezó á asarlo. Luego cortó un pan en dos pedazos. El regalo era terriblemente sabado; pero, así y todo, muy á propósito para estómagos fuertes.

Esteban aceptó la parte que le ofrecía.

—Ya no me extraña que engordes mientras nosotros adelgazamos. ¿Sabes que es una bribonada?... ¿No piensas en los demás?

—Toma, ¿por qué son tontos?

—Después de todo, haces bien en esconderte, porque si tu padre supiera que robas, de seguro que te ponía como nuevo.

—Pues qué, ¿no nos roban á nosotros los burgueses? Tú lo estás diciendo siempre. Este pan que le he quitado á Maigrat, nos lo había robado él antes.

El joven, con la boca llena, guardó silencio, verdaderamente confundido. Le miraba con atención, contemplando aquellos ojos verdes, aquellas orejas

enormes, aquel aspecto de aborto degenerado, oscuro de inteligencia, pero de una astucia extraordinaria. La mina, que le había producido, acabó de completarlo, rompiéndole las dos piernas.

—¿No traes aquí á Lidia algunas veces?—le preguntó Esteban.

Juanillo sonrió desdeñosamente.

—¡Esa chiquilla!—contestó.—¡No, por cierto!... Las mujeres son muy charlatanas.

Y siguió riendo, lleno de inmenso desdén hacia Braulio y Lidia. Jamás se habían visto dos chiquillos más estúpidos. El recuerdo de que á aquella hora se encaminaban á sus casas muertos de hambre y de frío, mientras él se comía la bacalada al calor, le hacía desternillar de risa. Luego añadió, con la gravedad de un filósofo:

—Vale más hacer las cosas solo, porque siempre está uno de acuerdo.

Esteban había concluido de comerse el pan. Bebió un trago de ginebra. Por un momento creyó que no sería corresponder mal á la hospitalidad de Juanillo cogerle por una oreja y llevárselo á su casa, prohibiéndole merodear más, y amenazándole con decirse todo á su padre si volvía á las andadas. Pero, al ver aquel escondite confortable, acudía á su mente una idea: tal vez lo necesitara para él ó para los amigos, si las cosas tomaban un giro desagradable. Hizo que el chico le prometiese solemnemente no faltar á dormir en su casa, como le sucedía algunas veces desde que había descubier-

to aquel refiro, y, cogiendo una vela, se marchó, dejándole que arreglase tranquilamente su vivienda.

La Mouquette se impacientaba, esperándole sentada en un madero, á pesar del mucho frío que se sentía. Cuando le vió, saltó á su cuello; y cuando le dijo que no debían volver á reunirse, sintió como si la clavaran un puñal en el corazón. ¡Dios mío! ¿Por qué? ¿No le quería ella bastante? Esteban, para no caer en la tentación de entrar en su casa, se la llevaba hacia la carretera, diciéndola, como Dios le daba á entender, que le comprometía ante los compañeros, y que comprometía, por tanto, la causa política, que á todo trance era necesario defender. Ella no entendía qué relación podían tener sus amores con la política.

Luego pensó que se avergonzaba de ella, lo cual no la ofendió, porque era natural, y se conformó con todo, y hasta llegó á prestarse á que le diera un bofetón en público, para que todos comprendieran que habían reñido. Pero quiso que le prometiese que la vería un ratito de vez en cuando. Desesperada, le suplicaba y le rogaba, jurando esconderse para que nadie los viese juntos, y que en cada entrevista no le entretendría más que cinco minutos. Él, muy conmovido, se negaba á todo. Era un sacrificio necesario. Al separarse, quiso ella darle un beso. Poco á poco, fueron llegando hasta las primeras casas de Montson, y estaban abrazados estrechamente á la luz de la luna, cuando una

mujer pasó por junto á ellos, dando un salto de sorpresa, como si hubiera tropezado con una piedra.

—¿Quién es?—preguntó Esteban con inquietud.

—Es Catalina—respondió la Mouquette.—Vendrá de *Juan-Bart*.

La mujer en cuestión se alejaba, con la cabeza baja, las piernas temblorosas y el andar cansado. Y el joven la miraba, desesperado de haber sido visto por ella, y con el corazón dolorido por un remordimiento cuya causa no se explicaba. ¿Acaso no vivía ella con otro hombre? ¿Acaso no le había impuesto la misma pena allí mismo, en el camino de *Requillart*, entregándose á otro? Y, sin embargo, le desolaba haberla hecho sufrir la pena del talión.

—¿Quieres que te diga una cosa?—murmuró la Mouquette con lágrimas en los ojos, cuando perdieron de vista á Catalina.—No me quieres, porque amas á otra.

Al día siguiente, amaneció el cielo sereno y hermoso; era uno de esos magníficos días de invierno fríos, pero despejados. Juanillo se había ido de casa á la una; mas tuvo que esperar á Braulio detrás de la iglesia, y por poco tuvieron que marcharse sin Lidia, á quien su madre había vuelto á encerrar en la cueva. Acababa de sacarla de su encierro, colgándole una cesta al brazo, y diciéndole que, si no volvía con ella llena de ensalada, la volvería á encerrar toda la noche, para que se la comiesen las ratas. Así es, que, llena de miedo, quería ante todo ir á coger ensalada. Juanillo la disua-

dió de su idea: luego verían lo que habían de hacer.

Desde muchos días antes andaba dándole vueltas á *Polonia*, la coneja de Rasseneur. Precisamente al pasar por la puerta de la taberna vió al animalito, que andaba correteando por allí. La cogió por las orejas, la metió en la cesta que llevaba Lidia, y los tres echaron á correr como alma que lleva el diablo. ¡Cuánto iban á divertirse, haciéndola correr como un perrillo detrás de ellos, hasta que llegasen al bosque!

Pero se detuvieron para ver á Zacarías y á Mouque, que, después de haber bebido un jarro de cerveza con otros dos amigos, se disponían á jugar una partida de *toña*, como la llaman los chicos de por acá. Jugaban una gorra nueva y un pañuelo colorado para el cuello, depositados en casa de Rasseneur. Los cuatro jugadores, dos á dos, señalaron para la primera parte de la partida la distancia que había entre *La Voreux* y la finca *Paillot*, unos tres kilómetros próximamente, y Zacarías gauó, porque apostó á recorrer la distancia en siete viajes de la *toña* lanzada al aire, mientras que el hijo de Mouque no se comprometía á hacerlo en menos de ocho. Pusieron la *toña* en el suelo, con una de las puntas al aire. Cada cual empuñó su correspondiente palo, sujeto á la muñeca por un cordel. Al dar las dos, arrancaron. Zacarías, manejando magistralmente su pala, lanzó la *toña* á más de cuatrocientos metros á través de los sembrados de remolachas, porque estaba prohibido jugar en las calles del pueblo y

en la carretera, á causa de haber ocurrido algunas desgracias ya. Mouque, que tampoco era manco, lanzó la suya á unos ciento cincuenta metros. Y la partida continuó, dando palos á la *toña*, siempre corriendo, sin cuidarse de los rasguños que los pedrascos les hacían en los piés.

Al principio, Juanillo, Braulio y Lidia habían galopado detrás de los jugadores, entusiasmados con los buenos golpes y las peripecias del juego. Luego se acordaron de la pobre *Polonia*, que daba saltos en la cesta; y dejando á los jugadores en medio del campo, sacaron la coneja, deseosos de ver si corría mucho. El pobre animal salió como disparado; ellos se lanzaron en su persecución, y aquello fué una cacería salvaje por espacio de una hora, en medio de gritos desaforados para asustar al animal. Si la coneja no hubiera estado preñada, de seguro no la habrían podido alcanzar.

Iban ya sin aliento, cuando voces desaforadas les hicieron volver la cabeza. Acababan de ponerse delante de los jugadores, y Zacarías había estado á punto de romper la cabeza á su hermano. Los jugadores estaban en la cuarta partida: desde la finca *Paillot* habían corrido á los Cuatro Caminos; de los Cuatro Caminos á Montoire, y entonces habían de recorrer en seis golpes la distancia que hay entre Montoire y el Prado de las Vacas.

Aquello representaba una carrera de dos leguas y media, dada en una hora; habían bebido cerveza en la taberna Vincen y en el cafetín de los *Tres-*

Sabios. Mouque era mano. No le faltaban más que dos jugadas, y su triunfo parecía seguro, cuando Zacarías, bromeando como de costumbre, dió un golpe tan hábil en uso de su derecho, que la *toña* cayó en un foso muy profundo. El compañero de Mouque no pudo sacarla de allí, y aquello fué un desastre. Los cuatro gritaban; la partida se hacía muy reñida, porque estaban iguales, y era necesario volver á empezar. Desde el Prado de las Vacas hasta la punta de Verdes Hierbas, no había menos de dos kilómetros, y apostaron á recorrerlos en cinco golpes. Cuando llegaran allí, refrescarían en casa de Lerenard.

Pero Juanillo acababa de tener una idea. Los dejó marchar, y luego, sacando del bolsillo un cordel, lo ató á la pata izquierda de la pobre *Polonia*, y la diversión fué grande: la coneja corría delante de los tres galopines estirando la pata y haciendo tales contorsiones para huir de aquel tormento, que los chiquillos no se habían reído tanto en su vida. Luego la ataron por el cuello para que corriese; y como el animalito estaba cansado, la arrastraron unas veces sobre el lomo, otras sobre la barriga, como si fuera un cochecillo de juguete. La broma duraba ya más de una hora; el pobre animal estaba reventando, cuando tuvieron que cogerla precipitadamente para meterla en la cesta y esconderse detrás de unos matorrales, mientras pasaban los jugadores, con los cuales habían tropezado de nuevo.

Zacarías, Mouque y sus dos compañeros se sor-

bían los kilómetros, como suele decirse, sin darse más tiempo de reposo que el estrictamente necesario para echarse al colete un jarro de cerveza en las tabernas que se señalaban como término de cada partida. Desde Verdes Hierbas habían corrido á Buchy, luego á la Cruz de Piedra, y después á Chamblay. La tierra, endurecida por la escarcha, crujía bajo sus piés, que no cesaban de correr detrás de la *toña*, la cual rebotaba en el suelo; el día era muy á propósito, porque, como la tierra estaba dura, se podía correr sin miedo de hundirse en los surcos levantados por el arado: no había más peligro que el de romperse las piernas. En el aire seco, los golpes del palo sobre la *toña* resonaban como tiros. Las fornidas manos empuñaban los palos con furor, y hacían tanta fuerza con el cuerpo como si trataran de matar á un buey de un puñetazo; y todo esto durante horas y horas, de un extremo á otro de la llanura, saltando vallas, salvando fosos, cruzando senderos y sembrados. Precisaba tener para aquel ejercicio buenos pulmones y músculos de acero. Los mineros se entregaban con furor á esas carreras, que servían para desentumecerles los miembros. Algunas veces recorrían así ocho y diez leguas; pero esto mientras eran jóvenes, porque á los cuarenta años no había quien jugase á la *toña*.

Diéron las cinco, la hora del crepúsculo. Conviniéron en jugar otra partida hasta el bosque de Vendome, para ver quién se llevaba la gorra y el pañuelo, y Zacarías, que, como de costumbre, se

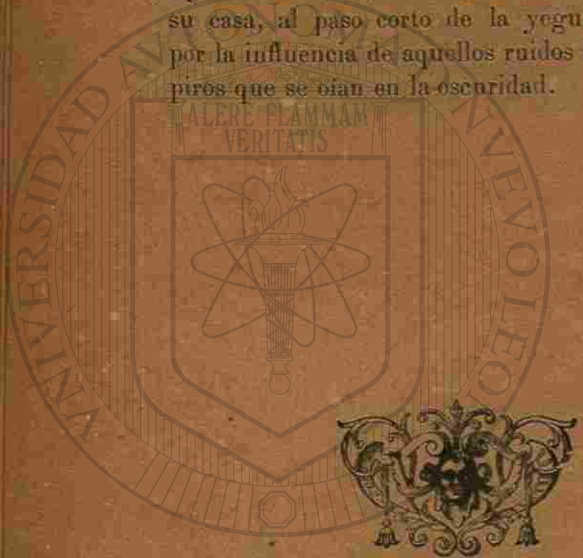
reía de todas aquellas cosas de política, dijo que sería gracioso llegar allí en el momento de la reunión, para la cual se habían dado cita los mineros de todos los alrededores. Juanillo, desde que saliera de su casa, seguía recorriendo los campos por entretenerse y esperar la hora de acudir á la reunión. Con ademán indignado amenazó á Lidia, que, llena de remordimientos y de miedo, hablaba de volver á *La Voruz*, á fin de coger la ensalada que le encargara su madre; pero ¿cómo habían de privarse de aquel espectáculo? ¡Pues apenas tenía gracia ir á oír lo que dijese los viejos! Empujó á Braulio; propuso, para que el camino se hiciese más corto y más entretenido, soltar á *Polonia* y perseguirla á pedradas; su proyecto secreto era matarla con una piedra, porque le habían dado ganas de llevársela y comérsela tranquilamente en su escondite de *Requillart*. La pobre coneja emprendió de nuevo su vertiginosa carrera, con las narices abiertas y las orejas echadas atrás; una piedra la peló el lomo, otra le cortó el rabo; y, á pesar de la oscuridad, que iba en aumento, la hubieran matado, á no ver en un claro, á la entrada del bosque, á Esteban y á Souveraine que estaban charlando. Abalanzáronse al animal, lo volvieron á meter en la cesta, y casi al mismo tiempo aparecieron Zacarías, Mouquo y los otros dos, después de terminada su partida. Todos acudían á la cita.

Y no era sólo por la carretera: por los caminos, por los senderos todos, iban llegando desde el oscu-

recer multitud de sombras silenciosas que se dirigían al bosque. Todas las casas de los barrios de obreros se quedaban sin gente, pues hasta las mujeres y los chiquillos dejaban sus hogares, como si fueran á dar un paseo. Los caminos estaban oscuros, y no se distinguía aquella multitud que caminaba en silencio hacia el mismo punto; sentábase, sin embargo, y era fácil comprender que los mismos deseos é iguales aspiraciones la animaban. Por todas partes oíase un rumor vago y confuso de voces que indicaba la presencia de la muchedumbre.

El señor Hennebeau, que precisamente á aquella hora volvía á su casa, cabalgando en su yegua, prestaba oídos al misterioso rumor. Había encontrado varias parejas amorosas que se paraban lentamente, como para disfrutar al aire libre de aquella serena noche de invierno. Eran enamorados, que, con los labios en los labios de su pareja, iban buscando la satisfacción de sus amorosos deseos detrás de las vallas ó al pie de los árboles. ¿Acaso no estaba acostumbrado á tales encuentros de aquellos desdichados que iban en busca del único placer que no cuesta dinero? Y el señor Hennebeau se decía que aquellos imbéciles hacían mal en quejarse de la vida. Pues qué, ¿no disfrutaban á su antojo la dicha de amar y ser amados? De buena gana se hubiera resignado él á estar medio muerto de hambre, á cambio de empezar de nuevo á vivir con una mujer que, enamorada, se le entregase con toda su

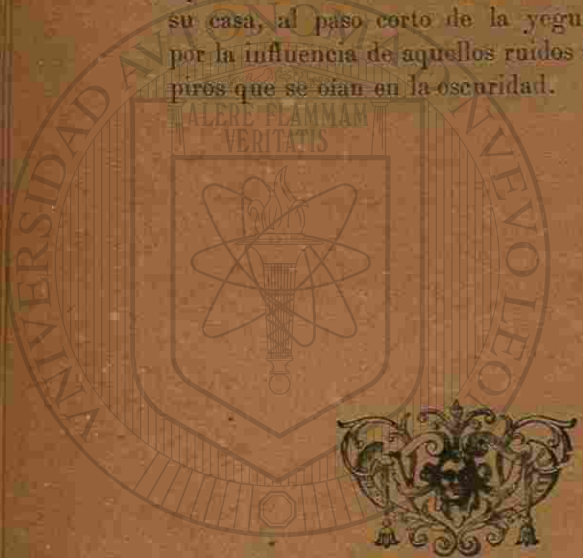
alma, al pie de cualquier árbol. Su desgracia no tenía consuelo, y era motivo para que envidiase á aquellos miserables. Con la cabeza baja regresaba á su casa, al paso corto de la yegua, desesperado por la influencia de aquellos ruidos de besos y suspiros que se oían en la oscuridad.



III.

Los mineros se habían dado cita en el Llano de las Damas, en una vasta planicie abierta por la corta de maderas á la entrada del bosque de Vendome. Extendíase aquélla en suave pendiente, y estaba rodeada de árboles gigantescos, cuyos troncos, rectos y regulares, formaban todo alrededor una especie de colunata blanca; algunos árboles gigantescos yacían en tierra, mientras allá, á la izquierda, otros, aserrados ya, hallábanse cuidadosamente colocados, en disposición de que los cargarán para llevárselos. El frío se había hecho más intenso desde la hora del crepúsculo; los pedazos de corteza de árbol crujían bajo los piés. A fier de tierra estaba muy oscuro; pero las copas de los árboles se destacaban sobre el fondo azul del cielo, en donde la luna llena aparecería pronto.

alma, al pie de cualquier árbol. Su desgracia no tenía consuelo, y era motivo para que envidiase á aquellos miserables. Con la cabeza baja regresaba á su casa, al paso corto de la yegua, desesperado por la influencia de aquellos ruidos de besos y suspiros que se oían en la oscuridad.



III.

Los mineros se habían dado cita en el Llano de las Damas, en una vasta planicie abierta por la corta de maderas á la entrada del bosque de Vendome. Extendíase aquélla en suave pendiente, y estaba rodeada de árboles gigantescos, cuyos troncos, rectos y regulares, formaban todo alrededor una especie de colunata blanca; algunos árboles gigantescos yacían en tierra, mientras allá, á la izquierda, otros, aserrados ya, hallábanse cuidadosamente colocados, en disposición de que los cargarán para llevarse los. El frío se había hecho más intenso desde la hora del crepúsculo; los pedazos de corteza de árbol crujían bajo los piés. A fier de tierra estaba muy oscuro; pero las copas de los árboles se destacaban sobre el fondo azul del cielo, en donde la luna llena aparecía pronto.

Tres mil mineros próximamente habían acudido á la cita; formaban una abigarrada muchedumbre de hombres, mujeres y chiquillos, que invadía poco á poco la planicie; y el mar de cabezas se extendía hasta más allá de los árboles que aún no habían sido cortados. De la multitud salía un murmullo colosal, parecido al ruido de una tempestad lejana.

Allá, en lo alto de la pendiente, se hallaba Esteban, acompañado de Rasseneur y de Souveraine. Estaban disputando, y sus voces se oían al otro extremo de la planicie. Junto á ellos, algunos otros escuchaban la conversación; Mahen, con sombrío silencio; Levaque, apretando los puños, Pierron, volviéndose de espaldas y lamentando no haber podido pretextar por más tiempo una enfermedad que no existía; también estaban allí el tío *Buenamuerte* y Mouque, el padre, sentados el uno junto al otro en el tronco de un árbol, y profundamente reflexivos. Más allá veíanse los aficionados á echarlo todo á broma: Zacarías, el hijo de Mouque, y algunos otros, que habían ido sólo para divertirse; y á su lado, formando perfecto contraste con ellos por su actitud recogida, como si estuvieran en la iglesia, las mujeres, casi todas agrupadas. La mujer de Mahen, silenciosa como su marido, meneaba la cabeza al oír los sordos juramentos de Levaque. Filomena tosía mucho, porque su bronquitis crónica había empeorado desde que comenzara el invierno. Solamente la Mouquette reía con toda su alma, al ver el modo que tenía la *Quemada* de tratar á su

hija, á quien insultaba de mala manera, llamándola tunanta, porque se atracaba de conejo, mientras los demás se morían de hambre, y porque estaba vendida á los burgueses á causa de la cobardía de su marido. Y sobre el montón de maderos simétricamente colocados, de que hablamos antes, se había subido Juanillo, ayudando á Lidia para que hiciera otro tanto, y obligando á Braulio á que los siguiera.

La disputa nacía de que Rasseneur deseaba proceder en regla para que se eligiera una mesa y un presidente, según costumbre. Su derrota en la reunión de la *Alegría* le tenía furioso, y se había jurado á sí mismo buscar el desquite, esperando reconquistar su legítima influencia cuando no se viera entre delegados de la Internacional, sino frente á frente con sus amigos los mineros. Estaban consideraba estúpida la idea de elegir presidencia en mesa en medio de aquel bosque. Debían usar procedimientos salvajes, puesto que se les acosaba como á lobos.

Viendo que la disputa se eternizaba, acudió á la multitud, y, subiéndose en el tronco de un árbol, gritó con voz fuerte:

—¡Compañeros! ¡Compañeros!

Los murmullos de aquella muchedumbre se ahogaron en un suspiro general, mientras Souveraine ponía silencio á las protestas de Rasseneur. Estaban seguía hablando con voz cada vez más enérgica:

—¡Compañeros, puesto que se nos prohíbe hablar, puesto que envían gendarmes para atacarnos como si fuésemos bandoleros, en este sitio tenemos que ponernos de acuerdo!

Una tempestad de gritos y de exclamaciones contestó á estas primeras palabras:

—Sí, sí, el bosque es nuestro, y tenemos derecho á hablar aquí cuanto queramos... ¡Habla!

Entonces Esteban permaneció un momento inmóvil en el tronco de un árbol. La luna, muy baja en el horizonte, no alumbraba más que las copas más altas, y la multitud, que poco á poco había ido quedando en silenciosa calma, continuaba envuelta en tinieblas. Él, en lo oscuro también, se destacaba, sin embargo, allá en lo alto de la pendiente.

Levantó un brazo con lento ademán, y empezó su discurso; pero su voz no rugía ya: había tomado el tono frío de un simple mandatario del pueblo dando cuentas á éste de su gestión.

En una palabra; pronunciaba el discurso que había interrumpido el inspector de policía en la reunión del salón de la viuda Desir; y comenzaba haciendo rápidamente la historia de la huelga, afectando científica elocuencia: hechos, y nada más que hechos. Primeramente explicó que la huelga le repugnaba: los mineros no la habían querido; era la Compañía la que la había provocado con sus nuevas tarifas y sus exigencias injustas. Luego recordó el primer paso dado por los delegados en casa del director, la mala fe del Consejo de Administra-

ción, sus tardías confesiones cuando por segunda vez visitaron á Hennebeau, devolviéndoles los diez céntimos que habían tratado de robarles. Tal era la situación en aquel momento; explicó por partidas sueltas en lo que se había gastado el dinero que tenían en la Caja de Socorro; indicó el empleo dado á los socorros recibidos; excusó con afectuosas frases á la Internacional, á Pluchart y á los otros, porque realmente no podían hacer todo lo que deseaban, hallándose solicitados por mil cuidados diferentes, hijos de su tarea de conquistar al mundo entero. La situación, pues, iba empeorando de día en día; la Compañía echaba á la calle á muchos de ellos, amenazándoles con llevar obreros de Bélgica; además, intimidaba á los pusilánimes, y había conseguido que algunos obreros volvieran á las minas.

Todo esto lo decía con monótona voz, como si quisiera aumentar con el tono la importancia de aquellas desagradables noticias, añadiendo que había vencido el hambre, que la esperanza estaba muerta, que la lucha había llegado á su último extremo. Y bruscamente concluyó, sin mudar de tono:

—En estas circunstancias, compañeros, urge que adoptéis una resolución esta noche misma. ¿Queréis que la huelga continúe? Y en este caso, ¿qué pensáis hacer para vencer á la Compañía?

La contestación fué un silencio tan profundo, como si sólo hubiera hablado con el estrellado cielo. La muchedumbre, á la cual no se veía, continuaba

silenciosa en la oscuridad, ante aquellas palabras que la conmovían.

Pero Esteban continuó variando de tono. Ya no era el secretario de la Asociación el que estaba hablando: era el jefe de un movimiento popular, el tribuno, el apóstol que predicaba lo que él creía verdad. ¿Habría algunos cobardes que faltasen á su palabra? ¡Cómo! ¿Habrían pasado durante un mes, todo género de penalidades para volver á agachar la cabeza, y trabajar de nuevo como si tal cosa hubiera sucedido? ¿No era mejor morir de una vez, pero procurando antes sacudir aquella infame tiranía del capital, que mataba de hambre al trabajador? ¿No era estúpido someterse siempre cuando llegaba el momento del hambre, hasta que el hambre lanzaba otra vez á los más tranquilos á la sublevación?

Y hacía el retrato de los mineros explotados por la Compañía, soportando todos los desastres de las crisis; reducidos á no comer apenas porque las necesidades de la competencia producirían baja en los precios. ¡No! La nueva tarifa no era aceptable, porque encerraba una economía disimulada, que consistía en robar á cada uno una hora de trabajo todos los días. Era demasiado; todos estaban hartos, y era llegado el momento de que los miserables, acosados hasta el último extremo, se hicieran justicia de una vez.

Esteban, al concluir, se quedó con los brazos levantados. La muchedumbre se estremeció ante

aquella palabra de justicia, y rompió en aplausos y en voces de:

—¡Justicia!... ¡Ya es tiempo!... ¡Justicia!

Poco á poco Esteban se entusiasmaba. No tenía la palabra fácil de Rasseneur. A veces le faltaban frases, y tenía que esforzarse para ducir lo que pensaba, ayudándose con un movimiento de hombros. Pero por ese mismo esfuerzo encontraba á menudo imágenes familiares de extraordinaria energía, con las cuales se apoderaba de su auditorio, mientras que sus actitudes de minero en el trabajo, sus codos recogidos para lanzar luego con fuerza los puños hacia adelante, ejercían también una influencia inmensa sobre sus compañeros. Todos lo decían: era pequeño, pero se hacía escuchar.

—Los jornales son una forma de la esclavitud —continuó con voz más fuerte.— La mina debe ser del minero, como el mar es del pescador, como la tierra es del labrador... ¡Oído bien! la mina os pertenece á todos vosotros, que, desde hace un siglo, la estáis comprando con vuestros sufrimientos, y á veces con vuestra vida.

Con la mayor frescura abordó las más árduas cuestiones de Derecho, de las leyes especiales de Minas, de las cuales no comprendía una palabra. El subsuelo, lo mismo que el suelo, debía pertenecer á la nación: era un privilegio odioso que el Estado concediera su explotación exclusiva á las Compañías, tanto más, cuanto que, con respecto á Montson, la pretendida legalidad de sus concesio-

nes se complicaba con los tratados hechos en otro tiempo con los terratenientes. El pueblo de los mineros no tenía, por lo tanto, más que reconquistar su bienestar; y, extendiendo los brazos, señalaba á toda la comarca que se adivinaba al otro lado del bosque. En aquel momento la luna, que iba subiendo en el horizonte, le bañó en su luz. Cuando la multitud, todavía entre tinieblas, le vió así iluminado por los pálidos rayos del astro de la noche, y en actitud de distribuir la fortuna y el bienestar entre todos, comenzó á aplaudir frenéticamente otra vez.

—¡Sí, sí, tiene razón! ¡Bravo, bravo!

Entonces Esteban abordó su cuestión predilecta, la atribución de los instrumentos de trabajo á la colectividad, como decía él con delicia y ahuecando la voz. En él la evolución era ya completa: arrancando de la conmovedora fraternidad de los catecúmenos, de la precisión de reformar los jornales, llegaba á la idea política de suprimirlos. Desde el día de la reunión en casa de la viuda Désir, su colectivismo, todavía humanitario y sin fórmula, se había acentuado con un difícil programa, del cual discutía científicamente cada uno de los artículos. En primer lugar, aseguraba que la libertad sólo podía ser obtenida por la destrucción del Estado. Luego, cuando el pueblo se apoderase del gobierno, empezarían las reformas: vuelta á la primitiva comunidad, sustitución por la familia igualitaria y libre de la familia moral y opresiva, abso-

luta igualdad civil, política y económica, garantida por la independencia individual, gracias á la posesión y al producto íntegro de los útiles del trabajo; y, finalmente, enseñanza profesional y gratuita, pagada por la colectividad. Aquello constituía una reforma completa, definitiva, de la sociedad, libertándola de su antigua podredumbre; combatía el matrimonio y el derecho de testar; reglamentaba la fortuna de cada cual; derrumbaba el monumento de los siglos pasados, siempre hablando con la misma entonación, con el mismo gesto, con el ademán propio del segador que siega las mieses maduras; y luego, con la otra mano, reconstruía, edificaba la humanidad del porvenir, edificio de verdad y de justicia, que se agrandaría en los albores del siglo xx. En aquel esfuerzo del cerebro vacilaba la razón, y no quedaba en él sino la idea fija del sectario. Los escrúpulos de su sensibilidad y de su buen sentido desaparecían, y consideraba facilísima la realización de sus ideales; todo lo tenía previsto, y hablaba de ello como de una máquina que podría montarse en dos horas.

—¡Ha llegado la nuestra!—gritó con un acento de entusiasmo final.—¡Ha llegado el momento de que tengamos en nuestras manos el poder y la riqueza!

La muchedumbre lanzaba frenéticos gritos de entusiasmo, que resonaron mucho más allá de los confines del bosque de Vendome. La luna alumbraba ya toda la planicie, y permitía ver el mar

inmenso de cabezas que, arrancando del tronco donde se había subido Esteban, se extendía agitado hasta el lindero del bosque con la carretera. Y allí, al aire libre, bajo la influencia de aquel frío glacial, un pueblo entero, hombres, mujeres y chiquillos, con las bocas abiertas, los ojos fosforescentes y el ademán airado, reclamaban con frenesí el bienestar y la fortuna que les correspondían. Ya nadie sentía el frío: las ardientes palabras del minero les abrasaban las entrañas. Una exaltación verdaderamente religiosa les elevaba de la tierra; era la fiebre de esperanza que agitó á los primeros cristianos de la Iglesia, cuando aguardaban el próximo advenimiento de la justicia. Muchas frases oscuras habían escapado á su comprensión, porque no entendían los razonamientos técnicos ni abstractos; pero esa misma oscuridad, ese mismo tecnicismo, ensanchaban el campo de las promesas y agrandaban las esperanzas. ¡Qué sueño! ¡Ser los amos, dejar de sufrir, disfrutar al cabo como los privilegiados de la fortuna!

—¡Eso es, vive Dios! ¡Llegó nuestro turno! ¡Mueran los explotadores!

Las mujeres, sobre todo, estaban muy exaltadas; la de Maheu abandonaba su calma habitual, acometida del vértigo del hambre; la de Levaque bramaba de furor; la vieja *Quemada*, fuera de sí, agitaba sus brazos; Filomena era presa de un golpe de tos, y la Monquette, entusiasmada, echaba á voz en cuello expresivos piropos al orador, que era para

ella un ídolo. Entre los hombres, Maheu, conquistado al cabo, lanzaba gritos de furia, colocado entre Pierron, que se había echado á temblar, y Levaque, que hablaba sin detenerse; entre tanto, los aficionados á echarlo todo á barato, Zacarias, el hijo de Mouque y sus compañeros, trataban aún de bromear; pero, á su pesar, se sentían poseídos de los sentimientos dominantes en la generalidad, bien que confesando solamente su asombro de que Esteban pudiese hablar tanto sin echar un trago. Pero nadie armaba tanto estrépito como Juanillo, el cual excitaba á Braulio y á Ladia, y agitaba furiosamente la cesta donde gemía la pobre *Polonia*.

Las aclamaciones no cesaban; Esteban disfrutó largo rato los efectos de su popularidad. Aquel era su poder, que tenía como materializado dentro de aquellos tres mil pechos, cuyos corazones hacía latir á su antojo con una sola palabra. *Souveraine*, que continuaba á su lado, había aplaudido sus propias ideas á medida que las iba reconociendo, satisfecho de los progresos anárquicos de su amigo, y bastante contento con su programa, salvo el artículo sobre enseñanza obligatoria, que creía ser un resto de estúpido sentimentalismo, porque la santa y saludable ignorancia era el baño en que debía acabar de modificarse la humanidad. *Rassembleur*, por su parte, encolerizado y desdenoso, se encogía de hombros.

—¿Me dejarás al cabo hablar?—gritó á Esteban. Este se bajó del tronco del árbol.

—Habla; veremos si te escuchan.

Ya Rasseneur, que había ocupado el mismo puesto, reclamaba el silencio con un gesto enérgico. El ruido no cesaba; su nombre corría de boca en boca, desde la de los que, hallándose más próximos, le habían conocido, hasta las últimas filas de mineros congregados en el bosque; y nadie quería escucharle: era un ídolo caído en desgracia, cuyos antiguos adoradores no querían ni verle. Su elocuencia y su fácil palabra se calificaban ahora de insulsas y propias para acabar de desanimar á los cobardes. En vano habló un momento entre aquella gritería infernal; quiso pronunciar el discurso conciliador que había pensado; hablar de la imposibilidad de alterar la faz del mundo con unas cuantas leyes; de la necesidad absoluta de dejar á la evolución social que realizase lentamente su tarea: burláronse de él, le silbaron, y su derrota pasada aumentó en aquel momento, y se hizo irremediable. Acabaron por tirarle puñados de tierra, y una mujer gritó:

—¡Abajo ese traidor!

El tabernero explicaba que la mina no podía ser del minero, como sucedía en otros oficios, y que era mucho mejor ver la manera de tener participación en sus beneficios, y de que el obrero se convirtiese en niño mimado de la casa dentro de las minas.

—¡Abajo ese traidor!—repitieron varias voces, mientras algunos empezaban á tirarle piedras.

Entonces cambió de color, y lágrimas de desesperación acudieron á sus ojos. Aquello era la ruina, el desmoronamiento de veinte años de ambicioso compañerismo, que se hundían á impulsos de la ingratitud popular. Bajóse del tronco del árbol con el corazón dolorido, y sin ánimos para seguir hablando.

—¿Te ríes, eh?—murmuró, dirigiéndose á Esteban, triunfador.—Bueno: no deseo sino que llegue á sucederte lo mismo.

Y como para eximirse de todo género de responsabilidades, en los desastres que consideraba inminentes, se alejó de allí, solo, por el desierto camino que conducía á *La Foreux*.

Continuaron las aclamaciones, y el auditorio quedó sorprendido al ver en pie sobre el tronco del árbol al tío *Buenamuerte*, que se preparaba á hablar en medio del tumulto. Hasta entonces él y su anágo *Monque* habían permanecido absortos, y, como siempre, profundamente reflexivos, pensando en cosas antiguas. Sin duda acababa de sentirse acometido de una de esas crisis que alguna que otra vez removían en él de tal modo sus recuerdos, que el pasado se desbordaba por su boca durante horas y horas.

En un momento reinó profundísimo silencio; todos querían oír á aquel anciano, que, á la pálida luz de la luna, parecía un espectro, y como empezó á decir cosas y á contar historias que no tenían relación inmediata con el debate, la curiosidad y

el interés crecieron considerablemente. Hablaba de su juventud, contaba la muerte de dos tíos suyos, aplastados por desprendimientos ocurridos en *La Voreux*, y luego la de la enfermedad del pecho que mató á su mujer. Pero todo eso no le había hecho abandonar su idea de que las cosas no iban bien, y tenía la franqueza de decirlo. Empezó á explicar que una vez se reunieron en aquel mismo sitio quinientos obreros, porque el Rey no quería disminuir las horas de trabajo; pero se detuvo, y comenzó á hablar de otra huelga: ¡había visto tantas! Todas se declaraban allí mismo, á la sombra de aquellos árboles: unas veces hacía frío, otras calor. En una ocasión llovió tanto, que fué necesario retirarse sin poder hablar. Y luego llegaban los soldados del Rey, y la cosa concluía á tiro limpio.

—Y, sin embargo, levantábamos la mano así, y jurábamos no volver más á las minas... ¡Ah! Yo lo he jurado; sí, lo he jurado muchas veces.

La muchedumbre escuchaba con gran interés, poseída de un marcado malestar, cuando Esteban, que seguía atento los incidentes todos de aquella escena, subió al troncó del árbol, y se colocó junto al anciano. Acababa de ver entre los de primera fila á Chaval. La idea de que Catalina debía estar allí, le había hecho estremecerse y sentir la necesidad imperiosa de hacerse aplaudir frenéticamente delante de ella.

—Compañeros, ya lo habéis oído; aquí tenéis á uno de nuestros camaradas más antiguos: mirad lo

que ha sufrido y lo que sufrirán nuestros hijos, si no acabamos de una vez con los ladrones y con los verdugos del pueblo.

Fué terrible; jamás había hablado con tal violencia, con tal ensañamiento. Con un brazo sujetaba al viejo *Buenamuerte*, agitándolo como si fuese una bandera de miseria y de duelo, cuya vista sola hiciera clamar venganza. Con frase rápida y enérgica se remontó hasta el primero de los Maheu; hizo la pintura de toda aquella familia gastada en la mina, explotada por la Compañía, y más muerta de hambre ahora, después de cien años de trabajo, que el primer día; y para formar el contraste, describía las familias de los Consejeros de Administración, de los accionistas cubiertos de dinero, como si uno hubiese nacido para mantener á tales haraganes, como se puede mantener una querida, rompiéndose el alma para que ella no haga nada. ¿No era horrible ver á todo un pueblo que, de generación en generación, perdía la vida y la salud en el fondo de una mina, por dar de comer á los ministros, para que otras familias, de generación en generación también, disfrutasen de todas las delicias de la buena vida? Había estudiado las enfermedades del minero, y las explicaba una á una con pormenores verdaderamente terribles: la anemia, las escrófulas, la bronquitis crónica, el asma que ahoga, los reumatismos que paralizan.

Aquellos pobres, criaturas miserables, se veían echados á las máquinas como si fueran combusti-

ble, encerrados, como animales en sus establos, en los barrios que la Compañía edificaba para ellos, y los propietarios los iban absorbiendo poco á poco, reglamentando la esclavitud, y todo hacía temer que pronto, si no atajaban el mal, se apoderarían de todos los trabajadores de la mina, de millones de brazos, para que hiciesen la fortuna de unos cuantos miles de haraganes despreciables. Pero afortunadamente el minero no era ya aquel ignorante de otras épocas, aquel bruto enterrado en las entrañas de la tierra, sino que todos los mineros formaban un poderoso ejército; brotado de las profundidades de la mina, capaz de conquistar sus derechos.

Entonces se vería si, después de cuarenta años de servicios incesantes, se atrevían á ofrecer una pensión de ciento cincuenta francos á un pobre sexagenario, que escupía carbón y tenía las piernas hinchadas á causa de la humedad absorbida en la mina. ¡Sí! El trabajo pedía cuentas al capital, á ese dios impersonal, desconocido del obrero, acurrucado en alguna parte, en el misterio de su tabernáculo, desde el cual chupaba la sangre de los hambrientos que le hacían rico. ¡Se iría á buscarlo donde estuviese, se le vería á la roja llamarada de los incendios, y se ahogaría en sangre á aquel reptil inmundado, á aquel idolo monstruoso, alito de carne humana!

Esteban calló, pero con el brazo extendido hacia el vacío, seguía señalando á aquel enemigo invis-

ble que él no sabía dónde se hallaba. Esta vez las aclamaciones de la muchedumbre fueron tan frenéticas, que los burgueses de Montson las oyeron, y miraron hacia Vendome llenos de inquietud, creyendo en un terremoto ó en una tempestad terrible que se acercaba rápidamente. Las aves nocturnas, asustadas, abandonaron el bosque revoloteando, y sin saber dónde posarse.

Esteban quiso concluir en aquel momento.

—Compañeros, ¿cuál es vuestra resolución?...

¿Votáis por la continuación de la huelga?

—¡Sí, sí!—bramaron tres mil voces.

—¿Qué determinaciones tomáis?... Nuestra derrota es segura si hay traidores que vayan mañana á trabajar.

Las voces repitieron con su resoplido de tempestad:

—¡Muerte á los traidores!

—Eso es que decidís recordarles su deber y sus juramentos... Pues oid lo que podemos hacer: presentarnos en las minas, hacer comparecer á los traidores y demostrar á la Compañía que estamos todos de acuerdo y decididos á morir antes que á entregarnos.

—¡Eso es! ¡A las minas! ¡A las minas!!

Desde que comenzara su discurso, Esteban buscaba con la vista á Catalina. Decididamente no estaba allí. Pero veía á Chaval, que hacía alarde de reírse de él, encogiéndose de hombros, devorado por la envidia, dispuesto á vender su alma al demonio por un poco de aquella popularidad.

—Y si hay espías entre nosotros, compañeros — continuó Esteban, — ¡que anden con cuidado, porque les conocemos!... Sí, veo por ahí mineros de Vendome que no han dejado de trabajar.

—¿Lo dices por mí? — preguntó Chaval con tono altanero.

—Por tí ó por otro... Pero puesto que te das por aludido, te diré que deberías comprender que los que comen, no tienen nada que hacer aquí entre los que se mueren de hambre. Tú estás trabajando en *Juan-Bart*...

Una voz chillona le interrumpió:

—¡Oh! Sí, trabaja... Tiene una mujer que trabaja por él.

Chaval, furioso, exclamó:

—¡Por vida de Dios! ¿Está, acaso, prohibido trabajar!

—Sí — gritó Esteban: — está prohibido, cuando los compañeros sufren la miseria y el hambre por el bien general: es un egoísta y es un canalla el que en tales circunstancias se pone del lado de los propietarios. Si la huelga hubiera sido general, hace mucho tiempo que seríamos los amos... ¿Acaso en Vendome ha debido bajar ni un solo hombre á las minas cuando los de Montson están parados? El golpe de gracia sería que el trabajo se interrumpiera en toda la comarca, lo mismo en las minas del señor Deneulin que aquí... ¿Lo oyes? En *Juan-Bart* no hay más que traidores... Todos los de allí sois unos traidores.

Alrededor de Chaval la multitud empezaba á adoptar actitudes amenazadoras; algunos puños se levantaban, y varias voces se oían gritando: «¡Muera! ¡Muera!» Chaval, lleno de terror, estaba pálido hasta la lividez. Pero, en su afán de vencer á Esteban, le ocurrió una idea, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Oídme! ¡Id mañana á *Juan-Bart*, y veréis si trabajo!... Somos de los vuestros, y he venido aquí para deciroslo. Es menester apagar las máquinas, que los maquinistas se declaren en huelga. Si las bombas se detienen, ¡mejor! ¡El agua inundará las minas, y todo se irá al demonio!

A su vez recibió frenéticos aplausos, comparables con los que había oído Esteban. Unos oradores se fueron sucediendo á otros en el tronco del árbol gesticulando en medio del tumulto, y formulando proposiciones salvajes. Era la locura de la fe, la impaciencia de una secta religiosa, que, cansada de esperar el prometido milagro, se decidiera á provocarlo. Todas aquellas cabezas, calenturientas por efecto del hambre, lo veían todo de color rojo, y soñaban sangre y exterminio en medio de una gloria de apoteosis, de donde salía la dicha universal. Y la luna tranquila bañaba de luz aquella horda de salvajes, y el espeso y silencioso bosque parecía repetir aquellos gritos de venganza.

Hubo grandes empujones; la mujer de Maheu se balló sin saber cómo al lado de su marido, y uno y otro, olvidando su buen sentido de siempre,

trabajados por las terribles privaciones que venían sufriendo hacía meses, aprobaban con entusiasmo las palabras de Levaque, que á voz en cuello pedía la cabeza de los ingenieros. Pierron había desaparecido. Buenaverte y Monque hablaban á la vez, diciendo con ademán violento cosas que nadie oía. Por broma, Zacarias pidió la demolición de las iglesias, mientras el hijo de Monque, que llevaba todavía en la mano el palo de jugar á la *toña*, golpeaba el suelo con él para armar más ruido. Las mujeres estaban furiosas, especialmente la de Levaque, que con los brazos en jarras reñía con su hija Filomena, á quien acusaba de estarse riendo de aquellas cosas tan serias; la Mouquette hablaba de correr á los gendarmes á puntapiés en la parte posterior, mientras la *Quemada*, que había dado una paliza á Lidia porque la encontró sin su cesta, seguía dando puñetazos al aire, dirigidos, según decía, contra todos los propietarios, á quienes deseaba tener entre sus uñas. Por un momento, Juanillo se había quedado turbado, porque Baulio acababa de saber que un aprendiz había dicho á la señora Rasseneur que ellos eran los que robaron la coneja *Polonia*; pero cuando se tranquilizó pensando que soltaría la coneja á la puerta de la taberna, empezó á gritar más que antes, y abrió la navaja nueva que tenía, haciendo brillar la hoja á la luz de la luna. La salvaje gritaría continuaba incesantemente, mientras Souveraine, tranquilo, sonreía con calma en medio de aquel tumulto.

—¡Compañeros! ¡Compañeros!— repetía Esteban, ronco ya de gritar tanto, á fin de conseguir un poco de silencio para que pudieran entenderse. Por fin le escucharon.

—¡Compañeros! Mañana por la mañana, á *Juan-Bart*: ¿está convenido?

—¡Sí, sí, á *Juan-Bart*! ¡Mueran los traidores!

El huracán de aquellas tres mil voces rebasaba el bosque, y llegaba hasta el pueblo de Montson, llenando de espanto á sus pacíficos habitantes.



PARTE SEGUNDA

I.

Las cinco se puso la luna, y quedó la madrugada muy oscura. Todos dormían aún en casa de los señores Deneulín; el antiguo caserón de ladrillos permanecía silencioso y sombrío, las puertas y ventanas estaban cerradas, y desierto el mal cuidado jardinillo que separaba la casa de la plataforma de *Juan-Bart*. Por el otro lado pasaba el camino de Vendome, un pueblecillo oculto detrás del bosque, á unos tres kilómetros de distancia.

Deneulín, cansado de haber pasado un gran rato el día antes en el fondo de la mina, roncaba como un bendito, con la nariz entre las sábanas, cuando soñó que le llamaban. Acabó por despertar; oyó realmente una voz que le nombraba, y corrió

á abrir la ventana. Era uno de sus capataces que estaba en el jardín, al pie de la ventana de su alcoba.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Señor, una sublevación; la mitad de la gente no quiere bajar al trabajo, y han ido á impedir que trabajen los demás.

Sin duda comprendía mal, porque no estaba bien despierto:

—¡Pues obligadles á que trabajen, con mil rayos!—murmuró.

—Ya hace una hora que están con eso—replicó el capataz.—Por eso se nos ha ocurrido venir á buscartos. Solamente vos lograréis, acaso, que obedezcan.

—Bueno; allá voy.

Se vistió en un dos por tres, llevo de inquietud. Aunque se hundiera el mundo, ni el criado ni la cocinera despertaban; pero arriba, en el piso principal, oyó voces que cuchicheaban; y al salir, vió abrir la puerta de la escalera y aparecer á sus dos hijas, quienes se habían echado rápidamente un peinador.

—Papa, ¿qué es eso?—dijeron.

La mayor, Lucía, tenía veintidós años; era alta, morena, muy guapa; mientras Juana, la menor, que tendría apenas diecinueve, era baja, rubia y muy graciosa.

—Nada grave—respondió él para tranquilizarlas.—Parece que han armado un escándalo en la mina, y voy á ver.

Pero ellas protestaron, porque no querían que se fuese sin tomar algo; si no, volvería malo, y se quejaría del estómago como de costumbre. El padre se excusaba diciendo que tenía mucha prisa.

—Escucha—dijo Juana colgándose á su cuello: —toma siquiera una copita de ron y dos galletas; si no, no me suelto de tu cuello, y tendrás que llevarme contigo.

Deneulin tuvo que resignarse, si bien diciendo que de seguro le sentirían mal las galletas. Ya bajaba cada una de ellas con un candelero en la mano. Abajo, en el comedor, se desvivieron por servirle cariñosamente, una dándole el ron en la copa, la otra corriendo á la despensa en busca de una caja de galletas. Como habían perdido á su madre siendo muy jóvenes, se habían educado á sí mismas, bastante mal, muy mimadas por su padre: la mayor, soñando siempre con cantar en el teatro, y su hermana, loca por la pintura, y con unos atrevimientos de artista que la singularizaban. Pero cuando hubo que hacer economías en la casa, á consecuencia de grandes pérdidas de fortuna, había surgido en aquellas muchachas de aspecto extravagante, verdadero instinto de mujeres de su casa, muy arregladas, y cuyo cuidado extremo descubría hasta las sisas de algunos céntimos cuando tomaban la cuenta de la cocinera. En la actualidad, con su aire de artistas un tanto hombruno, eran las dueñas del dinero, escatimaban todos los gastos superfluos, reñían con el tendero y el carbonero, re-

mendaban hábilmente la ropa, y, á fuerza de esmero, ocultaban los appros pecuniarios que pasaba la familia.

—Come, papá,—repitió Lucía.

Luego, observando la preocupación que el señor Deneulin no lograba disimular, participó ella también de la misma, y se sintió sumamente inquieta.

—La cosa debe ser grave, cuando pones esa cara y no quieres decirme nada... Pues, mira, nos quedamos en casa, y que se pasen sin nosotras en el almuerzo.

Hablaba de los proyectos forjados para aquella mañana. La señora de Hennebeau debía ir á buscarlas en carruaje, después de recoger á Cecilia Gregoire en su casa, para ir todas reunidas á Marchiennes, con objeto de almorzar en una fábrica, invitadas por la señora del Director de la misma. El objeto era visitar detenidamente unas máquinas nuevas que acababan de ser instaladas.

—¡Pues claro está que no iremos!—declaró Juana á su vez.

Pero su padre se enfadó.

—¡Vaya una tontería!—dijo.—Os repito que esto no es nada... Hacedme el favor de volver á la cama, y vestíos á eso de las nueve, según quedó convenido.

Les dió un beso á cada una y se apresuró á salir.

Juana tapó cuidadosamente la botella del ron, mientras su hermana iba á guardar bajo llave la caja de las galletas. La habitación estaba muy lim-

piá, pero con esa limpieza fría, peculiar á los comedores cuya mesa no es muy succulenta. Las dos muchachas aprovecharon el madrugón para pasar revista á todo y ver si habían dejado los criados cada cosa en su sitio; hallaron una servilleta tirada en un rincón, y decidieron echar una filípica al criado. Luego volvieron á subir á sus habitaciones.

Deneulin, por el camino, iba pensando en su fortuna, comprometida de mala manera en aquella acción de Montson que había vendido; en aquel millón realizado poco tiempo antes, y que ahora se hallaba en gravísimo peligro. Era una serie no interrumpida de desgracias, de reparaciones enormes, é imprevistas condiciones ruinosas de la explotación; luego aquella crisis industrial, precisamente en el momento de empezar á cobrar beneficios. Si la huelga se declaraba entre sus mineros, estaba perdido. Empujó la puertecilla del jardín: los edificios de la mina se adivinaban en la oscuridad, gracias á unos cuantos faroles.

Juan-Bart no tenía la importancia de *La Voreux*; pero como la instalación era nueva, el aspecto de la mina era muy bonito, según la frase de los ingenieros. No sólo habían ensanchado en más de un metro la boca del pozo y dádole hasta setecientos ocho metros de profundidad, sino que habían montado máquinas nuevas, ascensores nuevos, todo el material con arreglo á los últimos adelantos de la ciencia; y hasta en los pormenores más pequeños se notaba cierta elegancia, cierta coquetería: un ta-

ller de cerner con alumbrado nuevo, un ventilador adornado con un reloj, un cuarto de máquinas donde todo brillaba perfectamente limpio y perfectamente cuidado, y hasta la chimenea era elegante, y hecha de mosaico con ladrillos negros y encarnados. La bomba de desagüe se hallaba colocada en el otro pozo de la concesión, en la antigua mina *Gaston Maria*, reservada únicamente para ese uso. En *Juan-Bart*, á derecha é izquierda del pozo de extracción, se veían otros dos pozos pequeños, uno para un ventilador de vapor y otro para las escalas.

Aquella mañana á las cuatro llegó Chaval el primero, para hablar con los compañeros y convencerles de que era necesario imitar á los de Montson, y pedir un aumento de cinco céntimos en el precio de cada carretilla. Pronto los cuatrocientos obreros del fondo salieron de la barraca, para entrar en la sala del pozo de bajada en medio de un tumulto extraordinario. Los que querían bajar tenían la linterna en la mano, estaban descalzos y con las herramientas debajo del brazo; mientras que los otros, todavía con los zuecos puestos, sin quitarse los capotes, porque hacía mucho frío, interceptaban la boca del pozo; y los capataces se habían puesto roncos, voceando que no debía nadie oponerse á que trabajaran los que tuviesen voluntad de ello.

Pero Chaval se enfureció al ver á Catalina vestida de hombre y dispuesta á bajar. Aquella mañana le había ordenado que no saliera de casa. La muchacha, sin embargo, desesperada al pensar que

podían quedarse sin trabajo, le siguió, porque su amante no le daba jamás dinero, y á menudo tenía élla que pagar sus cosas y las de él; ¿qué le iba á suceder si dejaba de ganar? Tenía miedo, mucho miedo á cierta casa pública de Marchiennes, donde acababan las mineras jóvenes que se encontraban sin hogar y sin pan.

—¡Por vida de Dios!—gritó Chaval.—¿Qué vienes tú á hacer aquí?

A lo cual contestó élla, que, como no tenía rentas, necesitaba trabajar.

—¡Conque te pones contra mí, bribona!... Vuelve corriendo á casa, ó te hago yo ir á puntapiés.

Catalina, asustada, retrocedió; pero no se marchó, resuelta á estar allí, hasta ver en qué quedaba la cosa.

En aquel momento se presentó Deneulín. A pesar de la escasa claridad de los faroles, abarcó con una sola mirada el cuadro que se presentaba á su vista, cuyos pormenores le eran conocidos, porque se sabía de memoria la cara de cada uno de sus obreros. El trabajo estaba detenido; la máquina, que había hecho ya vapor, silbaba de vez en cuando para desahogar; los ascensores colgaban inmóviles de los cables; las carretillas, abandonadas, vetanse detenidas sobre los rails. No habían tomado más que unas ochenta linternas; las demás lucían aún en la lampistería. Pero una sola palabra suya bastaría para evitar el conflicto, y la vida normal del trabajo se restablecería en seguida.

—¡Hola! ¿Qué es eso, hijos míos?—preguntó en alta voz.—¿Qué quejas tenéis? Explicádmelas, y de seguro que nos entenderemos en seguida.

Ordinariamente se mostraba muy paternal con sus obreros, aunque muy exigente también. Con ademán autoritario y bruscos modales, trataba primero de conquistarlos con buenas palabras; y á menudo se hacía querer, aunque lo que los obreros respetaban en él era al hombre valeroso, que compartía con ellos las rudas fatigas de las minas, y que era siempre el primero cuando ocurría algún accidente peligroso. Dos ó tres veces, después de explosiones de grisú, se había hecho bajar al fondo de la mina, atado á unas cuerdas, cuando los más animosos se hacían atrás.

—Vamos—replicó;—supongo que no iréis á dejarme mal, después de haber respondido de vosotros. Ya sabéis que me he negado á que vinieran aquí los gendarmes... Hablad, que ya os escucho.

Todos callaban, turbados delante de él, y separándose de allí; al fin, Chaval tomó la palabra, y dijo:

—Señor Deneulín: la verdad es que no podemos continuar trabajando, si no se nos dan cinco céntimos más por cada carretilla.

El dueño de la mina pareció muy sorprendido.

—¡Cómo! ¡Cinco céntimos! ¿Y á qué viene esa exigencia? ¡Yo no me quejo, ni de vuestra manera de apuntalar, ni trato de imponeros una nueva tarifa, como hace con sus obreros la Compañía de Montson.

—Es verdad; pero, así y todo, los compañeros de Montson tienen razón. Rechazan la tarifa, y exigen un aumento de cinco céntimos, porque es imposible trabajar con los jornales actuales... Queremos cinco céntimos más: ¿no es verdad, compañeros?

Algunas voces asintieron a lo que decía Chaval, y el tumulto empezó de nuevo. Poco a poco todos los obreros se iban acercando, y formando estrecho círculo.

En los ojos del señor Deneullín brilló un relámpago de rabia, y tuvo que hacer un esfuerzo para no aparecer el hombre aficionado a los procedimientos de fuerza, cogiendo á uno por el pescuezo, y ahogándolo. Prefirió discutir y hablar tranquilamente.

—Queréis cinco céntimos más, y concedo que vuestro trabajo los merece; pero yo no puedo dárselos. Si os los diera, me arruinaría sencillamente... Comprended que es necesario que yo viva para que viváis vosotros. Y estoy tan apurado, que el menor aumento me desnivelaría... Acordáos de hace dos años, cuando la última huelga. Accedí á lo que pedisteis, porque todavía me era posible hacerlo. Pero aquel aumento de jornal fué desastroso para mí, y desde entonces me tiro de una oreja y no me alcanzo la otra... Hoy preferiría dejar que todo esto se fuese al demonio, al verme el mes que viene en el caso de no tener dinero para pagarlos. Chaval sonreía maliciosamente enfrente de aquel

propietario que con tanta franqueza les contaba sus apuros. Los otros bajaban la cabeza con ademán incrédulo, no pudiendo comprender que el propietario de una mina no ganara millones y millones á costa de los obreros.

Entonces Deneullín insistió, explicando su lucha contra la Compañía de Montson, la cual andaba siempre deseando el momento de su ruina. Le hacía una competencia tremenda, que le obligaba á ser económico, tanto más, cuanto que la profundidad de *Juan-Bart* aumentaba los gastos de extracción, condición tan desfavorable, que apenas se veía compensada con la ventaja de que la capa de carbón tenía más espesor allí que en Montson. Jamás hubiera aumentado los jornales á consecuencia de la última huelga, si no se hubiera visto obligado á imitar á sus adversarios, temiendo que sus obreros le abandonasen. Es verdad que éstos hubieran perdido tanto como él sometiéndose al yugo de la Compañía de Montson, después de obligarle á vender la mina. Él no era un dios desconocido, encerrado en lejano y misterioso tabernáculo; no era uno de esos accionistas que dan sueldos á un director-gerente para que atormente al obrero y le saque el jugo; era un propietario que, además de su dinero, arriesgaba su inteligencia, su salud, su vida entera. La huelga iba á ser la muerte, ni más ni menos. No tenía nada almacenado, y por fuerza debía servir los pedidos que se le hacían. Por otra parte, el capital que representaba el material no

podía permanecer inactivo sin irse al diablo. ¿Cómo había de cumplir sus compromisos? ¿Quién pagaría los intereses de los capitales que le habían confiado sus amigos? Tendría que declararse en quiebra.

—Ya veis si os hablo con franqueza, amigos míos!—dijo para terminar.—Quisiera convencerlos... No se puede pedir á un hombre que se ahorque á sí mismo, ¿no es verdad? Y ya os dé los cinco céntimos de aumento que pedís, ya os deje que os declaréis en huelga, para mí es lo mismo que si me cortaran el pesuezo.

Calló. Una parte de los obreros parecía titubear; algunos se acercaron á la boca del pozo, como si se dispusiesen á bajar.

—Por lo menos—dijo un capataz,—que cada cual sea libre de hacer lo que quiera... ¿Quiénes son los que desean trabajar?

Catalina fué una de las primeras que se adelantaron. Pero Chaval, furioso, la rechazó brutalmente, exclamando:

—Todos estamos de acuerdo; sólo los traidores y los cobardes son capaces de abandonar á sus compañeros!

Desde aquel momento la conciliación pareció imposible. Empezó de nuevo la gritería, y hubo empujones mayúsculos para alejar del pozo á los que se habían acercado al ascensor, á riesgo de aplastarlos contra la pared. Por un momento, el director, desesperado, tuvo el propósito de luchar solo, á puñetazos, con toda aquella gente; pero hu-

hiera sido una locura inútil, y tuvo que retirarse. Entró en la oficina de recepción, y se sentó en una silla, tan desesperado ante su impotencia, que no se le ocurría ninguna idea. Por fin se calmó, y dijo á un vigilante que llamase á Chaval; después, cuando éste consintió en celebrar la entrevista, alejó á todo el mundo con un gesto.

—Dejadnos solos—dijo.

Deneullin se proponía romper la crisma á aquel mocetón. Desde el primer momento había comprendido que estaba lleno de vanidosa envidia. Pero antes de emplear medios violentos, recurrió á la adulación, afectando sorprenderse al ver que un obrero tan bueno como él comprometiese de aquel modo su porvenir. Le dijo que hacía tiempo había pensado en él para un ascenso, y acabó por ofrecerle francamente la primera plaza de capataz que vacase. Chaval le escuchó en silencio; primero con los puños apretados, después mucho más tranquilo. En su cerebro se verificaba una gran labor; si insistía en lo de la huelga, jamás pasaría de ser el lugarteniente de Esteban, mientras que ahora concebía una nueva ambición: la de figurar entre los jefes. El orgullo se le subía á la cabeza, y le embriagaba. Por otra parte, la partida de huelguistas de Montson, que debía haber llegado por la mañana, no iría á *Juan-Bart*, porque sin duda la había sucedido algo cuando ya no estaba allí. Acaso habría tropezado con los gendarmes: la verdad era que había llegado la hora de someterse. Esto no obstante,

seguna diciendo que no con la cabeza; se las echaba de carácter incorruptible, dándose puñetazos en el pecho. Al fin, sin hablar á Deneulin de la cita que habia dado á los de Montson para aquella mañana, le prometió tratar de caluar á sus compañeros y de decidirlos á que bajasen.

Deneulin continuó escondido, y los capataces también se quitaron de en medio. Durante una hora estuvieron oyendo á Chaval, que peroraba y discutía desde lo alto de una vagoneta. Un grupo numeroso de obreros le vitoreaba, mientras unos ciento quince ó ciento veinte, indignados, se alejaron de allí, decididos á mantener la resolución que les hiciera adoptar antes. Eran ya más de las siete; estaba amaneciendo, cuando de pronto empezaron los trabajos normales de la mina, comenzando por la máquina, que puso en movimiento los cables del ascensor. Luego, entre el estruendo de las voces de mando y de las señales para la maniobra, empezó la bajada de los mineros; y los ascensores, subiendo y bajando sin cesar, dieron al pozo su acostumbrada ración de hombres, mujeres y chiquillos, mientras arriba, en la plataforma, arrastraban las vagonetas hasta el taller de cerner, con gran estrépito.

—¡Por vida de Dios! ¿Qué demonios haces ahí —exclamó Chaval, viendo á Catalina, que esperaba su turno para bajar. —¡Anda pronto, y no te bagas la remolona!

A las nueve, cuando la señora de Hennebeau llegó á casa de Deneulin en carruaje con Cecilia,

encontró á Juana y Lucía ya dispuestas y muy elegantes, á pesar de que sus vestidos habían sido reformados veinte veces. Pero Deneulin se sorprendió al ver que Negrel, á caballo, acompañaba el coche. ¿Cómo era aquello? ¿Iban hombres también? Entonces, la señora de Hennebeau explicó, con su afectuoso aire maternal, que la habían asustado, diciéndole que los caminos estaban llenos de gente de mal aspecto, y que habia querido que llevasen un defensor. Negrel, sonriendo, procuraba tranquilizarlas; no habia nada grave: amenazas y bravatas como siempre, pero nadie se atrevería siquiera á tirar una piedra al coche.

Deneulin, todavía gozoso con su triunfo, relató la reprimida sublevación de *Juan-Bart*, añadiendo que ya estaba completamente tranquilo. Y mientras las señoritas Deneulin tomaban el coche en la carretera de Vendome, todos estaban muy tranquilos pensando en lo que iban á divertirse aquel día, sin adivinar que allá á lo lejos, en el campo, se reunía el pueblo de mineros galopando en ademán hostil hacia *Juan-Bart*, lo cual hubieran podido oír pegando el oído al suelo, como hacen los escuchas.

—Conque quedamos—dijo la señora de Hennebeau—en que iréis á recoger á las niñas esta tarde á casa, y que comeréis con nosotros... La señora de Gregoire me ha prometido también ir á buscar á Cecilia.

—Contad conmigo—exclamó Deneulin.

El carruaje partió en dirección á Vendome. Juana y Lucía se asomaron á la ventanilla para despedirse con una sonrisa de su padre, que había quedado en medio de la carretera, diciéndoles adiós con la mano. Negrel, al trote de su caballo, se colocó á la portezuela del coche.

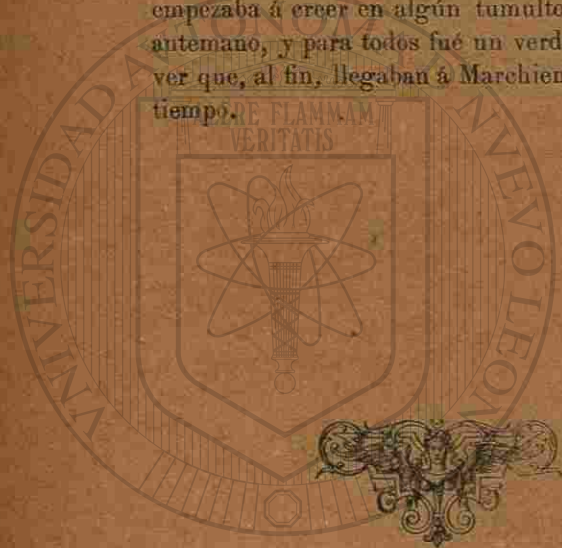
Atravesaron el bosque, y fueron á tomar el camino de Vendome á Marchiennes. Cuando pasaban cerca del *Tartaret*, Juana preguntó á la señora de Hennebeau si conocía la *Falda Verde*; y ésta confesó que, á pesar de vivir en el pueblo hacía cinco años, no había estado nunca por allí. Entonces decidieron dar un rodeo. El *Tartaret*, que se extendía bordeando el bosque, era un llano inculto, de una esterilidad volcánica, bajo la cual hacía ya siglos ardía una mina de carbón de piedra abandonada. Aquello se perdía en una leyenda que narraban los mineros de la comarca. Decían ellos que el fuego del cielo había caído sobre aquella nueva Sodomía subterránea, donde los hombres y las mujeres que trabajaban en la mina se entregaban á toda clase de excesos abominables, y que ninguno de ellos había podido escapar á tan terrible castigo. Las rocas calcinadas, de un rojo sombrío, se cubrían de manchas verdosas, que parecían de lepra. Algunos valientes que se atrevían de noche á asomarse á las grietas que se veían en la tierra, juraban distinguir unas llamas, que sin duda eran almas pecadoras consumiéndose en el fuego de aquel infierno subterráneo.

Luceillas errantes iban de una parte á otra por el suelo; veíanse todas las noches vapores caldeados que salían de la cocina del diablo. Y, semejante á un milagro de eterna primavera, en medio de aquel llano maldito, levantábase la *Falda Verde*, cubierta siempre de fresca hierba, y sembrada de trigo y de remolacha, dando hasta tres cosechas al año. Aquello era una estufa natural, caldeada por el incendio de las capas inferiores. Jamás se había visto allí nieve, porque al caer se derretía. Aquel enorme *bonquet* verde, junto á los árboles del bosque despojados de toda clase de hojas, no tenía ni siquiera señales de las heladas de Diciembre, que tanto daño hacían en el resto de la comarca.

Pronto rodó el carruaje por la carretera. Negrel se reía de la leyenda, y explicaba que á menudo se declaran incendios en el fondo de las minas á causa de la fermentación del polvo carbonífero, y que cuando no se pueden dominar al principio, no hay manera de apagarlos jamás: citaba el caso de una mina de Bélgica que habían inundado, variando el cauce del río para echar sus aguas por la boca del pozo de bajada. Pronto guardó silencio, al observar que numerosos grupos de mineros se cruzaban á cada instante con el carruaje.

Los obreros pasaban silenciosos, mirando de reojo aquel tren que les obligaba á echarse á un lado del camino. Por momentos iban aumentando tanto, que el cochero tuvo que poner los caballos al paso, para cruzar el puente del río Scarpe. ¿Qué suceda-

ría para que toda aquella gente recorriera la carretera? Las señoras estaban muy asustadas; Negrel empezaba á ercer en algún tumulto preparado de antemano, y para todos fué un verdadero consuelo ver que, al fin, llegaban á Marchiennes sin contra-tiempo.



II.

En Juan-Bart, Catalina estaba trabajando hacía ya más de una hora en el arrastre de las vagonetas; y tan fatigada se hallaba, que tuvo que descansar un momento para enjugarse la cara.

Chaval, que estaba en el fondo de la cantera arrancando carbón con sus compañeros, se sorprendió al notar que cesaba el ruido de las carretillas. Las linternas ardían muy mal, y el polvillo del carbón no permitía ver bien.

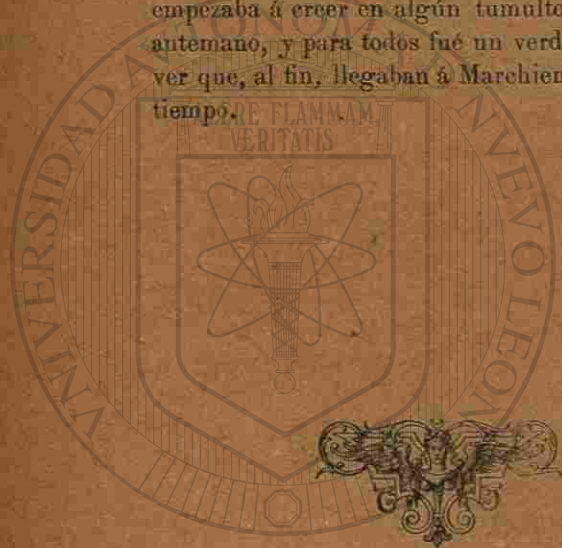
—¿Qué ha y?—gritó.

Cuando élla le contestó que se sentía mala y que de seguro iba á reventar si seguía trabajando, él la contestó brutalmente:

—¡Bestia! Haz lo que nosotros; quitate la camisa.

Hallábanse á setecientos ocho metros de profun-

ría para que toda aquella gente recorriera la carretera? Las señoras estaban muy asustadas; Negrel empezaba á ercer en algún tumulto preparado de antemano, y para todos fué un verdadero consuelo ver que, al fin, llegaban á Marchiennes sin contratiempo.



II.

En Juan-Bart, Catalina estaba trabajando hacía ya más de una hora en el arrastre de las vagonetas; y tan fatigada se hallaba, que tuvo que descansar un momento para enjugarse la cara.

Chaval, que estaba en el fondo de la cantera arrancando carbón con sus compañeros, se sorprendió al notar que cesaba el ruido de las carretillas. Las linternas ardían muy mal, y el polvillo del carbón no permitía ver bien.

—¿Qué ha y?—gritó.

Cuando élla le contestó que se sentía mala y que de seguro iba á reventar si seguía trabajando, él la contestó brutalmente:

—¡Bestia! Haz lo que nosotros; quitate la camisa.

Hallábanse á setecientos ocho metros de profun-

didad, al Norte, en la primera galería del filón *Desgado*, á unos tres kilómetros del pozo de subida. Cuando se hablaba de aquella región de la mina, los mineros de la comarca se echaban á temblar, y bajaban la voz, como si hubieran hablado del infierno; y á menudo se contentaban con mover la cabeza como si prefirieran no ocuparse de aquellas profundidades abrasadoras. A medida que las galerías, extendiéndose hacia el Norte, se aproximaban al *Tartaret*, penetraban en el incendio que más arriba calcinaba las rocas. En las canteras, en el punto adonde habían llegado los trabajos, había una temperatura media de cuarenta y cinco grados. Los obreros se hallaban allí en plena ciudad maldita, en medio de las llamas, que los que pasaban por el llano veían asomándose á las grietas, por las cuales salía marcadísimo olor de azufre.

Catalina, que ya se había quitado la blusa, tuteó un momento, y luego se despojó también del pantalón; y con los brazos y las piernas desnudas, con la camisa subida hasta la cintura y sujeta con una cuerda, empezó de nuevo su trabajo de arrastre.

—¡La verdad es que así se está mejor!—dijo en voz alta.

Sin saber por qué, tenía miedo. Desde hacía cinco días, que trabajaban en aquel sitio, pensaba sin cesar en las estupendas narraciones que había oído siendo pequenuela, y en aquellas muchachas que estaban ardiendo debajo del *Tartaret*, en castigo de

pecados que nadie se atrevía á repetir. Indudablemente ya era demasiado crecida para creer en tales tonterías; pero así y todo, ¿qué hubiese hecho si de pronto se le hubiera aparecido una mujer ardiendo? Esa idea la hacía sudar más.

A cierta distancia, una compañera suya cogía la carretilla que ella llevaba, y la arrastraba hasta el plano inclinado, donde era recibida, como las demás que bajaban de las galerías superiores, para formar los trenes.

—¡Demonio! Que cómoda te pones—dijo á Catalina su compañera, que era una viuda de treinta años de edad.—Yo no puedo hacerlo, porque los chiquillos del tren me fastidian con sus bromas.

—¡Bah! Yo me río de eso. Así se está más cómodamente.

Y volvió atrás, empujando una vagoneta vacía.

Lo peor era, que en aquella profunda galería se unía otra causa á la proximidad del *Tartaret*, para hacer el calor más insoportable. Estaban al lado de una galería de *Gastón María*, abandonada á causa de una explosión de grisú que, diez años antes, había incendiado la vena, la cual seguía ardiendo, y estaba aislada por medio de una pared de arcilla, para evitar que se extendiese el desastre. Privado de aire, el fuego debía haberse apagado; pero sin duda corrientes desconocidas lo reavivaban, porque desde hacía diez años la pared de arcilla estaba caldeada como si fuera la pared de un horno; y de tal manera, que al pasar por ella no

era posible sufrir el calor, ni mucho menos arrimarse al muro. Precisamente á lo largo de ésta, en una extensión de más de cien metros, se hacía el arrastre, á una temperatura de sesenta grados.

Después de otros dos viajes, Catalina sintió que se ahogaba nuevamente. Por fortuna, la galería era ancha y espaciosa. En el filón *Descado*, uno de los más ricos de la mina, la capa de carbón tenía un metro noventa centímetros, y los obreros podían trabajar de pie. Pero hubieran preferido menos comodidad y un poco más de fresco.

—¡Eh! ¿Te duermes?—gritó violentamente Chaval cuando dejó de oír á Catalina.—¿Quién diablos me mandó á mí cargar con un peneco de tu especie? ¡Blena la carretilla, y trabaja, mala pécora!

La muchacha estaba al pie de la cantera, apoyada en el mango de la pala, y se sentía acometida de cierto malestar, mirándolos á todos, sin obedecer ni contestar palabra. Les veía mal, á la indecisa luz de las linternas, desnudos completamente como bestias, y tan negros, tan sudorosos, que su desnudez no la avergonzaba. Era una amalgama, una visión infernal, de que nadie se hubiera podido dar cuenta. Pero ellos, sin duda, la distinguían mejor, porque dejaron de trabajar, y empezaron á darle bromas por haberse quedado en camisa.

—¡Cuidado que te vas á resfriar!

—¡Buenas piernas tienes! ¡Oye, Chaval, valen por dos!

—¡Oh, es menester ver lo demás; anda, quítate ese trapo!

Entonces Chaval, sin enfadarse por aquellas groserías, la emprendió con ella.

—¡Sí; lo que es para eso, sírvete!... ¡Oyendo porquerías, sería capaz de estarse ahí hasta mañana!

Catalina, con mucho trabajo, cargó la vagoneta otra vez, y empezó á empujarla. La galería era demasiado ancha para que pudiera llegar, abriéndose de piernas, de un lado á otro de la vía; sus piés descalzos se destrozaban contra los rails buscando un punto de apoyo, mientras caminaba lentamente, con los brazos extendidos, para hacer fuerza. Y cuando llegaba á la pared de arcilla que les separaba de la vena incendiada, volvía á empezar el calor insoportable; el sudor corría á mares por todo su cuerpo, á gotas enormes, como lluvia de tormenta. Apenas había andado la tercera parte de camino, su camisa estrecha y negra, como si la hubieran mojado en tinta, se le pegaba á la piel, se le subía hasta la cintura por el movimiento que hacía con las caderas, y la molestaba tanto, que de nuevo tuvo que detenerse.

¿Qué la pasaba aquel día? Jamás se había sentido tan mal. Debía ser efecto de lo enrarecido del aire, porque en aquella galería lejana apenas se verificaba la ventilación. Respirábase toda clase de vapores que salían del carbón, con un ruidillo como el que produce el agua hirviendo, con tanta abundan-

cia á veces, que las linternas apenas alumbraban; y no hablamos del grisú, en el cual nadie pensaba, á fuerza de verse acostumbrados á respirarlos continuamente. Ella conocía bien aquel aire malo, aquel aire muerto, como dicen los mineros, gas de asfixia en las capas inferiores, gas capaz de dejar muertos á trescientos hombres de un golpe al estallar. Habíalo respirado tanto y tanto desde su infancia, que se sorprendía al ver cuán mal lo soportaba entonces, porque le zumbaban horriblemente los oídos, y sentía la garganta apretada. Sin duda el calor tenía la culpa de que se sintiese tan mal.

Tal era su malestar, que experimentó la necesidad de quitarse la camisa. Aquella tela pegada al cuerpo se había convertido en un verdadero suplicio. Resistió un poco más, y quiso seguir trabajando, pero se vió obligada á ponerse otra vez en pie. Y entonces se lo quitó todo, hasta la camisa, y con tal furia y tan febrilmente, que se hubiera arrancado la piel de buena gana también. A gatas empezó de nuevo á empujar la carretilla, completamente desnuda, semejante á una fiera que trabajara á impulsos del látigo cruel del domador.

Pero ni siquiera por haberse puesto desnuda se encontró mejor ni más aliviada. ¿Qué más había de quitarse? El zumbido de los oídos la trastornaba, y sentía las sienes comprimidas por extraña fuerza. Cayó de rodillas. La linterna, que iba clavada en un montón de mineral, pareció apagarse. Solamente la idea de sacar la mecha para examinar la luz,

sobrenadaba en aquella confusión de pensamientos que agitaba su cerebro. Dos veces quiso reconocer el farol, y dos veces le vió palidecer, como si él tampoco pudiese respirar. De pronto se apagó. Entonces todo quedó envuelto en tinieblas: sentía martillazos tremendos en la cabeza; su corazón desfallecido dejaba de latir, influido también por el cansancio terrible que entumecía todos sus miembros. Catalina se había echado hacia atrás, y se sentía agonizar en aquel aire asfixiante.

—Me parece, por vida de Dios, que sigue descansando,—gruñó la voz de Chaval.

Se puso á escuchar desde lo alto de la cantera, y, no oyendo el ruido del arrastre, gritó:

—¡Eh! ¡Catalina! ¡Maldita calebra!

La voz se perdía á lo lejos en la oscura galería, y nadie la contestaba.

—¿Quieres que vaya yo á hacerte trabajar?

No se oyó ni el más ligero rumor; el mismo silencio de muerte. Chaval, furioso, bajó y corrió á buscar su linterna tan violentamente, que por poco tropieza con el cuerpo de su querida, que interceptaba la galería. El, con la boca abierta, la miraba. ¿Qué tendría? ¿No sería pura gandulería y deseo de descansar? Pero al bajar la linterna para verle la cara, estuvo aquella á punto de apagarse. La levantó, la volvió á bajar, y acabó por comprender lo que pasaba: aquello debía ser un principio de asfixia. Desapareció su violencia, y el fraternal cariño del minero se desarrolló en él á la vista del pe-

ligro. Llamó para que le dieran su camisa; y, cogiendo á la pobre muchacha, que había perdido el sentido, la levantó en alto cuanto pudo. Cuando hubieron echado al uno y al otro la ropa por la espalda, Chaval empezó á correr con toda su fuerza, sosteniendo con un brazo á su querida y llevando en el otro las dos lanternas. Sin cesar de correr ni un momento, tomaba por aquellas largas galerías á la derecha, luego á la izquierda, buscando, desalentado, un poco de vida en el aire helado que entraba por el ventilador. Al fin oyó el ruido del agua, que corría por una filtración en la roca. Encontrábase en un cruce de galerías de arrastre que se hallaba abandonado, y que en otro tiempo servía para *Gaston-Maria*. El aire puro que entraba por el ventilador, soplabá como el viento de tempestad; y el fresco era tan grande, que Chaval empezó á tiritar cuando se sentó en un montón de madera con su querida en brazos, y sin que hubiese recobrado el conocimiento.

—Vamos, Catalina, ¡vive Dios! No hagamos tonterías... Enderézate un poco mientras te refresco las sienes.

Le asustaba verla tan débil. Sin embargo, pudo mojar la camisa en el chorro de agua, y le lavó la cara con ella. Catalina estaba como muerta, con aquel cuerpecillo de niña poco desarrollada, en el cual empezaban á notarse las formas de la pubertad. Luego un estremecimiento agitó su pecho de chiquilla y su vientre y sus muslos de pobre mise-

rable, desflorada antes de tiempo. Al fin abrió los ojos, y murmuró:

—Tengo frío.

—¡Ah! Prefiero eso,—exclamó Chaval, tranquilo ya.

La vistió, metiéndole fácilmente la camisa, y se desesperó al ver las dificultades con que tropezaba para ponerle los pantalones; porque ella no podía ayudarle.

La pobre seguía aturdida, sin comprender dónde se hallaba ni por qué estaba desnuda. Cuando se acordó de todo, le dió vergüenza. ¿Cómo habría podido quedarse completamente desnuda? Y la pobre empezó á hacer preguntas á su querido. ¿La habían visto así, sin tener siquiera un pañuelo en la cintura para taparse? El bromeaba, inventando historias, diciéndole que acababa de llevarla allí, atravesando por delante de todos los compañeros; pero luego, poniéndose serio, le dijo la verdad: que nadie había podido verla, porque corría como un desesperado.

—¡Caramba! me muero de frío,—añadió, vistiéndose él también.

Catalina jamás le había visto tan cariñoso. Ordinariamente, por cada palabra buena que le dirigía, le daba cien sofiones. ¡Hubiera sido tan bueno llevarse bien! En la languidez de su cansancio, sentíase acometida de una ternura extraña. La pobre le sonrió; y murmuró en voz baja:

—Dame un beso.

El se lo dió; luego se echó á su lado, esperando á que Catalina pudiese andar.

—Ya ves cómo hacías mal regañándome, porque la verdad es que no podía trabajar, ni moverme siquiera. En la cantera tenéis menos calor; pero ¡si vieras cómo se ahoga uno en la galería!

—Verdaderamente mejor estaríamos á la sombra de los árboles... Pero es verdad que sufres mucho en esa pícara galería; ¡pobrecilla!

Y tanto se conmovió Catalina oyéndole hablar así, que se las quiso echar de valiente.

—¡Oh! Todo será hasta que me acostumbre; no tengas cuidado; además, hoy es que el aire estaba muy viciado... Ya verás, en cuanto se me pase un poco, si trabajo como una fiera. Cuando no hay más remedio, hay que trabajar, ¿no es verdad? Preferiría reventar, á dejar el trabajo.

Hubo un momento de silencio. El la tenía cogida por la cintura, estrechándola contra el pecho, para hacerla entrar en calor. Ella, si bien se sentía ya con fuerzas para volver al trabajo, se abandonaba con delicia á las caricias de su amante.

—Sólo que—añadió la pobrecilla, hablando en voz muy baja—desearía yo que fueras más cariñoso... ¡Oh! ¡Está una tan contenta, se siente tan feliz cuando no se rabia ni se disputa, queriéndose mucho uno á otro!...

Y empezó á llorar.

—Te quiero mucho—exclamó;—buena prueba de ello es que te he llevado á vivir conmigo.

Ella no contestó más que con un movimiento de cabeza. Hay hombres que se llevan mujeres para vivir con ellos, sin importárseles un ardite que sean ó no felices. Sus lágrimas corrían abundantes, al pensar lo muy dichosa que sería si hubiese tropezado con otro hombre que la tuviera siempre cogida como Chaval entonces, estrechándola cariñosamente contra el pecho. ¿Otro hombre? Y la imagen vaga de aquel otro se le aparecía en medio de su vivísima emoción. Pero no había remedio; ya no anhela más que vivir siempre con aquél, y lo único que deseaba era que no le pegara tanto.

—Pues procura estar siempre como ahora.

Los sollozos la interrumpieron; Chaval le dió otro beso, y la abrazó con cariño.

—¡Qué tonta eres!... Mira, te juro que seré cariñoso. Cree que no soy peor que otro cualquiera. Tal vez...

Ella, que le miraba, acabó por sonreír. Quizás tenía el razón, y lo mismo le habría sucedido con el otro, porque era difícil encontrar muchachas felices. Después, á pesar de no fiarse de su juramento, se entregaba con deleite á la esperanza de que lo cumpliría. ¡Ah! ¡Si pudiera durar aquello!... Abrazados estaban cariñosamente, cuando el ruido de unos pasos les hizo incorporarse. Tres compañeros que les habían visto pasar, acudían para enterarse de lo que había sucedido.

Se marcharon de allí todos reunidos. Eran cerca de los diez, y se pusieron á almorzar en un rincón

fresco, antes de volver al trabajo y comenzar á sudar de nuevo.

Pero no habían acabado de comerse las dos tostadas de su almuerzo y de echar un trago de café que llevaban en las captimploras, cuando les puso en cuidado un rumor vago que salía de las canteras lejanas. A cada momento se cruzaban con grupos de mineros: hombres, mujeres y chiquillos que corrían en tropel en medio de la oscuridad; y nadie sabía qué era aquello; pero indudablemente se trataba de una gran desgracia. Poco á poco la mina entera se ponía en movimiento, y por todas partes veían sombras que se agitaban y linternas vacilantes que corrían como fuegos fatuos. ¿Qué pasaba? ¿Por qué no lo decían?

De pronto pasó un capataz gritando:

— ¡Que cortan los cables! ¡Que cortan los cables!

Entonces se apoderó el pánico de todas aquellas gentes. Aquello fué un galopar de furias por las oscuras y estrechas galerías. ¿Por qué cortaban los cables? ¿Quién los cortaba estando abajo todos los obreros? La cosa parecía monstruosa.

Pero pronto se oyó la voz de otro capataz que pasaba corriendo, y gritando:

— ¡Los de Montson cortan los cables! ¡Que salga todo el mundo!

Cuando hubieron comprendido, Chaval detuvo á Catalina. La idea de encontrarse arriba con los de Montson, si llegaba á salir, le llenaba de terror. ¡Al fin había ido á cumplir su promesa aquella pat-

tida de furiosos que él creía en manos de los gendarmes! Por un momento pensó en desandar lo andado, y subir por el pozo de *Gastón-Maria*; pero por allí no se hacían maniobras, y hubiera sido necesario tener cuerdas para subir. Chaval juraba, vacilando, ocultando el miedo que sentía, y repitiendo que era un disparate correr de aquel modo desatentado. ¿Habían de dejarlos enterrados allí?

En aquel momento oyóse la voz del capataz, que repetía:

— ¡Que todo el mundo salga! ¡A las escalas! ¡A las escalas!

Y Chaval, á pesar de su cólera, fué arrastrado por los demás compañeros, los cuales seguían corriendo en tropel.

Sintióse nuevamente acometido del pánico, y empujaba á Catalina, regañándola porque no corría bastante. ¿Quería que se quedaran allí solos y se murieran de hambre? Porque los bandidos de Montson eran capaces de cortar las escalas sin esperar á que saliera la gente. Aquella monstruosa suposición acabó de sacar á todos de quicio, y desde aquel momento, en las estrechas galerías no se sintió sino el ruido producido por la carrera vertiginosa de aquellos desdichados, cada uno de los cuales pensaba en llegar el primero para coger las escalas antes que los demás. Algunos gritaban que éstas se hallaban ya rotas, y que nadie podía salir. Y cuando empezaron á desembocar por grupos tumultuosos en la sala donde se hallaba la boca del

pozo, fué aquello una verdadera batalla campal; todos se abalanzaron, precipitándose como furias á las estrechas galerías de las escalas, en tanto que un mozo de cuadra, viejo, que acababa de llevar prudentemente los caballos al establo, los miraba con desdenosa expresión, seguro de que le sacarían de allí.

—¡Por vida de Dios! ¡Sube delante de mí!—gritó Chaval á Catalina.—Al menos te sujetaré si te caes.

Asustada, sin poder respirar después de aquella furiosa carrera de tres kilómetros, que otra vez la había llenado de sudor, Catalina se abandonaba á los empujones de la muchedumbre. Entonces Chaval la cogió de un brazo con tal fuerza, que parecía que se lo iba á romper, y ella lanzó un quejido, mientras las lágrimas se agolpaban á sus ojos: ya se había olvidado Chaval de su juramento; jamás sería cariñoso con ella; decididamente, no podía ser feliz.

—¡Pasa de una vez!—gritó él, colérico.

Pero la pobre le tenía miedo. Si subía delante, la iría martirizando todo el camino. Y así fué pasando el tiempo, mientras la turba de compañeros suyos los rechazaba, echándolos á un lado. De las filtraciones caían gruesas gotas de agua, que tenían convertido en un lodazal el piso de la sala donde estaba el pozo de subida. Precisamente allí, en *Juan-Bart*, dos años antes, había ocurrido un accidente terrible, por haberse roto los cables del

ascensor, á consecuencia del cual habían muerto varias personas. Y pensaban en aquello, temiendo que sucediera entonces lo mismo, y que perecieran allí todos.

—¡Maldita seas; quédate y revienta!—gritó Chaval;—¡así me veré libre de tí!

Y subió á la escala; ella le siguió.

Desde el fondo hasta arriba había ciento dos escalas de unos siete metros cada una, empalmadas en una especie de cañón de chimenea de setecientos metros, entre la pared del pozo de subida y la del departamento de extracción; un cañón de chimenea oscuro, y que parecía no acabarse nunca. Un hombre fornido y robusto necesitaba, cuando menos, veinticinco minutos para subir toda aque- descomunal chimenea. Es verdad que las escalas no se usaban sino en caso de accidente, ó cuando se rompían los ascensores.

Catalina, al principio, subió perfectamente. Sus pies desnudos estaban harto acostumbrados á las escabrosidades del suelo de las galerías, para que les pareciesen incómodos aquellos peldaños de madera, guarnecidos de cobre á fin de que no se estropearan con el uso. Sus manos, endurecidas por el trabajo de arrastre, se agarraban sin dificultad á los peldaños superiores, aun cuando resultaban demasiado gruesos para ella. Y no sólo no le era difícil, sino que aquella subida inesperada le ocupaba la imaginación, no dejándole pensar en sus desventuras. La cadena de los que subían era tan

larga, que, cuando los primeros llegaran arriba, los últimos no habrían aún cogido las escalas. Pero por desgracia no estaban en aquel caso todavía. Los primeros debían hallarse, cuando más, á una tercera parte del camino. Nadie hablaba; no se oía más que el ruido de los piés, mientras las linternas, semejantes á lucecillas de fuegos fatuos, se extendían de arriba abajo en una línea que cada vez iba siendo más grande.

Detrás de ella, Catalina oía á un chiquillo que iba contando los escalones. Se le ocurrió á ella hacer lo mismo. Habían subido ya quince escalas, y llegaban en aquel momento á uno de los pisos de la mina. Pero en el mismo instante también tropezó con las piernas de Chaval, quien le soltó un juramento, diciéndole que llevara cuidado. De pronto, toda la columna de obreros que subía se vió detenida. ¿Qué era aquello? ¿Qué pasaba? Y todos, de silenciosos que estaban, se volvieron vocingleros, para preguntar y para dar gritos de espanto. La angustia aumentaba, sobre todo entre los de abajo, á quien lo desconocido del peligro llenaba de pavor. Uno gritó que era necesario volver atrás, porque habían cortado las escalas. La preocupación general era el miedo de encontrarse sin poder salir. Luego, de boca en boca, empezó á bajar la explicación de que un minero se había caído. Pero con seguridad nadie sabía lo que pasaba, y todos chillaban en horrible confusión: ¿sería cosa de estar allí todo el día? Por fin, sin averiguar la causa de la deten-

ción, continuó la subida con el mismo movimiento lento y penoso, acompañado del ruido sordo que producían los piés, y del danzar de las lucecillas de las linternas. De seguro que más arriba encontrarían las escalas cortadas.

Al llegar á la que hacía treinta y dos, pasando precisamente por otro piso de la mina, Catalina sintió gran rigidez en los brazos y en las piernas. Primero había notado extraño cosquilleo en la piel; luego dejó de sentir los escalones bajo sus piés y sus manos. Un dolor vago al principio, muy marcado después, la entumecía los muslos. Y en el aturdimiento que se iba apoderando de todo su ser, recordaba una historia que había oído contar á su abuelo *Buenamuerte*, hablando de los tiempos en que él era aprendiz, época en la cual las muchachas, desnudas, cargándose el carbón á las espaldas, subían por la escala de tal modo, que si cualquiera de ellas resbalaba ó dejaba caer un pedazo de carbón, tres ó cuatro se iban á estrellar contra el fondo del pozo. Aquel recuerdo la asustaba, le producía el efecto de una horrible pesadilla, y los calambres que experimentaba eran tan grandes, que perdía la esperanza de ver la luz del día.

Tres veces, nuevas detenciones le permitieron respirar un poco; pero el espanto, que comenzaba en los que subían delante y se comunicaba á todos, acabó de aturdirle. Encima y debajo de ella las respiraciones se hacían fatigosas; desarrollábase el vértigo de aquella ascensión interminable, que cau-

saba náuseas á todos. Catalina se ahogaba, furiosa de verse en aquella oscuridad y dolorida de los desgarrones que se hacía en la piel al chocar contra las paredes del pozo. Tiritaba también, á causa de la humedad, con el cuerpo sudoroso, á pesar de las gotas de agua que de continuo la mojaban. Iban acercándose sin duda al nivel, porque la humedad se había convertido en lluvia tan copiosa, que amenazaba apagar las linternas.

Dos veces interrogó Chaval á Catalina, sin obtener respuesta. ¿Qué demonios le sucedía? ¿Estaba muda? Bien podía decirle si se sentía aún con fuerzas. Hacía media hora que estaban subiendo, pero tan lentamente, con tales detenciones, que no habían llegado más que á la escala cincuenta y nueve. Aún faltaban cuarenta y tres. Catalina, casi tartamudeando, acabó por contestar á su amante que todavía podía resistir. Si hubiese contestado que estaba cansada, la habría insultado de seguro. El filo de hierro de los peldaños la mortificaba tanto, como si le aserraran con ellos la planta de los pies. Cada vez que subía un nuevo escalón, creía que se le iban á ir las manos, tan entumecidas ya, que no podía cerrar los dedos; y se veía caer de espaldas, con los hombros destrozados y rotos todos los huesos. Lo que más la hacía sufrir era la pendiente en que se hallaban situados los peldaños, que la obligaba á subir á fuerza de puños, destrozándose el vientre contra las cuerdas y las maderas. Lo anhelante de las respiraciones apagaba ya

el ruido de los pies; aquel respirar era una especie de quejido que se elevaba del fondo del pozo, y que no concluía hasta llegar á la boca del mismo. De pronto oyóse un grito general: un aprendiz acababa de perder pie, y se había abierto el cráneo contra el filo de hierro de un peldaño.

Catalina seguía subiendo. Pasaron del nivel. La lluvia había cesado; pero la opresión aumentaba, destrozando los pechos en medio de aquel enrarecido aire de cueva, emponzoñado además por el olor de hierro viejo y de madera húmeda. Maquinalmente, la pobre Catalina se obstinaba en contar en voz baja las escalas que subían: ochenta y una, ochenta y dos, ochenta y tres; todavía faltaban diecinueve... Era imposible que llegase. Esas cifras repetidas la sostenían, porque, en verdad, ya no tenía conciencia de sus pensamientos, alzaba los miembros sólo por la fuerza adquirida, y se hallaba en un estado de doloroso sonambulismo. En torno suyo las linternas iban dando vuelta en espiral. Ya le chorreaba sangre de las manos y de los pies; el menor accidente la precipitaría hasta el fondo. Lo peor era que los que subían detrás empujaban ansiosos por llegar, y que se luchaba en la semi-oscuridad de aquella maldita chimenea á impulsos de la creciente cólera y del anhelante afán de ver la luz del sol. Algunos compañeros, los que iban delante, habían salido ya; luego no era cierto que hubiese escalas cortadas; pero la idea de que pudiesen cortarlas, impidiendo salir á los que iban detrás

cuando ya los otros respiraban el aire libre, acababa de volverlos locos. Y como en aquel momento se produjera una nueva detención, todos empezaron á jurar y blasfemar, y siguieron subiendo á empujones, queriendo cada cual pasar por encima del que llevaba delante, anhelando ser cada uno el primero que llegase.

Entonces se desvaneció Catalina. Había gritado llamando á Chaval, con las fuerzas de la desesperación. Pero él no la oyó, porque estaba riñendo más arriba con otro compañero, clavándole los talones en el costado para pasar antes que él. Y la pobre creyó rodar hecha un ovillo. En su aturdimiento, le parecía ser una de aquellas muchachas que en otra época subían el carbón á cuestras, y que un accidente ocurrido encima de ella la precipitaba hasta el fondo del pozo, como si fuera una piedra. No faltaba más que subir cinco escalas, y llevaban subiendo cerca de una hora. De pronto se encontró deslumbrada por la luz brillantísima del sol, y rodeada de una turba numerosa que voceaba horriblemente.



III.

QUEL día, desde antes de amanecer, un estremecimiento extraño había agitado los barrios de los obreros; un estremecimiento, traducido más tarde en aquel recorrer los caminos en grandes grupos de que hemos hablado antes. Pero no habían podido salir todos juntos como conviniere la noche antes, porque temprano circularon rumores de que los dragones y los gendarmes de caballería recorrían las carreteras y todos los caminos, en previsión de algún desorden. Decíase que aquellas fuerzas habían llegado de Douai la noche antes, y se acusaba á Rasseneur de haber delatado á los amigos, yendo con el soplo, como vulgarmente se dice; una muchacha juraba y perjuraba que había visto pasar á un criado del señor Hennebeau con un telegrama para la estación inmediata. Los mineros apretaban los pu-

cuando ya los otros respiraban el aire libre, acababa de volverlos locos. Y como en aquel momento se produjera una nueva detención, todos empezaron á jurar y blasfemar, y siguieron subiendo á empujones, queriendo cada cual pasar por encima del que llevaba delante, anhelando ser cada uno el primero que llegase.

Entonces se desvaneció Catalina. Había gritado llamando á Chaval, con las fuerzas de la desesperación. Pero él no la oyó, porque estaba riñendo más arriba con otro compañero, clavándole los talones en el costado para pasar antes que él. Y la pobre creyó rodar liecha un ovillo. En su aturdimiento, le parecía ser una de aquellas muchachas que en otra época subían el carbón á cuestras, y que un accidente ocurrido encima de ella la precipitaba hasta el fondo del pozo, como si fuera una piedra. No faltaba más que subir cinco escalas, y llevaban subiendo cerca de una hora. De pronto se encontró deslumbrada por la luz brillantísima del sol, y rodeada de una turba numerosa que voceaba horriblemente.



III.

QUEL día, desde antes de amanecer, un estremecimiento extraño había agitado los barrios de los obreros; un estremecimiento, traducido más tarde en aquel recorrer los caminos en grandes grupos de que hemos hablado antes. Pero no habían podido salir todos juntos como conviniere la noche antes, porque temprano circularon rumores de que los dragones y los gendarmes de caballería recorrían las carreteras y todos los caminos, en previsión de algún desorden. Decíase que aquellas fuerzas habían llegado de Douai la noche antes, y se acusaba á Rasseneur de haber delatado á los amigos, yendo con el soplo, como vulgarmente se dice; una muchacha juraba y perjuraba que había visto pasar á un criado del señor Hennebeau con un telegrama para la estación inmediata. Los mineros apretaban los pu-

ños y espíaban la llegada de los soldados á través de las persianas de sus ventanas y á la indecisa claridad del amanecer.

A eso de las siete y media, al salir el sol, circuló otra noticia tranquilizadora para los impacientes. Aquello era una falsa alarma, un simple paseo militar, como otros que se habían verificado por orden del gobernador de Lilla desde la declaración de la huelga. Los grevistas odiaban á la referida autoridad, á quien acusaban de haberlos engañado con la promesa de una intervención conciliadora, intervención que se había reducido á mandar cada ocho días destacamentos de tropa que desfilaban por Montson para mantenerlos en orden. Así es, que cuando vieron que los dragones y gendarmes tomaban tranquilamente el camino de Marchiennes, contentos con haber hecho sonar los cascos de sus caballos por el endurecido suelo de Montson, se burlaron de las ocurrencias del Gobernador y de sus soldados, que se marchaban precisamente cuando se iba á *armar la gorda*. Hasta las nueve tuvieron paciencia, paseándose tranquilamente por delante de sus casas, haciendo tiempo para que desaparecieran los soldados. Los burgueses de Montson dormían todavía con la cabeza reclinada en sus almohadas de pluma. En la Dirección se acababa de ver salir á la señora de Hennebeau en carruaje, dejando á su marido, sin duda dedicado al trabajo, porque el hotel, silencioso y sombrío, no daba señales de vida. Ninguna mina se hallaba ocupada militar-

mente; aquello había sido la fatal imprevisión en el momento del peligro, la torpeza natural en todas las catástrofes, la falta que todos los gobiernos pueden cometer cuando se necesita apreciar los hechos tal y como son, sin fiarse de las apariencias.

Y apenas dieron las nueve, los carboneros tomaron el camino de Vendome, para acudir á la cita que se habían dado la noche antes en el bosque.

Desde luego comprendió Esteban que en *Juan-Bart* no se hallarían los tres mil compañeros que se habían comprometido á asistir. Muchos habían creído que se aplazaba la manifestación, y era demasiado tarde para enviar contraorden, porque los que se hallaban en camino echarían tal vez á perder la cosa, si no iba él á ponerse al frente; un centenar de obreros, que había salido de sus casas antes de amanecer, estaba escondido en el bosque, aguardando la llegada de los demás para incorporarse á la manifestación. Souveraine, con quien Esteban consultó, se encogió de hombros: diez hombres resueltos servían más que una turba desorganizada; después de decir esto, se engolfó de nuevo en el libro que estaba leyendo, y se negó á acompañar á su amigo. Todo aquello, decía el ruso, amenazaba acabar con sensiblerías, cuando nada más fácil que terminar la cuestión prendiendo fuego á Montson por los cuatro costados. Sin embargo, prometió á Esteban ir á reunirse con él, si la cosa iba de veras. Cuando éste bajaba del cuarto de su amigo, vió á Rasseneur sentado junto á la chi-

menea, muy pálido, mientras su mujer, siempre vestida de negro, le interpelaba con duras frases.

Maheu opinó que debía cumplirse la palabra. La cita era cosa sagrada. Esto no obstante, la noche había calmado la fiebre que agitaba á todos, y el bueno de Maheu, temeroso de que cometieran atropellos, dijo que su deber era acudir á *Juan-Bart* para evitarlos. Su mujer asentía con movimientos de cabeza. Esteban repetía con complacencia, que era necesario obrar revolucionariamente, sin preocuparse por la vida de unos cuantos. Antes de salir se negó á comer la ración de pan que habían guardado el día antes con una botella de Ginebra; pero, en cambio, se bebió tres copas de ese licor, una tras de otra, para quitarse el frío, y después se llevó consigo una cantimplora llena del mismo líquido. Alicia se quedó al cuidado de los niños. El viejo *Buenamuerte*, con las piernas doloridas de haber andado mucho la víspera, se quedó en la cama.

Por prudencia no salieron todos reunidos. Juanillo hacía tiempo que había desaparecido. Maheu y su mujer salieron juntos, dirigiéndose á Montson dando un rodeo, mientras Esteban se encaminaba al bosque, donde se reuniría con los compañeros que estaban esperando. En el camino se encontró con un grupo de mujeres, entre las cuales se hallaban la *Quemada* y la mujer de Levaque; por el camino iban comiendo castañas que llevaba la Mouquette, y devoraban hasta las cáscaras, á fin de llenarse el estómago de cualquier cosa y engañar el

hambre. Pero en el bosque no encontró á nadie, porque los compañeros suyos habían salido ya para *Juan-Bart*. Echó á correr, y llegó á la mina, precisamente cuando un grupo de unos cien hombres penetraba en ella. Por todas partes desembocaban mineros; los Maheu por el camino real, las mujeres á campo traviesa, todos á la desbandada, sin jefes, sin armas, yendo á parar á aquel sitio como agua desbordada que sigue los declives de un mismo terreno. Esteban vió á Juanillo, que estaba subido en una ventana, colocado allí, como quien se dispone á ver un espectáculo. Corrió con más fuerza, y fué uno de los primeros en entrar. En aquel momento el grupo de manifestantes se componía de unas trescientas personas.

Cuando Deneulin apareció en lo alto de la escalera que conducía á las oficinas, hubo un instante de vacilación.

—¿Qué queréis?—preguntó aquél con voz de trueno.

Después de haber visto desaparecer el carruaje de la señora de Hennebeau, donde iban sus hijas, volvió á la mina, acometido de cierta vaga inquietud. Lo halló todo en buen orden; el descenso de obreros se había verificado sin novedad, y Deneulin charlaba tranquilamente con el capataz mayor, cuando le advirtieron que se acercaban los huelguistas.

Rápidamente se apostó detrás de una ventana del taller de cerner; y al ver aquellas turbas que

invadían su propiedad, tuvo en seguida la evidencia de que sería impotente para evitar los desastres que iban á ocurrir. ¿Cómo defender aquellos edificios abiertos á los cuatro vientos? Apenas podría agrupar en torno suyo una veintena de obreros. Estaba perdido.

—¿Qué queréis?—repitió, lívido de cólera y haciendo un esfuerzo para resistir valerosamente los efectos del desastre.

Sordo rumor se elevó de entre la muchedumbre, y hubo grandes empujones. Esteban se destacó del grupo, diciendo:

—Señor, no venimos á haceros mal ninguno. Pero es preciso que no se trabaje en ninguna parte.

Deneulin, sin andarse por las ramas, lo trató sencillamente de imbécil.

—¿Creéis que no me hacéis daño si se declara la huelga aquí? Pues es lo mismo que si me pegárais un tiro á boca de jarro... Si; mis obreros están abajo, y no saldrán sin que antes me hayáis asesinado.

La rudeza de este lenguaje produjo murmullos amenazadores en las turbas. Mahen tuvo que contener á Levaque, que se precipitaba amenazador, mientras Esteban seguía parlamentando para convencer al señor Deneulin de la razón de sus procedimientos revolucionarios. Pero éste contestaba, hablando del derecho de la libertad del trabajo.

Además, se negaba á discutir tales tonterías, porque él era el amo en su casa. El único reomor-

dimiento que tenía era haberse negado á que le dejaran allí unos cuantos gendarmes para barrer á los canallas y echarlos de su casa.

—Es culpa mía, y no debo quejarme. Me sucede lo que merezco. Con la gente de vuestra especie, no hay más razón que la de la fuerza. Eso es lo mismo que cuando el Gobierno piensa en aplacaros con concesiones. Lo echaréis abajo cuando os haya dado él mismo armas para hacerlo.

—Os ruego, señor Deneulin, que deis orden para que suban vuestros obreros, porque si no, no respondo de poder dominar á mis compañeros. Podéis evitar una gran desgracia—dijo Esteban bajando la voz, tembloroso, y conteniéndose apenas.

—¡Idos al diablo, granujas! ¿Qué tengo yo que ver con vosotros? No sois de mis minas, y no tenéis nada que discutir ni tratar conmigo... Los que corretean así los campos para saquear las casas, no son más que un atajo de bandidos.

Grandes vociferaciones ahogaban su voz; las mujeres, sobre todo, le insultaban. Y él, empeñado en defenderse contra las turbas, encontraba cierto consuelo en hablar con aquella franqueza. Puesto que de todos modos estaba perdido, no quería hacer cobardías inútilmente. Pero el número de los manifestantes iba en aumento; ya había cerca de quinientos, y de seguro lo hubieran matado, si su capataz mayor no hubiera tirado de él violentamente, diciendo:

—¡Por Dios, señor!... Esto va á ser una carnicer-

ría. ¿A qué permitir que se mate la gente inútilmente?

Deneulín trataba de desasirse de manos de su subordinado, y protestaba con todas sus fuerzas, insultando á las turbas.

—¡Canallas, ladrones! ¡Ya nos veremos cuando dejéis de ser los más fuertes!

Se lo llevaron de allí, porque un formidable empujón de la muchedumbre había lanzado á los que estaban delante hasta los primeros escalones que conducían á las oficinas. Las mujeres eran las más furiosas y las que excitaban á los hombres. La puerta cedió de repente, porque estaba cerrada sólo con el picaporte. Pero la escalera era demasiado estrecha, y las turbas habrían tardado mucho en entrar por ella, si los de más atrás no hubieran decidido penetrar por las ventanas. Entonces la muchedumbre se desbordó por todas partes: por la barraca, por el taller de cerner, por el departamento de máquinas y por el de las calderas. En menos de cinco minutos se vieron dueños de toda la mina; recorrían todos los departamentos en medio de una barandada terrible de gestos y de gritos, celebrando la derrota que imponían á aquel capitalista, que había querido resistir su empuje.

Maheu, asustado del giro que iba tomando la cosa, entró en uno de los primeros, diciendo á Esteban:

—¡Es menester que no maten á nadie!

Este corría ya. Luego, cuando comprendió que

el señor Deneulín se había refugiado en el cuarto de capataces, le contestó:

—¿Y qué? Si sucede algo, no será culpa nuestra. ¿Quién le manda ser tan animal?

Pero sentíase lleno de inquietud, porque estaba demasiado sereno para asentir á que se cometiese un crimen. Sufría también en su orgullo de jefe, viendo que los manifestantes desconocían su autoridad, exhalándose en el cumplimiento de la voluntad del pueblo, tal como él la comprendía. En vano reclamaba sangre fría y tranquilidad, gritándoles que era necesario no dar la razón á sus enemigos por actos de destrucción inútil.

—¡A las calderas! —bramaba la *Quemada*. — ¡Apaguemos los fuegos!

Levaque, que había encontrado una lima, la agitaba á guisa de puñal, dominando el tumulto con voces terribles de:

—¡Cortemos los cables! ¡Cortemos los cables!

Todos repitieron los mismos gritos, menos Esteban y Maheu, que, aturdidos, seguían protestando y hablando en medio de aquel tumulto, sin lograr ser escuchados. Al fin el primero pudo decir:

—¿No sabéis que hay gente abajo, y que son camaradas nuestros?

El estrépito redobló; aquellas quinientas ó seiscientas personas hablaban todas á la vez.

—¡Mejor! ¡No haber bajado!... ¡Bien empleado les está á los traidores!... ¡Sí, sí; que se queden ahí!... ¡Además, tienen escalas para subir!

Entonces comprendió Esteban que no había más remedio que ceder. Y temiendo un desastre mayor, se precipitó á la máquina, tratando de subir, cuando menos los ascensores, para que al ser cortados los cables, no se desprendieran aquellos y aplastasen á la gente que había en el fondo. El maquinista había desaparecido, así como los demás obreros que trabajaban de día, y él mismo tuvo que hacer la maniobra que pensaba mandar, ayudado por Lavaque y otros dos. Apenas vieron los ascensores descansando en los goznes, cuando se empezó á oír el chirrear de las limas cortando los cables. Hubo un momento de silencio; aquel ruido pareció llenar toda la mina; todos levantaban la cabeza, y escuchaban y miraban sobrecogidos de emoción. Mahen, en primera fila, sentíase invalido por extraña furia, como si los dientes de la lima le arrancaran todos los miramientos, al cortar el cable de uno de aquellos pozos de miseria y de sufrimientos, donde no quería volver á bajar.

La *Quemada* había desaparecido por la escalera de la barraca, sin dejar de gritar:

—¡Es menester apagar los fuegos! ¡A las calderas! ¡A las calderas!

Varias mujeres la seguían. La de Mahen se apresuró, para evitar que lo rompieran todo, lo mismo que su marido había tratado de apaciguar á los hombres. Ella era la más serena; se podía reclamar lo que era de justicia, sin estropear las cosas que no eran de uno. Cuando entró en el cuarto de las

calderas, las mujeres estaban echando de allí á los dos fogoneros, y la *Quemada*, con una pala en la mano, en cuclillas delante de uno de los hornos, lo desocupaba violentamente, tirando la hulla incandescente sobre los ladrillos, donde seguía ardiendo y humeando. Había diez hornos para los cinco generadores. Las mujeres fueron poco á poco entusiasmándose: la de Lavaque, manejando una pala con las dos manos; la Mouquette, alzándose las sayas hasta más arriba de las rodillas para no quemárselas; todas desgredadas y sudorosas, semejando furias del averno bailando en los rojizos resplandores del carbón ardiendo. El montón de hulla incandescente iba aumentando, y caldeaba ya el techo de la anchurosa habitación.

—¡Basta ya!—gritó la mujer de Mahen.—Va á arder todo.

—¡Mejor!—respondió la *Quemada*.—Así acabaremos antes. ¡Bien decía yo, que les haría pagar cara la muerte de mi marido!

En aquel momento se oyó la voz de Juanillo, el cual gritaba desde lo alto de las calderas:

—¡Cuidado! ¡Yo apagaré! ¡Voy á soltarlo todo!

Había sido uno de los primeros en entrar; había pasado por entre las piernas de todos, y entusiasmado con aquel tumulto, buscaba el medio de hacer todo el daño posible, y se le había ocurrido la idea de abrir los grifos de escape para que saliese el vapor. Las válvulas quedaron abiertas; las cinco calderas se desocuparon con silbidos espantosos de

tempestad, y haciendo tal estrépito, que la sangre brotaba en los oídos. Todo había desaparecido en medio del vapor; el fuego del carbón palidecía; las mujeres no eran ya más que sombras confusas. Sólo se veía al chiquillo, allá en lo alto, detrás de los torbellinos de humo blanco, con aire satisfecho, con la boca sonriente de complacencia, por haber desencadenado él solo aquel huracán.

Aquello duró cerca de un cuarto de hora. Unas mujeres echaron algunos cubos de agua sobre el montón de carbón para apagarlo; todo peligro de incendio había desaparecido. Pero la cólera de las turbas no se aplacaba; muy al contrario: se excitaba más y más con los primeros destrozos. Algunos hombres bajaban con martillos, después de haber cortado los cables; las mujeres también se armaban de barras de hierro, y se hablaba de romper los generadores, de destrozar la máquina, de demoler toda la mina.

Esteban se apresuró á acudir, acompañado de Maheu. El mismo se embriagaba, sintiéndose presa de aquella fiebre de venganza. Luchaba, sin embargo, gritaba que tuvieran prudencia, ya que los cables estaban cortados, los fuegos apagados y las calderas desocupadas, y, por lo tanto, que era imposible trabajar. Pero nadie le escuchaba, y ya iban á emprender nuevas hazañas, cuando empezaron á oirse gritos junto á una puertecilla que había á la parte de afuera, donde desembocaba el pozo de las escalas.

—¡Mueran los traidores!—gritaban.—¡Canallas, cobardes, matarles!... ¡Mueran! ¡Mueran!

Era que empezaban á salir los mineros del fondo. Los primeros, deslumbrados por la luz del sol, permanecían inmóviles, parpadeando con fuerza. Luego desfilaron, llenos de espanto, y trataron de ganar el campo y escaparse.

—¡Mueran los cobardes! ¡Mueran los falsos amigos!

Toda la partida de huelguistas había acudido al mismo sitio. En menos de tres minutos no quedó ni un solo hombre dentro del edificio: los quinientos de Montson se colocaron en dos filas para obligar á los traidores de Vendome á que pasasen por allí. Y á cada minero que aparecía en la puerta del pozo, con el traje hecho jirones y llenos del barro negro del trabajo, redoblaban los gritos amenazadores y las bromas groseras de todo género. ¡Oh! Ese tiene tres pulgadas de piernas, es un enano; aquel tiene la nariz comida por las tías perdidas del *Volcán*; y ese otro tiene un ojo que le chorrea aceite y otro vinagre. Una mujer que salió enormemente gorda, con el pecho unido al vientre, levantó una gritería espantosa y una de risas que no pueden ser descritas. Todos querían tocarla; las bromas se iban convirtiendo en veras, rayaban en crueldad, y los puñetazos llovían, mientras continuaba el desfile de aquellos pobres diablos, temblorosos, callados, sufriendo las injurias, esperando los golpes con oblicuas miradas, felices y satisfechos si al fin se logra-

ban ver á salvo, corriendo por el campo, fuera de la mina.

—¡Ah, demonios! ¿Cuántos hay ahí dentro?— preguntó Esteban.

Se admiraba de ver salir tanta gente, y se irritaba al pensar que no era cuestión de unos cuantos obreros, acosados por el hambre y aterrorizados por los capataces. De modo que lo habían engañado en la reunión del bosque, puesto que casi todos los de *Juan-Bart* estaban trabajando. Pero de pronto se le escapó un grito de despecho, y se precipitó hacia Chaval, que salía del pozo.

—¡Rayos y truenos! ¿Para eso nos has hecho venir aquí?

De nuevo estallaron las imprecaciones, y hubo en las turbas un movimiento de avance, como para caer sobre el traidor. ¡Cómo! ¡Había jurado con ellos la noche antes, y ahora resultaba que estaba trabajando con los demás! ¡Luego se había burlado de la gente de un modo indigno!

—¡Tíradlo al pozo! ¡Tíradlo al pozo!

Chaval, blanco de terror, tartamudeaba, procurando explicarse. Pero Esteban le interrumpió, fuera de sí, participando del furor general:

—¡Has querido bajar! ¡Pues bajarás, canalla!... ¡Vamos; en marcha, granuja!

Otro clamoreo general ahogó sus palabras. Catalina, á su vez, acababa de aparecer, deslumbrada por el resplandor del día y asustada de verse en las garras de aquellos salvajes. Y con las piernas

destrozadas por aquella ascensión de doscientas escaleras, con las palmas de las manos ensangrentadas, empezaba á darse cuenta de lo que le sucedía, cuando la Mouquette se acercó á ella con la mano levantada.

—¡Ah, bribona! ¡Tú también!... Tu madre muriéndose de hambre, y tú haciéndole traición por tu querido!

Maheu cogió aquel brazo, y evitó la bofetada. Pero zarandeaba á su hija y se enfurecía como su mujer, reprobando su conducta: uno y otro perdían la cabeza, y vociferaban más fuerte que los demás.

La presencia de Catalina acabó de exasperar á Esteban, que repitió:

—¡En marcha! ¡A las otras minas! Y tú vienes con nosotros, grandísimo canalla.

Chaval apenas tuvo tiempo para coger los zuecos en la barraca y para echarse el abrigo de lana sobre los helados hombros, cuando se vió arrastrado, obligado á galopar en medio de los grupos. Y Catalina, aturdida, se ponía también los zuecos, se colocaba la chaqueta de hombre que la servía de abrigo, y echaba á correr detrás de su amante, no queriéndole abandonar, porque de seguro iban á asesinarle.

Entonces, en dos minutos, *Juan-Bart* quedó desierto. Juanillo, que había encontrado una bociña, tocaba con ella, produciendo roncós sonidos, como si hubiera estado llamando bueyes. Las mujeres, la de Levaque, la *Quemada* y la Mouquette,

se recogían las sayas para correr mejor; mientras Levaque, con un hacha en la mano, maniobraba con ella como si fuese el bastón de un tambor mayor. Otros huelguistas iban llegando á cada momento; ya eran cerca de mil, sin orden ni concierto, sin jefe, apareciendo por los caminos como un torrente desbordado; como la vía de salida era muy estrecha, rompieron las empalizadas.

—¡A las minas! ¡Mueran los traidores! ¡No se trabaja más!

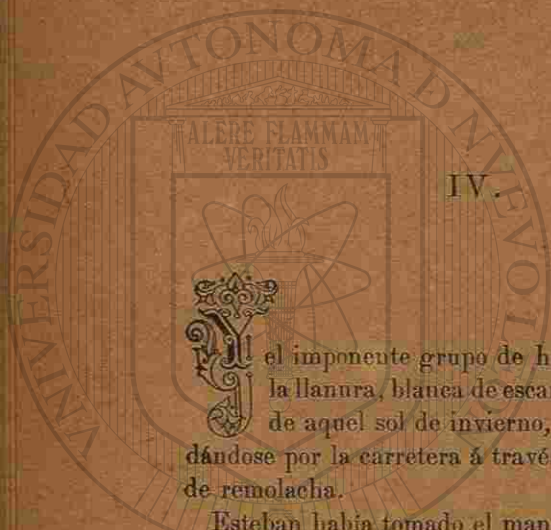
Y bruscamente *Juan-Bart* quedó sumido en un completo silencio. Ya no había nadie, ni un solo hombre.

Deneulin, que había salido del cuarto de los capataces, prohibió que nadie le siguiese: pálido y tranquilo visitaba toda la mina. Primero se detuvo en la boca del pozo, levantando los ojos para mirar los cables cortados; los cabos de acero pendían inútiles; la mordedura de la lima había dejado una herida fresca, que brillaba en la negrura del aceite de engrasar. Luego subió á la máquina, contempló largo rato sus piezas rotas, semejantes á las articulaciones de un miembro colosal atacado de repentina parálisis; tocó el metal, que ya estaba frío, y sintió un extraño estremecimiento, como si acabara de tocar un muerto. Luego bajó á las calderas, paseó lentamente por encima de los apagados carbones, y golpeó con el pie los generadores, que sonaban á hueco... ¡Aquello era la ruina! ¡Ya no había remedio! Aunque pudiera volver á encender los

fuegos y arreglar los cables, ¿dónde iba á buscar gente? Quince días más de huelga, y tendría que declararse en quiebra.

Y ante la certeza de su desastre, ya no odiaba á los bandidos de Montson, porque comprendía la existencia de cierta complicidad, de una falta general de muchos siglos. Los de Montson eran unos brutos seguramente, pero brutos que no sabían leer y que se morían de hambre.





IV.

El imponente grupo de huelguistas invadió la llanura, blanca de escarcha á la pálida luz de aquel sol de invierno, y se alejó desbordándose por la carretera á través de los sembrados de remolacha.

Esteban había tomado el mando. Sin que nadie se detuviera, daba sus órdenes, organizando la marcha. Juanillo galopaba á la vanguardia, haciendo sonar la bocina. Luego, en las primeras filas, caminaban las mujeres, algunas armadas con palos; la mujer de Maheu, con una expresión salvaje en los ojos, miraba como buscando la prometida tierra de la justicia; la *Quemada*, la de Levaque, la *Mouquette*, alargando el paso cuanto podían, cobijadas con sus andrajos como soldados volviendo de la guerra. En caso de tener un mal encuentro, verían si los gendarmes osaban hacer fue-

go contra las mujeres. Luego seguían los hombres en una confusión indescriptible, armados de barras de hierro y palos, dominados todos por el hacha de Levaque, cuyo acero brillaba á los rayos del sol.

En el centro, Esteban no perdía de vista á Chaval, á quien obligaba á caminar delante de él; mientras Maheu, detrás, con aire sombrío, lanzaba miradas á Catalina, la única mujer que iba entre aquellos hombres, obstinada en trotar junto á su querido, para evitar que nadie le hiciese daño. Cabezas desgrednadas se sacudían en el aire; no se oía más que el pisar de los zuecos, dominado por los estridentes sonidos de la bocina de Juanillo.

Pero de pronto se levantó otro grito:

—¡Pan! ¡pan! ¡pan!

Eran las doce del día; el hambre de seis semanas de huelga se despertaba en los estómagos vacíos, aguijoneada por aquel paseo de muchos kilómetros. Los mendrugos de pan y las pocas castañas que llevaba la *Mouquette* se habían acabado hacía tiempo; y los estómagos chillaban, y aquel sufrimiento se mezclaba á la rabia que todos sentían contra los traidores.

—¡A las minas! ¡Ya no se trabaja! ¡Pan!—gritaban todos.

Esteban, que no había querido comer nada antes de salir de su casa, notaba en el pecho una sensación insoportable. No se quejaba; pero maquinalmente cogía cada dos minutos su cantimplora, y se echaba un trago, creyendo necesitarlo para for-

talecerse y llegar hasta el fin. Sus mejillas iban encendiéndose, y sus ojos despedían chispas. Pero no había perdido aún la cabeza, y descaba evitar más desastres.

Al llegar al camino de Joiselle, un minero de Vendome, que se había unido á los huelguistas para vengarse de su amo, quiso dirigir á la gente hacia la derecha, gritando:

—¡A *Gastón-Maria!* ¡Hay que detener la bomba! ¡Es preciso que las aguas inunden todas las minas!

Las turbas, entusiasmadas, tomaban ya el camino indicado, á pesar de las protestas de Esteban, que les suplicaba no fueran á *Gastón-Maria*. ¿A qué destruir las galerías? Aquello sublevaba su corazón de obrero, á pesar de sus resentimientos. Maheu también encontraba injusto tal proceder. Pero el minero de Vendome seguía gritando, y fué necesario que Esteban gritase más, diciendo:

—¡A *Miron!* ¡Allí hay traidores trabajando!... ¡A *Miron!* ¡A *Miron!*

Con un gesto enérgico detuvo á la muchedumbre, la hizo tomar el camino de la izquierda, mientras Juanillo, poniéndose nuevamente á la cabeza de todos, hacía sonar más fuerte la bocina. *Gastón-Maria* estaba salvada por aquella vez.

Y los cuatro kilómetros que les separaban de *Miron* fueron recorridos en media hora, casi á la carrera, á través de la interminable llanura. El canal, como si fuera una ancha cinta de hielo, la cor-

taba por aquel sitio. Sólo los árboles, despojados de sus hojas, convertidos por la helada en gigantescos candelabros, rompían la uniformidad de aquel paisaje, perdiéndose allá en el horizonte; una ondulación del terreno ocultaba á Montson y á Marchiennes.

Al llegar á la mina, vieron á un capataz que, subido á la barandilla del taller de cerner, los estaba esperando. Todos reconocieron al tío Quandieu, el devano de los capataces de Montson, un viejo con el pelo completamente blanco, que lo menos tenía setenta años de edad, y que era un verdadero milagro de salud y de robustez en aquel pueblo de mineros.

—¿Qué diablos venís á hacer aquí, canallas?— exclamó.

La turba se detuvo. No se trataba de un amo, sino de un compañero, y el respeto los detenía delante de aquel obrero viejo.

—Hay gente trabajando abajo—dijo Esteban.— ¡Mandadles salir!

—Sí, hay gente abajo—replicó el tío Quandieu.—habrá unos cincuenta ó sesenta; los demás han tenido miedo de vosotros, que sois unos granujas... Pero os prevengo que no subirá ninguno, ó que habréis de veros las caras conmigo.

Hubo un rugido espantoso: los hombres empujaban, las mujeres avanzaron unos cuantos pasos. El capataz bajó rápidamente de su atalaya, y se colocó á la puerta.

Entonces Maheu quiso intervenir.

—Viejo, estamos en nuestro derecho; ¿cómo hemos de conseguir que la huelga sea general, sino obligando á todos á que no trabajen?

El viejo guardó un momento de silencio. Evidentemente su ignorancia en materia de coaliciones igualaba á la del otro minero. Pero al fin respondió:

—Yo no digo que no estéis en vuestro derecho. Pero yo no entiendo más que de cumplir la consigna. Estoy solo aquí. La gente ha bajado hasta las tres, y hasta las tres estará abajo.

Las últimas palabras fueron ahogadas por el clamoreo de la turba. Le amenazaban con los puños; las mujeres lo aturdían, y le echaban ya el aliento en la cara. Pero el pobre viejo se las mantenía firmes, con la cabeza erguida, luciendo sus bigotes y cabellos blancos como la nieve; y el valor y el coraje fortalecían de tal modo su voz, que se le oyó decir distintamente, á pesar del tumulto:

—¡Rayos y truenos! ¡Por aquí no se pasa!... Tan cierto como ese es sol, que prefiero me matéis, á que toquéis á los cables... ¡Y no empujéis, porque me tiro de cabeza al pozo delante de vosotros!

Hubo un estremecimiento extraño en la turba. Todos se detuvieron y retrocedieron conmovidos. El viejo continuó diciendo:

—¿Quién es el canalla que no comprende esto?... Yo no soy más que un obrero como vosotros. ¡Me han dicho que vigile, y vigilo! ¡Se acabó!

Y su inteligencia no iba más allá. Así comprendía sus deberes el tío Quandieu, acostumbrado á la obediencia militar. Sus compañeros le miraban conmovidos, oyendo allá, en lo recóndito de su alma, el eco de lo que les decía aquella obediencia de soldado, aquella fraternidad y aquella resignación en el momento del peligro. El viejo creyó que todavía vacilaban, y repitió con energía:

—¡Me tiro al pozo delante de vosotros!

Los huelguistas se estremecieron de horror. Todos habían vuelto las espaldas, y corrían nuevamente por el camino de la derecha, como almas que lleva el diablo, y gritando con todas sus fuerzas:

—¡A *La Magdalena!* ¡A *Crovecœur!* ¡Que no se trabaje más! ¡Pan, pan!

Pero hacia el centro del numeroso grupo sintióse una sacudida violenta. Decían que Chaval había intentado aprovechar aquel incidente para escaparse. Esteban acababa de cogerlo por un brazo, y le amenazaba con romperle el esternón si intentaba hacerles una mala partida. Y el otro, procurando desasirse, protestaba con rabia:

—¿A qué viene todo esto? ¿No hay ya libertad...? Estoy helado con esta ropa, y tengo necesidad de lavarme y quitarme el traje de trabajo. ¡Déjame!

Y, en efecto, iba tiritando, á pesar del copioso sudor que inundaba todo su cuerpo.

—Anda, ó seremos nosotros los que te lavemos. ¿Por qué nos has engañado miserablemente?

La carrera continuaba veloz. Esteban acabó por volverse hacia Catalina, que seguía corriendo al lado de ellos. Le desesperaba verla cerca de sí, tiritando también y fatigada, envuelta en su andrajoso traje de hombre.

— ¡Tú puedes marcharte! — le dijo al fin.

Catalina hizo como que no oía. Sus miradas, al cruzarse con las de Esteban, habían tenido cierta expresión de elocuente reproche. Pero no se detenía. ¿Por qué deseaban que abandonase á su querido? Chaval no era nada amable ciertamente; la maltrataba y la pegaba con frecuencia; pero, al fin y al cabo, era su primer amante, el que la había poseído antes que nadie; mejor dicho, el único que la había poseído, y se enfurecía al verle acometido por tres mil personas. Si no por cariño, por orgullo quería defenderle.

— ¡Vete! — repitió Maheu con violencia.

Aquella orden de su padre la detuvo un instante. Estaba temblorosa; las lágrimas arrasaban sus ojos; pero á pesar del miedo y del respeto, después de un momento de vacilación, siguió corriendo al lado de Chaval. Entonces la dejaron.

Los huelguistas recorrieron el camino de Joiseille, siguieron un momento el de Crou, y en seguida tomaron la dirección de Cougny. Por aquella parte se destacaban en el horizonte varias altas chimeneas de distintas fábricas, cobertizos con toldos, y talleres hechos de ladrillos, que desfilaban á un lado y otro del camino. Pasaron por junto á las ca-

sitas bajas de dos barrios de obreros, el de los *Doscientos veinticinco* primero, y luego el de los *Setenta y seis*, y de cada uno de ellos, al oír los estridentes sonidos de la bocina y el salvaje clamoreo de la multitud, salieron familias enteras, hombres, mujeres, chiquillos, para agregarse á sus compañeros.

Cuando llegaron á la vista de *La Magdalena*, iban seguramente más de mil personas. La ola agitada de los huelguistas invadió la plataforma antes de penetrar en los edificios de la mina.

En aquel momento serían las dos de la tarde. Pero los capataces, al saber lo que pasaba, habían apresurado la subida de los trabajadores; y al llegar los huelguistas no quedaban en el fondo más que una veintena de mineros, que estaban para subir ya en el ascensor. Todos ellos tuvieron que huir, perseguidos á pedradas por los tumultuarios manifestantes. Dos fueron heridos; otro dejó entre las uñas de la turba la ropa que llevaba, hecha jirones. Aquel ensañamiento contra los hombres salvó el material, y nadie tocó á los cables ni á las calderas. La ola de gente se alejaba, dirigiéndose á la mina más próxima.

Esta, llamada *Crecœur*, distaría unos quinientos metros de *La Magdalena*. Allí también llegaron los huelguistas en el momento preciso de salir los trabajadores. Una muchacha fué cogida y azotada por las mujeres, que le desgarraron los pantalones y la blusa, exponiendo sus carnes á la vera

güenza delante de los hombres, que resan como energúmenos. Los aprendices recibieron multitud de pesezones, y todos huyeron, ensangrentados muchos, aterrados la mayor parte. Y en aquel acceso de febril ferocidad, que aumentaba por instantes; en medio de aquella, largo tiempo contenida, necesidad de venganza, cuya fuerza extraordinaria hacía perder la cabeza á todos ellos, continuaban los gritos pidiendo la muerte de los traidores, expresando el odio al trabajo mal retribuido, y pidiendo pan desaforadamente. Empezaron á cortar los cables; pero la lima no mordía bien, y el procedimiento era muy lento, comparado con la impaciencia de todo el mundo, que ahora quería caminar hacia adelante sin detenerse un punto. En las calderas se rompió un grifo, en tanto que á fuerza de agna se apagaban los fuegos.

Entre los de afuera se hablaba de dirigirse á *Santo Tomás*. Esta mina era la mejor disciplinada, y en ella apenas se sentía la influencia de la huelga; lo menos setecientos hombres habían bajado á trabajar, y este hecho exasperaba á los huelguistas, que trataban de recibirlos á pedradas y silbidos. Pero corrieron rumores de que estaban en *Santo Tomás* los gendarmes aquellos de quienes se burlaban por la mañana. ¿Cómo se había sabido? Nadie podía decirlo, porque nadie los había visto. Sin duda había llovido del cielo la noticia. Pero ello es que el miedo se apoderó de los huelguistas, y que se decidieron á encaminarse á *Fetry-Cantel*. Y

de nuevo el vértigo se apoderó de ellos; todos se encontraron, sin saber cómo, en el camino, haciendo sonar los zuecos sobre el pavimento, dándose empujones y prorrumpiendo en gritos violentos de: ¡A *Fetry-Cantel*! ¡A *Fetry-Cantel*! ¡Aún hay allí traidores, y les vamos á hacer saber lo que es bueno!

La mina en cuestión se hallaba á tres kilómetros próximamente de distancia, y medio oculta entre un pliegue del terreno en pleno valle del Scarpe. Ya se hallaban subiendo la cuesta que conduce en agria pendiente á Platieres, por el otro lado del camino de Beaugnies, cuando una voz, no se sabe de quién, expresó la idea de que acaso los gendarmes se encontrarían en *Fetry-Cantel*. No fué necesario más, para que de un extremo á otro de la columna de amotinados se diera como cosa segura aquella sospecha. Una vacilación general detuvo por un momento la marcha de la muchedumbre; el pánico se manifestaba en todos, y aun cuando algunos lo disimulaban, la inmensa mayoría de los revoltosos no se tomaban siquiera aquel trabajo. ¿Cómo no habían tropezado aún con un solo soldado? Su misma impunidad, que, pensada despacio, era verdaderamente extraordinaria, los turbaba y les hacía pensar en la represión de sus excesos, que no podía tardar en llegar.

Sin que nadie supiera de dónde había salido, oyóse una orden nueva, en virtud de la cual las turbas se dirigieron á otra mina.

—¡A *La Victoria!* ¡A *La Victoria!*

¿No habría dragones ni gendarmes en *La Victoria*? Todos lo ignoraban, y, sin embargo, todos parecían tranquilos y satisfechos. Y dando doble derecha, como se dice en lenguaje militar, tomaron la dirección de *Beaumont*, y á campo atravesado se encaminaron á la carretera de Joiselle.

La vía férrea les cerraba el paso, por lo cual la atravesaron derribando las barreras y las verjas, que quedaron destrozadas. Ya se iban acercando á Montson; las ligeras ondulaciones del terreno desaparecían, ensanchábanse los sembrados de remolachas, y allá á lo lejos se distinguían las ennegrecidas casas de Marchiennes.

Tenían que andar aún cinco kilómetros largos; pero tal era el entusiasmo de aquella muchedumbre tumultuaria, que nadie experimentaba cansancio, ni se acordaba de las vejigas y rasguños que se les hacían en los piés. La manifestación, engrosada á cada momento por nuevos obreros que habían salido tarde de sus casas, era ya muy numerosa. Cuando hubieron cruzado el canal por el puente Magache, y se presentaron á las puertas de *La Victoria*, los manifestantes eran más de dos mil.

Pero habían dado las tres, y los obreros, que sabían de allí algo más temprano, pudieron escaparse á las iras de sus compañeros, los cuales no encontraron á nadie. El chasco se tradujo en vanas amenazas y en algunos ladrillazos dirigidos contra los obreros de por la tarde, que se encaminaban á su

trabajo. En cinco minutos, la mina desierta quedó en poder de la partida que capitaneaba Esteban, y, para desahogar su furia, que no podía emplearse contra ningún traidor, la emprendieron con las cosas.

Cierto rescoldo de venganza se avivaba en ellos; el deseo largo tiempo contenido de tomar su desquite contra el capital; tantos y tantos años de hambre y de sufrimiento, les inspiraban deseos de sangre y de exterminio.

Esteban encontró detrás de un cobertizo algunos cargadores que estaban llenando un vagón de mineral.

—¿Queréis largaros de ahí con mil diablos?—les gritó.—¡No saldrá de aquí ni un pedazo de carbón!

Obedeciendo sus órdenes, acudió á aquel sitio un centenar de huelguistas, y los cargadores no tuvieron sino el tiempo indispensable para huir. Unos desengancharon los caballos, que, espantados y fustigados por la multitud, salieron desbocados por aquellos campos, en tanto que otros volcaban el vagón y le hacían pedazos.

Levaque se había precipitado, hacha en mano, para romper la máquina de extracción. Luego, variando de idea, pensó en destruir la vía férrea, y muy pronto todos sus compañeros se entregaron á aquella tarea con verdadero ensañamiento. Maheu, que se había apoderado de una barra de hierro, de la cual se servía contra los rails como si fuera una palanqueta, no fué de los que menos coadyuvaron á aquella obra de destrucción.

Entre tanto, la *Quemada*, á la cabeza de las mujeres, invadía el departamento de las luces, el suelo del cual se vió muy pronto lleno de linternas destrozadas y de pedazos de cristal. La mujer de Maheu, fuera de sí, se ensañaba con tanta violencia como la de Levaque. Todas estaban manchadas de aceite, y la Mouquette se limpiaba las manos en las sayas, riendo de verse tan sucia. Juanillo, por bromear, la había echado encima todo el aceite de una alcuza.

Pero aquellos actos vengativos no daban de comer, no aplacaban el hambre. Los estómagos gritaban cada vez más desconsolados, y entre aquel vocerío de aquellarre dominaba el grito angustioso de:

—¡Pan, pan, pan, pan!

Precisamente allí, en *La Victoria*, había una cantina establecida por un antiguo capataz, el cual, asustado sin duda, habría huído, porque el tenducho estaba cerrado. Cuando las mujeres salieron de la lampistería y los hombres creyeron haber destrozado bastanse la vía férrea, pusieron sitio á la barraca que servía de cantina, cuyas endeblés puertas cedieron muy pronto. Pero no encontraron allí pan; no vieron más que dos trozos de carne cruda y un saco de patatas. Mientras unos se apoderaban de aquellas provisiones, otros registraban hasta el último rincón de la barraca, y tropezaban con unos cuarenta ó cincuenta tarros de ginebra, que desaparecieron como agua sorbida por la arena.

Esteban, que había concluído con el contenido de su cantimplora, la volvió á llenar. Poco á poco fueron invadiendo sus facciones los síntomas de una embriaguez mala, la embriaguez de los hambrientos. De pronto advirtió que Chaval, aprovechando el barullo, había desaparecido. Gritó desafortadamente; algunos amigos suyos echaron á correr, y el fugitivo fué encontrado con Catalina detrás de un montón de madera que había allí cerca.

—¡Ah, miserable canalla, temes comprometerme!—gritó Esteban.—¡Tú eras quien anoche en el bosque pedía la huelga hasta de los maquinistas, para que se inundaran las minas cuando se detuvieran las bombas, y ahora salimos con que te escondes por no secundar nuestros planes!... Pues bien, canalla; vamos á ir otra vez á *Gastón-Maria*, y quiero que por tu propia mano rompas la bomba. Sí, ¡por vida de Dios! ¡Y la romperás! ¡Yo te lo aseguro!

Estaba ebrio, y él mismo lanzaba á las turbas contra aquella bomba que algunas horas antes salvara de la destrucción.

—¡A *Gastón-Maria*! ¡A *Gastón-Maria*!

Todos, aclamándolo frenéticamente, se precipitaron á obedecerle; mientras Chaval, cogido por los hombros, arrastrado, empujado con violencia, seguía pidiendo que le permitieran llevarse.

—¡Vete de aquí!—gritó Maheu á Catalina, que también había echado á correr junto á su amante.

Pero esta vez ni se detuvo siquiera: lanzó á su

padre una mirada ardiente de reconvención, y siguió corriendo.

La partida de huelguistas se halló de nuevo en plena llanura. Desandaba lo andado aquella mañana. Eran ya las cuatro de la tarde, y el sol, que iba desapareciendo por el horizonte, alargaba las sombras de aquella horda de furiosos, dibujándolas en el endurecido suelo de la carretera. Dieron la vuelta al pueblecillo de Montson, y aparecieron al otro lado del camino de Joiselle, pasando por delante de las tapias de la *Pioline*. Precisamente acababan de salir de su casa los señores de Gregoire para hacer una visita al notario, antes de ir á comer en casa de Hennebeau, donde debían reunirse con su hija Cecilia. La quinta de los Gregoire parecía completamente dormida. No se notaba en ella ni el más ligero movimiento: las ventanas estaban cerradas, y de aquel silencio tranquilo desprendíase una impresión de bienestar: la sensación patriarcal de una buena cama, de una buena mesa, de tranquila felicidad, en medio de las cuales se desenvolvía la vida encalmada de sus propietarios.

Los huelguistas, sin detenerse, dirigieron sombrías miradas al edificio, y empezaron á gritar de nuevo:

—¡Pan, pan, pan!

Solamente los perros contestaron con sus feroces ladridos; detrás de una persiana veíanse á la cocinera Melania y á la doncella Honorina, atraídas por aquel clamoreo, pálidas y sudorosas de miedo,

al ver desfilar á aquellos salvajes. Una y otra se hincaron de rodillas y se creyeron muertas al oír el ruido de una piedra, una sola, que acababa de romper un cristal de la ventana contigua. Era una broma de Juanillo, que, habiendo hecho una honda con un pedazo de cuerda, quiso saludar al paso á los señores Gregoire. En seguida empezó de nuevo á hacer ruido con su bocina, mientras los huelguistas se alejaban rápidamente y sin dejar de gritar:

—¡Pan, pan, pan!

Llegaron á *Gastón-Maria*; iban más de dos mil quinientos, locos furiosos, que lo arrollaban todo á su paso con la terrible impetuosidad de un torrente desbordado. Los gendarmes habían pasado por allí una hora antes, y habían seguido su camino en dirección á *Santo Tomás*, con arreglo á las falsas noticias de los campesinos, sin tomar siquiera la precaución de dejar allí unos cuantos soldados para guardar la mina. En menos de un cuarto de hora los fuegos quedaron apagados, las calderas rotas, los departamentos todos saqueados sin piedad. Pero á lo que principalmente se amenazaba era á la bomba. No les bastaba que se detuviera al extinguirse el vapor, sino que se ensañaban contra ella como si fuese una persona viva á quien quisieran asesinar.

—¡Tú darás el primer golpe!—repetía Esteban, poniendo en manos de Chaval un martillo.—¡Vamos! Para eso juraste con nosotros.

Chaval, temblando, retrocedía; y en la baraunda que se produjo, se le cayó el martillo de las manos, mientras los demás, furiosos, sin esperar y sin contenerse, rompían la bomba á ladrillazos y á palos, con las barras de hierro, y con todo lo que encontraban á mano. Las piezas de acero y de cobre se dislocaban como miembros de un mismo cuerpo herido sin piedad, hasta que el agua se escapó de la caldera, y entonces los enfurecidos huelguistas salieron de allí, atropellando á Esteban, que no soltaba á Chaval, y gritando como energúmenos:

—¡Muera el traidor! ¡Al pozo con él! ¡Al pozo!

Aquel miserable, lívido de espanto, tartamudeaba explicaciones y súplicas, volviendo á cada instante, con la obstinación de la estupidez, á su tema de la necesidad de lavarse y cambiar de traje.

—¡Espera un momento!—gritó la mujer de Levaque.—Si tanto lo necesitas, aquí tienes barreño.

Había, en efecto, allí al lado, un charco procedente de las aguas de una filtración, cubierto de espesa capa de hielo. Las turbas rompieron ésta, y obligaron á Chaval á meter la cabeza en aquel agua helada.

—¡Mete la cabeza!—repetía la *Quemada*.—¡Por vida de Dios! ¡si no la metes, te zambullimos!... ¡Y ahora vas á beber ahí como los animales!

Tuvo que beber en cuatro pies. Todos se reían de un modo cruel. Una mujer le tiró de las orejas; otra le arrojó á la cara un puñado de tierra; el tra-

je que llevaba estaba hecho jirones, y el infeliz luchaba en vano por escapar de las garras de aquellos furiosos que lo iban á matar.

Maheu le había dado muchos empujones, y su mujer era de las que más se ensañaban contra él, desahogando así uno y otra el rencor que le tenían; hasta la Mouquette, que de ordinario era buena, sobre todo con los que habían sido amantes suyos, se complacía en martirizarle, diciendo que no servía para nada, y amenazándole con desnudarlo, con objeto de ver si todavía era hombre. Pero Esteban la obligó á callar.

—¡Basta!—dijo.—No ha y necesidad de que todos le atormenten... Si quieres, beberemos los dos juntos.

Sus puños se cerraban con rabia, sus ojos se animaban con el furor del homicida, porque la embriaguez en él degeneraba siempre en la necesidad de matar á alguien.

Catalina, sin fuerzas ya, horrorizada, le miraba, recordando las confidencias que le hiciera en cierta ocasión á propósito de sus disposiciones de ánimo en cuanto bebía una copa de más. De pronto se abalanzó hacia él, y abofeteándole con ambas manos, le gritó indignada:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¿Esas son tus valentías? ¿Quieres matarle ahora que ya no puede ni tenerse en pie?

Y volviéndose á su padre y á su madre, y á todos los demás:

—¡Sois unos cobardes!—exclamó.—Matadme á mí también. Si volvéis á tocarle, os escupo á la cara y os salto los ojos. ¡Oh! ¡Cobardes!

Y colocándose delante de su querido, lo defendía con su cuerpo, olvidando los golpes y los malos tratamientos, olvidando toda la vida de miseria que sufría, sin pensar más que en que le pertenecía, toda vez que se había ido con él, y que, por lo tanto, sería vergonzoso permitir que le asesinasen.

Esteban se había puesto pálido al verse abofeteado por aquella muchacha. Primero estuvo á punto de estrangularla. Luego se pasó la mano por la frente; y como si de pronto hubiese rechazado la embriaguez que sufría, dijo á Chaval, en medio del profundo silencio que se produjo:

—Tiene razón; basta ya de ensañamiento... ¡Lárgate de aquí!

Sin aguardar á que se lo repitieran, Chaval emprendió la huida, y Catalina echó á correr detrás de él. La muchedumbre, conmovida, los vió desaparecer por un recodo del camino. Solamente la mujer de Maheu murmuraba:

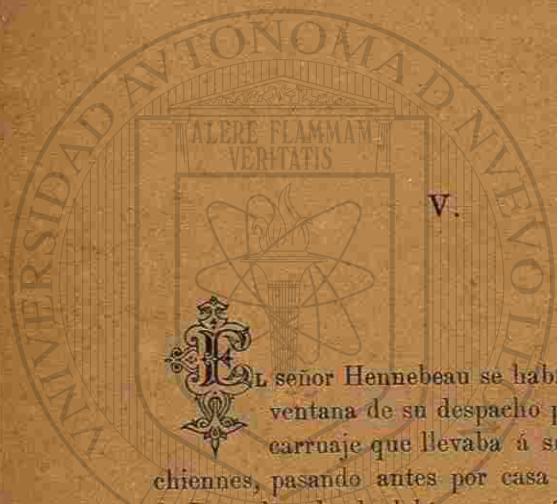
—Habéis hecho mal en soltarlo, porque de seguro cometerá alguna traición.

Pero los huelguistas habían emprendido de nuevo la marcha. Iban á dar las cinco; el sol, de un rojo de fuego, incendiaba toda la llanura; un buhonero que pasaba en aquel instante les dijo que los dragones bajaban por el camino de *Creve-cœur*.

Entonces se replegaron alrededor de Esteban, el cual hizo circular la orden de encaminarse á Montson.

—¡A Montson!—dijeron todos.—¡A casa del director! ¡Pan, pan, pan!





EL señor Hennebeau se había asomado á la ventana de su despacho para ver salir el carruaje que llevaba á su mujer á Marchiennes, pasando antes por casa de Gregoire y de Deneulin, donde debía recoger á Cecilia, Lucía y la hermana de ésta. Con la vista siguió un momento á Negrel, cuyo caballo trotaba á la portezuela del coche, y luego fué tranquilamente á sentarse á su mesa de despacho. Cuando su mujer y su sobrino se ausentaban, la casa parecía desierta. Precisamente aquel día el cochero guiaba el carruaje de la señora; Rosa, la doncella, tenía permiso para salir hasta las cinco de la tarde, y no quedaban en la casa más que Hipólito, el ayuda de cámara, que estaba limpiando perezosamente las habitaciones, y la cocinera, á vueltas, desde el amanecer, con sus guisados y con sus cacerolas, y en-

tregada á los preparativos de la comida que daban aquella tarde los señores á sus amigos. Así es, que el señor Hennebeau se prometía trabajar mucho, y aprovechar el tiempo, en medio de aquel silencio y de aquella tranquilidad.

A eso de las nueve, aun cuando le habían dado orden de no recibir á nadie, Hipólito se permitió anunciar á Dansaert, quien decía tener noticias graves que comunicar al director. Entonces supo éste la reunión celebrada la víspera en el bosque de Vendome; y los pormenores eran tales, que escuchaba al capataz con una ligera sonrisa, pensando en los amores de éste con la mujer de Pierron, tan públicos, que dos ó tres anónimos por semana llegaban á sus manos, denunciándole los excesos del capataz mayor: evidentemente el marido había hablado, y aquella policía oía á policía de alcoba. Aprovechó la ocasión para indicarle que lo sabía todo, y que se contentaba con recomendarle la mayor prudencia, á fin de evitar un escándalo que le pusiese en el caso de tomar alguna determinación desagradable. Dansaert, asustado por aquel regaño, seguía dando noticias y negando torpemente, mientras su descomunal nariz confesaba el crimen, poniéndose muy colorada. Por lo demás, no insistió mucho en sus negativas, satisfecho de salir del paso á tan poca costa, porque, de ordinario, el director se mostraba de una severidad implacable cuando algún empleado se permitía el lujo de galantear á alguna mujer guapa de la familia de un

minero. Continuó la conversación acerca de la huelga, y ambos interlocutores convinieron en que la reunión de la víspera no pasaba de ser una nueva fanfarronada sin serias consecuencias. De todos modos, creía que los barrios de obreros no se mezclarían en la cuestión, aquel día por lo menos, á causa de la impresión que en ellos habría producido el paseo militar de por la mañana.

Esto no obstante, cuando el señor Hennebeau se vió nuevamente solo, estuvo á punto de poner un telegrama al gobernador; mas el temor de dar inútilmente aquella prueba de inquietud le contuvo. Ya no se perdonaba su falta de previsión, diciendo en todas partes y escribiendo á los señores de la Compañía que la huelga no podía durar arriba de un par de semanas. Con gran sorpresa suya duraba ya más de dos meses, lo cual le desesperaba, porque se veía cada vez más comprometido, cada vez más en peligro de perder la confianza de sus superiores, cada vez más en la necesidad de dar un golpe de efecto. Había pedido instrucciones á sus jefes para el caso de un alboroto en regla, y esperaba la respuesta por el correo de aquel día. Pensaba que cuando llegase éste sería tiempo de expedir telegramas para que las minas fuesen ocupadas militarmente, si tal era la opinión de aquellos caballeros. Según él, semejante medida produciría, de seguro, una colisión sangrienta, la responsabilidad de la cual le abrumaba de tal modo, que le hacía perder su habitual energía.

Hasta las once trabajó tranquilamente, sin que en la casa, desierta y silenciosa, se oyese más ruido que el de la escoba de Hipólito, que allá, en el otro extremo del hotel, debía estar limpiando alguna habitación. Luego recibió dos despachos, el primero anunciándole que los huelguistas de Montson habían invadido á *Juan-Bart*; y el segundo, dándole cuenta de los destrozos ocasionados por ellos en aquella mina. ¿Por qué habrían ido á la de De-neulin, en vez de pegarla con una cualquiera de la Compañía? Pero, en fin, después de todo, tal noticia no era para disgustarle, porque contribuiría á que se realizasen los planes que de antiguo tenfa la Sociedad de Montson, acerca de las minas de Vendome.

Y á las doce almorzó, solo, en el magnífico comedor, servido en silencio por su criado, á quien no oía siquiera andar, porque estaba en zapatillas. La soledad aumentaba las preocupaciones, que, sin saber por qué, le atormentaban aquella mañana, cuando un capataz que llegaba con la lengua fuera, como se dice vulgarmente, entró á darle parte de que los huelguistas se dirigían á *Miron*. Casi en seguida, hallándose tomando el café, un telegrama le anunció que estaban amenazadas también *La Magdalena* y *Crevecoeur*. Entonces su perplejidad fué extraordinaria. El correo no llegaba hasta las dos; ¿debería pedir el auxilio de las tropas sin aguardar la respuesta del Consejo de Administración? ¿No sería mejor tener un poco de paciencia,

y obrar de acuerdo con las instrucciones que recibiese? Volvió á su despacho, y quiso leer una comunicacion que por encargo suyo debía haber dirigido Negrel el día antes al gobernador. Pero no pudo encontrarla, y suponiendo que acaso el joven la habría dejado en su cuarto, donde algunas noches trabajaba antes de acostarse, subió á la habitación de su sobrino con ánimo de buscar aquel papel.

Al entrar en ella, el señor Hennebeau tuvo una sorpresa: el cuarto no estaba arreglado todavía, sin duda por olvido ó por pereza de Hipólito, que, á causa de la salida de la criada, estaba solo aquel día para limpiar toda la casa. Reinaba en la habitación ese calorillo de toda una noche durante la cual no había sido apagada la estufa, y se notaba un olor de perfume fuertísimo, que supuso salir de la cubeta de las aguas de lavarse, que estaba todavía allí. La habitación se hallaba en el mayor desorden: ropa por todas partes, toallas húmedas echadas en los respaldos de las sillas, la cama deshecha, y una sábana caída, arrastrando por la alfombra. En el primer momento no tuvo para todo aquello más que una mirada indiferente y distraída; y dirigiéndose á una mesita que había delante del balcón, y que estaba llena de papeles, empezó á buscar el borrador que necesitaba. Por dos veces miró uno á uno todos los papeles; decididamente no estaba allí. ¿Dónde diablos lo habría metido aquel cabeza de chorlito?

Y cuando el señor Hennebeau buscaba con la vista en cada uno de los muebles, vió en la deshecha cama un objeto extraño que brillaba y que le llamó la atención. Maquinalmente se aproximó á él, y extendió la mano. Era un botecito de oro, que se ballaba entre dos pliegues de la arrugada sábana. En seguida advirtió que era un botecito de éter de la señora de Hennebeau, quien jamás se separaba de él. Pero aún no comprendía de qué modo aquel objeto podía haber ido á parar á la cama de Pablo. De pronto se puso pálido como un muerto: adivinó que su mujer había dormido allí.

—Perdonad—murmuró la voz de Hipólito, que se asomaba á la puerta;—he visto subir al señor...

El criado entró, y quedó consternado al ver el desorden que reinaba en el cuarto.

—¡Dios mío, es verdad que no había arreglado aún la habitación del señorito Pablo! ¡Es claro! ¡como Rosa se ha ido, dejándolo todo á cargo mío!...

El señor Hennebeau, que había escondido el botecito en una mano, le estrujaba furiosamente.

—¿Qué queréis?

—Señor, otro hombre que desea veros... Viene de *Crevecœur*, y trae una carta.

—Bueno; dejadme. Decidle que espere.

¡Su mujer había dormido allí! Después de correr el cerrojo por dentro, abrió la mano, y contempló el botecito, que había dejado impresa su huella en la carne. De pronto lo comprendió todo, se lo explicó todo; tal infamia venía ocurriendo hacia me-

ses en su casa. Recordó su antigua sospecha, el crujir de puertas y el ruido de pasos por la mullida alfombra. Sí, ¡eran los de su mujer, que subía á dormir allí!

Caído sobre una silla cerca de la cama, que contemplaba con expresión de idiota, permaneció mucho rato como anonadado. Un ruido le sacó de su ensimismamiento: llamaban á la puerta. Era Hipólito otra vez.

—¡Señor!... ¡Ah! ¡el señor está encerrado!...

—¿Qué hay?

—Parece que la cosa urge, y que los obreros lo destrozan todo. Abajo hay otros dos hombres esperando. También han llegado varios telegramas.

—¡Id al diablo!... ¡Ahora bajaré!

La idea de que Hipólito se hubiese encontrado el botecito de éter en aquel sitio, si hubiese hecho la cama por la mañana, le llenaba de espanto. Es verdad que aquel criado debía saberlo todo; que veinte veces habría encontrado aquella cama caliente todavía del adulterio; que habría visto cabellos de su mujer esparcidos por la almohada, y huellas abominables manchando las sábanas. Indudablemente insistía tanto en subir ahora, por pura mala intención. Quizás alguna vez habría estado allí mirando por el agujero de la cerradura y bañándose en agua de rosas al pensar en la deshonra de su amo.

El señor Hennebeau quedó inmóvil nuevamente. Se había vuelto á dejar caer sobre la silla, y no

apartaba su mirada de aquella maldita cama. Todo su largo pasado de desventuras acudió á su mente: su matrimonio con aquella muchacha, su inmediata separación moral y material, los amantes que élla había tenido sin que él lo sospechase, el otro que le había tolerado durante diez años, como se tolera á una enferma un gusto inmundo. Luego recordaba su llegada á Montson, su esperanza loca de verla curada, los meses de languidez y aburrimiento en aquel destierro, y, por fin, la proximidad de la vejez que se la iba á devolver. Luego llegaba su sobrino, aquel Pablo de quien ella se convertía en madre cariñosa, al cual hablaba de su corazón muerto y enterrado en cenizas para siempre. Y él, marido imbécil, no prevenía nada, adoraba á aquella mujer que era la suya, que otros hombres habían poseído, que solamente él no podía tocar; la adoraba con vergonzosa pasión, hasta el punto de caer de rodillas á sus piés, sólo porque le diese las sobras de los demás. ¡Y esas sobras se las daba ahora su sobrino!

En aquel momento, un campanillazo que sonó á lo lejos hizo estremecer al señor Hennebeau. Lo conoció en seguida: era la señal que, según sus órdenes, hacían siempre á la llegada del cartero. Se levantó, habló en voz alta, dejando escapar insultos groseros que á su pesar salían á borbotones por entre los apretados labios.

—¡Ah! ¡Qué mé importan, qué me importan esos telegramas y esas cartas!—murmuró.

Estaba furioso; deseaba tener allí una cloaca donde enterrar tanta suciedad. Aquella mujer era una infame canalla, y buscaba palabrotas que dirigirle como para insultarla de un modo mortal. El recuerdo brusco de la boda que entre Pablo y Cecilia Gregoire perseguía ella con la sonrisa en los labios, acabó de exasperarlo. De modo que en el fondo de aquella terrible sensualidad no había ni la excusa de la pasión, ni celos siquiera. No se trataba evidentemente más que de la necesidad de un hombre, de un recreo buscado como se busca un postre al que uno se acostumbra. Y Hennebeau la acusaba de todo, casi disculpaba al sobrino, en el cual había mordido ella, en aquel despertar de su apetito desenfadado, como se muerde en una fruta verde robada en un camino. ¿A quién se comería, á dónde iría á parar cuando no encontrase sobrinos complacientes, bastante prácticos para aceptar de su familia mesa, cama y mujer?

Volvieron á llamar tímidamente á la puerta, y la voz de Hipólito, que se permitió decir por el agujero de la cerradura:

— Señor, el correo... Y también ha vuelto el señor Dansaert, quien asegura que andan matando gente por allí.

— ¡Ya voy, vive Dios!

¿Qué haría? Echarlos á la calle cuando volbiesen de Marchiennes, como se echa á dos bichos asquerosos que no quiere uno tener en su casa. Sí, decididamente los insultaría, prohibiéndoles penetrar

más en el hotel. El aire de aquel cuarto estaba emponzoñado por sus suspiros, por sus alientos confundidos; el olor sofocante que advirtiera al entrar, era el olor que exhalaba el cuerpo de su mujer, aficionada á los perfumes fuertes, que eran en ella otra necesidad carnal; y notaba el calor, el olor del adulterio vivo, que se delataba en todas partes, en las aguas del lavabo, en el desorden de la cama, en los muebles, en la habitación entera apestada de vicio. El furor de la impotencia le lanzó contra la cama, á la cual empezó á dar puñetazos con verdadero frenesí, ensañándose contra aquellas ropas arrugadas por una noche entera de amor.

Pero de pronto le pareció oír á Hipólito, que subía de nuevo, y la vergüenza le contuvo. Aún permaneció allí un momento, enjugándose el sudor de la frente, procurando tranquilizarse, y hacer que le latiese con menos violencia el corazón. En pie, delante de un espejo, contemplaba su rostro tan descompuesto y tan lleno de dolor y de furia, que él mismo no lo hubiese reconocido. Luego, cuando hubo logrado calmarse un poco por un esfuerzo supremo de la voluntad, bajó lentamente la escalera.

Abajo le esperaban cinco emisarios, sin contar á Dansaert. Todos le llevaban noticias de una gravedad terrible acerca del giro que iba tomando la huelga; y el capataz mayor le relató con muchos pormenores lo sucedido en *Mirou*, donde no se habían cometido excesos, gracias á la actitud del viejo Quandieu. El señor Hennebeau le escuchaba,

asintiendo con un movimiento de cabeza; pero no le comprendía, porque su espíritu todo se había quedado allá arriba, en la alcoba de su sobrino. Al cabo de un instante los despidió, diciéndoles que adoptaría las medidas necesarias. Cuando se vio solo, y de nuevo sentado ante la mesa de despacho, pareció ensimismarse, con la cabeza entre las manos, y tapándose los ojos. Como estaba allí el correo, se decidió á buscar la carta que estaba esperando, la respuesta del Consejo de Administración, cuyas letras parecieron danzar á su vista. Pero al fin pudo leer, no sin alguna dificultad, y creyó que aquellos señores deseaban una algarada: ciertamente no le decían que empeorase la situación; pero dejaban traslucir su parecer de que los disturbios y trastornos, cuanto más escandalosos, mejor acabarían la huelga, provocando una reprensión enérgica. Desde aquel momento, ya no vaciló; envió telegramas á todas partes, al gobernador de Lilla, al jefe de las tropas acantonadas en Douai, al comandante de la gendarmería de Marchiennes. Aquello era un consuelo, porque nada tenía que hacer más que encerrarse, para lo cual hizo circular el rumor de que estaba indispuerto. Y toda la tarde se escondió en su despacho, sin recibir á nadie, limitándose á leer los telegramas y las cartas que seguían llegando por docenas. Así fué que pudo seguir paso á paso los movimientos de los huelguistas, yendo desde *La Magdalena* á *Crevecoeur*, de *Crevecoeur* á *La Victoria*, de *La Victoria*

á *Gastón-Maria*. Por otro lado, recibía noticias del error de los gendarmes y dragones, los cuales, engañados por la gente del campo, iban siempre en dirección contraria á la que seguían los revoltosos. El señor Hennebeau, á quien tenía sin cuidado que se hundiese el mundo y que se matara la humanidad entera, había vuelto á dejar caer la cabeza entre las manos, abismado con el silencio profundo que reinaba en la desierta vivienda, donde sólo de cuando en cuando percibía el ruido que con las cacerolas hacía la cocinera, ocupadísima en preparar la comida para aquella tarde.

Ya el crepúsculo oscurecía la habitación; serían las cinco, cuando un estruendo espantoso estremeció al señor Hennebeau, que continuaba con los codos encima de los papeles, silencioso, inmóvil, inerte. Creyó que llegaban ya los dos miserables. Pero el tumulto aumentaba; estalló una gritería espantosa, terrible, imponente, y en el instante en que se asomaba á la ventana, oyéronse gritos de:

—¡Pan, pan, pan!

Eran los huelguistas que invadían á Montson, mientras los gendarmes, creyendo en un ataque contra *La Voreux*, galopaban de espaldas adonde hacían falta, para ocupar militarmente la referida mina.

Precisamente á dos kilómetros de las primeras casas, un poco más allá del sitio donde cruzaban la carretera y el camino de Vendome, la señora de Hennebeau y las señoritas á quienes acompañaba, acababan de ver pasar las turbas de huelguistas

amotinados. El día en Marchiennes había transcurrido alegremente; habían tenido un buen almuerzo en casa del director de la fábrica; luego una interesante visita á los talleres de una fábrica contigua, que les ocupó toda la tarde; y cuando al fin regresaban á su casa á la caída de la tarde de aquel sereno día de invierno, Cecilia había tenido el capricho de beber un vaso de leche al pasar por una casa de campo. Todos se apearon del carruaje; Negrel echó pie á tierra también, mientras la campesina, admirada de verse favorecida por aquellos señorones, se apresuraba á servirlos, y decía que deseaba sacar un mantel limpio para ponerles la mesa. Pero como Lucía y Juana querían ver ordeñar la leche, fueron todos al establo con vasos, y se divertieron mucho, llenando cada cual su vaso directamente de la teta.

La señora de Hennebeau, con aquel aire maternal que no la abandonaba nunca, tocaba apenas con los labios el borde del vaso. De pronto un ruido extraño, un rugido de tempestad que sonaba en el campo, los puso en cuidado.

—¿Qué será eso?—dijeron.

El establo, que se hallaba fuera de la granja y casi á orillas de la carretera, tenía una puerta muy grande para carros. Las jóvenes sacaron por allí la cabeza, y se quedaron asombradas al ver, allá á lo lejos, por la izquierda, una muchedumbre compacta y agitada, que desembocaba por el camino de Vendome.

—¡Diablo!—murmuró Negrel, asomándose á su vez.—¿Si acabará esta gente por enfadarse de verdad?

—Probablemente son los carboneros, que vuelven á pasar—dijo la mujer de la granja.—Ya van dos veces que los vemos. Parece que las cosas no van bien, y que son los amos de toda la comarca.

Hablaba con temerosa prudencia, observando en los rostros de aquellos señores el efecto de sus palabras; y cuando echó de ver el espanto de todos, la profunda ansiedad que les producía aquel encuentro, se apresuró á añadir:

—¡Ah! ¡Qué canallas! ¡Qué infames!

Negrel, viendo que era demasiado tarde para tomar el carruaje otra vez y llegar á Montson, dió orden al cochero de que metiese el coche en el corral de la granja, que era buen escondite, y él mismo ató allí su caballo, al cual tenía un chiquillo la brida. Cuando volvió á reunirse con las señoras, vió que su tía y las tres jóvenes, asustadísimas, se disponían á seguir á la mujer de la granja, quien les ofrecía esconderlas en su casa. Pero el ingeniero opinó que estaban allí más seguros, porque nadie había de irles á buscar á la cuadra. La puerta cochera, sin embargo, cerraba muy mal, y tenía tales rendijas, que desde dentro podía verse fácilmente cuanto ocurría en el camino.

—¡Vamos, valor!—dijo Pablo, tratando de echar á broma aventura tan desagradable.—¡Vendere

mos cara la vida, si es necesario!—añadió sonriendo.

Pero la bromita agrandó el miedo de las señoras. El estrépito y la gritería iban en aumento. Nada se veía aún; pero en cambio el eco de aquellas voces semejaba á ese rugir imponente del viento de tempestad.

—No, no quiero ver nada—dijo Cecilia escondiéndose detrás de un montón de paja, y tapándose los ojos con las manos, como hacía para no ver los relámpagos en los días de tormenta.

La señora de Hennebeau, muy pálida, encolerizada contra aquellas gentes, que por segunda vez le echaban á perder un día de diversión, permanecía inmóvil, con cara adusta y expresiva mirada de cólera, mientras Lucía y Juana, á pesar de su temblor, aplicaban los ojos á las rendijas, deseosas de no perder nada del espectáculo que se preparaba.

Los rugidos de los amotinados crecían; Juanillo apareció delante de todos, imitando con la bocina extraños toques de corneta.

—Coged los pomitos de sales, porque el pueblo huele mal—murmuró Negrel, quien, á pesar de sus ideas republicanas, gustaba de bromear con las señoras á costa de la gente baja.

Pero aquel chiste suyo se perdió en el huracán de gestos y de gritos. Habían aparecido las mujeres ¡cerca de mil mujeres! con los cabellos desgreñados por la violencia de la carrera, enseñando

la carne, mal tapadas por sus andrajosas sayas. Algunas llevaban criaturas de pecho en brazos, y las levantaban en alto, agitándolas como si fuesen una bandera de duelo y de venganza. Otras, más jóvenes, blandían palos, mientras las más viejas, horribles de miseria y de cinismo, gritaban con tal furia, que las venas y los músculos del cuello se les señalaban como si fueran á romperse. Y detrás de ellas llegaron los hombres, dos mil locos furiosos, aprendices, cortadores de arcilla, cargadores; una masa compacta, movida por el mismo impulso, compuesta de individuos que se apiñaban de tal suerte, que no se distinguían ni los descoloridos calzones, ni las blusas desgarradas y sucias, confundidos con el color terroso del camino. Todos los ojos chispeaban, no se veían más que los negros agujeros de las bocas abiertas para entonar *La Marsellesa*, cuyas estrofas se perdían en un rugido colosal y confuso, acompañadas por el ruido acompasado que producían los zuecos en el endurecido suelo de la carretera. Por encima de las cabezas, entre el bosque de barras de hierro y de palos agitados furiosamente, distinguíase un hacha; ésta, que era la única arma que llevaban, era como el estandarte de aquella horda salvaje, y presentaba, al destacarse sobre el fondo azul del cielo, el perfil de la cuchilla de una guillotina.

—¡Qué caras tan terribles!—balbuceó la señora de Hennebeau.

Negrel se esforzaba por sonreír todavía; pero el

miedo se iba apoderando de él, y sólo pudo decir entre dientes:

—¡Que el diablo me lleve, si conozco á uno solo de ellos! ¿De dónde saldrán esos bandidos?

Y, en efecto, el furor, la cólera y el hambre, aquellos dos meses de terribles sufrimientos y aquella vertiginosa carrera que duraba ya muchas horas, habían convertido los pacíficos semblantes de los mineros de Montson en verdaderos focicos de fiera. En aquel momento se ocultaba el sol: sus últimos rojizos rayos daban extraño colorido al cuadro terrible que contemplaban desde el interior del establo.

—¡Oh! ¡Soberbio, magnífico!—dijeron á media voz Lucía y Juana, despierto su artístico entusiasmo ante aquel horror que no puede describirse.

Y, sin embargo, ambas temblaban, y habían retrocedido hasta colocarse junto á la señora de Hennebean, que estaba apoyada en una caba vacía. La idea de que bastaba una mirada por cualquier rendija de aquella puerta desvencijada para que las asesinasen, teníalas á todas sobrecogidas de espanto. Negrel, que era valiente, y de ordinario muy sereno, sentíase acometido ahora de espanto, de uno de esos espantos indescriptibles que inspiran los peligros desconocidos. Cecilia, oculta tras el montón de paja, no se movía. Y las otras, á pesar de su deseo de apartar la vista del terrible cuadro, no lo lograban, sin embargo, y seguían mirando hacia la carretera.

Era aquello la sangrienta aparición del movimiento revolucionario que acabaría con todos fatalmente cualquier noche de fines de este siglo. Si; una noche, el pueblo, harto de sufrir, desenfrenado, galoparía de aquel modo en horrible tumulto de aquelarre, recorriendo los caminos y las ciudades, y bebería la sangre de los burgueses, paseando sus cabezas y robando el oro de sus arcas. Las mujeres chillarían como furias, los hombres abrirían sus bocas de lobo para devorarlo todo. Si; se verían los mismos andrajos, el mismo ruido cadencioso é imponente de pisadas, el mismo estrépito horroroso, cuando aquel bárbaro torrente desbordado barriese la sociedad actual. Las llamas de los incendios alumbrarían el mundo, en las ciudades no quedaría piedra sobre piedra, y volverían á la vida salvaje de los bosques, después de haberse hecho dueños del universo en una noche. No habría nada de lo que hay ahora, ni una sola fortuna, ni un solo prestigio de los que ahora nos gobiernan, ni un título que diese derecho á las actuales posiciones, hasta que tal vez apareciese una sociedad nueva. Si; aquellas cosas que veían pasar por el camino, eran para ellas una profecía terrible.

De pronto, un grito inmenso dominó los acordes de *La Marsellesa*.

—¡Pan, pan, pan!—chillaban tres mil voces á la vez.

Negrel se puso más pálido de lo que estaba; Lucía y Juana se abrazaron á la señora de Henne-

beau, á quien apenas podían sostener sus piernas temblorosas. ¿Sería aquella la noche del derrumbamiento de la sociedad? Y lo que vieron en aquel instante acabó de horrorizarlas. Ya había pasado la mayor parte de la columna de revoltosos, y estaban pasando los rezagados. De pronto apareció la Mouquette. Se iba quedando atrás, porque se detenía á mirar por las ventanas y por las verjas de los jardines en las casas de los burgueses; y cuando descubría á uno de éstos, no pudiendo escupirle al rostro, le enseñaba lo que para ella era el colmo del desprecio.

Sin duda en aquel momento vería á alguna, porque, levantándose las sayas y encorvándose hacia adelante, mostró la parte posterior de su cuerpo, completamente desnuda, á la luz de los últimos rayos del sol. Tal espectáculo, en aquellas circunstancias, no causaba risa, sino, al contrario, espanto.

Todo desapareció: los huelguistas avanzaban con dirección á Montson. Entonces sacaron el carruaje del corral donde estaba escondido; pero el cochero no osaba asumir la responsabilidad de llevar á casa á las señoras sin que ocurriese una catástrofe si los huelguistas seguían ocupando la carretera. Y lo malo era que no había otro camino.

—Pues es preciso, sin embargo, nos marchamos porque nos espera la comida—exclamó la señora de Hennebeau, fuera de sí y exasperada por el miedo.
—Esta canalla ha elegido para sus fechorías una

tarde en que tenemos convidados. ¡Haced bien á tales infames!

Lucía y Juana estaban ocupadas en sacar de entre la paja á Cecilia, que, muerta de miedo, creía que los salvajes no habían acabado de pasar, y que insistía en no ver nada de aquello. Por fin, todos ocuparon sus sitios en el carruaje. Negrel montó á caballo, y tuvo la idea de que fuesen por las ruinas de *Requillart*.

—Ve despacio—dijo al cochero,—porque el camino está atroz. Si al llegar allí tropezamos con grupos que nos impidan tomar de nuevo el camino real, te detienes detrás de la mina antigua, y desde allí iremos hasta casa á pie, y entraremos por la puertecilla del jardín, mientras tú te llevas el coche y los caballos á cualquier posada.

Se pusieron en marcha. Los huelguistas llegaban en aquel momento á Montson. Los habitantes del pueblecillo, después de haber visto pasar varios destacamentos de dragones y gendarmes, estaban muy agitados y llenos de miedo. Circulaban de boca en boca historias espantosas, y se hablaba de pasquines, en los cuales se amenazaba con la muerte á todos los burgueses; aun cuando nadie los había visto ni leído, muchos citaban frases textuales de ellos. En casa del notario, sobre todo, el pánico estaba en su colmo, porque acababan de recibir, por el correo, un anónimo, anunciándole que en su cueva había dispuesto un barril de pólvora para hacer volar la casa si no se ponía en favor del pueblo.

Precisamente los señores Gregoire, que habían prolongado su visita por hallarse en la casa al recibo del anónimo, lo discutían, lo analizaban, suponiendo que era una broma de cualquier mal intencionado, cuando de pronto el espantoso vocerío de las turbas de mineros acabó de poner á todos en conmoción. El matrimonio Gregoire sonreía, se asomaba por detrás de los cristales del balcón levantando los visillos, negándose á creer en una desgracia, y persuadidos de que todo se arreglaría amistosamente. Acababan de dar las cinco, y tenían tiempo de esperar á que la calle estuviese despejada, para atravesarla hasta la acera de enfrente, y entrar en casa del señor Hennebeau, donde los aguardaban á comer, y donde debían reunirse con Cecilia. Pero en todo Montson no había nadie que participase de su confianza: las puertas y ventanas eran cerradas con violencia, y las gentes corrían fuera de sí en todas direcciones. Al otro lado de la calle vieron á Maigrat, que cerraba cuidadosamente su almacén, tan pálido y tan tembloroso, que no hubiera podido hacerlo sin la ayuda de su mujer.

Las turbas acababan de detenerse frente al hotel del director, gritando con más fuerza que nunca:

—¡Pan, pan, pan!

El señor Hennebeau, en pie, detrás de la vidriera del balcón de su despacho, tuvo que retirarse cuando llegó Hipólito asustado á cerrar las maderas, de miedo que al verle rompieran á pedradas

los cristales. Cerró de igual modo todos los balcones del piso bajo y después los del principal.

Maquinalmente, el señor Hennebeau, que lo quería ver todo, subió al segundo, al cuarto de Pablo: era el que estaba mejor situado, porque desde allí se descubría la carretera hasta los talleres de la Compañía, y se colocó detrás de la persiana para dominar las turbas. Pero la vista de aquella alcoba le hacía tanto daño, ahora que estaba arreglada y con la cama hecha, como cuando la visitara aquella mañana.

Toda su rabia de entonces, la terrible batalla librada en su interior durante la tarde entera, se convertía en un gran cansancio, en una fatiga abrumadora. Su corazón estaba ya como la alcoba, refrescado, en buen orden, barrido de las basuras de aquella mañana, vuelto á su corrección habitual. ¿A qué un escándalo? ¿Acaso había sucedido algo nuevo en su vida conyugal? Todo era que su mujer tenía un amante más, y, francamente, la circunstancia de que éste fuese su sobrino, apenas agravaba el hecho; tal vez, por el contrario, presentaba la ventaja de cubrir las apariencias. Tenía lástima de sí mismo, al recuerdo de sus celos. ¡Qué ridiculez, haber dado puñetazos á la cama! Puesto que había tolerado á otro antes, toleraría ahora á éste. Todo se reducía á un poco más de desprecio. Hallábase emponzoñado por una amargura horrible: la inutilidad de todos sus esfuerzos, el eterno dolor de su existencia, la vergüenza de sí mismo

al pensar que adoraba á una mujer que le abandonaba de tan indigna manera.

Al pie de los balcones, los gritos redoblaron con violencia:

—¡Pan, pan, pan!

—¡Imbéciles!—dijo el señor Hennebeau entre dientes y llevándose una mano al corazón.

Oía que le injuriaban porque tenía un gran sueldo; que le llamaban holgazán y canalla; que se hartaba de comida, mientras el obrero se moría de hambre. Las mujeres habían visto la cocina, y se desencadenó entre ellas una tempestad horrible de imprecaciones contra el faisán que estaba en el horno, contra las salsas, cuyo olor sabroso excitaba sus estómagos vacíos. ¡Ah! ¡era preciso asesinar á los canallas de los burgueses, que se llenaban de champagne y de trufas hasta reventar!

—¡Pan, pan, pan!

—¡Imbéciles!—repitió Hennebeau.—¿Soy yo, acaso, dichoso?

Y sentía verdadera cólera contra aquellos salvajes, que no comprendían sus sufrimientos. De buen grado les hubiese cedido su pingüe sueldo, por hacer la vida que ellos hacían con sus mujeres. ¡Que no pudiera sentarlos á su mesa, hacerlos comer faisán y trufas, en tanto que él se dedicaba á la conquista de alguna muchacha detrás de los trigos, sin ocuparse en si había tenido ó no otros amantes antes! Lo hubiera dado todo: su bienestar, su lujo, su influencia como director, á cambio de

pasar un día como el último de los infelices que tenía á sus órdenes, en completa libertad para abofetear á su mujer, y para buscar placeres con la del vecino. Y descaba también verse muerto de hambre, con el vientre vacío, con el estómago atormentado por los calambres: tal vez aquello mataría su eterno dolor. ¡Ah! ¡Vivir como una bestia, no poseer nada que fuese suyo, corretear por todas partes con cualquier minera, con la más fea, con la más sucia, y ser capaz de contentarse con eso! ¿Qué más felicidad?

—¡Pan, pan, pan!—gritaban las turbas.

Entonces él se exaltó, y exclamó furioso, casi dominando el tumulto:

—¡Pan! ¿Basta con eso, imbéciles?

El tenía pan, y no por eso sufría menos. Su desdichada suerte conyugal, su vida de continuo dolor, se le subía á la garganta, como si fuesen á ahogarlo. No se adelantaba nada con sólo tener pan. ¿Quién sería el idiota que cifrara la dicha de este mundo en el reparto de la riqueza? Esos estúpidos revolucionarios podían demoler la sociedad, y fundar otra; pero no darían á la humanidad ni un solo goce más, ni la ahorrarian un solo pesar, asegurando á todos el pan. Por el contrario, aumentarían las desventuras de la tierra, y hasta harían rabiar á los perros de desesperación, cuando los sacasen de la tranquila satisfacción del instinto, para lanzarlos al sufrimiento de las pasiones. No; la felicidad verdadera consistía en no ser, y

ya que se fuese, en ser árbol ó piedra; menos aún, grano de arena, que no se siente dolorido al ser pisado por la planta del hombre.

En aquella exasperación de su tormento, las lágrimas arrasaban los ojos de Hennebeau, y empezaban á resbalar por sus mejillas. El crepúsculo había ya envuelto en tinieblas la carretera, cuando multitud de piedras empezaron á ser lanzadas contra la fachada del hotel. Sin odio hacia aquellos seres hambrientos, rabioso solamente por la herida de su corazón, que manaba sangre, el infeliz seguía murmurando, mientras enjugaba sus lágrimas:

—¡Imbéciles! ¡Qué imbéciles!

Pero el grito de la muchedumbre hambrienta lo dominó todo con su rugido de tempestad:

—¡Pan, pan, pan!



IV.



STEBAN, á quien las bofetadas de Catalina habían sacado de su embriaguez, continuaba al frente de los amotinados. Pero al mismo tiempo que con voz enronquecida los lanzaba sobre Montson, otra voz resonaba en él, un grito de razón y de justicia, que lo asombraba pidiéndole cuentas de todos aquellos desmanes. Él no había deseado nada de aquello: ¿cómo era que, habiendo salido para *Juan-Bart* con objeto de obrar prudentemente y con frialdad, evitando todo desastre, acababa el día, después de haber caminado de violencia en violencia, asaltando la casa del director, ó sitiándola al menos?

Y él, sin embargo, era quien acababa de gritar: «¡Alto!» Es verdad que su objeto principal había sido proteger los talleres de la Compañía, que los huelguistas intentaban destruir. Y ahora que veía

ya que se fuese, en ser árbol ó piedra; menos aún, grano de arena, que no se siente dolorido al ser pisado por la planta del hombre.

En aquella exasperación de su tormento, las lágrimas arrasaban los ojos de Hennebeau, y empezaban á resbalar por sus mejillas. El crepúsculo había ya envuelto en tinieblas la carretera, cuando multitud de piedras empezaron á ser lanzadas contra la fachada del hotel. Sin odio hacia aquellos seres hambrientos, rabioso solamente por la herida de su corazón, que manaba sangre, el infeliz seguía murmurando, mientras enjugaba sus lágrimas:

—¡Imbéciles! ¡Qué imbéciles!

Pero el grito de la muchedumbre hambrienta lo dominó todo con su rugido de tempestad:

—¡Pan, pan, pan!



IV.



STEBAN, á quien las bofetadas de Catalina habían sacado de su embriaguez, continuaba al frente de los amotinados. Pero al mismo tiempo que con voz enronquecida los lanzaba sobre Montson, otra voz resonaba en él, un grito de razón y de justicia, que lo asombraba pidiéndole cuentas de todos aquellos desmanes. Él no había deseado nada de aquello: ¿cómo era que, habiendo salido para *Juan-Bart* con objeto de obrar prudentemente y con frialdad, evitando todo desastre, acababa el día, después de haber caminado de violencia en violencia, asaltando la casa del director, ó sitiándola al menos?

Y él, sin embargo, era quien acababa de gritar: «¡Alto!» Es verdad que su objeto principal había sido proteger los talleres de la Compañía, que los huelguistas intentaban destruir. Y ahora que veía

á las turbas apedreando la fachada del hotel, discurría, buscaba, sin encontrarla, una víctima legítima, sobre la cual lanzar sus huestes, para evitar mayores males. Precisamente estaba pensando en su impotencia, allí en medio del camino, cuando un hombre le llamó desde la taberna de Tison, cuya mujer se había apresurado á cerrar desde que llegaron los amotinados, si bien dejando libre media puerta de calle.

—Soy yo: oye un momento.

Era Rasseneur. Veinticinco ó treinta individuos, entre mujeres y hombres, casi todos ellos del barrio de los *Doscientos Cuarenta*, que se quedarán por la mañana en sus casas y que habían ido por la tarde al pueblo con objeto de saber noticias, habían invadido la taberna al acercarse los amotinados. Zaccarias ocupaba una mesa con Filomena, su mujer. Más allá Pierron y la suya, vueltos de espaldas, ocultaban la cara. Nadie bebía; no habían hecho más que buscar allí un refugio.

Cuando Esteban vió que era Rasseneur, le volvió la espalda, y no se detuvo hasta que oyó decir á éste:

—Te molesta verme, ¿no es verdad?... Bien te lo predije. Ya empiezan las dificultades. Ya podéis ahora pedir pan, que lo que os darán será plomo.

Entonces Esteban volvió sobre sus pasos, y contestó:

—Lo que me molesta, son los cobardes que se cruzan de brazos, viéndonos exponer el pellejo.

—¿Tienes idea de robar ahí enfrente?—preguntó Rasseneur.

—No tengo más idea que la de estar con mis compañeros hasta el final, dispuesto á morir con ellos.

Y Esteban se alejó desesperado, y dispuesto, en efecto, á dejarse matar. Al salir á la calle, tropezó con dos chicuelos que se disponían á tirar piedras, y después de pegarles un soberbio puntapié á cada uno, empezó á gritar á sus compañeros, diciéndoles que romper los cristales no conducía á nada.

Braulio y Lidia, que se habían reunido á Juanillo, aprendían de éste á manejar la honda, y cada cual tiraba una piedra, apostando á quién haría más daño. Lidia acababa de tener la torpeza de herir con una piedra á una de las mujeres del grupo de amotinadas, y los dos muchachos se reían de la gracia, en tanto que el viejo Mouque y su amigo *Buenamuerte*, sentados en un banco, les miraban con la mayor tranquilidad. Las piernas hinchadas de *Buenamuerte* le sostenían tan mal, que con mucho trabajo había podido arrastrarse hasta allí, sin que nadie comprendiera qué curiosidad le llevaba á presenciar aquel espectáculo, porque estaba en uno de esos días en que no era posible sacarle una palabra del cuerpo.

Ya nadie obedecía á Esteban. Las piedras, á pesar de sus órdenes, seguían lloviendo, y él se admiraba de ver á aquellos brutos, sacados con tanto trabajo de su apatía, para luego convertirse en

fieras terribles á quien nadie podía contener. Toda la antigua sangre flamenca estaba allí, esa sangre que necesita meses y meses para calentarse, pero que, una vez caliente, se entrega á los más terribles excesos, sin oír consejos, hasta que la bestia se ve harta de atrocidades. En los países meridionales, las turbas se inflaman con más facilidad, pero cometen menos excesos. Esteban tuvo que reñir con Levaque, para arrancarle el hacha, y no sabía cómo componérselas con Maheu, que tiraba piedras con las dos manos. Sobre todo, las mujeres le daban miedo; la de Levaque, la Mouquette y todas, acometidas de furor homicida, aullando como perros, con los dientes y las uñas fuera, excitadas por la *Quemada*, que las dominaba á todas, gracias á su elevada estatura, tenían el aspecto feroz.

Pero hubo un momento de tregua: una sorpresa de un minuto determinó la calma, que todos los ruegos y las órdenes de Esteban no consiguieran obtener. Era que los Gregoire se decidían á despedirse del Notario para entrar en casa del director, y parecían tan tranquilos, tan confiados, como si sólo se tratara de una broma de los mineros, cuya resignación les estaba dando de comer hacía un siglo, que los revoltosos, asombrados, conmovidos, cesaron, en efecto, de tirar piedras, por miedo de que alguna lastimase á aquellos dos viejos que se presentaban como llovidos del cielo. Los dejaron entrar en el jardín, subir la escalinata, llamar á la puerta tranquilamente, y esperar con la misma

tranquilidad, porque tardaban en abrirles. Precisamente en aquel momento Rosa, la doncella, volvía de su paseo, sonriendo con amabilidad á los obreros, á los cuales conocía perfectamente, porque era hija de Montson. Ella fué la que, á fuerza de puñetazos y golpes, obligó á Hipólito á entreabrir la puerta del hotel. Ya era tiempo, porque en aquel momento empezaban á llover piedras otra vez. La muchedumbre, vuelta de su sorpresa, gritaba con más furor:

—¡Mueran los burgueses! ¡Viva el socialismo!

Rosa continuaba sonriendo en el vestibulo del hotel, como si le divirtiese la aventura, y decía al criado, que tenía un susto mayúsculo:

—¡Si no son malos! ¡Los conozco bien!

El señor Gregoire colgó con la mayor calma su sombrero en la percha de la antesala, y después de ayudar á su mujer á quitarse el abrigo, dijo á su vez:

—Verdaderamente, en el fondo no tienen malicia. Así que se harten de gritar, se irán á comer, y lo harán con más apetito.

En aquel momento el señor Hennebeau bajaba del segundo piso. Había visto lo ocurrido, y salía á recibir á sus convidados con su habitual frialdad y cortesía. Solamente la palidez de su semblante acusaba la agitación pasada. Se había domado, y en él ya no quedaba más que el ingeniero, el administrador correcto y decidido á cumplir con su deber.

—Todavía no han venido las señoras—dijo, después de saludar.

Por primera vez, los señores Gregoire se sintieron inquietos. ¡Que no había vuelto Cecilia! ¿Y cómo entraría en la casa, si seguía la broma de los mineros?

—He pensado en hacer despejar la carretera—añadió el señor Hennebeau.—Pero, por desgracia, estoy solo, y no sé á dónde mandar al criado para que vengan cuatro soldados y un cabo que echen de ahí á esos canallas.

Rosa, que continuaba en la antesala, se atrevió á decir:

—¡Oh, señor! ¡Si no son malos!

El director movía la cabeza, en tanto que el tumulto aumentaba en la calle y las pedradas contra la fachada seguían sin cesar.

—Yo no les odio, porque harto comprendo lo que es el mundo, y se necesita ser todo lo brutos que ellos son para creer que nosotros tenemos interés en acrecentar sus desdichas. Pero mi deber es restablecer el orden. ¡Y pensar que, según dicen, hay gendarmes en el pueblo, y que no he visto ni siquiera uno desde esta mañana!

Se interrumpió, y, dirigiéndose á la señora Gregoire, añadió con su habitual cortesía:

—Pero por Dios, señora: no estemos aquí; entrad en el salón, y que enciendan las luces.

La cocinera llegaba en aquel momento exasperada, y los detuvo en el vestíbulo algunos minutos más. La pobre iba á manifestar que no aceptaba la

responsabilidad de la comida, porque estaba esperando unas cosas de casa del pastelero de Marchiennes que le debían haber llevado á las cinco. Indudablemente el mozo de la pastelería se habría quedado en el camino, asustado del motín. Quizás le habrían robado lo que llevaba. De todos modos, ya estaba advertido el señor: prefería tirar la comida, á presentarla mal por causa de los revolucionarios.

—¡Un poco de paciencia!—dijo el señor Hennebeau.—No se ha perdido nada todavía; tal vez venga el pastelero un poco más tarde.

Y al volverse otra vez á la señora Gregoire, abriendo él mismo la puerta del salón, quedó muy sorprendido al ver sentado en el banco de la antesala á un hombre á quien no había visto hasta aquel momento. Al reconocerle, exclamó:

—¡Hola! ¿Sois vos, Maigrat? ¿Pues qué pasa?

Maigrat se había puesto en pie, y entonces se vió su semblante descolorido, pálido, lívido de espanto. Había perdido su aspecto de hombre bonachón, y dijo que se había atrevido á entrar en casa del director para reclamarle ayuda y protección, si aquellos bandidos atacaban su almacén.

—Ya veis que yo mismo estoy amenazado—contestó el señor Hennebeau,—y que no tengo medios de defensa. Mejor hubiérais hecho en quedarnos en vuestra casa para guardar la tienda.

—¡Oh! Lo he cerrado todo muy bien; y, además, he dejado allí á mi mujer.

El director se impacientó, sin disimular su desprecio. ¡Vaya una defensa que podría hacer aquella infeliz!

—Pues yo no puedo hacer nada. Defendécs como podáis. Y os aconsejo que volváis en seguida á vuestra casa, porque ya veis que están pidiendo otra vez pan... Oid, oid.

En efecto: los gritos redoblaban, y Maigrat creyó oír su nombre. Entonces acabó de perder la cabeza. Era imposible volver á su casa, porque le matarían de seguro. Por otro lado, la idea de su ruina le volvía loco, y continuó con la cara pegada á la vidriera de la puerta, sudando, tembloroso, contemplando el desastre, mientras los Gregoire se decidían á entrar en el salón.

El señor Hennebeau afectaba hacer tranquilamente los honores de su casa. Pero en vano rogaba á sus convidados que se sentasen; la sala, cerrada, iluminada por dos quinqués, aun cuando no había anochecido, se llenaba de espanto á cada nueva acometida de los revoltosos. Allí dentro los bramidos de las turbas parecían más amenazadores por su misma vaguedad. Todos hablaban de aquella inconcebible revolución. El director se admiraba de no haber previsto nada; y tan mal montada tenía su policía, que se indignaba, sobre todo contra Rasseneur, cuya detestable influencia reconocía. Es verdad que pronto llegarían los gendarmes; porque era imposible que le abandonaran así. Cuanto á los señores Gregoire, no pensaban más que en

su hija: ¡la pobre, que se asustaba tan pronto! Quizás al ver el peligro se habría vuelto á Marchiennes. Estuvieron esperando un cuarto de hora todavía, en medio del estruendo de las voces y de las pedradas. Aquella situación no era ya tolerable; el señor Hennebeau hablaba de salir á la calle, arrollar él solo á los grupos, y salir al encuentro del carruaje, cuando Hipólito se precipitó en el salón, hritando:

—¡Señor, señor, que matan á la señora!

Como Negrel había temido, el carruaje no pudo salir de *Requillart*, á causa de las amenazas de los amotinados. Al ver esto, se decidieron á andar á pie los cien metros que los separaban del hotel, para entrar por la puertecilla del jardín; el jardinero los oiría y les abriría de seguro. Al principio, estos planes salieron á pedir de boca; ya estaban la señora Hennebeau y las tres muchachas junto á la puerta, cuando una porción de mujeres se abalanzaron á ellas. Entonces todo se echó á perder. Nadie abrió la puerta; en vano Negrel había querido derribarla, y temiendo lo que iba á pasar, tomó el partido de coger á su tía y á sus amigas, y llegar á la entrada principal del hotel, atravesando por entre los grupos. Pero aquella maniobra produjo una conmoción terrible en la muchedumbre: unos les impedían el paso, mientras otros, gritando desatadamente, los perseguían, y otros ignoraban á qué atribuir la presencia de aquellos señores tan peripuestos, paseándose por entre los agitados gru-

pos. En aquel instante, la confusión fué tal, que se produjo uno de esos hechos que, después de pasados, no pueden explicarse. Lucía y Juana, que habían conseguido llegar á la entrada, penetraron en el hotel, con la protección de las criadas, que entreabrieron la puerta para dejarles paso; la señora Hennebeau había conseguido llegar detrás de ellas; por fin entró Negrel, y corrió los cerrojos, creyendo que todas estaban á salvo. Pero Cecilia no había entrado; había desaparecido, poseída de tal miedo, que, en vez de seguir á los demás, cayó al huir en medio de los amenazadores grupos.

En seguida se oyó gritar:

—¡Viva el socialismo! ¡Mueran los burgueses! ¡Mueran!

Algunos desde lejos creían que era la señora de Hennebeau. Otros suponían que era una amiga de la mujer del director, á quien detestaban los obreros. Pero, de todos modos, importaba poco quién fuera; lo que producía exasperación era su vestido de seda, su abrigo de pieles y su sombrero adornado con plumas. Olía bien, llevaba reloj, y tenía un cutis finísimo, que jamás había tocado el carbón.

—¡Espera—gritó la *Quemada*;—que te vamos á desnudar!

—A nosotros nos roban eso los muy puercos—añadió la mujer de Levaque.—¡Se abrigan con pieles, mientras los demás nos morimos de frío!... ¡Andad, andad; ponedla en cueros, para que aprenda á vivir!

Entonces la *Monquette* fué la más exaltada:

—¡Sí, sí; y azotémosla luego!

Aquellas mujeres, en su salvaje rivalidad, se ahogaban, y alargaban el paso para llegar pronto, porque cada una de ellas deseaba llevarse algo de aquella señorita. De seguro que no estaba formada de distinto modo que las demás. Por el contrario: algunas que se cubrían con todos aquellos ringerangos eran feísimas por dentro. La injusticia había durado mucho tiempo, y era necesario obligarlas á todas á que se vistiesen como los obreros, y no permitirles que gastaran un dineral en que les planchasen unas enaguas.

La pobre Cecilia, en medio de aquellas fieras, tiritaba de miedo, sin poderse mover, y tartamudeando sin cesar la misma frase:

—¡Señoras, por Dios; señoras, no me hagáis daño!

Pero de pronto dió un grito terrible. Dos manos frías acababan de cogerla por el cuello. Eran las del viejo *Buenamuerte*, al lado del cual la habían llevado los empujones de las turbas. Parecía borracho de hambre, idiotizado por la miseria, recién salido, de una manera brusca, de aquella resignación suya, que duraba medio siglo, sin que se comprendiese á qué acceso de venganza obedecía. Después de haber expuesto varias veces su vida para salvar la de algunos compañeros sin temor al grisú y á los hundimientos, cedía á influencias misteriosas, que no se explicaban; á una necesidad

de hacer daño; á la fascinación de aquel cuello blanco y finísimo.

—¡No, no!— chillaban las mujeres.—¡Ponedla en cueros! ¡Ponedla en cueros!

Cuando en el hotel advirtieron la ausencia de Cecilia, Negrel y el señor Hennebeau abrieron nuevamente la puerta para lanzarse en auxilio de la pobre muchacha; pero la muchedumbre se apinaba contra la puerta, y era muy difícil salir. Habíase entablado una lucha terrible, que los Gregoire contemplaban asustados desde lo alto de la escalinata.

—¡Déjala, viejo! ¡es la señorita de la *Piolaine!*
—gritó bruscamente la mujer de Maheu, al reconocer á Cecilia.

Esteban, por su parte, horrorizado de tales represalias contra una niña, se esforzaba por arrebatársela á aquellos energúmenos. En aquel momento tuvo una inspiración, y blandiendo el hacha, que arrancara poco antes de manos de Levaque, gritó con fuerza:

—¡A casa de Maigrat, vive Dios!... ¡Allí hay pan! ¡Echemos abajo la tienda de Maigrat!

Y pegó un hachazo contra la ventana del almacén. Algunos le habían seguido, entre los cuales estaban Maheu y Levaque. Pero las mujeres se ensañaban contra Cecilia, que de las manos de *Buenamuerte* había caído en las garras de la *Quemada*. Lidia y Braulio, dirigidos por Juanillo, trataban, andando á cuatro piés, de meterse debajo de sus

faldas, para ver las piernas de aquella señorita. Ya empezaban á desnudarla, ya se oía rajar la tela del vestido, cuando apareció un hombre á caballo, atropellando briosamente á cuantos no se quitaban pronto de en medio.

—¡Oh! ¡canallas, miserables, vais á matar á nuestras hijas ahora!

Era Deneulín, que llegaba en aquel momento para comer en casa de Hennebeau. Manejando el caballo con gran habilidad, se abalanzó al grupo, cogió á Cecilia por la cintura, la subió hasta colocarla en el borren delantero de la silla, y atropelló de nuevo á los grupos, que se retiraban ante las brutales acometidas del caballo, que se iba á la empuñada. Junto á la puerta del jardín continuaba la batalla. Pero él pasó arrollando á los amotinados. Aquel refuerzo inesperado libró á Negrel y á Hennebeau, que estaban en verdadero peligro; y mientras el joven ingeniero entraba en el hotel, sosteniendo á Cecilia, que estaba desmayada, Deneulín, que ayudaba á Hennebeau á defenderse, recibió una pedrada, que por poco le destroza el hombro.

—¡Eso es—gritó;—rompedme ahora los huesos, después de haberme roto las máquinas.

Y cerró rápidamente la puerta, contra la cual fueron á estrellarse cincuenta ó sesenta piedras lanzadas con furia.

¡Perros rabiosos!—dijo Deneulín.—Si me descuido, me rompen la cabeza... Y no puede uno

quejarse; porque, ¿qué queréis hacerle, si los muy brutos no saben otra cosa?

En el salón, Gregoire y su mujer lloraban, contemplando cariñosamente á Cecilia, que iba recordando el conocimiento. No le habían hecho nada, ni siquiera un arañazo; no había perdido más que el velo del sombrero. Pero su susto aumentó al ver allí á Melania, su cocinera, que subía á decirles que habían querido demoler la *Pioline*. Llena de miedo se apresuraba á ponerlo en conocimiento de sus amos. Había entrado por la puerta entreabierta en el momento de mayor tumulto, sin que nadie notase su presencia; y en su interminable relato, aquella piedra de Juanillo que no había roto más que un cristal, uno solo, se convertía en un verdadero bombardeo capaz de resentir todas las paredes. Los señores de Gregoire estaban aterrorizados al ver que querían matar á su hija y demoler su casa. ¡Luego era verdad que aquellos obreros les tenían odio porque vivían sin hacer nada y á costa de ellos!

La doncella Rosa, que había acudido con una toalla y un tarro de agua de colonia, repitió por tercera vez:

—Pues es raro todo esto, porque, á la verdad, no son malos.

La señora de Hennebeau, sentada en un sillón, muy pálida, no lograba reponerse de su violenta emoción; y sólo pudo sonreír cuando oyó que todos felicitaban á Negrel. Parecía que no había sido el

señor Deneulin el salvador de Cecilia. Sobre todo, los padres de ésta daban calurosamente las gracias al joven, á quien ya consideraban como yerno suyo. El señor Hennebeau contemplaba aquella escena, yendo de su mujer al querido de ésta, á quien había pensado matar aquella mañana, y desde Negrel á la joven, destinada probablemente á desembarazarle pronto de su sobrino. No tenía prisa ninguna, porque le asustaba pensar á dónde iría á parar su mujer: tal vez á caer en brazos de un lacayo.

—Y á vosotras, niñas mías—preguntó Deneulin á sus hijas,—¿no os han roto nada?

Lucía y Juana tenían mucho miedo, pero, después de todo, estaban satisfechas de haber visto aquello, y, pasado el susto, reían de lo lindo.

—¡Caramba!—exclamó su padre.—¡Vaya un día el de hoy!... Si queréis dote, tendréis que ganarla vosotras mismas, si no llega el caso de que os veáis en la precisión de mantenerme.

Aunque con voz insegura, estaba bromeando; pero no pudo contener las lágrimas cuando sus dos hijas se echaron á su cuello, besándole cariñosamente.

El señor Hennebeau había oído aquella confesión de ruina, y una idea repentina acudió á su mente. De seguro que Vendome sería al cabo de los de Montson; aquello era su desquite, que le haría reconquistar el perdido favor de la Compañía. En todos los desastres de su vida se refugiaba en

la estricta obediencia de las órdenes recibidas, porque, educado militarmente, tal conducta le servía de consuelo en sus pesares domésticos. Poco á poco, todos fueron tranquilizándose, y el salón, iluminado por los dos quinqués, fué adquiriendo su aspecto normal. ¿Qué sucedería en la calle? Porque ya no se oía á las turbas, ni tiraban piedras á los balcones, notábanse sólo murmullos imponentes, pero lejanos. Todos quisieron saber á qué atenerse, y salieron al vestíbulo con el fin de dirigir una mirada á la calle, á través de la vidriera. Las señoras de Hennebeau y de Gregoire, y las tres jóvenes, subieron al piso principal y procuraron ver lo que sucedía, á través de las persianas.

—¿No veis á ese canalla de Rasseneur á la puerta de la taberna de enfrente?—dijo el señor Hennebeau á Deneulin. Es menester á todo trance deshacerse de él.

Y, sin embargo, no era Rasseneur, sino Esteban, quien derribaba á fuerza de hachazos las puertas de la casa de Maigrat. Y seguía llamando á sus compañeros: ¿acaso lo que había allí dentro no era de los mímos? ¿Acaso no tenían el derecho de arrebatar lo que les pertenecía, á un ladrón que estaba explotándolos desde tiempo inmemorial, y que los mataba entonces de hambre, obedeciendo órdenes de la Compañía? Poco á poco, todos fueron abandonando el hotel del director, para acudir á la tienda contigua. El grito de: «¡pan, pan, pan!» hendía nuevamente los aires. De seguro encontra-

rían pan detrás de aquella puerta. La rabia del hambre se apoderaba otra vez de ellos, como si bruscamente se hallaran sin fuerzas para esperar más, temerosos de caer desfallecidos en medio de la carretera. Tal era la aglomeración de gente, que Esteban tomaba herir á alguien, cada vez que levantaba el hacha para golpear la puerta.

Entre tanto, Maigrat, que había salido al vestíbulo del hotel, se refugió primero abajo en la cocina; pero soñando con atentados abominables contra su casa, no pudo contener su impaciencia y acababa de subir al jardín para ver lo que sucedía, cuando vió que, en efecto, asaltaban la tienda con horrible clamoreo, en medio del cual se oía su nombre distintamente. No, no era una pesadilla; estaba despierto; contemplaba desde allí todo el espectáculo del pillaje de su propiedad. Cada hachazo de Esteban se lo daban en el corazón. Ya estaba casi rota la puerta; un momento más, y se apoderaban de la tienda. Allá en su imaginación reconstruía exactamente las escenas que iban á tener efecto; veía á todos aquellos bandidos rompiéndolo, destruyéndolo todo, apoderándose de cuanto encontraban á mano, comiendo y bebiendo cuanto allí tenía, y acabando por quemar la casa. No, no era posible resignarse de aquel modo á contemplar su ruina; no, antes morir. Desde que se hallaba en el jardín, estaba viendo en una ventana de su casa, de las que daban á la fachada de detrás, la silueta de su pobre mujer, pálida y temblorosa, mirando á la ca-

lle á través de los cristales: indudablemente esperaba resignada los golpes que de seguro iba á recibir. ¡La pobre estaba tan acostumbrada á padecer!

En aquella parte de la casa había un cobertizo, de tal suerte colocado, que desde el jardín era fácil llegar á él subiéndose por la tapia del mismo; luego no era tampoco difícil subir, con ayuda de los árboles, hasta las ventanas de casa de Maigrat. Y la idea de tener que entrar de aquel modo le atormentaba con cierto remordimiento por haber salido de allí. Tal vez hubiera podido librarse de la muerte formando detrás de ella una barricada con los muebles; después podría recurrir á otros medios heroicos de defensa, tal como verter aceite ó petróleo ardiendo desde las ventanas. Pero aquel cariño á sus mercancías luchaba con su miedo cerval y su natural cobardía. De pronto, al oír un hachazo más fuerte que los demás, acabó de decidirse. La avaricia triunfaba: él y su mujer defenderían los sacos de provisiones hasta perder la última gota de su sangre.

Pero casi en seguida que se subió al techo del cobertizo, oyéronse gritos terribles:

—¡Mirad, mirad!... ¡Ese ladrón está ahí arriba! ¡al gato, al gato!—gritaban los amotinados.

Acababan de ver á Maigrat en el tejado del cobertizo. Á impulsos de la extraña fiebre que le dominaba, y á pesar de su obesidad y pesadez, había trepado ágilmente por la tapia y se esforzaba por llegar á una ventana. Quizás lo hubiera conse-

guido, á no echarse á temblar de miedo que le alcanzara alguna piedra; porque las turbas, á las cuales ya no veía, seguían voceando en la calle:

—¡Al gato, al gato!... ¡Hay que cazarlo!

Bruscamente, le faltaron las dos manos á la vez, y, cayendo como una bola, tropezó en la canal del tejado, y fué á dar en tierra con tan mala suerte, que se abrió la cabeza en la caída. Quedó muerto de repente. Su mujer, asomada á la ventana, pálida y temblorosa, continuaba mirando.

La primera impresión de la muchedumbre fué de estupor. Esteban se detuvo con el hacha entre las manos; Maheu, Levaque, todos los demás, olvidaban la tienda, con la cabeza vuelta hacia el sitio de la catástrofe, contemplando un hilo de sangre que salía de la frente del muerto. Cesaron los gritos, y en la semi-oscuridad del crepúsculo se produjo un silencio profundísimo.

De pronto empezó de nuevo la gritería. Eran las mujeres, las cuales se habían precipitado hacia el muerto, acometidas de la embriaguez de la sangre cuyas gotas veían.

—¡Es verdad que hay Dios! ¡Ah, canalla; ya se acabó!

Rodeaban el cadáver todavía caliente, lo insultaban con sus careajadas, llamándole canalla y granuja; escupían en la cara de aquel muerto, el rencor producido por la vida de miseria y de hambre.

—¡Yo te debía setenta francos! ¡pues ya estás

pagado, ladrón!—dijo la mujer de Maheu, más furiosa que todas las demás.—Ya no te negarás á fiarme... ¡Espera! ¡espera! ¡que todavía voy á darte de comer!

Con los diez dedos arañó la tierra y cogió dos puñados de ella, con los cuales le llenó la boca violentamente.

—¡Toma! ¡come, bribón!... ¡Toma! ¡come, come, como nos devorabas antes!

Las injurias menudeaban, mientras el muerto, tendido boca arriba, miraba, inmóvil, con los ojos abiertos, la inmensidad del cielo, medio envuelto ya en tinieblas. Aquella tierra con que le llenaron la boca era el pan que se había negado á dar á los demás, y ya no comería más que de aquel pan. En verdad que estaba pagando caro las infamias que había cometido con los pobres. Pero las mujeres deseaban yengarse todavía más.

—¡Es menester destrozarlo!

—¡Sí, sí! Que no queden ni señales de ese cuerpo! ¡Nos ha hecho mucho daño!

La Mouquette empezó á quitarle los pantalones, ayudada por la Levaque, que le levantaba las piernas. Y la *Quemada*, con sus escaálidas y arrugadas manos de vieja, le abrió los muslos, empuñó aquella virilidad muerta, y haciendo un esfuerzo salvaje, trató de arrancarla de un solo tirón. Pero los ligamentos resistían; tuvo que empezar otra vez, hasta que acabó quedándose en la mano con aquel jirón de piel velluda y ensangrentada que

agitó en el aire, prorrumpiendo al mismo tiempo en una bestial careajada de triunfo.

—¡Ya lo tengo! ¡ya lo tengo!

Multitud de voces chillonas saludaron con imprecaciones el horrendo trofeo.

—¡Al bribón! ¡ya no te meterás más con nuestras hijas!

—¡Sí, ya se acabaron tus infamias!

—Ya no tendremos que comprar el pan á costa de nuestro cuerpo.

Aquellas infames salvajadas producían un placer terrible. Unas á otras, las mujeres se enseñaban aquel ensangrentado despojo, como si fuese un reptil venenoso que á todas las hubiera picado y que veían inerte y á merced de ellas en aquel momento. Todas le escupían, todas le insultaban groseramente, todas repetían en un furioso acceso de desprecio:

—¡Anda, anda; que te entierren así, grandísimo bribón!

La *Quemada* colocó entonces aquel jirón de carne en la punta de un palo; y levantándolo en alto, tremolándolo como si fuese un pendón, se echó á la carretera corriendo y dando voces, seguida por aquella turba de mujeres desgredadas y medio desnudas. La sangre chorreaba por el palo, y aquel pedazo de carne pendía de la punta como un despojo colgado de un gancho de carnicero. Allí arriba, en la ventana, la mujer de Maigrat continuaba inmóvil; pero á los últimos reflejos del sol que se

ocultaba, cualquiera que la hubiese observado, hubiese visto, á través de los cristales, cierta contracción de sus facciones que parecía una sonrisa. Harta de golpes, harta de vivir despreciada y pospuesta á todas las mujeres que visitaban su casa, harta de trabajar desde por la mañana hasta la noche, tal vez sonreía, en efecto, al ver correr á aquellas mujeres en pos del sangriento despojo de su marido.

La horrenda mutilación se había verificado, produciendo un horror profundo en los hombres. Ni Esteban, ni Maheu, ni los demás tuvieron tiempo de intervenir para evitarla: é inmóviles permanecieron también ante aquella furiosa carrera repugnante. A la puerta de la taberna Tison se asomaban algunas cabezas: Rasseneur, pálido de indignación, y Zacarías y Filomena estupefactos por lo que habían visto. Los dos viejos, *Buenamuerte* y Monque, meneaban la cabeza con extraña expresión. Solamente Juanillo se reía, dando codazos á Braulio, y obligando á Lidia á que levantase la cabeza. Pero las mujeres regresaban ya, desandando lo andado, y pasaban por debajo de las ventanas de la Dirección. Y desde detrás de las persianas, las señoras y señoritas que estaban allí, alargaban el cuello para enterarse de lo que sucedía. No habían podido ver la escena, no sólo á causa de la tapia del jardín, sino por efecto de la semi-oscuridad del crepúsculo.

—¿Qué traen en la punta de aquel palo?—preguntó Cecilia, que desde allí se atrevía á mirar.

Lucía y Juana dijeron que debía ser una piel de conejo.

—No, no—murmuró la señora Hennebeau;—habrán robado en alguna tienda, porque parece el despojo de un cerdo.

En aquel momento se estremeció y calló. La señora Gregoire acababa de hacerla una seña con la rodilla. Las dos quedaron aterradas. Las tres señoritas, muy pálidas, no preguntaban ya, y seguían con ojos espantados aquella visión horrible que iba desapareciendo en la oscuridad.

Esteban blandió de nuevo el hacha. Pero el malestar general no se disipaba; aquel cadáver tendido en el suelo protegía la tienda. Muchos habían retrocedido. Maheu permanecía sombrío y contemplando el horrible espectáculo de la muerte, cuando oyó una voz que le hablaba al oído, diciéndole que se escapase. Volvió la cabeza, y reconoció á Catalina, que estaba todavía vestida de hombre y negra de carbón. La rechazó con un gesto. No quería oírla, y la amenazaba con pegarla. Entonces ella pareció desolada; vaciló un momento, y corrió hacia Esteban:

—¡Escápate, escápate, que están ahí los gendarmes!

También él la rechazaba y la injuriaba, sintiendo que á su mejilla subía la sangre al recuerdo de las bofetadas. Pero ella no se daba por vencida, y le decía que tirase el hacha; le cogía por los brazos, y con fuerza irresistible le arrastraba en pos de sí.

—¡Cuando te digo que están ahí los gendarmes!... Óyeme. Si lo quieres saber, te diré que Chaval ha ido á buscarlos, y los conduce hasta aquí... Escapa, porque no quiero que te cojan.

Y se lo llevó de allí en el instante que á lo lejos se oía el rápido galopar de muchos caballos. De pronto se oyó el grito de:

—¡Los gendarmes! ¡Los gendarmes!

Y todos huyeron á la desbandada, tan precipitadamente, que, en menos de dos minutos, la carretera quedó desierta, como barrida por un huracán terrible. Sólo el cadáver de Maigrat formaba una mancha de sombra en lo blanco del camino. En la puerta de la taberna Tison no quedó más que Rasseneur, que, alegre y tranquilo, se felicitaba por la llegada de los soldados; mientras que todos los burgueses de Montson, en pie, sudando de espanto, detrás de sus persianas, dando diente con diente, esperaban ver á los gendarmes. La caballería se aproximaba al galope, y un momento después los gendarmes, en columna cerrada, desembocaban por una calle del pueblo. Y detrás de ellos, confiado á su custodia, llegaba el carro del pastelero de Marchiennes, y de él saltaba al suelo un marmitón, quien con la mayor tranquilidad del mundo empezó á desempaquetar los postres de dulce para la comida del director.



PARTE TERCERA

I.

TRANSCURRIÓ la primera quincena de Febrero; un frío extraordinario y seco prolongaba el invierno sin compasión para los pobres. Varias autoridades, y entre ellas el Gobernador de Lilla y un juez especial, habían recorrido la comarca.

Y no bastando los gendarmes, se había mandado tropa á Montson: un regimiento entero, que se acantonó en Beaugnies y en Marchiennes. Pequeños destacamentos guardaban las minas, y al lado de cada máquina había un centinela.

El hotel del director, los talleres de la Compañía, y hasta las casas de algunos burgueses, se velan erizadas de bayonetas. Por los caminos no se oía más que el acompasado paso de las patrullas.

—¡Cuando te digo que están ahí los gendarmes!... Óyeme. Si lo quieres saber, te diré que Chaval ha ido á buscarlos, y los conduce hasta aquí... Escapa, porque no quiero que te cojan.

Y se lo llevó de allí en el instante que á lo lejos se oía el rápido galopar de muchos caballos. De pronto se oyó el grito de:

—¡Los gendarmes! ¡Los gendarmes!

Y todos huyeron á la desbandada, tan precipitadamente, que, en menos de dos minutos, la carretera quedó desierta, como barrida por un huracán terrible. Sólo el cadáver de Maigrat formaba una mancha de sombra en lo blanco del camino. En la puerta de la taberna Tison no quedó más que Rasseneur, que, alegre y tranquilo, se felicitaba por la llegada de los soldados; mientras que todos los burgueses de Montson, en pie, sudando de espanto, detrás de sus persianas, dando diente con diente, esperaban ver á los gendarmes. La caballería se aproximaba al galope, y un momento después los gendarmes, en columna cerrada, desembocaban por una calle del pueblo. Y detrás de ellos, confiado á su custodia, llegaba el carro del pastelero de Marchiennes, y de él saltaba al suelo un marmitón, quien con la mayor tranquilidad del mundo empezó á desempaquetar los postres de dulce para la comida del director.



PARTE TERCERA

I.

TRANSCURRIÓ la primera quincena de Febrero; un frío extraordinario y seco prolongaba el invierno sin compasión para los pobres. Varias autoridades, y entre ellas el Gobernador de Lilla y un juez especial, habían recorrido la comarca.

Y no bastando los gendarmes, se había mandado tropa á Montson: un regimiento entero, que se acantonó en Beaugnies y en Marchiennes. Pequeños destacamentos guardaban las minas, y al lado de cada máquina había un centinela.

El hotel del director, los talleres de la Compañía, y hasta las casas de algunos burgueses, se velan erizadas de bayonetas. Por los caminos no se oía más que el acompasado paso de las patrullas.

En la plataforma de *La Voreux* se vela continuamente un centinela colocado allí como un vigía encargado de ver cuanto pasaba en la extensa llanura; y de dos en dos horas, como si se tratara de un país conquistado, se oían los «¡Alerta!» y los «¡Alerta está!» de los centinelas, y las voces de «¿Quién vive?...» «¡El santo y seña!» de las rondas y rondines.

No se había empezado á trabajar en ninguna parte. Antes, al contrario, la huelga se había acentuado; en *Crecœur*, en *La Magdalena* y en *Mirou*, se habían suspendido los trabajos de extracción, lo mismo que en *La Voreux*. Y á *La Victoria* y á *Heuty-Cantel* cada vez iban menos mineros; á *Santo Tomás* no acudía ni la mitad de los obreros. La huelga se convirtió en un empeño mudo y obstinado, frente á aquel alarde de fuerza que exasperaba el orgullo del minero. Los barrios parecían desiertos en medio de los campos sembrados de remolacha. Ningún obrero se agitaba; apenas si se encontraba alguno que otro aislado, con la mirada aviesa y la cabeza baja ante los pantalones colorados de la infantería.

Y bajo la apariencia de aquella paz sombría, de aquella terquedad pasiva; ante aquel temor á los fusiles, había la mentida dulzura, la obediencia forzada y pacienczuda de las fieras enjauladas, que fijan los ojos en el domador, prontas á devorarlo si les vuelve la espalda. La Compañía, que se arruinaba por aquella suspensión del trabajo, hablaba

de contratar mineros de Borinage, en la frontera belga; pero no se atrevía á tanto: de modo que la batalla continuaba dentro de aquellos límites, entre los caborneros que se negaban á someterse, y las minas desiertas, custodiadas por la tropa.

Al día siguiente de aquella tarde terrible había sobrevenido la paz como por encanto, ocultando un pánico tal, que todos procuraban no decir palabra de los destrozos y de las atrocidades cometidas. De la sumaria que se instruyó, resultaba que la muerte de Maigrat fué consecuencia de su caída; y la horrible mutilación de su cadáver seguía siendo vaga, y estaba envuelta en cierto misterio, que nadie procuraba descubrir. Por otra parte, no había habido robo ni fractura en la tienda. Por su lado, la Compañía no confesaba los perjuicios sufridos, ni los Gregoires querían mezclar á su hija en el escándalo de un proceso, en el cual tuviera que declarar. Esto no obstante, se habían hecho algunas prisiones, verificadas, como siempre, en imbéciles ó asustados comparsas, que no sabían nada de lo ocurrido. Por error, Pierron había sido conducido á Marchiennes atado codo con codo, de lo cual reía aún todo el mundo cuando lo recordaba. También Rasseneur había estado á punto de caer en manos de los gendarmes. En la Dirección se contentaban con formar listas de nombres para despedir mineros; y, en efecto, los despidieron en número considerable. Así, por ejemplo, en el barrio de los *Doscientos Cuarenta* sólo habían quedado de-

finitivamente despedidos Maheu, Levaque y treinta y cinco compañeros suyos. Toda la severidad era para Esteban, el cual había desaparecido la misma noche del día del motín, y al cual no dejaban de buscar, aunque sin hallar de él ni el menor rastro. Chaval, vengativo y rencoroso, no denunciaba sino á él, y se obstinaba en no nombrar á nadie más, gracias á los ruegos de Catalina, que quería salvar al menos á sus padres. Pasaban los días: todos comprendían que el conflicto no estaba terminado, y todos aguardaban su desenlace con verdadera impaciencia.

Desde entonces, los burgueses de Montson despertaban todas las noches sobresaltados, creyendo oír gritos de venganza, y notar olor á pólvora. Pero lo que acabó de asustarlos fué un sermón del nuevo cura del pueblo, el abate Rauvier, un hombre flaco, con ojos brillantes, el cual había relevado en el curato el abate Joire. ¡Cuánto echaban de menos la sonriente discreción de éste, y su afán único de vivir en paz con todo el mundo! El abate Rauvier, por el contrario, se había permitido la enormidad de tomar la defensa de aquellos terribles bandidos, ansiosos de deshonrar la religión. Hallaba excusas para los infames huelguistas, y atacaba á la burguesía, á quien cargaba todas las responsabilidades. La burguesía era la que, desposeyendo á la Iglesia de sus libertades tradicionales para apropiárselas, había hecho del mundo un lugar de injusticia y de sufrimiento; ella era la que provocaba conflictos, la

que empujaba á una catástrofe horrible con su ateísmo, con su terquedad de no volver á las antiguas creencias, á las fraternales tradiciones de los primeros cristianos. Y se había atrevido, además, á pronunciar amenazas contra los ricos; les había predicho que, si seguían desoyendo la voz de Dios, Éste acabaría de seguro por ponerse de parte de los pobres: Dios arrebataría la fortuna á los incrédulos que la disfrutaban, y la distribuiría entre los pobres para el triunfo de su gloria. Los devotos temblaban al oírlo; el Notario decía que aquello era socialismo puro; todos se representaban al cura capitaneando una partida de descamisados, blandiendo una cruz á guisa de espada, y luchando por demoler la sociedad burguesa creada en 1789.

El señor Hennebeau, al saberlo, se contentó con decir, encogiéndose de hombros:

—Si nos fastidia mucho, ya nos lo quitará el Obispo.

Y mientras el pánico agitaba sordamente á unos y á otros, Esteban vivía subterráneamente en *Requillart*, en la cueva arreglada por Juanillo. Allí se escondía; nadie suponía que estuviese tan cerca; nadie sospechaba la audacia tranquila de aquel refugio. La boca del pozo estaba cada día más interceptada por las raíces de los árboles; nadie osaba penetrar allí, porque para conseguirlo se necesitaba conocer la maniobra de deslizarse con cuidado y habilidad para llegar á los primeros peldaños de la escala, que no estaban podridos todavía.

Otros obstáculos protegían también la entrada, tales como el calor sofocante del pozo, los ciento veinte metros de peligrosísimo descenso, lo penoso de la bajada por aquellas estrechuras, donde sin una gran práctica se destrozaba cualquiera la espalda y el vientre. Allí vivía. Estaba en medio de la abundancia, porque había encontrado ginebra, restos de una bacalada, y todo género de provisiones. El montón de paja era una cama cómoda; no se sentía ninguna corriente de aire, gracias á la igualdad inalterable de aquella temperatura agradabilísima. No le amenazaba sino el peligro de que le faltase la luz. Juanillo, que se había hecho su provisor, con una prudencia y discreción que eran aumentadas por el maligno placer de burlar la vigilancia de los gendarmes, le llevaba de todo, hasta pomada; pero no conseguía poner la mano sobre un paquete de velas.

Desde el quinto día Esteban no encendía luz más que para comer, porque no podía pasar bocado si lo verificaba á oscuras. Aquella noche completa, continua, interminable, era para él un suplicio. A pesar de verse en salvo, de dormir tranquilamente, de no carecer de pan, de no sentir frío ni calor, jamás la noche le había atormentado tanto. Le parecía que era el anonadamiento completo de sus ideas. Estaba viviendo del robo. A pesar de sus ideas comunistas, se despertaban en él los antiguos escrúpulos de educación, hasta el punto de que á veces no comía más que lo necesario para no morir. Pero

¿qué había de hacer? Era preciso vivir, porque aún no se hallaba cumplida su misión. Otra vergüenza le abrumaba también: el remordimiento de aquella salvaje embriaguez, de aquella ginebra echada á su estómago vacío, y que fué la causa de su cobarde conducta con Chaval. El recuerdo de esto despertaba en él un espanto desconocido, el mal hereditario, que no le permitía beber un trago de más sin caer en el furor homicida. ¿Acabaría en asesino? Pronto, sin embargo, se reaccionaba, arrepintiéndose y revolviéndose contra las preocupaciones sociales. Cuando se vió en salvo, en aquella profunda tranquilidad subterránea, sintió el hastío de la violencia, y durmió dos días con el sueño pesado del bruto abatido y harto. Transcurrió una semana más; y como los Maheu, que sabían dónde estaba, no pudieran enviarle velas, le fué necesario privarse de luz aun á las horas de comer.

Permanecía largo tiempo tendido en la paja. Vagas ideas que no creía tener, trabajaban incessantemente en su imaginación. Sentía el convencimiento de su superioridad, que le ponía por encima de sus compañeros, una exaltación de su persona que, á medida que iba instruyéndose, se afinaba y adquiría necesidades delicadas. Jamás había reflexionado tanto; jamás como entonces se había preguntado la razón de su disgusto al día siguiente de sus excesos y atropellos contra la propiedad de los otros; pero no osaba responderse, y sentía que le repugnaban los recuerdos, la bajeza de sus con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HEYER"
Folio. 1625 MONTEVIDEO, 1910

cupiscencias, la grosería de sus instintos, el olor de toda aquella miseria desplegada al viento.

Al fin acabaría por arrepentirse de haber ido á vivir al barrio de los obreros. ¡Qué náuseas le producían aquellos miserables, viviendo amontonados en horrible promiscuidad! No había entre ellos ni uno solo con quien hablar seriamente de política; era una vida imposible; siempre aquel emponzoñado olor á cebolla que le impedía respirar. El quería ensancharles el horizonte, elevarlos al bienestar y á los buenos modales de la burguesía, haciendo de ellos los amos; pero ¡qué larga, qué lenta era la tarea! Y ya no se sentía con valor para esperar la hora del triunfo.

Poco á poco, su vanidad de ser jefe, su preocupación constante de pensar por ellos, había metido en él el alma de uno de aquellos burgueses tan aborrecidos.

Una noche, Juanillo le llevó un cabo de vela que había robado del farol de un coche, y aquello fué un gran consuelo para Esteban. Cuando la oscuridad le desesperaba, cuando ésta pesaba sobre su cerebro como losa de plomo inaguantable, encendía luz un rato; luego, cuando lograba rechazar la pesadilla, apagaba de nuevo aquella luz, que le era tan necesaria como el pan para vivir.

El silencio le producía zumbidos en los oídos; no oía nunca más que la carrera de las ratas, el crujir de las maderas viejas ó el ruido producido por las arañas al tejer sus telas. Y, con los ojos abiertos,

en medio de aquella oscuridad profunda, volvía á su idea fija: lo que estaban haciendo sus compañeros, lo que éstos esperaban de él.

Una deserción por parte suya le habría parecido la peor de las cobardías.

Si se escondía, era para seguir en libertad, para aconsejarles y para obrar de acuerdo con ellos cuando fuese menester. Sus largas reflexiones habían fijado su ambición; mientras llegaban cosas mejores, hubiera querido ser siquiera Pluchart, dejar de trabajar, trabajar únicamente por la política, pero solo, en una habitación bien puesta y confortable, con el pretexto de que los trabajos mentales absorben la vida entera y exigen mucha tranquilidad de espíritu.

A fines de semana, Juanillo le dijo que los gendarmes le creían emigrado á Bélgica, y Esteban se atrevió á salir de la madriguera tan luego como fué de noche. Deseaba darse cuenta de la situación, y ver si debía insistir en su actitud. El creía comprometido el éxito antes de la huelga; dudaba del resultado; no había hecho más que ceder á la necesidad; y entonces, después de todo lo ocurrido, volvían sus dudas, y desesperaba de vencer á la Compañía. Pero no se lo confesaba todavía; sentíase acometido de angustia cuando pensaba en las miserias de la derrota, en aquella terrible responsabilidad que pesaría sobre él. ¿No era el final de la huelga el final de su papel, su ambición por tierra, su entrada nuevamente en la vida de miseria

de la mina y del barrio de los obreros? Y honradamente, sin cálculos mentidos, se esforzaba por volver á encontrar su fe perdida, por convencerse de que era posible la resistencia y de que el capital se destruiría á sí mismo ante el heroico suicidio del trabajo.

En efecto: en toda la comarca se hablaba de grandes desperfectos y pérdidas materiales sufridos por la Compañía. Cuando por la noche salía de su madriguera, como un lobo acosado, recorría los campos, y le parecía oír por todas partes los lamentos de los perjudicados por la ruina y por las quiebras. No pasaba más que por delante de fábricas cerradas, cuyos edificios desiertos causaban verdadera tristeza.

Las fábricas de azúcar, sobre todo, habían sufrido mucho; la de Hotton y la de Fauvelle, después de haber disminuído el número de sus obreros, acababan de arruinarse también. La fábrica de Bleuze, donde se hacían los cables para las minas, se hallaba definitivamente muerta para siempre, por efecto de aquella terrible obstinación de los huelguistas. Por la parte de Marchiennes, los desastres se agravaban todavía más; en la fábrica de vidrio de Gagebais no quedaba un solo horno encendido; los talleres de construcción de Sonnevile, todos los días despedían trabajadores. La huelga de los mineros de Montson, nacida á consecuencia de la crisis industrial que iba en aumento hacía dos años, había agravado ésta, adelantando el desastre. A las

causas de decadencia, que eran la carencia de pedidos de América y el ahogo de los capitales inmovilizados por un exceso de producción, agregábase entonces la falta imprevista de hulla para las pocas fábricas que aún trabajaban; y en eso estribaba la agonía.

La Sociedad minera, llena de miedo ante el malestar general, al disminuir su extracción matando de hambre á sus obreros, se había encontrado fatalmente, hacia fines de Diciembre, sin un solo pedazo de carbón disponible. Y en todas las ciudades próximas, lo mismo en Lilla que en Douai, que en Valenciennes, las quiebras menudeaban á consecuencia de la paralización de la industria, que era tan grande, que acaso no haya ejemplo de otra semejante.

Esteban paseaba de noche por los campos, deteniéndose á cada paso para respirar fuertemente, con alegría, con la esperanza de que llegase la hora de destruir para siempre el viejo mundo, sin que quedara en pie ni una sola fortuna, barridas todas por el esfuerzo de la revolución, y sometiendo al mundo entero á la igualdad más absoluta. Complacíase con los destrozos que se notaban en todas las minas; las recorría de noche una después de otra, contento cuando advertía algún nuevo desperfecto, alguna nueva pérdida de consideración. A cada instante se producían nuevos desprendimientos, porque el abandono forzoso de los trabajos los hacían inminentes. Por encima de la galería Norte de

Mirou, el suelo se desnivelaba de tal manera, que el camino de Joiselle, en una distancia de cien metros lo menos, se había hundido como por efecto de un terremoto; y la Compañía pagaba sin regatear cuanto le exigían por indemnización de los propietarios de aquellas tierras, temerosa del escándalo que producían tales accidentes. *Crevecoeur* y *La Magdalena* estaban amenazadas de igual peligro. Se hablaba de dos capataces muertos en el fondo de *Feutry-Cantel*; *La Victoria* estaba inundada por las aguas, y en *Santo Tomás* se habían hecho precisas obras importantes de reparación, porque las maderas del revestimiento se rompían por todas partes. Así es, que todos los días, á cada hora, había que hacer cuantiosos gastos, que eran brechas abiertas en los dividendos de los accionistas y una rápida destrucción en las minas, que al fin y á la postre acabarían por tragarse las famosas acciones de Montson, cuyo valor se había centuplicado en un siglo.

Ante aquellos golpes repetidos, renacían las esperanzas de Esteban, el cual se hacía nuevas ilusiones; acababa por decirse que al cabo de otro mes de resistencia el monstruo tendría que someterse. Sabía que después de los desórdenes de Montson, los periódicos de París se ocupaban mucho en la cosa, sosteniendo reñidas polémicas la prensa ministerial contra la de oposición, en la cual había terroríficos relatos, explotados principalmente para combatir á la Internacional, de la que el gobierno

imperial iba asustándose, después de haberla protegido al principio; y el Consejo de Administración, que no podía ya hacer oídos de mercader ante aquel escándalo, concluyó por enviar á Montson dos de los individuos más importantes de su seno, con objeto de instruir una información sobre los últimos sucesos. Pero los dos Consejeros tomaron sus tareas con tal tranquilidad, con tanto desprecio sobre el resultado de ellas, con tan poca pasión, que tres días después regresaban á París, asegurando que las cosas no podían estar mejor. Esto no obstante, habíase dicho que aquellos señores, durante su permanencia en el pueblo, no habían dado punto de reposo á su febril actividad, trabajando en negocios acerca de los cuales nadie había traslucido lo más mínimo. Esteban se reía de ellos, y cuando vió que se marchaban tan pronto, los creyó desanimados, y acabó de convencerse de la facilidad del triunfo, toda vez que la Compañía abandonaba el campo poco menos que declarándose vencida.

Mas al día siguiente, el obrero volvió á desconfiar del éxito. La Compañía era muy fuerte para que tan pronto se la pudiera derrotar; por muchos millones que perdiese, podía esperar, y luego, cuando la huelga pasase, se desquitaria, explotando más que antes á sus obreros. Una noche que alargó su acostumbrado paseo hasta *Juan-Bart*, comprendió toda la verdad cuando le dijo un vigilante que se hablaba de la venta de *Vendome* á la Compañía de Montson. En casa de Deneulín se había

declarado la miseria, según se decía; pero una miseria terrible, la miseria de los ricos. El padre estaba enfermo de rabia ante su impotencia para conjurar su ruina, envejecido por los sinsabores producidos por la falta de dinero; las dos hijas hacían esfuerzos titánicos por disimular el desastre, y llevaban á cabo economías verdaderamente heroicas. Menores eran los sufrimientos entre los pobres mineros muertos de hambre, que en aquella casa de burgueses, donde se procuraba ocultar todo lo desastroso de su precaria situación.

En *Juan-Bart* no se habían reanudado los trabajos, y en *Gastón-Maria* había sido necesario reemplazar la bomba, sin contar que, á despecho de todos los esfuerzos, habíase producido un principio de inundación, que para ser remediado exigiría que se hiciesen grandes gastos. El pobre Deneulin se había decidido á pedir prestados cien mil francos á Gregoire, cuya negativa, aunque prevista, fué para él el golpe de gracia; por de contado, su primo le dijo que se negaba á prestarle aquel dinero por cariño, por evitar que luchase más inútilmente; y después le aconsejó que vendiese la mina. El pobre seguía negándose á ello enérgicamente, porque se enfurecía al pensar que sólo él iba á pagar los vidrios rotos, como se suele decir, y hablaba de morir antes que vender. Pero al cabo de algún tiempo, ¡qué había de hacer! oyó las proposiciones que se le hacían. Como sucede siempre en tales casos, los que iban á comprar despreciaban la

mina, á pesar de sus recientísimas y costosas reparaciones. Pero era necesario á todo trance pagar á sus acreedores. Durante dos días defendióse contra los Consejeros de Administración llegados de París, indignado ante la frialdad mostrada por éstos cuando les hablaba de su ruina. La cuestión quedó en tal estado cuando aquellos señores regresaron á la capital.

Esteban, al saber todo esto, volvió á perder las esperanzas, porque comprendía que semejante adquisición compensaría á los de Montson de todas las pérdidas experimentadas. Asustábase al contemplar el poderío inmenso de los grandes capitales, tan fuertes en la batalla, que engordaban comiéndose á los pequeños, heridos de muerte por la huelga.

Por fortuna, al día siguiente Juanillo le llevó otra buena noticia. En *La Voreux*, la entrada del pozo estaba á punto de quedar cegada, porque las filtraciones eran tan grandes, que las brigadas de carpinteros ocupados en las obras de reparación, trabajaban amenazadas por un peligro continuo.

En cuanto fué de noche, Esteban salió de su escondite para adquirir noticias. Hasta entonces había procurado no acercarse á *La Voreux*, temiendo al centinela, cuya silueta no dejaba de verse nunca vigilando la llanura; pero á eso de las tres de la mañana nublóse el cielo, y Esteban se atrevió á acercarse á la mina. Allí le dijeron los amigos que era inevitable el desastre que se esperaba, y que la

Compañía tendría que hacer obras de reparación, que seguramente impedirían trabajar durante tres meses lo menos. El jefe de los huelguistas recorrió los alrededores de la mina, prestando atento oído al martilleo de los carpinteros, gozosa el alma al pensar en aquella herida que estaban vendando á toda prisa.

Al amanecer, cuando ya se iba á su escondite, tropezó con el centinela de la plataforma. Aquella vez, por fuerza le vería. El obrero seguía andando, y haciendo reflexiones acerca de los soldados, de esos hijos del pueblo, á quienes armaban contra el pueblo. ¡Qué fácil sería el triunfo de la revolución si el ejército se pusiera de parte de ella! Bastaba que los obreros y los campesinos que estaban en los cuarteles se acordaran de su origen. Aquel era el peligro supremo, el espanto terrible que hacía temblar á los burgueses, cuando pensaban en la posibilidad de que el ejército se volviera contra ellos. Dos horas bastarían para resolver el gran problema social. Ya se hablaba de regimientos enteros contaminados de socialismo. ¿Sería verdad? ¿Triunfaría al cabo la justicia, gracias á los cartuchos repartidos por la burguesía? Y pasando de esta á otra esperanza, el joven se entregaba á la ilusión de que el regimiento que ocupaba las minas se pasaría al bando de los huelguistas, emprendiéndola á tiros contra la Compañía y fraternizando con los obreros.

Sin darse cuenta de ello, embebido en sus refle-

xiones, iba subiendo hacia la plataforma. ¿Por qué no había de hablar con aquel soldado? Quizás pudiera conquistarle para sus ideas. Con aire distraído é indiferente continuó su camino, acercándose al centinela. Este permaneció inmóvil.

—¡Hola, amigo! ¡qué tiempo más infernal!— acabó por decir Esteban.—Creo que vamos á tener más nieve.

Era el soldado un muchacho de pequeña estatura, muy rubio, y de fisonomía dulce. Llevaba el uniforme con toda la torpeza de un quinto.

—Creo que sí,—murmuró por toda respuesta el militar.

Y con sus ojos azules miraba al cielo blanquecino, del que, en efecto, se escapaba una humedad que calaba los huesos.

—¡Qué estupidez, poneros ahí para que os quedéis helado!—continuó Esteban.—Cualquiera diría que estábamos amenazados por los cosacos... ¡Y con el viento que sopla aquí!

El soldado tiritaba sin quejarse. Allí cerca había una especie de caseta donde se abrigaba el viejo *Buenamuerte* en las noches de mucho frío; pero la consigna mandaba no separarse de allí ni perder de vista la llanura, y el centinela permanecía en su sitio, con las manos tan tiesas de frío, que casi no sentían el fusil que sujetaban. El centinela pertenecía al destacamento de veinticinco hombres que ocupaba *La Voreuse*, y como aquel servicio cruel se repetía cada tres días, el pobrecillo había estado ya

á punto de morirse de frío. Pero el oficio lo exigía, la obediencia pasiva no le dejaba siquiera pensar en aquellas cosas, y el militar respondía á las preguntas de Esteban con ese tartamudeo que emplean los chiquillos cuando están casi dormidos.

En vano pasó Esteban un cuarto de hora procurando hacerle hablar de política. Contestaba sí ó no, como quien no comprende lo que le dicen; algunos compañeros suyos aseguraban que el capitán era republicano; pero él no tenía ideas políticas; todo le era lo mismo. Si le mandaban que hiciese fuego, lo haría, porque no tenía más remedio. El obrero le escuchaba con ese odio tradicional del pueblo hacia el ejército, hacia esos hermanos suyos á quienes hacen variar en un instante, con sólo ponerles un pantalón colorado y un capote azul.

—¿Y cómo os llamáis?

—Julio.

—¿De dónde sois?

—De Plogof, de muy lejos.

Era de un pueblo de la Bretaña, y no sabía más.

Su carita blanca y sonrosada adquirió una expresión dulcísima al recordar su pueblo.

—Tengo allí á mi madre y á mi hermana. De seguro que me están esperando. ¡Ah! Pero aún he de tardar en ir... Cuando salí de allí, me acompañaron hasta el puente del Abate. Montamos á caballo en Lepalmée, por cierto que estuvimos á punto de estrellarnos al bajar la cuesta de Audierne. Allí me esperaba mi primo Carlos con una buena

merienda; pero no pudimos comer, porque las mujeres no dejaban de llorar... ¡Ah, Dios mío, Dios mío, qué lejos estamos de mi pueblo!

Y sin que dejara de sonreír, sus ojos se arrastraban en lágrimas.

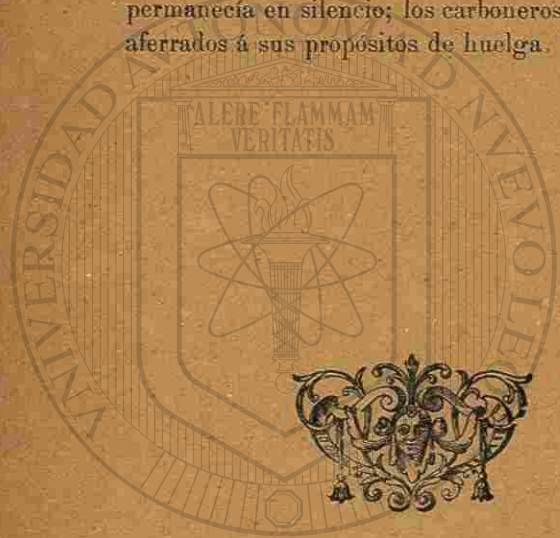
—Oid—dijo de pronto, dirigiéndose á Esteban: —¿creéis que si me porto bien me darán un mes de licencia dentro de un par de años?

Entonces Esteban habló de la Provenza, de donde había salido siendo muy pequeño. Empezaba á amanecer, y del cielo caían ya grandes copos de nieve. Esteban distinguió á lo lejos á Juanillo, que, asustado sin duda de verle hablando con el centinela, le hacía señas para que bajase en seguida. ¿A qué venía, después de todo, tratar de fraternizar con la tropa? Faltaban aún muchos años para eso, y Esteban lo lamentaba, como si hubiese estado seguro del éxito de su tentativa. Pero de pronto comprendió las señas de Juanillo; era que iban á relevar al centinela, y se marchó de allí, yendo á enterrarse en *Requillart*, convencido una vez más de que era cierta su derrota y el fracaso de sus planes, mientras el chiquillo decía que aquel soldado bribón había llamado á la guardia para que hiciera fuego contra ellos.

Arriba, en la plataforma, Julio permanecía inmóvil, con la mirada fija en la nieve que caía. Acercóse el cabo con el relevo; cambiáronse las voces reglamentarias:

—¿Quién vive?... ¡El santo y seña!

Y se oyeron las pisadas de los soldados, que resonaban como en país conquistado. A pesar de que había amanecido, en los barrios de los obreros todo permanecía en silencio; los carboneros continuaban aferrados á sus propósitos de huelga.

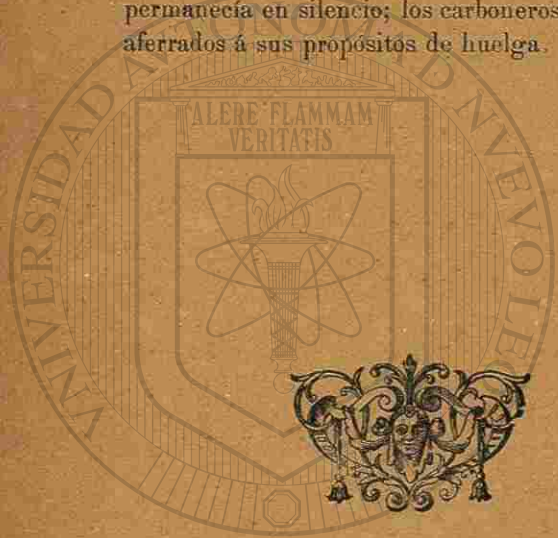


II.

HABÍA nevado dos días enteros, y una helada intensa endurecía el inmenso manto blanco que cubría la llanura; aquella comarca, siempre negra, con caminos que parecían rayas de tinta, con paredes y con árboles empolvados por el carbón, estaba entonces blanca, completamente blanca. El barrio de los *Doscientos Cuarenta* yacía triste y silencioso bajo la espesa capa de nieve. Por ninguna chimenea salía humo. Las casas donde no ardía lumbre, tan frías como las piedras de los caminos, no derretían la nieve. Más que pueblo habitado, semejaba el barrio un pueblo muerto y envuelto en su sudario. Por las calles no se veían más que las huellas fangosas de los soldados que hacían el servicio de patrulla.

En casa de los Mahen la última palada de ciseo de carbón había sido quemada el día antes; no ha-

Y se oyeron las pisadas de los soldados, que resonaban como en país conquistado. A pesar de que había amanecido, en los barrios de los obreros todo permanecía en silencio; los carboneros continuaban aferrados á sus propósitos de huelga.



II.

HABÍA nevado dos días enteros, y una helada intensa endurecía el inmenso manto blanco que cubría la llanura; aquella comarca, siempre negra, con caminos que parecían rayas de tinta, con paredes y con árboles empolvados por el carbón, estaba entonces blanca, completamente blanca. El barrio de los *Doscientos Cuarenta* yacía triste y silencioso bajo la espesa capa de nieve. Por ninguna chimenea salía humo. Las casas donde no ardía lumbre, tan frías como las piedras de los caminos, no derretían la nieve. Más que pueblo habitado, semejaba el barrio un pueblo muerto y envuelto en su sudario. Por las calles no se veían más que las huellas fangosas de los soldados que hacían el servicio de patrulla.

En casa de los Mahen la última palada de ciseo de carbón había sido quemada el día antes; no ha-

bía que pensar en ir á recoger carbón desperdiciado en los alrededores de la mina con aquel tiempo en que ni siquiera los pajarillos podían encontrar que comer.

La pobre Alicia estaba muriéndose por haberse empeñado en ello, escarbando entre la nieve. La mujer de Maheu había tenido que liarla en un pedazo de colcha mientras llegaba el doctor Vanderhagen, á casa del cual había ido dos veces sin poderlo encontrar; su criada le prometió la segunda vez que el señorito iría aquella misma noche al barrio, y la desconsolada madre estaba esperándole de pie detrás de la vidriera de la ventana, mientras la pobre enfermita, que se había empeñado en bajar, daba tiritones sentada en una silla, haciéndose la ilusión de que tenía menos frío allí junto á la estufa apagada. El tío *Buenuerte*, sentado frente á ella, con las piernas encogidas, parecía dormir. Ni Leonor ni Enrique habían vuelto á casa; andaban por aquellos caminos de Dios, dirigidos por Juanillo, pidiendo limosna.

Maheu se paseaba de un extremo á otro de la habitación, tropezando con las paredes, con el aire estúpido de una fiera encerrada que no ve los barrotes de su jaula.

También se había concluido el petróleo; pero el reflejo de la nieve que había en la calle era tan grande, que la habitación, á pesar de la oscuridad de la noche, estaba casi clara.

Oyéronse unos pasos; abrióse la puerta, y apa-

reció la mujer de Levaque, que llegaba hecha una furia, y que se encaró con su vecina, diciendo:

—¡Conque has sido tú quien ha dicho que exijo yo veinte sueldos á mi huésped cada vez que duermes conmigo!

La otra se encogió de hombros.

—¡No me fastidies! ¡yo no he dicho nada!... ¿De dónde sacas eso?

—Me han dicho que tú lo dijiste, y no te importa saber de dónde lo saco... Y hasta sé que dices que nos oyes hacer porquerías á través del tabique; que mi casa está muy sucia porque no hago nada más que estar en la cama... ¿Niegas que lo hayas dicho, eh?

Diariamente había disputas á consecuencia de la chismografía de las vecinas. Las riñas y las reconciliaciones eran casi continuas; pero nunca tanto como entonces.

Desde el principio de la huelga, el hambre exasperaba los rencores; todos sentían la necesidad de reñir, y una disputilla entre dos comadres se convertía á lo mejor en un duelo á muerte entre dos hombres.

Precisamente en aquel momento llegó Levaque, llevando consigo á *Bouteloup*.

—Aquí está este amigo, á ver si dice que ha dado veinte sueldos á mi mujer cada vez que ha dormido con ella.

El huésped, siempre con su aire tranquilo y bonachón, protestaba tartamudeando excusas.

—¡Oh! ¡eso jamás! ¡jamás!—decía.—¿Quién es capaz de suponer tal cosa?

Levaque entonces adoptó una actitud amenazadora, y poniendo á Maheu el puño en las narices:

—Mira—exclamó,—no me gustan estas cosas... Cuando se tiene una mujer capaz de calumniar así, se le rompe el alma... ¿O es que tú crees también lo que ha dicho?

—¡Por vida de Dios!—exclamó Maheu, furioso de que lo sacaran de su abatimiento.—¿Ya estamos otra vez con estas majaderías? ¿No tenemos bastantes miserias aún? Déjame en paz, ó te pego una bofetada... Además, ¿quién ha dicho que mi mujer dice tal cosa?

—¿Quién lo ha dicho?... Pues la mujer de Pierron. La de Maheu soltó una carcajada burlona, y dirigiéndose á su vecina:

—¡Ah! ¿Conque ha sido la de Pierron?—exclamó.—Pues verás lo que me dice á mí. ¡Sí, me dijo que dormías con tus dos hombres, uno á cada lado!

Ya no fué posible entenderse. Todos se enfurecieron: los Levaque decían á los Maheu, para vengarse, que la mujer de Pierron hablaba muy mal de ellos también; que aseguraba vendían á Catalina, y que se había podrido á consecuencia de una enfermedad adquirida por Esteban con una mujer del Volcán.

—¿Que ha dicho eso? ¿Que ha dicho eso?—rugió Maheu.—Bueno; allá voy yo, y como lo haya dicho, la ahogo.

Se había precipitado fuera de la sala baja; los Levaque le siguieron para atestiguar, mientras Bonteloup, que tenía horror á las disputas, se escurría tranquilamente para meterse en su casa. También la mujer de Maheu, en su furia, se disponía á salir, cuando un quejido de Alicia la detuvo. Arrojó con el pedazo de colcha el calenturiento cuerpecillo de la enfermita, y se volvió á colocar junto á la ventana, esperando la llegada del médico, que no llegaba nunca.

A la puerta de casa de Pierron, Maheu y los Levaque acababan de encontrar á Lidia jugando con la nieve. La casa estaba cerrada; un rayito de luz pasaba por entre las junturas de la ventana; la niña contestó al principio torpemente á las preguntas que le dirigían; no, su papá no estaba en casa; había ido al lavadero para ayudar á la *Quemada* á traer el lío de ropa limpia. Luego se turbó, y no quiso decir lo que estaba haciendo su mamá. Por fin lo confesó todo, riendo estúpidamente: su mamá la había echado á la calle, porque estaba allí el señor Dansaert, y les estorbaba para hablar. Este había recorrido desde temprano el barrio de los obreros, yendo de puerta en puerta, acompañado de dos gendarmes, tratando de convencer á los mineros, imponiéndose á los débiles, anunciando en todas partes que, si el lunes no bajaban á *La Voreux*, la Compañía estaba decidida á contratar trabajadores en Bélgica. Y, al anochecer, despidió á los gendarmes que le acompañaban, al encontrarse

á la mujer de Pierron, que estaba sola; luego había entrado en casa de ésta á beber una copita de ginebra, al amor de una buena lumbré.

—¡Chitón! ¡Callaos, que es menester verlos!— murmuró Levaque con malicioso tono.—Luego nos explicaremos con ella... ¡Vete de aquí, chiquilla!

Lidia retrocedió unos cuantos pasos, mientras Levaque aplicaba un ojo á las rendijas de la ventana. Contuvo una exclamación, y sintió un estremecimiento de placer; pero acabó por decir que aquello le daba asco; Maheu, que le había empujado, porque quería ver también, declaró que era un espectáculo que valía dinero. Y cada uno de los presentes fué aplicando por turno un ojo á la indiscreta rendija. La sala baja, reluciente de puro limpia, estaba animada por una buena lumbré; sobre la mesa había pasteles, una botella y dos copas: un verdadero festín de boda. Todo aquello enfureció á los dos hombres, que algunos meses antes se hubiesen divertido en grande con el espectáculo que presenciaban. Bueno que se entregase á quien le diera la gana; pero, por vida de Dios, que era una infamia hacerlo al amor de una buena lumbré, y reforzándose con vino y pastelillos, cuando los compañeros se morían de hambre y de frío.

—¡Ahí está papá!—gritó Lidia echando á correr.

Pierron regresaba, en efecto, tranquilamente del lavadero con el saco de ropa á cuestras. En seguida Mabeu le interpelló:

—Oye; me han dicho que tu mujer dice que hemos vendido á Catalina, y estamos todos podridos... Y á tí, ¿quién te paga á tu mujer? ¿Ese caballero que se está entreteniendo con élla ahí dentro?

Pierron, aturdido, no comprendía, cuando su mujer, llena de miedo, al oír el ruido de las voces, perdió la cabeza, hasta el punto de entreabrir la puerta para enterarse de lo que pasaba. Viéronla colorada como una amapola, con el corpiño desabrochado, y la saya todavía remangada, en tanto que Dansaert, en un rincón de la habitación, arreglaba el desorden de su traje. El capataz mayor huyó, temblando de que llegase á noticia del director aquella aventura, después de las recomendaciones de prudencia que le había dirigido. Entonces se produjo un escándalo mayúsculo de voces, gritos y risas.

—Tú, que dices siempre que las demás somos sucias—decía la mujer de Levaque,—no es extraño que estés limpia, si se encargan de tí los jefes.

—¡Ah! ¡Quién habla!—replicaba Levaque.— ¡Ahí tenéis á esa puerca, que dice que mi mujer se acuesta conmigo y con el huésped!... Sí; tú lo has dicho.

Pero la mujer de Pierron, tranquila ya, se las tenía tiesas con todos, y los despreciaba, segura de ser la más guapa y la más rica del pueblo.

—¡He dicho lo que me ha dado la gana, id al diablo!... ¡Eh!... ¿Os importan mis asuntos? ¡En-

vidiosos, que no nos podéis ver porque sabemos ahorrar dinero! Decid, decid lo que queráis; bien sabe mi marido por qué estaba aquí el señor Dansaert.

Y, en efecto, Pierron, muy enfadado, defendía á su mujer. La disputa empezó de nuevo; le llamaron traidor, espía, perro de presa de la Compañía; le acusaban de encerrarse en su casa para comer como un príncipe con el dinero que le daban los jefes por sus traiciones. El replicaba pretendiendo que Maheu le había amenazado echando por debajo de la puerta de su casa un papel que tenía pintados una calavera, dos huesos en cruz y un puñal debajo. Y la cuestión acabó con una riña formal entre los hombres, como sucedía desde que comenzara la huelga, cada vez que las mujeres se decían unas cuantas desvergüenzas. Maheu y Levaque cayeron sobre Pierron á puñetazo limpio, y fué necesario separarlos.

La sangre manaba de la nariz de su yerno, cuando se presentó la *Quemada*, la cual, al saber lo ocurrido, se contentó con decir:

—¡Ese puerco me deshonra!

La calle quedó desierta; ni una sola sombra manchaba la blancura mate de la nieve; y el barrio de los obreros, caído de nuevo en su inmovilidad de muerte, adquirió su aspecto sombrío.

—¿Y el médico?—preguntó Maheu al entrar en su casa.

—No ha venido—contestó su mujer, la cual no se había separado de la ventana.

—¿Han vuelto los chiquillos?

—No, no han vuelto.

Maheu empezó á pasear de nuevo lentamente de un extremo á otro de la habitación, con su aire de fiera enjaulada. El tío *Buenamuerte*, que seguía sentado en su silla, no había levantado siquiera la cabeza. Alicia tampoco decía nada, y procuraba no tiritar mucho, por no causarles pena; pero, á pesar de su valor para sufrir, temblaba de tal modo algunas veces, que se oía el rechinar de sus dientes, mientras miraba con los ojos muy abiertos el techo de la habitación.

Era la última crisis; se hallaban próximos á un terrible desenlace. La tela de los colchones había ido detrás de la lana á casa del prestamista; después la ropa blanca, y luego todo lo que se podía vender ó empeñar había desaparecido. Una tarde vendieron por dos sueldos un pañuelo del abuelo. Cada cosa que se iba del hogar, arrancaba lágrimas á los infelices, y la madre se recriminaba por haberse llevado un día debajo del mantón la caja, regalo antiguo de su marido, como quien lleva una criaturita para dejarla abandonada en cualquier parte. Ya estaban desnudos; no tenían nada que vender como no fuese el pellejo, y éste valía tan poco, que nadie lo hubiera querido. Así es, que no se tomaban ni siquiera el trabajo de buscar, porque sabían que nada podían encontrar, que todo estaba agotado, que no debían esperar ni una vela, ni un pedazo de carbón, ni una patata; y estaban decidi-

dos á morir, sin preocuparse más que por sus hijos, porque aquella crueldad inútil los sublevaba, y tenían remordimiento de haber permitido que enfermase la pequeña.

—¡Por fin, ahí está ya!—exclamó la mujer de Maheu.

Un hombre acababa de pasar por delante de la ventana. Abrióse la puerta. Pero no era el doctor Vanderhaghen, sino el cura, el cura del pueblo, el abate Ranvier, cuyos ojos brillaban en la oscuridad como los de un gato. Al entrar en la casa no pareció sorprendido de encontrarla á oscuras, sin lumbré, y á sus habitantes sin comer. Ya había estado en otras tres de la vecindad haciendo propaganda, conquistando á hombres de buena voluntad para su causa, del mismo modo que Dansaert, por la mañana, trataba de conquistarlos para la causa de la Compañía. El cura empezó á explicarse con voz febril y el acento entusiasta de un sectario.

—¿Por qué no fuísteis á misa el domingo, hijos míos? Hacéis mal, porque solamente la Iglesia puede salvaros... Vamos, prometedme que no faltaréis el domingo que viene.

Maheu, después de mirarle por un momento; empezó á pasear de nuevo, sin decir una palabra, su mujer fué quien contestó:

—¿Y qué hemos de hacer en misa, señor cura? ¿Dios se ríe de nosotros!... Mirad, si no, ¿qué le ha hecho esta pobrecita hija mía para estar tan enferma? Como si no tuviésemos bastantes sufrimientos,

me la pone á la muerte, cuando no puedo darle ni una taza de tila siquiera.

Entonces el cura pronunció un largo discurso, explotando la huelga, aquella miseria espantosa, aquel rencor exasperado por el hambre, con el ardimiento de un misionero que estuviera convirtiendo salvajes á la religión verdadera. Decía que la Iglesia estaba con los pobres y los humildes, y que haría triunfar á la justicia, llamando la cólera de Dios contra las iniquidades de los ricos. Y el día de este triunfo estaba próximo ya, porque los ricos se habían abrogado facultades que sólo eran de Dios; habían pretendido imponerse á Él, procurando robarle impiamente su poder. Pero si los obreros deseaban el equitativo reparto de los bienes terrenales, debían de entregarse por completo en manos de los curas, del mismo modo que, á la muerte de Jesucristo, los pequeños y los humildes se habían agrupado en torno de los Apóstoles. ¿Qué fuerza tendría el Santo Padre, de qué ejército dispondría el clero cuando mandara en jefe á la muchedumbre de trabajadores! En una semana se libertaría al mundo de los malos, desaparecerían los indignos amos de ahora, vendría la verdadera justicia de Dios, cada cual sería recompensado según sus méritos, y la ley del trabajo regiría la felicidad universal.

La mujer de Maheu, al escucharle, se imaginaba estar oyendo á Esteban durante las veladas de otoño, cuando anunciaba el próximo exterminio de

los malos. Pero, sin embargo, como siempre, desconfiaba de las sotanas.

—Todo eso que decís, señor cura, está muy bien —contestó.—Pero de seguro que si ahora venís al bando de los obreros, es porque os sucede algo con los burgueses... Todos los otros curas que hemos tenido aquí comían á menudo en la Dirección, y nos asustaban con el diablo en cuanto nos atrevíamos á pedir pan.

El sacerdote empezó de nuevo á predicar sobre la falta deplorable de inteligencia entre la Iglesia y el pueblo. Con frases de doble sentido, censuraba no muy encubiertamente, sin embargo, á los curas de las ciudades populosas, á los obispos, á todo el alto clero, que no pensaban más que en los goces terrenales, que se aliaban con la burguesía liberal, sin ver, en su terrible ceguera, que esa burguesía era la que le había quitado todo su poder en la tierra y su antiguo prestigio. El problema sería resuelto por los curas de las aldeas y del campo, que un día habían de levantarse como un solo hombre para restablecer ese prestigio y ese poder, apoyándose en los pobres; y parecía que ya estaba á la cabeza de todos los revolucionarios luchando por el Evangelio: tal era su ademán belicoso y el brillo de sus ardientes ojos cuando hablaba de esto. Las pobres gentes no le comprendían bien.

—No hablemos tanto—murmuró Maheu;—mejor fuese que empezárais por traernos pan que comer.

—¡Id á misa el domingo!—exclamó el sacerdote.—¡Que Dios proveerá á todo!

Y salió de allí para entrar en casa de Levaque, con objeto de catequizarles también, tan confiado en sus ilusiones, tan desdeñoso de la realidad, que se pasaba la vida visitando de aquel modo casa por casa, sin limosna de ningún género, con las manos vacías, por entre aquel ejército de hambrientos, y haciendo alarde de ser él también uno de tantos.

Maheu seguía paseando lentamente; en la habitación no se oía más que el ruido producido por sus pasos. Alicia, cada vez con la fiebre más alta, había empezado á delirar en voz baja, y reía, creyéndose al lado de una buena lumbre.

—¡Malhaya mi suerte!—murmuró su madre, acercándose á tocarle la cara.—¡Ahora está ardiendo!... Ya no espero más á ese bribón... Probablemente los gendarmes le habrán prohibido venir á verla.

Hablaba del doctor y de la Compañía. Tuvo, sin embargo, una exclamación de gozo, al ver que la puerta se abría. Pero quedó defraudada en su esperanza.

—Buenas noches—dijo á media voz Esteban, entornando cuidadosamente la puerta al entrar.

A menudo les visitaba por la noche. Los Maheu supieron desde luego dónde se escondía; pero guardaban el secreto, y nadie más que ellos en el barrio sabía á ciencia cierta el paradero del joven.

Aquel misterio le rodeaba de cierto prestigio legendario. Todos seguían teniendo fe en él: sin duda reaparecería en el momento más inesperado, con un ejército de obreros y un arca llena de oro; aquella esperanza continuaba siendo la esperanza religiosa de un milagro, de ver el ideal convertido en realidad, de conseguir la repentina conquista de la ciudad de justicia que les había prometido. Unos decían haberle visto en un coche, acompañado de tres caballeros, en el camino de Marchiennes; otros afirmaban que se hallaba en Inglaterra.

Pero á la larga iba naciendo la desconfianza; algunos, por broma, le acusaban de estar escondido en una cueva, donde iba la Mouquette de cuando en cuando para hacerle un rato de compañía; porque aquellos amores indudablemente le habían perjudicado. Todos estos rumores eran consecuencia de cierta desafección que nacía, á pesar de su popularidad. El número de descontentos aumentaba diariamente.

— ¡Maldito tiempo! — dijo el joven, sentándose en una silla. — Y vosotros, nada; siempre de mal en peor, ¿no es eso?... Me han dicho que Negrel ha salido para Bélgica con objeto de contratar gente para las minas. ¡Ah! ¡Por vida de Dios! ¡Si esto es verdad, estamos perdidos!

Un estremecimiento extraño le agitaba desde que entró en aquella habitación fría y oscura, donde, sin embargo, había la claridad suficiente para ver á los desgraciados que estaban en ella. Experi-

mentaba esa repugnancia, ese malestar del obrero salido de su esfera, afinado por el estudio, trabado por la ambición. Sentía verdaderas náuseas á la vista de tanta miseria y tantas desventuras. Había ido resuelto á manifestarles su desaliento y á darles el consejo de someterse, toda vez que era imposible soportar más tiempo la terrible situación que atravesaban.

Pero Maheu, en un exceso de violencia, se había detenido delante de él, diciendo con energía:

— ¡Contratar gente en Bélgica! ¡Oh! No se atreverán los muy canallas... ¡Que no traigan aquí forasteros, si no quieren que destruyamos por completo las minas!

Esteban, turbado y casi balbuciente, objetó que sería imposible hacer nada, porque los soldados que ocupaban militarmente las minas protegerían la bajada de los belgas.

Y Maheu cerraba los puños, se enfurecía cada vez más irritado, sobre todo, según decía, de verse rodeado de bayonetas. ¡Pues qué! ¿Ya no eran los mineros amos en su pueblo? ¿Habían de tratarlos como á presidiarios, á quienes se lleva á trabajar entre fusiles y bayonetas? El le tenía cariño á la mina, y lamentaba no haber bajado á ella en dos meses; pero, por lo mismo, perdía la cabeza pensando en que se atreviesen á meter allí gente extraña.

Luego, el recuerdo de que la Compañía le había despedido definitivamente, le entristeció.

—No sé por qué me enfado—murmuró,—puesto que ya no soy de la mina... Cuando me echen de esta casa, tendré que morirme en medio de un camino, como un perro abandonado.

—Déjalo, y espera—contestó Esteban.—Si tú quieres, mañana mismo te vuelven á admitir. A los buenos obreros no se les echa nunca.

Calló un momento, admirado de la risa de Alicia, que, en su delirio, continuaba riendo á más y mejor. No la había visto; y, sin saber por qué, tal alegría en la enfermita niña le llenaba de espanto. Ya la situación había llegado á su más terrible período; los chiquillos enfermaban y se morían. Así es, que con voz temblorosa se decidió á decir:

—Vamos, esto no puede durar; estamos perdidos, y mejor es rendirse de una vez.

La mujer de Maheu, inmóvil y silenciosa hasta aquel momento, estalló de pronto, y empezó á gritarle y á insultarle, como si élla fuese otro hombre.

—¡Qué! ¿Qué dices?... ¿Y eres tú quien aconseja eso, canalla?

Esteban quiso dar razones; pero élla no lo consintió.

—¡No lo repitas, vive Dios! ¡No lo repitas, ó, mujer y todo, te estampo los cinco dedos en la cara!... ¿Es decir, que nos estamos muriendo desde hace dos meses; que he vendido cuanto tenía en mi casa; que mis hijos se han puesto enfermos, y ahora, sin hacer nada, vamos á transigir con la injusticia?... Mira, cuando pienso en ello, la san-

gre me ahoga. ¡No, no, y no! ¡Antes que rendirme ahora, lo quemaría todo, mataría á todo el mundo!

Maheu empezó de nuevo á pasear: élla, señalándole, añadió con gesto amenazador:

—¡Escucha; si mi marido vuelve al trabajo, yo seré quien le espere á la salida para escupirle y abofetearle, llamándole cobarde!

Esteban no la veía bien; pero sentía su ardiente aliento, y había retrocedido ante aquel frenesí, que era obra suya después de todo. La encontraba tan variada, que ya no la reconocía; recordando su prudencia de antes, aquel echarle en cara lo violento de su conducta, aquel decirle que no se debe desear la muerte á nadie, y este negarse ahora á oír todo género de razones, y este querer matar á todo el mundo. Ya no era él, sino élla, quien hablaba de política, quien deseaba derribar al gobierno y á los burgueses, quien reclamaba la república y la guillotina para libertar al mundo de los malditos ricos, engordados á costa del pobre trabajador, que se moría de hambre.

—Sí; de buena gana los ahogaría con mis propias manos... Tal vez se acerca la hora de nuestra victoria, como decías tú antes... Cuando pienso que el padre, y el abuelo, y el padre del abuelo, y todos los de nuestra casta han sufrido lo que nosotros estamos sufriendo, y que nuestros hijos, y nuestros nietos, y los hijos de nuestros nietos sufrirán lo mismo, te aseguro que me vuelvo loca. El

otro día no hicimos bastante. Debimos no dejar piedra sobre piedra en Montson. Y te aseguro que estoy arrepentida de haber evitado que el abuelo matase á la hija de los de *La Piolaine*, porque, después de todo, ellos bien dejan ahora que los míos se mueran de hambre.

Sus palabras parecían hachazos dados en la oscuridad. El horizonte cerrado no había querido abrirse, y el ideal, al hacerse imposible, había trastornado aquel cerebro atormentado por el dolor.

—Me habéis comprendido mal—dijo Esteban al fin, batiéndose en retirada.—Deberíamos llegar á un acuerdo con la Compañía, porque, como sé que las minas están sufriendo muchísimo, creo que no sería difícil una inteligencia.

—¡No; nada de arreglos!—gritó la mujer de Mahen.

Precisamente en aquel momento entraban Enrique y Leonor con las manos vacías. Un caballero les había dado dos sueldos; pero como siempre estaban peleándose, al pegarle la niña un puntapié á su hermanillo, la moneda se cayó entre la nieve; y, á pesar de haberla buscado Juanillo con el mayor cuidado, no había parecido.

—¿Dónde está Juanillo?

—Mamá, se ha ido; dijo que tenía mucho que hacer.

Esteban escuchaba entristecido. En otro tiempo les amenazaba con la muerte si se atrevían á pedir limosna, y ahora élla misma los mandaba á implo-

rar la caridad, y hablaba de hacer lo mismo, y hasta de lo que hicieran los diez mil mineros de Montson, á ver si se creaban un nuevo conflicto.

La angustia fué entonces todavía mayor en aquella miserable habitación oscura. Los chiquillos, que habían hecho apetito, entraban pidiendo de comer. ¿Por qué no se comía? Los pobres se pusieron á llorar, arrastrándose por el suelo, y acabaron por echarse encima de su hermana Alicia, la cual lanzó un gemido. La madre, fuera de sí, los abofeteó en la oscuridad, dando palo de ciego. Luego, viendo que lloraban más fuerte, pidiendo pan, su pobre madre también rompió á llorar, y, arrodillándose en el suelo, los estrechó á los dos y á la enfermita en un cariñoso abrazo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué no nos lleváis de aquí?—Preguntaba desesperada.—¡Dios mío, llevadnos, siquiera por compasión!

El abuelo conservaba su inmovilidad de vetusto árbol abatido por el viento de la tempestad, en tanto que el padre iba y venía incesantemente de un extremo á otro de la habitación, sin hablar palabra.

Pero la puerta se abrió de nuevo, y esta vez era, por fin, el doctor Vanderbaghen.

—¡Diablo!—dijo.—La luz no nos estropeará la vista... Vamos pronto, porque tengo mucho que hacer.

Como de costumbre, iba gruñendo y quejándose del exceso de trabajo y de cansancio. Felizmente

Llevaba fósforos en el bolsillo; el padre tuvo que encender seis ó siete, uno detrás de otro, mientras el facultativo examinaba á la enfermita. La pobrecilla, desembarazada de la colecha que la abrigaba, temblaba de frío, enseñando aquellos miembrecillos endebles y tan delgaduchos, que no se veía más que su joroba. Sonreía, sin embargo, con una sonrisa vaga de moribundo, con los ojos muy abiertos y con una mano crispada sujetándose el pecho; y como la madre lloraba y se lamentaba, diciendo que no era razonable ni justo arrebatarle la única hija que le ayudaba en los quehaceres de la casa, aquella que era tan buena y tan inteligente, el médico acabó por enfadarse.

—¡Bah! Se está marchando... se marchó. Tu chiquilla ha muerto de hambre. Y no es ella la única, porque en la casa de al lado he visto otra... Siempre me llamáis para cosas que yo no puedo remediar; lo que necesitáis es carne, y no médicos.

Maheu, á quien se le quemó un dedo, soltó el fósforo, y las tinieblas ocultaron el cadáver, aún caliente, de aquel angelito. El médico se marchó de prisa y corriendo. Estaban no oía más que el llanto amargo de la mujer de Maheu, que repetía su invocación á la muerte, aquella lamentación de:

—¡Dios mío, ahora me toca á mí; llevadme de aquí!... ¡Dios mío, lleváos á mi marido, llevadnos á todos, por compasión siquiera!



III.

EL domingo de aquella semana, á las ocho de la mañana, Souveraine estaba solo en la sala de la *Ventajosa*, en su sitio de costumbre, con la cabeza apoyada en la pared. Más de un minero no sabía dónde encontrar los dos sueldos que costaba un vaso de cerveza; así es, que jamás había habido menos gente en las tabernas. Por eso la señora Rasseneur, sentada detrás del mostrador, observaba un silencio profundo de mal humor, mientras su marido, en pie delante de la chimenea, parecía mirar atentamente el humo que salía de la lumbre.

De pronto, en medio de aquel pesado silencio propio de las habitaciones demasiado caldeadas, tres golpecitos dados en los vidrios de la ventana hicieron volver la cabeza á Souveraine. Se levantó, porque había conocido la señal usada ya varias veces por Esteban para llamarle cuando le veía desde

Llevaba fósforos en el bolsillo; el padre tuvo que encender seis ó siete, uno detrás de otro, mientras el facultativo examinaba á la enfermita. La pobrecilla, desembarazada de la colecha que la abrigaba, temblaba de frío, enseñando aquellos miembrecillos endebles y tan delgaduchos, que no se veía más que su joroba. Sonreía, sin embargo, con una sonrisa vaga de moribundo, con los ojos muy abiertos y con una mano crispada sujetándose el pecho; y como la madre lloraba y se lamentaba, diciendo que no era razonable ni justo arrebatarle la única hija que le ayudaba en los quehaceres de la casa, aquella que era tan buena y tan inteligente, el médico acabó por enfadarse.

—¡Bah! Se está marchando... se marchó. Tu chiquilla ha muerto de hambre. Y no es ella la única, porque en la casa de al lado he visto otra... Siempre me llamáis para cosas que yo no puedo remediar; lo que necesitáis es carne, y no médicos.

Maheu, á quien se le quemó un dedo, soltó el fósforo, y las tinieblas ocultaron el cadáver, aún caliente, de aquel angelito. El médico se marchó de prisa y corriendo. Estaban no oía más que el llanto amargo de la mujer de Maheu, que repetía su invocación á la muerte, aquella lamentación de:

—¡Dios mío, ahora me toca á mí; llevadme de aquí!... ¡Dios mío, lleváos á mi marido, llevadnos á todos, por compasión siquiera!



III.

EL domingo de aquella semana, á las ocho de la mañana, Souveraine estaba solo en la sala de la *Ventajosa*, en su sitio de costumbre, con la cabeza apoyada en la pared. Más de un minero no sabía dónde encontrar los dos sueldos que costaba un vaso de cerveza; así es, que jamás había habido menos gente en las tabernas. Por eso la señora Rasseneur, sentada detrás del mostrador, observaba un silencio profundo de mal humor, mientras su marido, en pie delante de la chimenea, parecía mirar atentamente el humo que salía de la lumbre.

De pronto, en medio de aquel pesado silencio propio de las habitaciones demasiado caldeadas, tres golpecitos dados en los vidrios de la ventana hicieron volver la cabeza á Souveraine. Se levantó, porque había conocido la señal usada ya varias veces por Esteban para llamarle cuando le veía desde

fuera fumando un cigarrillo en su sitio de costumbre. Pero antes de que el maquinista pudiese llegar á la puerta, Rasseneur la abrió, y al conocer al que llamaba, le dijo sin vacilar:

—¿Temes que te venda?... Mejor hablaréis aquí dentro.

Esteban entró; pero rehusó el vaso de cerveza que le ofrecía galantemente la señora Rasseneur. El tabernero añadió:

—Hace tiempo he adivinado dónde te escondes. Si yo fuese un traidor, como dicen tus amigos, ya hace ocho días que te hubiese delatado.

—No necesitas justificarte ni defenderte—contestó el joven,—porque harto sé que no eres de esa madera... Se pueden tener ideas distintas, y estimarse, sin embargo.

Reinó de nuevo el silencio. Souveraine volvió á sentarse en su silla, con la espalda apoyada en la pared y la mirada fija en el humo del cigarrillo; pero sus dedos febriles, que tenían cierta nerviosa movilidad, restregaban sus rodillas buscando el finísimo pelo de *Polonia*, que aquella noche no se le subía encima, y esto constituía para él un mal-estar inexplicable; la sensación de que le faltaba algo, sin darse cuenta de lo que era á punto fijo.

Esteban, que se había sentado al otro lado de la mesa, dijo:

—Mañana empiezan á trabajar en *La Voreux*. Los belgas han llegado con Negrel.

—Sí; los han desembarcado al anochecer—mur-

muró Rasseneur, que permanecía en pie.—¡Con tal de que no haya sangre!

Luego, levantando la voz, añadió:

—No, no creas que quiero empezar á disputar de nuevo; pero sí he de decirte, que esto acabará muy mal, si no cedéis un poco... Mira, vuestra historia es exactamente la de la Internacional. Anteayer encontré á Pluchar en Lilla. Parece que sus asuntos van también muy mal.

Le dió algunos pormenores, según los cuales, la Asociación, después de haber conquistado á los obreros del mundo entero, en un acceso de febril propaganda que hacía temblar á la burguesía, se hallaba en la actualidad devorada y casi destruída por efecto de sus luchas intestinas, á causa de las vanidades y las ambiciones personales. Desde que los anarquistas triunfaban de los evolucionistas de primera hora, todo se trastornaba: el ideal, el objeto primitivo, la reforma del sistema de jornales, desaparecía entre el estruendo de la lucha de sectas; los cuadros de sabios se desorganizaban por efecto del odio á la disciplina. Y ya se podía prever que abortaría aquel levantamiento en masa, que por un momento había estado á punto de echar abajo todo lo existente.

—Pluchart está enfermo á causa de tantos disgustos—prosiguió Rasseneur.—Ya no tiene voz; pero, á pesar de eso, quiere hablar, y piensa ir á París... Tres ó cuatro veces me dijo que la causa de nuestra huelga estaba perdida.

Esteban, con la mirada fija en el suelo, le dejaba discurrir sin interrumpirle. El día antes había hablado con otros compañeros, y comprendía que soplaban para él aires de rencor y de sospecha, esos primeros síntomas de la impopularidad que anunciaban una derrota completa. Y estaba sombrío, sin querer confesar su abatimiento frente á un hombre que le había predicho que el pueblo le silbaría en cuanto tuviera algún desengaño de que vengarse.

—Es claro que la huelga está perdida; lo sé tan bien como Pluchart—dijo Esteban al fin.—Pero eso estaba previsto. Nosotros la aceptamos contra nuestro gusto, y jamás creímos matar á la Compañía por ese medio... Sino que la gente se embriaga, dándose á esperar cosas insensatas, y cuando los asuntos se ponen feos, nadie se acuerda de que era natural que sucediese así, y se lamenta y se queja uno como ante una catástrofe llovida del cielo.

—Entonces—replicó Rasseneur,—si crees que la partida está perdida, ¿por qué no haces entrar en razón á los compañeros?

El joven le miró con fijeza.

—Mira, basta ya de esta conversación... Tú tienes tus ideas, y yo tengo las mías. He entrado en tu casa para demostrarte que, á pesar de todo, te estimo; pero sigo pensando que si perecemos en la demanda, nuestra muerte servirá más á la causa del pueblo que toda tu política de hombre prudente... ¡Ah! Si uno de esos bribones soldados me

metiese una bala en el corazón, ¿para qué quería yo más?

Sus ojos se habían arrasado de lágrimas al prorumpir en aquella exclamación, en la cual se veía el secreto deseo del vencido, el refugio que esperaba para que acabase su tormento.

—¡Bien dicho!—declaró la señora Rasseneur, que, en una mirada, dirigió á su marido todo el desdén de sus opiniones radicales.

Souveraine, que no salía de su distracción, pareció no haber oído. Su cabeza rubia y su cara blanca y sonrosada como la de una mujer, de nariz delgada, de dienteitos afilados y puntiagudos, adquiría un aspecto salvaje por virtud de cierta mística abstracción, durante la cual tenía sangrientas visiones. Y se puso á soñar despierto, hablando en voz alta, contestando al parecer á una palabra de Rasseneur acerca de la Internacional, cogida al vuelo en la conversación.

—Todos son unos cobardes; no falta más que un hombre capaz de hacer de esa máquina un instrumento terrible de destrucción. Pero era necesario querer, y nadie quiere; por lo cual la revolución abortará otra vez.

Y continuó, con acento de desdén y disgusto, lamentando la imbecilidad de los hombres, mientras los otros dos se quedaban turbados ante aquellas confidencias de sonámbulo. En Rusia todo iba mal, y estaba desesperado por las noticias últimamente recibidas. Sus antiguos compañeros iban

haciéndose políticos; los famosos nihilistas, que hacían temblar á toda Europa; aquellos hijos de sacerdotes rusos, aquellos burgueses, aquellos comerciantes, limitaban sus aspiraciones á la libertad de su país, como si estuvieran convencidos de que conseguirían la libertad del mundo entero cuando mataran al déspota; y en el momento en que les hablaba de segar la humanidad como se siega un campo de mieses; cuando pronunciaba la pueril palabra de república, veía que nadie lo comprendía, y que se hallaba solo como un hongo, dentro del cosmopolitismo revolucionario.

Su corazón de patriota luchaba, sin embargo, y con dolorosa amargura repetía su frase favorita:

—¡Tonterías!... ¡Nunca saldrán de esas tonterías!

Luego, bajando la voz, volvió á explicar, con frases amargas, su antiguo ensueño de fraternidad.

No había renunciado á su rango y á su fortuna para unirse al pueblo, más que con la esperanza de ver un día fundada la nueva sociedad sobre la base del trabajo en común. Durante mucho tiempo, todos los cuartos que llevaba en el bolsillo habían pasado á los chiquillos del barrio; había demostrado á los mineros un cariño fraternal, siempre sonriendo á la vista de las desconfianzas de ellos, conquistándoles con su aspecto tranquilo de obrero puntual á su obligación y poco charlatán. Pero decididamente la fusión no se verificaba; seguía siendo para ellos un extraño, porque no comprendían su desdén hacia todo género de lazos sociales, y su

fuerza de voluntad para no preocuparse por nada. Y aquel día, especialmente, estaba exasperado con la lectura de un suelto que había circulado por todos los periódicos.

Su voz cambió; sus ojos se animaron, y se fijaron en Esteban, á quien interrogó directamente:

—¿Comprendes tú eso? ¿Lo de esos sombreros de Marsella, que han ganado á la lotería un premio de cien mil francos, y que en seguida han comprado papel del Estado, diciendo que en lo sucesivo piensan vivir de sus rentas?... Sí, esa es vuestra idea, la idea de todos los obreros franceses; descubrir un tesoro para comérselo solitos en un rincón, sin pensar en nadie. Por más que declamáis contra los ricos, jamás tenéis el valor de dar á los pobres el dinero que os dé la fortuna... Jamás seréis dignos de la felicidad; jamás, mientras tengáis algo vuestro y mientras ese odio á los burgueses arranque sola y exclusivamente de la necesidad y el deseo de ser burgueses á vuestra vez.

Rasseneur se echó á reír. La idea de que los obreros de Marsella hubiesen renunciado al premio de los cien mil francos, le parecía simplemente estúpida. Pero Souveraine palidecía, su semblante descompuesto asustaba, y en uno de sus accesos de cólera fanática contra los pueblos, exclamó:

—Vosotros todos habéis de ser arrollados por miserables y por canallas. Ha de nacer, no lo dudéis, alguien que sea capaz de acabar con vuestra raza de haraganes y ambiciosos. Mirad; si mis ma-

nos pudiesen, si tuvieran fuerzas para ello, cogerían la tierra y la estrujarían hasta hacerla pedacitos, para que quedarais enterrados entre los escombros.

—¡Bien dicho!—repitió la señora Rasseneur, con tono cortés y convencido.

Hubo un momento de silencio. Luego Esteban habló de nuevo sobre los obreros recién llegados de Bélgica, é interrogó á Souveraine acerca de las precauciones adoptadas en *La Voreux*. Pero el maquinista, vuelto á su habitual distracción, apenas contestaba, diciendo que sólo sabía que se habían dado más cartuchos á los soldados que custodiaban la mina; y la inquietud y malestar de sus dedos sobre sus rodillas se agravó, hasta el punto de acabar por tener conciencia de lo que le faltaba: el pelo del conejito casero.

—¿En dónde está *Polonia*?—preguntó.

El tabernero se echó á reír, y miró á su mujer. Después de titubear un momento, contestó:

—¿Polonia? En sitio caliente.

Después de su aventura con Juanillo, la coneja preñada, herida sin duda, no había tenido más que conejillos muertos. Y para no mantener una boca inútil, se decidieron á guisarla con arroz aquel mismo día.

—Sí; esta tarde te has comido una pata suya.

—¿Eh? ¡Bien te chupabas los dedos!

Souveraine no comprendió al principio. Luego se puso muy pálido, y sintió un nudo en la gar-

ganta, en tanto que, á despecho de su voluntad de hombre estoico, dos lágrimas asomaban á sus párpados.

Pero nadie tuvo tiempo de observar aquella emoción, porque la puerta se abrió bruscamente, dando paso á Chaval, llevando á Catalina consigo. Después de haberse emborrachado con cerveza y con fanfarronadas de bravucón en todas las tabernas del pueblo, se le había ocurrido la idea de ir á *La Ventajosa*, para demostrar á todos que no tenía miedo. Al entrar dijo á su querida:

—¡Por vida de...! Te digo que vas á beber una copa aquí dentro, y que le rompo el alma al primero que me mire con malos ojos.

Catalina, al ver á Esteban, se quedó turbada y pálida. Cuando Chaval á su vez le echó la vista encima, empezó á burlarse de él.

—Dos vasos de cerveza, señora Rasseneur, porque vamos á celebrar el que mañana se empieza á trabajar otra vez.

Reinaba un completo silencio; ni el tabernero ni ninguno de los otros se habían movido de su sitio.

—Sé de alguien que ha dicho que yo era un traidor y un espía—continuó Chaval con arrogancia,—y deseo que se me diga cara á cara, para que aclaremos las cosas.

Nadie le contestó: los hombres volvían la cabeza á otro lado.

—Lo que hay son haraganes y personas que no lo son—continuó levantando la voz.—Yo no tengo

nada que ocultar. Me fui del barracón de Deneulin, y desde mañana trabajo en *La Voreux* con doce belgas que han destinado á mis órdenes, porque se me estima en lo que valgo. Y si hay alguien á quien esto contrarie, que lo diga claramente, y discutiremos.

Viendo que el más desdenoso silencio era la única respuesta á sus provocativas palabras, la comprendió con Catalina.

—¿Quieres beber, por vida de Dios? Brinda conmigo por que revienten todos los granujas que no quieren trabajar.

La pobre muchacha brindó; pero tanto le temblaba la mano, que se notó el temblor en el chocar de los dos vasos. Chaval sacó del bolsillo un puñado de monedas de plata, que enseñaba con esa ostentación tan frecuente en los borrachos, diciendo que lo ganaba con el sudor de su frente, y que desafiaba á los baraganes á que enseñasen, si podían, algunos cuartos. La actitud de sus compañeros le exasperaba tanto, que al fin llegó al terreno de los insultos groseros.

—¿De modo que los topos salen á pasear de noche? ¡Mucho deben dormir los gendarmes para no ver á los bandidos que andan por ahí!

Esteban se había levantado con ademán tranquilo y resuelto.

—Mira, me estás fastidiando... Sí; eres un traidor, un espía; tu dinero huele á traición, y me disgusta tocar el pellejo de un canalla como tú.

¡Pero eso no importa! Puesto que ha de ser, sea. Porque hace ya mucho tiempo que uno de los dos está de más en el mundo.

Chaval apretaba los puños.

—¡Vaya, ya veo que se necesita mucho para calentarte, granuja!...—dijo.—Pero acepto el desafío contigo solo, y me vas á pagar ahora las malas acciones que me has hecho.

Catalina, con ademán suplicante, se interponía entre los dos; mas no tuvieron necesidad de separarla, porque, comprendiendo élla la necesidad de la batalla, retrocedió espontánea y lentamente. En pie, apoyada contra la pared, inmóvil y silenciosa, estaba tan paralizada por la angustia, que ni siquiera temblaba, mirando con ojos espantados á aquellos dos hombres que iban á matarse por élla.

La señora Rasseneur no hizo más que quitar de en medio los vasos que había encima del mostrador, para que no los rompieran. Luego se volvió á sentar en su banqueta, sin demostrar curiosidad de ningún género. No era posible, sin embargo, permitir que se mataran dos antiguos compañeros; por eso Rasseneur se empeñaba en intervenir, hasta que Souveraine, cogiéndole por un brazo y llevándolo hasta la mesa, le dijo:

—Eso no te importa... ¿Hay uno de más? Pues que viva el que sea más fuerte.

Chaval, sin esperar el ataque, se lanzaba hacia su enemigo con los puños cerrados. Era el más alto, y como dominaba á su contrario, dirigía todos los

golpes de sus puños á la cara de su adversario y seguía hablando, ó, mejor dicho, insultándole, para exasperarle más.

—¡Ah, canalla! Te voy á romper las narices para ponérmelas en cierta parte... Anda, anda, á ver si te dejo tan feo, ¡so granuja! que no vayan las mujeres detrás de tí como hacen ahora.

Esteban, sin decir palabra, con los dientes apretados, desplegaba toda su habilidad de *boxeador*, cubriéndose la cara y el pecho con ambos brazos, y dando de cuando en cuando un golpe contundente y correcto.

Al principio no se hicieron gran daño. Los molinetes rápidos de uno y las serenatas paradas del otro prolongaban la lucha. Cayó una silla al suelo; los piés de entrambos aplastaban furiosamente los granos de la arena que había en el piso. Pero al cabo de un rato empezaron á fatigarse; la respiración de uno y otro comenzaba á ser difícil, mientras sus caras se inflamaban, como si cada cual tuviera dentro una hoguera cuyas llamaradas se escaparan por sus ojos.

—¡Toma!—gritó Chaval.—¡Vas bien despachado por esta vez!

Y, en efecto, su puño, lanzado con la fuerza de una maza, acababa de destrozar un hombro á su adversario. Este contuvo un rugido de dolor, y desde aquel momento no se oyó más ruido que el producido por los músculos de ambos al estirarse y contraerse con furia. Esteban contestó con un pu-

ñetazo terrible dirigido al pecho, que hubiera destrozado al otro, á no ser por sus saltos y piruetas. Sin embargo, el golpe le alcanzó en el costado izquierdo, y tan rudo fué, que lo dejó sin respiración. Chaval, furioso y exaltado por el dolor, se abalanzó á él como una fiera, é intentó darle un talonazo en el vientre.

—¡Toma! ¡A las tripas! ¡A ver si te las saco, canalla!

Esteban evitó el golpe; pero tan indignado se sintió ante tal infracción de las reglas de una lucha leal, que salió de su mutismo.

—¡Canalla, brutal! ¡No riñas con los piés, por vida de Dios, ó cojo una silla y te la estampo en la cabeza!

Entonces la batalla fué más seria todavía. Ras-seneur, indignado, hubiese intervenido nuevamente, á no impedírselo una severa mirada de su mujer. ¿Acaso no tenían dos parroquianos el derecho de discernir una contienda en su casa? El tabernero no hizo más que colocarse delante de la chimenea, porque estaba viendo que se iban á caer en la lumbre. Souveraine, con su aire tranquilo, lió un cigarrillo, y se preparó á encenderlo. Apoyada contra la pared, Catalina permanecía inmóvil: solamente sus manos inconscientes acababan de subirse á su cintura, y allí, nerviosas, febriles, arrugaban la tela del vestido, buscando con las uñas la carne para desgarrársela. Todos sus esfuerzos se encaminaban á no gritar, á no matar á uno mos-

trando su preferencia, si bien tan asustada y tan aturdida estaba, que ya no sabía á cuál preferir.

Pronto Chaval se vió muy cansado, chorreando sudor, y dando puñetazos al aire. A pesar de su furia, Esteban continuaba cubriéndose con gran habilidad, y paraba casi todos los golpes, algunos de los cuales, sin embargo, lo alcanzaron. Tenía una oreja arañada, una uña se le llevó un pedazo de pellejo del cuello, y tal efecto le produjo, que á su vez gritó una blasfemia, soltando uno de aquellos golpes terribles que él sabía. Otra vez Chaval libró el pecho por medio de uno de los saltos que le caracterizaban en la lucha; pero había bajado la cabeza y recibió en la cara el puñetazo, que le destrozó la nariz, y estuvo á punto de sacarle un ojo. De repente empezó á echar sangre, y el ojo se inflamó, y se puso azulado. Aquel miserable, aturdido por lo terrible de la contusión, loco á la vista de la sangre, exasperado por el dolor, agitaba los brazos en el aire, cuando un segundo puñetazo, que le alcanzó en el pecho, lo dejó fuera de combate. Vaciló un momento, y cayó desplomado al suelo, como un saco de arena tirado de lo alto.

Esteban se detuvo.

—Levántate, si quieres más, y empezaremos de nuevo.

Chaval, sin contestar, después de un instante de aturdimiento, se revolcó por el suelo y procuró levantarse. Con mucho trabajo consiguió hincarse de rodillas, y, llevándose una mano al bolsillo del pe-

cho, empezó á buscar algo que no se vió. Luego, al ponerse en pie, cayó sobre su contrario con un rugido de rabia espantoso.

Pero Catalina lo había visto todo; á su pesar salió de su corazón un grito de sorpresa angustiosa que la admiró, porque fué como la revelación inesperada de una preferencia que ella misma ignoraba.

—¡Cuidado!—dijo.—¡Que tiene un puñal!

Esteban había tenido tiempo solamente para parar el primer golpe con el brazo izquierdo. La bien templada hoja del puñal le cortó la manga de la chaqueta. Pero pudo coger á Chaval por una muñeca, entablándose una lucha espantosa, porque el uno comprendía que era hombre muerto si soltaba, y el otro, ciego de cólera, quería clavarle el puñal en el corazón. Dos veces Esteban sintió el acero rozarle la carne, hasta que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, apretó la muñeca de su adversario con tal fuerza, que éste dejó escapar el puñal. Ambos se lanzaron al suelo; pero él fué quien lo cogió y lo blandió á su vez. Tenía á Chaval tendido en el suelo, sujeto con una rodilla y amenazándole con el puñal.

—¡Ah! ¡Maldito traidor! ¡Ahora las vas á pagar todas juntas, canalla!

Y estaba tan aturdido, tan furioso, tan frenético, que se halló á punto de asesinarlo. Por fortuna no estaba embriagado, y aun cuando jamás se había visto acometido por crisis tan violenta, luchó,

supo vencerse, y, tirando el puñal al suelo, dijo con voz ronca:

—¡Levántate de ahí, y vete!

Rasseneur había intervenido, aunque sin atreverse á separarlos, temiendo recibir una puñalada. No quería que en su casa se cometiese un asesinato, y de tal modo se enfadaba, que su mujer, sin moverse de detrás del mostrador, tuvo que recordarle que no debía chillar tanto. Souveraine, á cuyos piés fué á parar el puñal, se decidió al fin á encender el cigarrillo. Ya había concluido el combate.

Catalina seguía mirando con expresión estúpida á aquellos dos hombres, ninguno de los cuales estaba muerto.

—¡Vete!—repitió Esteban.—¡Vete, ó acabo contigo!

Chaval se levantó, enjugó con el revés de la mano la sangre que salía por sus narices, y con la cara enrojecida y el ojo hinchado se marchó de allí, arrastrando los piés, y mordiéndose los labios de rabia al pensar en su derrota. Maquinalmente Catalina le siguió. Entonces él se volvió, desatándose en improperios contra su querida.

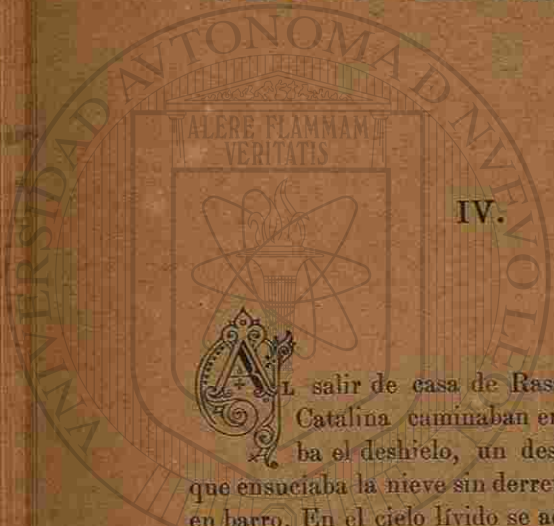
—¡Ah! No, no, y no. ¡Puesto que á quien quieres es á ese, duerme con él, grandísima bribona! ¡No vuelvas á poner los piés en mi casa, si tienes en algo tu pellejo!

Y dando un portazo brutal, salió de la taberna.

Tan profundo era el silencio entonces, que se oía el chisporroteo del carbón de la chimenea. En el suelo no quedaba más que la silla que habían derribado, y un pequeño charco de sangre que iba chupando la arena que cubría el pavimento.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



Al salir de casa de Rasseneur, Esteban y Catalina caminaban en silencio. Empezaba el deshielo, un deshielo frío y lento, que ensuciaba la nieve sin derretirla, convirtiéndola en barro. En el cielo lívido se adivinaba, que no se veía, la luna llena, medio oculta tras grandes nubarrones negros, que un viento de tempestad hacía correr con rapidez vertiginosa; y abajo, en la tierra, no se oía ruido ninguno más que el del agua que caía por las canales de las casas.

Esteban, entorpecido con aquella mujer que le daban de un modo tan extraño, no encontraba palabras que decirle, ni medio de ocultar su malestar. La idea de quedarse con ella y llevársela a *Requillart*, le parecía sencillamente absurda. En el primer momento le habló de llevarla a casa de sus padres; pero ella se negó rotundamente, sin

cuidarse de disimular su espanto. ¡No, no; todo antes que volver á ser una carga para ellos, después de haberlos abandonado tan villanamente! Y uno y otro guardaron silencio, caminando sin rumbo fijo por aquellos caminos que el deshielo convertía en verdaderos arroyos de fango. Primero se dirigieron hacia *La Voreux*; luego tomaron por la derecha, y pasaron por entre la plataforma de la mina y el canal.

—Pues es preciso que duermas en alguna parte—dijo Esteban al cabo de un rato.—Yo te llevaría á mi habitación, pero...

Y un acceso de singular timidez le hizo interrumpirse. Uno y otro recordaban su pasado, sus vehementes deseos de otras veces, y las delicadezas y las vergüenzas que les habían privado de gozarse. ¿Le gustaría tanto, que sentiría renacer su afán de poseerla al verse á solas con ella? El recuerdo de las bofetadas que le diera en *Gastón-Marta*, más le excitaba el deseo que le inspiraba rencor, y, sin saber cómo, acabó por considerar la idea de llevársela á *Requillart* como lo más lógico y más natural del mundo.

—Vamos, decidete—dijo.—¿A dónde quieres que te lleve? ¿Tanto me odias, que no quieres venir conmigo?

Catalina, que andaba lentamente, resbalando por el barro, murmuró sin levantar la cabeza:

—¡Por Dios, hombre; no me hagas sufrir más, que bastantes penas tengo! ¿A qué vendría hacer

hoy lo que me pides, cuando yo tengo otro amante y tú una querida?

Hablaba de la *Mouquette*. Catalina creía, en efecto, como se aseguraba por el pueblo, que estaba viviendo con una mujer: y cuando Esteban juró y perjuró que no, la joven movió la cabeza con aire de duda, y recordó la noche en que los viera dándose besos en el camino de *Requillart*.

—¿Qué fastidiosas han sido esas tonterías!—replicó Esteban en voz baja y deteniéndose.—¡Nos habiéramos entendido nosotros tan bien!

La joven se estremeció al contestar:

—¡Bah! No lo sientas, porque no pierdes gran cosa. ¡Si vieras qué poco envidiable soy! Delgaducha como una bacalada, y tan estropeada, que de seguro no llegaré nunca á ser mujer.

Y continuó hablando con toda libertad, acusándose, como si se tratara de una falta, del retraso extraordinario que había en el desarrollo de su pubertad. A pesar de haber pertenecido ya á un hombre, aquel retraso la relegaba á la condición de chiquilla. Porque al fin estas faltas tienen todavía excusa en quien posee condiciones para concebir hijos.

—¡Pobrecilla mía!—dijo Esteban en voz muy baja, presa de una compasión que ahogaba todos los deseos sensuales que tuviera un momento antes.

Habían llegado al pie de la plataforma, y estaban resguardados por la sombra de un gran montón de piedras. Precisamente el manchón producido en el

cielo por una nube, ocultaba la luna, y no permitía que se vieran las caras; sus alientos se mezclaban, sus labios se buscaban para besarse; restos de los deseos contenidos durante tantos meses. Pero de pronto reapareció la luna; vieron allá á lo lejos, encima de sus cabezas, la silueta del centinela de *La Foreux*, y, sin haberse dado ni siquiera un beso, apoderóse nuevamente de ellos el pudor, y se separaron. Entonces continuaron su camino lentamente, hundiéndose los pies en el fango producido por el deshielo.

—¿De modo que decididamente no quieres?—preguntó Esteban.

—No—dijo ella.—¡Tú, después de Chaval, y después de tí, otro!... No, eso me repugna; no me causa placer de ningún género. ¿A qué lo había de hacer, pues?

Callaron los dos, y anduvieron otro centenar de pasos sin cruzar ni una sola palabra.

—¿Pero sabes siquiera á dónde ir?—replicó él.—No puedo dejarte en medio de la calle, de noche y con el tiempo que hace.

Ella respondió simplemente:

—Me voy á casa, porque, después de todo, Chaval es mi hombre, y no tengo dónde dormir, como no sea en su cama.

—¿Pero no ves que te maltratará?

Volvió á reinar entre ellos el más profundo silencio. Ella se había encogido de hombros, con ademán resignado. La pegaría, y cuando se cansase de

pegarla, la dejaría en paz; ¿no era aquello mejor que corretear los caminos como una mujer perdida?

Además, iba acostumbrándose á los golpes, y pensaba, para consolarse, que de cada diez muchachas, ocho no tenían mejor suerte que élla. Si su amante se casaba algún día con élla, eso iría ganando y tendría que agradecerle.

Esteban y Catalina se dirigían maquinalmente á Montson, y á medida que se aproximaban al pueblo, iban estando menos locuaces. Cuando estuvieron á poca distancia de la plaza del pueblo, Catalina se detuvo, diciendo:

—No vengas más lejos. Si te viera, tendríamos otra vez alguna escena como la de antes.

Las once daban en el reloj de la iglesia; el café donde vivía Chival estaba cerrado; pero se veía luz por debajo de la puerta.

—¡Adiós!—murmuró la joven.

Ella le había dado la mano, que él conservaba entre las suyas, hasta el punto que hubo de hacer un gran esfuerzo para que la soltara. Sin volver la cabeza ni una sola vez, llegó á la puerta de la casa y la abrió, valiéndose de su llavín. Pero Esteban no se alejaba de allí, é inmóvil en el mismo sitio, con la mirada fija en la casa, esperaba, ansioso, á saber lo que allí dentro sucedería. Prestaba atento oído, temiendo á cada instante oír gritos y sollozos de mujer. La casa continuaba silenciosa; Esteban vió luz en una ventana del piso principal; y al ver

que la ventana se abría, y que á ella se asomaba Catalina, se acercó.

Entonces la joven, sacando la mitad del cuerpo, le dijo en voz baja:

—No ha venido todavía, y voy á acostarme... ¡Por Dios, vete!

Esteban se fué. El deshielo iba en aumento; por las canales de los tejados caía mucha agua, haciendo gran estrépito.

El minero se dirigió primeramente á *Requillart*, enfermo de cansancio y de tristeza, sintiendo la necesidad de enterrarse en su vivienda subterránea. Luego se acordó de *La Voreux*, donde los belgas iban á trabajar al día siguiente, de los compañeros y amigos exasperados contra la tropa, y resueltos á no tolerar que nadie trabajase en las minas. Y entonces tomó el camino de *La Voreux*, siguiendo la orilla del canal.

Cuando llegaba al pie de la plataforma, aparecía la luna en el cielo, despejado de pronto. Levantó la cabeza, y miró al cielo, por donde galopaban las nubes fustigadas por el látigo del vendaval. Cuando se detuvo á contemplar el espectáculo de aquellos campos nevados, á la luz clarísima de la luna se fijó de pronto en otro, que se veía allá en lo alto de la plataforma. Era el centinela, que, yerto de frío, paseaba con el fusil al brazo, sin duda para soportar algo mejor la temperatura horrible de aquella noche.

Veíase brillar la hoja de la bayoneta por encima

de su negra silueta, perfectamente destacada en el fondo blanqueco del suelo. Pero lo que más atrajo la atención de Esteban fué una sombra que se veía detrás de la caseta donde se refugiaba *Buenamuerte* en las noches de tempestad; una sombra en la cual reconoció á Juanillo. El centinela no le veía; aquel maldito muchacho estaba seguramente meditando alguna broma de mal género, cuando no alguna maldad, porque le había oído decir muchas veces que detestaba á los tales soldados, enviados allí para asesinarlos. Esteban titubeó un momento entre llamarle ó no, con objeto de evitar una tontería. La luna se ocultó en aquel instante; Esteban lo había visto disponiéndose á dar un salto; pero volvió á brillar la luna, y el chiquillo continuaba en la misma actitud. El centinela, á cada paseo que daba, volvía la espalda á la caseta, después de haber llegado hasta ella. De pronto, aprovechando el paso de una nube por delante de la luna, Juanillo, de un salto, se montó en los hombros del soldado, y le clavó en la garganta el enorme puñal que usaba siempre. Como el corbatín de cuero resistía, el chiquillo tuvo que hacer fuerza con las dos manos y empujar el cuchillo con todo el peso de su cuerpo.

A menudo había matado así pollos y gallinas que robaba en los corrales; y tal práctica tenía, con tal rapidez obró, que en el silencio profundo de la noche no se oyó más que un ligerísimo quejido y el ruido del fusil al caer sobre la endurecida capa de nieve. La luna volvió á brillar en aquel instante.

Inmóvil de estuper, Esteban continuaba mirando. El grito que estaba pronto á dar quedó ahogado en su garganta. La plataforma estaba desierta. Subió rápidamente la colineja que lo separaba del teatro de aquel crimen, y encontró á Juanillo acurrucado detrás del cadáver del militar, que había caído boca arriba y con los brazos abiertos.

A la claridad de la luna, sobre el fondo blanco de la nieve, el pantalón colorado y la manta cenicienta se destacaban enérgicamente. La herida no manó ni una sola gota de sangre: el cuchillo se quedó clavado en la garganta hasta el mango.

El minero dió al muchacho un puñetazo brutal, furioso, y éste cayó sin sentido al lado de su víctima.

—¿Por qué has hecho esto?—tartamudeó, lleno de indignación.

Juanillo se levantó del suelo y anduvo un poco á cuatro piés, tambaleándose todavía por efecto de la conmoción que le produjo aquel puñetazo tan terrible.

—¡Rayos y truenos! ¿Por qué has hecho esto?

—No lo sé. Tenía muchas ganas de hacerlo.

No hubo medio de obtener otra explicación. Hacía tres días que sentía el deseo de matar á un soldado. Y no podía decir más; nadie le había instigado; la idea surgió en su mente, como surgían sus deseos de robar de cuando en cuando.

Esteban, aterrado ante aquella vegetación del crimen que se desarrollaba en el cerebro del chi-

quillo, le retiró de su lado, dándole un furioso puntapié, como si se tratara de un animal inconsciente. Temía que el cuerpo de guardia establecido en *La Voreux* hubiera oído el último quejido del centinela, y cada vez que las nubes permitían que la luna brillase, dirigía una mirada de ansiedad hacia la mina. Pero todo permaneció tranquilo. Entonces el minero se arrodilló en la nieve, palpó aquellas manos inertes, y aplicó el oído al corazón que debajo de aquel capote de militar había dejado de latir. Del cuchillo sólo se veía el puño de hueso, que llevaba grabadas con letras negras esta palabra: «Amor.»

Sus miradas fueron de la garganta á la cara, y de pronto reconoció al soldado; era Julio, el recluta con quien estuvo hablando unos cuantos días antes. Sin saber por qué, sintióse conmovido, como si se tratara de la desgracia de un amigo, al ver aquella cabeza rubia, aquella dulce fisonomía, aquella cara, blanca como la de una mujer, cuyos ojos, enormemente abiertos, miraban al cielo con la misma fijeza que algunos días antes los viera mirar al horizonte, como si buscasen su pueblo natal. ¿Dónde estaría aquel pueblecillo, Plogof, de que le había hablado? Allá, muy lejos, muy lejos. Allí, sin duda, pensaban en el pobre soldado dos mujeres, una madre amatísima, y una hermana cariñosa, bien ajenas de la desgracia que acababan de experimentar.

— Pero era necesario que desapareciese el cadáver;

Esteban pensó primero en tirarlo al canal; mas la certidumbre de que lo encontrarían le hizo desistir. Entonces su ansiedad fué inmensa. Los minutos pasaban. ¿Qué determinación tomar? De pronto tuvo una inspiración: si podía llevar el cadáver hasta *Requillart*, allí lo enterraría fácilmente.

— Ven acá, Juanillo—dijo.

El chico desconfiaba.

— No; vas á pegarme. Además, tengo mucho que hacer. Buenas noches.

En efecto: había dado cita á Braulio y á Lidia para un escondite que habían hecho entre los montones de madera que había cerca de *La Voreux* destinados á las obras de apuntalamiento. Se trataba de pasar la noche allí, con objeto de presenciar el espectáculo que se preparaba para el amanecer, si al fin se decidían los mineros á apedrear á los trabajadores recién llegados de Bélgica.

— Mira—contestó Esteban,—si no vienes inmediatamente, llamo á los soldados y te cortarán la cabeza.

Juanillo se decidió; Esteban sacó su pañuelo, y lo ató fuertemente al cuello del cadáver, sin arrancarle el puñal, para que no saliese sangre. La nieve se estaba desheliendo, y en el suelo no habían quedado huellas sangrientas ni señales de lucha.

— ¡Cógelo por las piernas!

Juanillo obedeció; Esteban agarró al muerto por los hombros, y los dos bajaron de la plataforma muy despacio, y procurando no hacer ruido. Felizmente

la luna había vuelto á desaparecer. Pero al llegar abajo y tomar la orilla del canal, volvió á asomar en el cielo, y tan clara, que fué milagro no los vieran desde el cuerpo de guardia. Apresurábanse cuanto podían; pero el peso del cadáver era tal, que tenían necesidad de dejarlo en el suelo cada cien metros para descansar. Al llegar á las ruinas de *Requillart*, los asustó el ruido de unos pasos. No tuvieron tiempo más que para ocultarse detrás de unos matorrales, desde donde vieron pasar una patrulla. Un poco más allá encontraron á un borracho, que los insultó, y siguió su camino haciendo eses. Al fin llegaron á la boca del pozo, sudando á mares, y tan excitados, que al mismo tiempo tiritaban, como si tuviesen mucho frío.

Ya sabía Esteban que no había de ser fácil bajar el cadáver por donde él entraba todos los días. En efecto: fué aquello una operación horrible, veinte veces interrumpida. Primero fué necesario que Juanillo empujase desde arriba el cuerpo, mientras él, cogiéndose á las raíces de los árboles que penetraban en la mina, lo bajaba como Dios le daba á entender, hasta que tropezó con la escala. De aquel modo lo condujo á su madriguera con un trabajo impropio, que no es para relatado. El fusil que llevaba en la mano le estorbaba mucho; pero no había más remedio que sufrir para conseguir su objeto. Aunque no había querido, sin duda para que el espectáculo fuese menos horrible, que Juanillo bajase antes para traer un cabo de vela encendido, al

llegar al fondo del pozo dijo al muchacho que fuese por luz. Entre tanto se sentó en la oscuridad junto al cadáver. Esperaba la vuelta del chiquillo con febril impaciencia, y conteniendo á duras penas los terribles latidos de su corazón.

Cuando Juanillo apareció con la luz en la mano, Esteban le consultó acerca del sitio donde debía enterrarle, porque aquel muchacho conocía palmo á palmo sus dominios subterráneos. Echaron á andar; arrastraron el cadáver por entre un dédalo de galerías, y se detuvieron por fin á la distancia de un kilómetro próximamente. Era aquel sitio tan bajo de techo, que tenían necesidad de andar en cuatro piés por debajo de unas rocas apenas sostenidas por unos cuantos puntales de madera podrida, y, por lo tanto, amenazados á cada instante de quedar enterrados allí por efecto de un hundimiento. En aquel agujero, que parecía una chimenea, colocaron el cadáver, como si estaviese en un nicho; pusieron el fusil á su lado, y luego, á riesgo de quedar ellos allí también para siempre, acabaron de romper los puntales. Una piedra inmensa se vino abajo, tan rápidamente, que apenas tuvieron tiempo de huir. Cuando Esteban, que sentía la necesidad de mirar atrás, lo hizo, vió que el techo continuaba hundiéndose, aplastando poco á poco aquel cadáver bajo el peso enorme de la masa de roca.

Todo desapareció un momento después.

Juanillo, cuando llegaron á la cueva que habitaba Esteban, se halló tan fatigado, que se

dió sobre el montón de paja, murmurando entre dientes:

—¡Bah! ¡Que esperen aquellos tontos! ¡Yo voy á dormir una horita!

Esteban se sentó en un rincón, y apagó la luz, porque ya no quedaba más que un cabillo de vela.

También él estaba rendido, pero no tenía sueño; dolorosos pensamientos, terribles visiones, como las que se tienen en una pesadilla, le atormentaban horriblemente. Pronto se vió acometido por una sola consideración. ¿Por qué no habría él matado á Chaval, teniéndole aquella noche en el suelo cuando él le amenazaba con su puñal, y por qué aquel chiquillo acababa de asesinar á un hombre que ni siquiera sabía cómo se llamaba? Tales preguntas trastornaban sus creencias revolucionarias, y le quitaban el valor para matar, creyendo que no tenía derecho para hacerlo.

¿Se volvía cobarde, ó era que le sublevaba, á la vista de aquella sangre inocente injustamente derramada, una duda espantosa? El chiquillo, tendido en la paja, roncaba tranquilamente, y Esteban estaba furioso al sentirlo allí cerca, durmiendo, como si nada hubiese hecho. De pronto se estremeció; acababa de sentir miedo. Parecióle que de las profundidades de la tierra había salido un gemido. El recuerdo del pobre soldado enterrado allí, con su fusil, le dió frío y le puso el cabello erizado. Tanto sufría y tanto le repugnaba verse junto al precoz asesino, que resolvió salir de la cueva. Arri-

ba, en medio de los escombros ruinosos de *Requillart*, respiró el aire libre con verdadera fruición. Puesto que no se sentía con fuerzas para matar, á él le tocaba morir; y aquella idea de su muerte, que le ocurriera poco antes, iba echando raíces en su imaginación, que se acostumbraba á considerarla como su última esperanza, como su único consuelo.

Había que morir, morir defendiendo la causa de la revolución; aquello lo terminaría todo, y, bien ó mal, saldaría su cuenta consigo mismo y con sus compañeros, ahorrándose el trabajo de pensar más.

Si los mineros atacaban aquella mañana á los trabajadores belgas, él iría en primera línea, delante de todos, y no tendrían tan mala suerte que no le matasen. Esto resuelto, se encaminó tranquilo á los alrededores de *La Voreux*. Daban las dos; gran ruido de voces salía del cuerpo de guardia del destacamento que ocupaba la mina. La desaparición del centinela había puesto en movimiento á la tropa; despertaron al capitán, y después de reconocer detenidamente el terreno, acabaron por creer en una desertión. Esteban, escondido allí cerca, pensaba en aquel capitán, de quien el pobre soldado le había dicho que era republicano. Tal vez le decidieran á pasarse á la causa del pueblo. En tal caso, los soldados levantarían las culatas, y quizás aquella fuese la señal para una matanza de burgueses. Otra ilusión se apoderaba de él; ya no pensó en morir, y, durante algunas horas, permane-

ció inmóvil, metido en fango hasta el tobillo, aca-
riciando la esperanza de una victoria posible.

Hasta las cinco estuvo esperando la llegada de los obreros belgas. Entonces echó de ver que la Compañía había tenido la precaución de hacerles dormir aquella noche en *La Voreux*. La bajada de mineros empezó puntualmente. Ya iba amaneciendo, cuando unos cuantos huelguistas del barrio de los *Doscientos Cuarenta*, que estaban en acecho, fueron á dar cuenta á sus amigos de lo que pasaba. Esteban fué quien les advirtió de lo que sucedía: entonces ellos echaron á correr, mientras el joven se quedaba allí, esperando la llegada de todos los compañeros. Dieron las seis; aparecía la aurora; de pronto vió á lo lejos al abate Rauvier, que, con la sotana remangada y á paso ligero, atravesaba uno de los senderos próximos. Todos los lunes iba á decir misa á la capillita de un convento establecido á poca distancia de la mina.

—Buenos días, amigo,—le gritó en voz alta al joven, después de contemplarle un momento.

Pero Esteban no contestó. A lo lejos, por otro sendero, acababa de ver pasar á una mujer, y figurándose que era Catalina, se precipitó á su encuentro, lleno de inquietud y de extrañeza.

La pobre muchacha estaba andando por el campo desde las doce de la noche. Cuando Chavál volvió á su casa y la encontró en la cama, la echó de allí á bofetadas y á puntapiés, diciéndola que se largara por la puerta, si no quería salir por la ven-

tana. La pobrecilla, llorosa y temblando, casi desnuda y dolorida de tanto golpe, se encontró, sin saber cómo, en medio de la calle. Sentóse en una piedra enfrente de la casa, mirando á la fachada, con la esperanza vaga de que su amante la volviese á llamar, porque no era posible otra cosa. De seguro la estaría atisbando desde la ventana, y le diría que subiese, al verla tan abandonada, pues no tenía á nadie que la recogiese.

Luego, al cabo de dos horas, se decidió á marcharse, porque no tenía fuerzas para resistir el frío por más tiempo. Salió del pueblo, volviendo sobre sus pasos, porque no se atrevía á llamar á la puerta de su amante. Al fin tomó la carretera, con la idea vaga de encaminarse á casa de sus padres. Pero cuando llegó al barrio de los obreros, sintióse acometida de tanta vergüenza, que echó á correr como alma que lleva el diablo, temerosa de que la viera alguién en aquel sitio, en la hora que todos debían estar entregados al sueño. Desde entonces vagaba por el campo, temblando cuando oía cualquier ruido, creyendo que la iban á coger y se la iban á llevar á cierta casa de prostitución de Marchiennes, en la cual había pensado siempre con horror. Dos veces se encontró, sin saber cómo, en *La Voreux*; dos veces la horrorizó el ruido de voces que salían del cuerpo de guardia, y dos veces se alejó de allí, corriendo y mirando hacia atrás, porque creía que era perseguida. Aun cuando el caminejo que conducía á las ruinas de

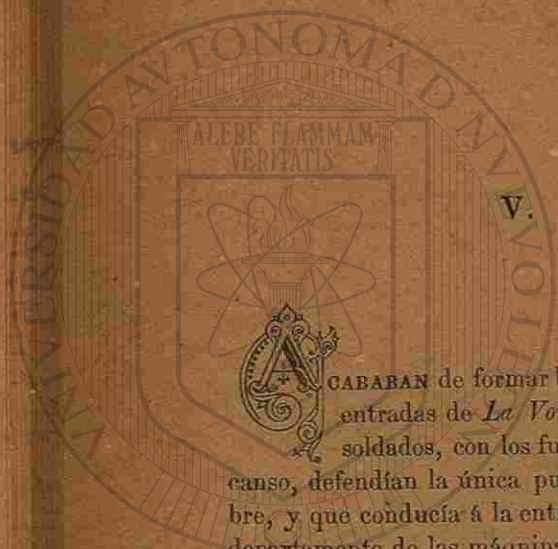
Requillart estaba siempre lleno de borrachos, se decidió á seguirlo, con la vaga esperanza de encontrar de nuevo al hombre á quien rechazara algunas horas antes.

Aquella mañana Chaval debía ir á trabajar á *La Voreux*. Este recuerdo llevó á Catalina á los alrededores de la mina otra vez. Le veía pasar; pero comprendía que era inútil hablarle: entre los dos todo había concluido. Ya no se trabajaba en *Juan-Bart*, y Chaval la había dicho que la ahogaría si se contrataba para trabajar en *La Voreux*, porque temía que le comprometiese. ¿Qué hacer? ¿Irse de allí? ¿Morir de hambre? ¿Ceder á las instancias de cualquier hombre con quien tropezase?

Amaneció al fin, y acababa de distinguir á Chaval, que, prudentemente, daba un rodeo para entrar en *La Voreux* por detrás de la plataforma, á fin de que no le viesen, cuando advirtió que Braulio y Lidia asomaban la cabeza fuera de su escondite, hecho entre los montones de madera cortada para los trabajos de la mina. Allí habían pasado la noche, sin permitirse ir á dormir á su casa, en cumplimiento de las órdenes terminantes que recibieran de Juanillo; y mientras éste dormía tranquilamente en *Requillart*, después de haber cometido un asesinato, los dos chiquillos habían caído uno en brazos de otro para no tener frío. Y como el viento soplaba con furia, y el escondite no era sitio abrigado, tenían por fuerza que estrecharse mucho. Lidia no se atrevía á quejarse de los malos

tratos de Juanillo, del mismo modo que Braulio se abstenía de hacerlo en voz alta cuando pensaba en las bofetadas de aquel á quien reconocía como jefe suyo; pero la verdad es que ya iba picando en abuso la conducta de Juanillo, quien, además de maltratarlos, se negaba á repartir el fruto de sus rapiñas; sus corazones se sublevaban, y acabaron por darse un beso, á pesar de la prohibición del capitán, y despreciando el castigo misterioso con que á menudo los amenazaba si desobedecían sus órdenes. El castigo no se presentó; y poco á poco siguieron acariciándose cada vez con más deleite, sin pensar en ninguna otra cosa, y poniendo cada uno de ellos en aquellas caricias toda su antigua pasión disimulada y contenida, todo lo que había en ellos de ternura y de martirio. Así habían pasado la noche entera; tan felices en el fondo de aquel agujero que les servía de escondite, que no recordaban haberlo sido tanto jamás, ni siquiera el día de Santa Bárbara, la gran fiesta de los mineros, el único día del año quizás que se comía y bebía con abundancia.

De pronto Catalina se estremeció al oír el toque de una corneta. Empinóse, y vió que el destacamento de *La Voreux* tomaba las armas. Esteban acudía corriendo, mientras Braulio y Lidia salían de su escondite. Y allá á lo lejos, á la indecisa luz del amanecer, un grupo numerosísimo de hombres, mujeres y chiquillos, gritando desahoradamente, avanzaba con rapidez por el camino del barrio de los obreros.



CABABAN de formar barricadas en todas las entradas de *La Voreuz*, y los veinticinco soldados, con los fusiles en su lugar descanso, defendían la única puerta que quedaba libre, y que conducía á la entrada de las oficinas y al departamento de las máquinas, por una escalerilla estrecha, donde se abrían las puertas del cuarto de los capataces y de la barraca. El capitán les había formado en dos filas, apoyándolos contra la pared, para evitar que pudiesen ser atacados por retaguardia.

Al principio, el grupo de huelguistas llegado del barrio de los obreros se mantuvo á cierta distancia. Serían, cuando más, treinta ó treinta y cinco.

La mujer de Maheu, que iba delante, despeinada, medio desnuda, con Estrella dormida en los brazos, gritaba con voz febril:

— ¡Que nadie entre ni salga! ¡Es menester cogernos á todos ahí, sin que se escape ni uno!

Maheu aprobaba las palabras de su mujer en el momento en que el tío Mouque llegaba de *Requillart*. Quisieron impedirle que pasara. Pero él se defendió, diciendo que los caballos tenían que comer, y añadiendo que le era indispensable ir á sacar uno que precisamente había muerto el día antes. Esteban sacó del apuro al mozo de cuadra, á quien los soldados dejaron entrar. Al cabo de un cuarto de hora, el grupo de mineros, ya mucho más numeroso, vió abrir la puerta grande y aparecer unos cuantos hombres que arrastraban un caballo muerto, el cual abandonaron sobre la nieve medio deshelada. La sorpresa de los huelguistas fué tal, que no les impidieron volver á entrar y formar de nuevo la barricada que defendía aquella puerta.

Todos habían conocido al caballo.

— Es *Trompeta*, ¿no es verdad? — se decían unos á otros. — Es *Trompeta*.

Y era, en efecto, *Trompeta*, que no había podido acostumbrarse á vivir en aquellos subterráneos, y desde algunos días antes presentaba síntomas de enfermedad grave. Aun cuando Mouque lo avisó con tiempo al capataz mayor, nadie hizo caso, porque ¿qué importaba que se muriese un caballo en aquellos momentos verdaderamente difíciles, durante los cuales cosas más serias preocupaban la atención? Pero, una vez muerto, fuerza era sacarlo de allí. El día antes, el mozo de cuadra y otros dos

hombres habían pasado un gran rato atando convenientemente á la bestia muerta, y aquella mañana, en cuanto Monque llegó, procedieron á la operación de sacarla de la mina.

Allí, ante el cadáver de *rompeta*, continuaban los huelguistas, sombríos y amenazadores, aunque sin pasar á vías de hecho.

Mas de pronto, otro grupo numeroso llegó del barrio; al frente de él iba Levaque, seguido de su mujer y de Bouteloup, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Mueran los belgas! ¡Fuera los extranjeros! ¡Mueran, mueran!

Todos se precipitaban de tal modo, que Esteban tuvo que intervenir. Acercóse al capitán, un joven alto, arrogante, de simpáticas fisonomía, que representaba veintiséis ó veintiocho años, y que en aquel momento tenía una expresión triste, pero resuelta. El obrero le explicaba los antecedentes todos del asunto, y trataba de conquistarlo para su causa, siguiendo con atención el efecto que producían sus palabras en el semblante del joven oficial. ¿A qué provocar una matanza inútil? ¿Acaso no estaba la razón y la justicia de parte de los mineros? Todos eran hermanos, y debían, por lo tanto, entenderse. Al oír la palabra república, el capitán no pudo contener un movimiento nervioso; pero conservó su aspecto de militar rígido, y exclamó bruscamente:

—¡Marchaos, si no queréis obligarme á cumplir con un deber sagrado!

Tres veces insistió Esteban en sus explicaciones. Detrás de él, los huelguistas, en ademán amenazador, esperaban, dando ya muestras de impaciencia. Corría el rumor de que el señor Hennebeau se hallaba en la mina, y se hablaba de ahogarlo allí, para que no cometiese más injusticias. El rumor era inexacto; no estaban allí más que Negrel y Dansaert, los cuales se asomaron á la ventana de la oficina; el capataz mayor se ocultaba detrás de su jefe, porque no había olvidado su desagradable aventura con la mujer de Pierron; pero el ingeniero paseaba osadamente sus miradas por el grupo de amotinados, sonriendo con aquel desdén que le era característico, tanto cuando se trataba de hombres, como cuando se trataba de cosas. Los revoltosos empezaron á chillar, y el ingeniero y el capataz tuvieron que retirarse de la ventana. Entonces se vió en lugar de ellos la cara de Souveraine. Precisamente estaba de servicio.

—¡Marchaos!—gritó el capitán con voz imperiosa.—Nada tengo que escuchar; he recibido órdenes de que guarde la mina, y á todo trance la cumpliré... No os acerquéis á la tropa, ó me veré obligado á rechazaros por la fuerza.

A pesar de la firmeza de su voz, cierta inquietud, que por momentos aumentaba, le hacía palidecer, viendo que el grupo de revoltosos era cada vez mayor y adoptaba una actitud provocativa. Debían relevarle á las doce; mas temiendo que no podría sostenerse hasta aquella hora, acababa de pe-

dir refuerzos á Marchiennes, por medio de un chiquillo de la mina.

A sus palabras, los amotinados contestaron con gritos furiosos:

—¡Mueran los extranjeros! ¡Abajo esos belgas!...
¡Queremos ser los amos en nuestra tierra!

Esteban retrocedió desesperado. Había llegado el momento de batirse y de morir. Dejó de oponerse á la voluntad de sus amigos, y las turbas de huelguistas avanzaron hacia los soldados. Eran los revoltosos unos cuatrocientos, y á cada instante aumentaba este número con los habitantes de otros barrios, que acudían presurosos y en ademán hostil. Todos decían lo mismo; Mahen y Levaque lo repetían sin cesar, dirigiéndose á los soldados:

—¡Huid! ¡No va nada de esto contra vosotros!

—Nada de esto os importa—gritaba la mujer de Mahen;—dejad que nosotros arreglemos nuestras cosas.

Y detrás de ella, la mujer de Levaque añadía con más violencia aún:

—¿Tendremos qué mataros para pasar? ¿No se os está diciendo que os vayáis?

La voz de Lidia se oía también, insultando á los militares.

A pocos pasos de allí, Catalina miraba y escuchaba con cara de idiota, á la vista de aquellas nuevas violencias, en medio de las cuales la arrojaba su mala suerte. ¿No era, acaso, bastante lo que sufría? ¿Qué falta había cometido para que la desgra-

cia se ensañase así contra ella? El día antes no comprendía las violencias de la huelga, diciendo que, cuando lleva una en este mundo su parte de golpes y malos tratamientos, no hay para qué buscar más; y aquella mañana su corazón sentía cierta necesidad de odiar: recordaba las palabras de Esteban en las veladas del otoño, y procuraba oír lo que entonces decía á los soldados.

Los llamaba compañeros, hermanos; les recordaba que también ellos pertenecían al pueblo, y que, por lo tanto, debían estar al lado del pueblo y contra los eternos explotadores de las desdichas de éste.

En aquel momento, y con motivo de la aparición de una vieja, hubo gran movimiento de agitación entre las turbas. Era la *Quemada*, horrible como siempre, con el cuello y los brazos al aire, y con los escasos cabellos grises caídos sobre la frente, por efecto de la velocidad de su carrera.

—¡Ah! ¡Por vida de Dios, ya estoy aquí!—balbuceó casi sin poder hablar.—¡El canalla de Pierron me había encerrado en la cueva!

Y sin esperar á nadie, se acercó á los soldados, con la boca llena de espuma y vomitando todo género de insultos y de improperios.

—¡Canallas! ¡Atajo de granujas! ¡Bribones, que laméis las botas de los jefes, y que no sois valientes más que contra el pobre pueblo!

Entonces las demás mujeres se unieron á ella, y los insultos llovieron. Algunos gritaban todavía:

«¡Vivan los soldados! ¡Muera el oficial!» Pero pronto no se oyó más grito que: «¡Abajo los pantalones colorados!» Los militares, que habían escuchado en silencio, impasibles, los llamamientos á la fraternidad, y las amigables tentativas de inteligencia, guardaban la misma actitud ante las injurias soeces que se les dirigían. El capitán, que estaba detrás de ellos, sacó la espada; y como la muchedumbre los acosaba cada vez más, amenazando aplastarles contra la pared, mandó calar bayoneta. Obedecieron en seguida con admirable precisión, y una doble fila de puntiagudos aceros se dirigió al pecho de los huelguistas.

—¡Ah, los miserables!—rugió la *Quemada*, retrocediendo.

Todos volvían á la carga, despreciando la muerte. Las mujeres se precipitaban delante, capitaneadas por la de Maheu y la de Levaque, que no dejaban de chillar.

—¡Matadnos, matadnos! A pesar de todo, hemos de defender nuestro derecho.

Levaque, á riesgo de cortarse las manos, había cogido tres ó cuatro bayonetas por la punta, y tiraba de ellas como para arrancarlas de los fusiles, mientras Bouteloup, arrepentido de haber acompañado á su amigo, se retiraba prudentemente á un lado.

—¡Andad, andad, y veréis—repetía Maheu.—Atrevéos á ser valientes!

Y desabrochándose la chaqueta y desgarrando la

camisa, les presentaba el pecho desnudo. Se apoyaba contra las puntas, obligando á los soldados á retroceder un poco para no pincharle. Una bayoneta le hizo un rasguño, y al ver la sangre, se puso fuera de sí, y se empeñó en clavársela más para acabar de una vez.

—¡Cobardes! ¡No os atrevéis... porque hay detrás de nosotros diez mil hombres! ¡Conque ya podéis matarnos, que no nos acabamos tan pronto!

La situación del destacamento iba siendo realmente muy crítica, porque tenían orden terminante de no hacer uso de las armas sino en el último extremo. ¿Y cómo impedir que aquellos exaltados se arrojaran sobre ellos? Por otra parte, iba disminuyendo la distancia á que se hallaba de las turbas, y los soldados estaban ya contra la pared, de suerte que les era imposible retroceder más. Aquel puñado de hombres resistía bien, sin embargo, contra la marea de huelguistas que continuaba subiendo, y ejecutaba con rapidez y precisión las órdenes de su capitán. Este sólo temía enfurecerse ante tanta injuria, y que se enfureciesen sus subordinados, porque, en ese caso, el derramamiento de sangre era inevitable. Había allí un sargento joven, un muchacho alto y nervioso, cuyos párpados se agitaban hacía rato de un modo amenazador. Junto á él, un soldado viejo, encanecido en veinte campañas, se puso densamente pálido al ver que le sujetaban la bayoneta, como si fuese una escoba. Otro, un recluta sin duda, que no había dejado aún el

pelo de la dehesa, se ponía muy colorado cada vez que le dirigían una frase insultante. Y las violencias no cesaban ni disminuían; los puños amenazadores seguían embistiendo á los soldados; las palabrotas groseras, las injurias de todo género, llovían sin parar, y, si bien no les pegaban, las amenazas de los mineros equivalían á una lluvia de bofetadas. Era necesaria toda la fuerza de una consigna para que los soldados se contuvieran, permaneciendo en aquella actitud, encerrados en ese silencio entre triste y altanero propio de la disciplina militar.

Una catástrofe parecía inminente, cuando de pronto se abrió la puerta y apareció el capataz Richomme, con su cabeza blanca, conmovido por emoción violenta. El bueno del viejo hablaba en voz alta.

—¡Por vida de Dios, que esto acaba por cansar! ¡Es imposible permitir tales locuras!

É interponiéndose entre las bayonetas y los amotinados:

—¡Compañeros!— exclamó. — ¡Escuchadme!... Ya sabéis que soy un antiguo obrero, y que al ascender no dejé de ser nunca amigo vuestro. Pues bien: os prometo, por mi vida, que si os hacen alguna injusticia, yo seré quien diga cuatro verdades á los jefes... Pero esto es demasiado, y no hay para qué ponerse roncos gritando insultos y desvergüenzas á estos buenos muchachos, obligándoles á que hagan fuego.

Todos lo oían, y todos titubeaban. Por desgracia, arriba en la ventana, apareció la cara burlona de Negrel, quien sin duda temía que lo acusaran de enviar un capataz á restablecer el orden, en vez de bajar él mismo; y el ingeniero trató de hablar. Pero sus voces se perdieron entre un tumulto tan espantoso, que se quitó de la ventana sin hacer más que encogerse de hombros. Desde aquel instante todo fué inútil; por más que Richomme les suplicaba en su nombre, y no por cuenta de nadie, sospechaban de él; pero el pobre viejo, terco como él solo, ni cesaba en sus excitaciones, ni se quitaba de en medio.

—¡Por vida de!... ¡Que me rompan la cabeza como á vosotros; pero no me voy de aquí mientras no seáis razonables!

Esteban, á quien el viejo suplicaba que le ayudase para restablecer la calma, le contestó con un gesto desesperado de impotencia. Ya era muy tarde, porque la turba se componía lo menos de quinientas personas. Estaban furiosos, y decididos á no permitir que trabajaran los obreros belgas; un poco más allá se veía un grupo de curiosos: algunos que habían ido á presenciar el espectáculo.

Entre ellos se hallaban Zacarías y Filomena, tan tranquilos y tan convencidos de que todo ello era una broma, que llevaban á sus hijos en brazos. Por el camino de *Requillart* llegó otro grupo numeroso de amotinados, del cual formaban parte la

Mouquette y su hermano; éste se reunió en seguida con su amigote Zacarías, mientras élla, entusiasmada, se colocó en primera fila, al lado de los revoltosos.

El comandante del destacamento volvía la cabeza á cada instante, mirando hacia Montson. El refuerzo que había pedido no llegaba, y sus veinticinco hombres ya no podían resistir más.

Por fin se le ocurrió intimidar á la muchedumbre, y mandó cargar los fusiles. Los soldados obedecieron; pero la agitación, lejos de disminuir, iba en aumento; las fanfarronadas y las burlas se hicieron más graves é insistentes por parte de las mujeres, mientras los hombres meneaban la cabeza con aire de duda. Ninguno creía que podían hacer fuego.

—Son cartuchos sin bala,—dijo Levaque.

—¿Somos nosotros cosacos? —gritó Maheu.—
¡No se asesina á los franceses sin más ni más!

Otros añadían que, habiendo sido soldados, y habiéndose batido en Crimea, no tenían miedo á las balas. Y todos continuaban amenazando á los pobres hombres que componían el destacamento. Si en aquel instante hubieran hecho una descarga, á buen seguro que las desgracias habrían sido numerosísimas.

La Mouquette, en primera fila, se desgañitaba furiosa, creyendo que los pantalones colorados querían agujerear el pellejo á las mujeres. No sabiendo ya cómo injuriarles, recurrió á enseñarles su

parte posterior, como hacía siempre que quería demostrar su supremo desprecio.

Una hilaridad espantosa se produjo entonces: Braulio y Lidia no podían más de risa, y el mismo Esteban, á pesar de su carácter, aplaudió al ver aquella desnudez insultante. Todos, amotinados y curiosos, reunidos, se refan de los soldados, sin saber ya qué improprios dirigirles; solamente Catalina, un poco retirada de allí, subida sobre unos tablones, contemplaba todo aquello, silenciosa, sombría, sintiendo que la sangre se le subía á la cabeza, y que el corazón se le inundaba de odio hacia la humanidad entera.

Prodíjose en aquel momento una agitación enorme. El capitán, para calmar á sus soldados, se decidió á hacer unas cuantas prisiones. La Mouquette dió un salto huyendo, y retrocedió hasta colocarse en medio del grupo. Tres mineros, entre los cuales estaba Levaque, fueron cogidos por los soldados, y encerrados en el cuarto de los capataces, que servía de cuerpo de guardia. Negrel y Dansaert, desde la ventana, gritaban al capitán que entrara y cerrase la puerta; pero el joven militar no quería hacerlo, comprendiendo que las turbas echarían abajo las puertas, entrarían allí, y lo harían pasar por el desdoro de verse desarmado. Ya los soldados gruñían de impaciencia, porque no era cosa de huir ante aquellos cuantos descamisados. Los veinticinco hombres volvieron á formar, y con los fusiles preparados esperaron la arremetida de los grupos.

Estos retrocedieron un poco, y hubo en aquel instante un silencio sepulcral. Los huelguistas, asombrados de haber visto hacer prisioneros, estaban sobrecogidos. Pero esto duró muy poco, y pronto comenzó nuevamente el vocerío y las reclamaciones de que soltasen á los presos, pero que los soltasen inmediatamente. No faltó quien dijo que los estaban matando allí dentro. Y sin ponerse de acuerdo, sin que nadie lo mandase, obedeciendo al mismo impulso, á la misma necesidad de venganza, todos se dirigieron á los montones de ladrillos que había en la plataforma para las necesidades de la mina. Los chicos los llevaban uno á uno; las mujeres se llenaban la falda. Pronto tuvo cada cual suficientes municiones á sus piés, y comenzó la batalla á pedradas.

La *Quemada* tiró el primer ladrillo. La mujer de *Levaque* se recogía las mangas del vestido, y como estaba tan gorda, tenía necesidad de acercarse, á fin de que sus pedradas llegaran á los soldados, á pesar de las advertencias de *Bouteloup*, el cual procuraba quitarla de allí, con la esperanza de llevársela á casa, ya que su marido estaba á la sombra. Todos se hallaban excitadísimos; la *Mouquette* tiraba los ladrillos enteros, por no tomarse el trabajo de partirlos. Los chiquillos no se quedaban atrás. *Braulio* enseñaba á *Lidia* á tirar las piedras por debajo del brazo. Aquello era una granizada espantosa, que producía un ruido terrible al estrellarse las piedras contra la pared. De pronto,

en medio de aquellas furias, vióse á *Catalina* con los dos brazos en alto, con medio ladrillo en la mano, para tirarlo con todas sus fuerzas. Sin saber por qué, sentía que la ahogaba el odio, la necesidad de matar á todo el mundo. Así acabaría también la vida suya, tan llena de desdichas. Estaba horrorizada, pensando que su querido la había echado á la calle; que andaba por aquellos caminos de Dios sin saber á dónde ir, sin atreverse á pedir un pedazo de pan en casa de su padre, el cual no tenía tampoco que comer. Las cosas no mejorarían nunca; por el contrario, iban de mal en peor; por eso rompía ladrillos y los tiraba, con el propósito de hacer todo el daño posible, con los ojos tan inyectados en sangre, que ni siquiera veía contra quién tiraba.

Esteban, que había permanecido en primera fila, casi delante de los soldados, estuvo á punto de verse con la cabeza rota, y se estremeció cuando al volver comprendió que aquella piedra que acababa de rozarle la oreja había sido lanzada por *Catalina*; y, con riesgo de que lo matasen, no se movía, y continuaba contemplándola. Otros muchos, enardecidos por la lucha, se olvidaban del peligro, también expuestos á morir de una pedrada más bien que de un tiro. El hijo de *Mouque* juzgaba de las pedradas, de la habilidad de los tiradores, con la misma calma que si estuviese presenciando una apuesta.

—¡Oh! ¡ese ha acertado! ¡ese otro, mal!—decía.

Y bromeaba, dando codazos á Zacarías, que se peleaba con su mujer porque no había querido tomar en brazos á los chicos, que se empeñaban en que los empuñasen para ver mejor. Allá á lo lejos, en el camino, veíanse muchos grupos de curiosos también, que no querían perder el espectáculo. Y más allá, en lo alto de la cuesta, á la entrada del barrio de los obreros, acababa de aparecer el viejo *Buenamuerte*, apoyado en un bastón, inmóvil y pensativo.

Cuando tiraron las primeras piedras, el capataz Richomme se volvió á interponer entre los soldados y los amotinados. Suplicaba á unos, exhortaba á otros, sin cuidarse del peligro, tan desesperado, que lloraba de rabia. El tumulto era tan grande, que nadie le oía; veíanse solamente sus ademanes y el temblor nervioso que agitaba sus largos bigotes grises.

La granizada de piedras iba en aumento; los hombres, lo mismo que las mujeres, cada vez más exaltados, no parecían dispuestos á detenerse.

De pronto la mujer de Maheu echó de ver que su marido se había quedado atrás, y que, con las manos vacías y densamente pálido, contemplaba en silencio aquella escena.

—¿Qué tienes, di?—exclamó.—¡Cobarde! ¿Vas á permitir que se lleven presos á tus compañeros?... ¡Ah! ¡Si no tuviese en brazos á la niña, ya verías de lo que era capaz!

Estrella, que estaba agarrada á su cuello y llo-

rando desesperadamente, la impedía reunirse á la *Quemada* y á las demás; y como su marido no pareció hacerle caso, le acercó ladrillos con los pies.

—¡Vive Dios! ¿Coges eso, ó no? ¿Tendré que escupirte á la cara delante de la gente, para que no seas cobarde?

Maheu se puso muy colorado, y, cogiendo los ladrillos y haciéndolos pedazos, empezó á tirarlos también. Ella le animaba y le exaltaba, gritándole palabras de muerte y exterminio; y él, aturdido, avanzando, avanzando, se encontró enfrente de los fusiles.

Los soldados casi desaparecían bajo aquella espantosa granizada. Afortunadamente, casi todas iban altas y se estrellaban contra la pared. ¿Qué hacer? La idea de volver la espalda, de huir, ponía rojo de vergüenza al capitán; pero ni aun la huída era posible, porque los hubiesen acerbado en seguida. Una piedra, un ladrillo acababa de romperle la visera del kepis; de la frente le brotaba la sangre. Varios de sus soldados estaban ya heridos, y comprendía que todos iban poniéndose fuera de sí á causa de ese desenfreno instintivo de la defensa personal, en el que se pierde la obediencia militar; el sargento había dejado escapar una exclamación de rabia al sentirse destrozado el hombro por una pedrada. Un recluta había recibido ya tres ó cuatro arañazos; la mano le chorreaba sangre, y la contusión de una rodilla le atormentaba. ¿Era posible sufrir más? En aquel momento, un veterano

de encanecido bigote recibió una pedrada en el pecho, y, enrojecido de cólera, fuera de sí, se echó el fusil á la cara. Dos veces el capitán estuvo á punto de mandar hacer fuego; pero la voz se le ahogaba en la garganta por efecto de la lucha interior que en él se había entablado entre sus opiniones y su deber, entre sus creencias de hombre y sus obligaciones de soldado. Las piedras mendedaban: ya abría el joven la boca, ya iba á decir «¡Fuego!» cuando los soldados dispararon los fusiles espontáneamente: primero fueron tres tiros, luego cinco, luego un fuego graneado; después, transcurridos algunos minutos de profundo silencio, una descarga cerrada.

El estupor fué general. Habían hecho fuego, y las turbas, asombradas, se negaban todavía á creerlo. Pero pronto se oyeron gritos de angustia y de dolor lanzados por los heridos, en tanto que la corneta tocaba «alto el fuego.» El pánico fué extraordinario; los huelguistas, locos de pavor, corrían, atropellándose unos á otros, fuera de sí, no pensando más que en salvar el pellejo, con ese egoísmo brutal de los momentos de gran peligro.

Braulio y Lidia habían caído uno encima de otro en la primera descarga; élla herida en la cara, y el niño con un hombro atravesado por una bala. La muchacha quedó muerta instantáneamente; pero él, que aún alentaba y se podía mover, la estrechó con ambos brazos en las convulsiones de la agonía, como si quisiera hacerla suya del mismo modo que

la hiciera la noche antes, allá en el fondo de su escondite. Precisamente Juanillo, que llegaba en aquel instante corriendo, con la lengua fuera, desde *Requillart*, distinguió el grupo á través del humo que empezaba á disiparse, y llegó á tiempo para ver aquel abrazo y á su mujercita espirante.

Los otros tiros alcanzaron á la *Quemada* y al capataz Richomme. Este, herido por la espalda cuando se hallaba exhortando á los amotinados, había caído de rodillas primero, y después resbaló hasta el suelo, donde quedó inmóvil, con los ojos llenos aún de las lágrimas que acababa de derramar. La vieja cayó también herida como por el rayo, sin tener tiempo más que de exhalar un gemido apagado.

Luego la descarga cerrada fué á castigar á los curiosos que se refan de todo aquello. Una bala penetró por la boca del hijo de Mouque, y le dejó muerto á los piés de Zacarías y de Filomena, cuyos chicos fueron salpicados de sangre. En el mismo momento la Mouquette caía herida por dos balas, que le entraron por el vientre. Al ver á los soldados apuntando con sus fusiles, olvidó sus rencores, y se precipitó hacia Catalina para decirle que tuviese cuidado; no tuvo tiempo, porque antes de empezar á hablar cayó bañada en su propia sangre. Esteban acudió en su auxilio, y quiso llevársela de allí; pero la pobre hacía señas de que todo estaba concluido para élla. Luego espiró, sin dejar de sonreír y de mirar cariñosamente al uno y á la otra,

como si se alegrase de verlos reunidos, cuando ella abandonaba el mundo para siempre.

Todo parecía concluido: el estrépito producido por los tiros fué á perderse allá á lo lejos; el eco repitió el ruido del último disparo hecho por alguno que no había oído tocar «alto el fuego.»

La Maheu se agachaba con aire de idiota.

—Oye, levántate—dijo.—¿No es verdad que no es nada?

Y como tenía las manos ocupadas con Estrella, tuvo que ponérsela debajo del brazo, para levantar la cabeza de su marido.

—¡Habla, por Dios! ¿Dónde te han herido?

Tenía los ojos en blanco, y la boca llena de sanguinolenta espuma. La pobre lo comprendió todo; estaba muerto. Y, sentándose en el suelo, con su chiquilla debajo del brazo, como si fuese un lío de trapos, permaneció inmóvil, con cara de idiota, contemplando el cadáver del pobre Maheu. La mina estaba libre. Con un movimiento nervioso, el capitán se quitó y volvió á ponerse el kepi que le había roto una piedra; y su rigidez militar no se alteró en lo más mínimo ante aquel desastre, que era el más grave de su vida.

Sus soldados, entre tanto, sin decir palabra, y sin que nadie se lo mandase, volvían á cargar sus fusiles. Viéronse entonces los rostros despavoridos de Negrel y de Dansaert, asomados á la ventana de la oficina. Souveraine se hallaba detrás de ellos; una arruga profunda cruzaba su espaciosa frente,

como si hubiesen impreso allí una idea fija que estaba acariciando desde hacía algunos días. Allá á lo lejos, en lo alto de la cuesta, cerca del barrio de los obreros, el viejo *Buenamuerte* continuaba inmóvil y pensativo, apoyado con una mano en el bastón, y haciendo de la otra una pantalla, para ver mejor cómo mataban á los suyos al pie de la plataforma. Los heridos exhalaban ayes de dolor, los cadáveres iban adquiriendo esa rigidez propia de la muerte, que á nada puede compararse. Y junto á aquellos muertos, el cadáver de *Trompeta*, que parecía enorme al lado de los hombres tendidos en el suelo, semejaba un montón de carne muerta verdaderamente monstruoso.

Esteban no había sido herido. Aún esperaba la muerte, cuando una voz vibrante le hizo volver la cabeza. Era el abate Rauvier, que regresaba de decir misa en el convento, y que en pie, con la cabeza erguida y los dos brazos en alto, con furor de profeta, llamaba la cólera de Dios para castigar á los asesinos. Anunciaba la era de la justicia, el próximo exterminio de la burguesía por el fuego divino, ya que llevaba sus crímenes hasta mandar que asesinasen á los pobres trabajadores, á los desheredados de este mundo.





PARTE CUARTA

I.

Los tiros de Montson habían repercutido en París con eco formidable. Desde hacía cuatro días, todos los periódicos de oposición estaban indignados, y publicaban en la primera plana relatos terribles de aquellos sucesos: veinticinco heridos y catoree muertos, entre los cuales había dos niños y tres mujeres. Levaque se había convertido en una especie de héroe; porque se le atribuía una respuesta heroica, digna de un espartano, al prestar declaración ante el juez de instrucción. El gobierno imperial, á quien aquellas balas habían alcanzado en el pecho, afectaba la calma y la tranquilidad de la omnipotencia, sin darse él mismo cuenta de la gravedad de sus heridas. No se trataba, decía, más que de un hecho

aislado, ciertamente lamentable, pero sin importancia, tanto más, cuanto que el teatro de la escena se hallaba bien lejos de la capital, donde realmente se hace la opinión. Aquello se olvidaría pronto; la Compañía recibió extraoficialmente indicaciones acerca de la necesidad de concluir con la huelga, la duración de la cual era verdaderamente irritante, y hasta constituía un peligro para la sociedad; y de echar tierra al asunto, para que pronto se dejase de hablar de él.

Así es, que, el miércoles por la mañana, llegaron á Montson tres Consejeros de Administración de la Sociedad minera. El pueblecillo, mejor dicho, los burgueses del pueblo, asustados aún del terrible drama de *La Voreux*, no se atrevían ni siquiera á darse la enhorabuena, al verse libres de los ataques probables á su propiedad, y acaso, acaso, á su vida. El tiempo había mejorado. Deshecha la nieve por completo, despejado el cielo, amaneció un día de sol brillantísimo y casi caluroso para ser de Febrero. Habían sido abiertas todas las persianas del palacio del Consejo de Administración; el hotel revivía. Empezaron á circular rumores muy satisfactorios, pues decían que aquellos señores, profundamente afectados por la catástrofe, se apresurarían á abrir paternalmente sus brazos á los obreros. Entonces, que ya estaba el golpe dado, quizás con más violencia de la que se quería, los Consejeros de Administración se proligaban, dándose aire de salvadores, y adoptando resoluciones

tardías, pero excelentes. En primer lugar, despidieron á los belgas, haciendo grandes alardes de aquella concesión grandísima en favor de sus mineros. Luego hicieron que cesase la ocupación militar de las minas, no amenazadas por los derrotados huelguistas, consiguiendo también que no se hablase más del centinela que había desaparecido de *La Voreux*; como se había registrado toda la comarca sin encontrarle, y sin encontrar su fusil, los jefes del regimiento lo dieron de baja como desertor, si bien sospechaban la existencia de un crimen. En todos terrenos, los individuos del Consejo administrativo procuraron remediar las consecuencias de los últimos funestos sucesos, aminoraron su gravedad, y publicaron alocuciones, dirigiéndose á los obreros en términos cariñosos para que volviesen al trabajo, ofreciéndoles olvido y perdón completos.

A pesar de todas estas ocupaciones, no desentendaban sus intereses, como decía bien claro el hecho de que Deneulin celebraba conferencias frecuentes con Hennebean, sin duda relativas á la venta de *Vendome*.

Hasta entonces el barrio de los *Doscientos Cuarenta* seguía obstinado en su salvaje resistencia. Parecía que la sangre de sus compañeros abría un abismo entre ellos y los propietarios de las minas. Apenas llegaban á diez los que trabajaban: Pierron y otros cuantos de su calaña, á los cuales se veía salir para el trabajo y volver á su casa en medio

del más profundo y despreciativo silencio; pero sin dirigirles amenazas de ningún género tampoco. Además, se abrigaban serias desconfianzas acerca de los propósitos de la Compañía, la cual, en ninguna de sus proclamas, se ocupaba explícitamente de los obreros despedidos. ¿Sería que tuviesen el proyecto de no admitirles más?

Pero de todas las casas del barrio, ninguna tan silenciosa y sombría como la de Maheu, anonadada por el luto. Desde que hubo acompañado á su marido hasta el cementerio, puede decirse que la viuda de Maheu no había vuelto á despegar los labios. No se ocupaba en nada de cuanto la rodeaba.

Después de la batalla, consintió que Esteban llevase á la casa á Catalina, llena de fango y muerta de cansancio; y al desnudarla delante del joven para meterla en la cama, por un momento creyó también que su hija estaba herida en el vientre, porque tenía la camisa llena de sangre; pero pronto comprendió que era el desahogo de la pubertad, declarada al fin bajo la influencia de las violentas emociones de aquel día. Pero no hablaba nunca, y menos con Catalina ni con Esteban. Este, á riesgo de que fueran á prenderlo, dormía con Juanillo en la cama, porque no se sentía con fuerzas para volver á la oscuridad del subterráneo de *Requillart*; antes la cárcel cien veces.

Es verdad que á menudo pensaba en la prisión, como si fuese un refugio para él; pero nadie lo buscó, y vivió tranquilo, aunque aburridísimo y

triste de ver pasar horas y horas sin saber qué hacer ni en qué ocuparse.

Algunas veces, la viuda de Maheu les miraba á él y á su hija con expresión de rencor y con aire de extrañeza, como si se preguntara qué hacían los dos en su casa.

Nuevamente dormían todos en montón. El abuelo ocupaba la antigua cama de los chiquillos, los cuales se acostaban con Catalina, ahora que ya no estaba allí la pobre Alicia. De noche, más que nunca, sentía su madre lo desierto de la casa, encontrándose en aquella cama que, durante tantos años, ocupara con su marido, y que resultaba tan grande para ella sola. En vano se llevaba allí á Estrella, para estar más estrecha; su hija no reemplazaba á su marido, y la pobre viuda se pasaba las horas muertas llorando. La vida había recobrado su aspecto normal, y los días transcurrían como antes, sin pan, y sin que tuviesen la suerte de morir, para no padecer más. Todo seguía lo mismo; pero con la diferencia de que no tenía á su marido allí, de que no volvería á tenerle jamás.

En la tarde del quinto día, Esteban, desesperado de ver á aquella mujer silenciosa y huraña, prefirió salir, y, abandonando la habitación, echó á andar á la ventura por las calles del barrio. Aquella inacción forzosa en que vivía le obligó á dar un gran paseo, durante el cual las mismas tristes ideas que le acometieran bastantes días antes de la catástrofe le atormentaban cruelmente. Media hora

llevaba andando sin saber por dónde, cuando comprendió, y esto aumentaba su malestar, que sus compañeros se asomaban á las puertas de las casas para verle pasar. Lo poco que quedaba de su popularidad desapareció con motivo de la catástrofe de *La Voreux*. Esteban levantó la cabeza: allí estaban los hombres con ademán amenazador, y las mujeres levantando un pico de las cortinillas de la ventana; y bajo el peso de la acusación tácita todavía, de la cólera mal disimulada que brillaba en los ojos de todos, agrandados por el hambre y por las lágrimas, sentíase tan turbado, que no acertaba ni siquiera á dar un paso. A su espalda, los rumores de reproche iban en aumento, y tal miedo le dió de que el barrio entero saliese á echarle en cara su desventura, que volvió rápidamente á su casa. Allí estaba el tío *Buenamuerte*, clavado en una silla, de la cual no podía moverse desde el día de la matanza, en el que unos vecinos le recogieron del suelo y se lo llevaron á su casa, en un estado terrible de abatimiento. Y mientras Enrique y Leonor, á fin de engañar el hambre, rebañaban una cacerola donde el día antes habían cocido coles para cenar, la viuda de Maheu, en pie, delante de la mesa, con la cabeza erguida y con ademán furioso, amenazaba á Catalina con el puño.

—¡Repíte eso, condenada! ¡Repíte lo que acabas de decir!

Catalina acababa de manifestar su propósito de ir á trabajar á *La Voreux*. La idea de no ganar

nada, de ser tolerada en casa de su madre como un animalejo inútil, al que es necesario mantener, se le hacía cada vez más intolerable; y á no ser por el temor de que Chaval le pegase una paliza, se habría ido á trabajar al día siguiente de la catástrofe. La pobre muchacha contestó tartamudeando:

—¿Qué quieres? no se puede vivir sin hacer nada. Así, al menos, tendremos pan.

Su madre la interrumpió:

—Mira: al primero de vosotros que vaya á trabajar, lo ahogo—gritó la viuda.—¡Ah! Sería demasiado haber matado al padre, y seguir ahora explotando á los hijos. Basta, basta; prefiero ver que os entierran á todos como enterraron á tu pobre padre.

Y aquel obstinado silencio de quince días, rompió en un hablar sin ton ni son, en una de palabras que aturdió. ¡Buena cosa le llevaría Catalina! Treinta sueldos cuando más, y otros veinte si los jefes se decidían á buscar alguna ocupación para Juanillo. ¡Cincuenta sueldos y siete bocas que mantener! Los chiquillos no servían más que para comer: en cuanto al abuelo, debía haberse roto algo en la cabeza cuando dió la caída, porque desde entonces parecía idiota, á menos que aquello fuese sólo efecto de haber presenciado los asesinatos cometidos por los soldados.

—¿No es verdad, padre, que os han matado? Por más que aún esté ese brazo fuerte, acabaron con vos para siempre.

Buenamuerte la miraba con ojos espantados, sin comprender lo que decía.

—Y como no le han concedido aún la pensión á que tiene derecho, de seguro que ahora nos la van á negar esos canallas, con pretexto de nuestras ideas... ¡Oh, no! Os digo que no quiero nada más con esa gente infame.

—Sin embargo—insistió Catalina;—ellos prometen en la proclama...

—¿Quieres dejarme en paz con la tal proclama?... Otro lazo para explotarnos. Ahora se las echan de amables; ahora, después de habernos agujereado el pellejo.

—Pero entonces, madre: ¿dónde iremos? De seguro nos echarán de la casa.

La viuda de Maheu hizo un gesto terrible. ¿A dónde irían? Ni lo sabía, ni quería pensar en ello, temiendo volverse loca.

Pero se irían de allí á cualquier parte.

En aquel momento, furiosa contra los chiquillos porque hacían ruido, dió un pescocón á Enrique y un azote á Leonor, los cuales empezaron á gritar desaforadamente, y los berridos de Estrella, que acababa de caerse de una silla, aumentaron el estrépito. De pronto, su madre, desesperada, rompió á llorar también, y empezó á golpearse la cabeza contra la pared.

Esteban, silencioso é inmóvil, no se había atrevido á intervenir, porque nadie le hacía ya caso; hasta los chiquillos huían de él con repulsión. Pe-

ro las lágrimas de aquella infeliz le conmovieron tanto, que no pudo menos de murmurar:

—¡Vamos! ¡Vamos! Valor... Ya veremos cómo salimos del paso.

La viuda, que parecía no haberlo oído, dejó de chillar, y continuó llorando y quejándose en voz baja:

—¡Oh, cuánta miseria! ¡Parece un sueño! Al fin y al cabo, antes de todos estos horrores, la cosa, bien que mal, iba adelante, y aunque pasábamos hambre, por lo menos estábamos todos reunidos... pero, ahora... ¿Qué ha sucedido? ¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho nosotros para vernos castigados así, los unos muertos, los otros deseando estarlo?... ¿Pues no era verdad que se nos trataba como á bestias de trabajo, que se cometía la injusticia de explotarnos de generación en generación, para aumentar la fortuna de unos cuantos ricos á costa de nuestra propia vida, sin más premio que malos tratos ó infamias?... ¡Sí; aquello no podía durar; era necesario respirar un poco! ¡Y, sin embargo, si hubiéramos sabido lo que iba á pasar!... ¿Es posible que se haya uno hecho tan desgraciado por desear el triunfo de la justicia?

Los suspiros la ahogaban; su voz se extinguía en una tristeza inmensa.

Luego, no faltan maestros que se meten á prometernos que la cosa se arregla tan pronto como nosotros queramos...; y, ¡es claro! la sangre se sube á la cabeza, y como, con lo que existe, se sufre

tanto, se mete uno á pedir lo que no existe... Se sube uno á las nubes, y es natural; al caer otra vez, revienta uno. Era mentira; no había nada de lo que esperábamos; no había más que dolores, sufrimientos, miseria, y, como si todo esto no bastase, tiros también para asesinarnos.

Esteban, con la cabeza baja, escuchaba aquellas quejas, cada una de las cuales le producía un remordimiento. No encontraba palabras con que calmar á la viuda, quien, furiosa, con ademán amenazador y dirigiéndose á él, tuteándolo, exclamó fuera de sí:

—¡Y tú, tú también hablas de que volvamos al trabajo, después de habernos metido en todo esto!... No te echo nada en cara; pero te aseguro que si yo estuviese en tu pellejo, me hubiese muerto ya cien veces, pensando en el daño hecho á los compañeros.

El joven quiso contestar; luego, desesperado, se encogió de hombros: ¿á qué dar explicaciones que, en su dolor, no había ella de comprender? Y como no podía soportar aquella escena, salió á la calle, y emprendió de nuevo su paseo á la aventura. Vió que, como si lo hubiesen estado esperando, toda la gente se hallaba á las puertas de las casas. Al notar su presencia, oyéronse rumores, y empezaron á formarse grupos en ademán amenazador. Las murmuraciones disimuladas de aquellos últimos días estallaban entonces en una maldición universal. Todos le amenazaban con el puño cerrado; las

madres le enseñaban á sus hijos con ademán rencoroso; los viejos, al verle pasar, escupían y le miraban con aire despreciativo. Era el cambio natural que se produce en la opinión al día siguiente de una derrota; era el obligado reverso de la popularidad; era la execración que exasperaba á todos, al ver que sus heroicos sufrimientos resultaban inútiles.

Zacarías, que llegaba con Filomena, tropezó con Esteban, y, en vez de saludarle, empezó á reírse de él maliciosamente.

—Mira, mira cómo engorda—dijo,—parece que se alimenta con las desdichas de los demás.

También la mujer de Levaque se había asomado á la puerta, acompañada de Bouteloup. Y, hablando de su hijo Braulio, muerto de un balazo, exclamó:

—Sí, hay cobardes que hacen asesinar á los chiquillos. Que vaya y desentierre al mío para devolvérmelo.

No se acordaba de su marido preso, ni lo echaba de menos estando allí Bouteloup; pero en aquel momento se le ocurrió acordarse de él, y añadió con voz chillona:

—¡Anda, anda; cómo se pasean los canallas que tienen la culpa de todo, mientras los hombres honrados están presos!

Esteban, huyendo de ella, había ido á tropezar con la mujer de Pierron, que acudía presurosa á través de los jardinillos. Esta consideraba como

una ventaja la muerte de su madre, que cien veces, con sus violencias, había estado á punto de comprometerlos, y no lloraba tampoco por Lidia, la hija de su marido, la cual constituía para ella una verdadera carga; pero se aliaba á sus vecinas, á fin de reconciliarse con ellas.

—¿Y mi madre, dices? ¿Y mi chiquilla? ¿Crees que no te han visto ocultándote detrás de ellas para librarte de las balas?

¿Qué había de hacer? ¿Ahogar á la mujer de Pierron y á la otra? ¿Batirse con el barrio entero? Por un instante tuvo Esteban el deseo de hacerlo. La sangre se le subía á la cabeza; llamaba brutos á sus compañeros, y se irritaba viéndolos tan estúpidos y tan bárbaros, que le culpaban á él por las consecuencias lógicas de los hechos. ¡Qué insensatos! Sentía su impotencia para dominarlos de nuevo, y, haciéndose el sordo á las injurias, se contentó con apresurar el paso y salir del barrio. Pero pronto tuvo que huir; la gente le perseguía; todo un pueblo se levantaba como un solo hombre para maldecirle en el desenfreno de sus malas pasiones. Él era el explotador; él, el asesino; él, el único causante de tanta desventura.

Salió del barrio, lívido de furor y huyendo de aquellas turbas, que, de alcanzarlo, se hubieran seguramente ensañado contra él. Cuando llegó á la carretera, muchos le dejaron; pero algunos, más tercios que la mayor parte, continuaron persiguiéndole con sus injurias. Al llegar á la puerta de la

Ventajosa, tropezó con otro grupo que salía de *La Voreux*.

En aquel grupo iba Monque, el viejo, y Chaval. El pobre anciano, después de la muerte de sus dos hijos, seguía trabajando como mozo de cuadra, sin pronunciar ni una sola queja.

De pronto, al ver á Esteban, sintióse acometido por un furor extraordinario; sus ojos se arrasaron en lágrimas, y de su boca salieron atropelladamente todo género de injurias.

—¡Canalla, bribón, miserable! ¡Tú has matado á mis hijos, y has de pagar su muerte! ¡Muere tú también!

Y cogiendo un ladrillo, lo hizo dos pedazos, y lo lanzó violentamente á la cabeza de Esteban.

—¡Sí, sí, matémosle!—exclamó el rencoroso Chaval, feliz al ver que se le presentaba ocasión de vengarse;—á cada puereco le llega su San Antón... Ahora te toca á tí.

Y también él la emprendió á pedradas con su rival. Levantóse un clamoreo salvaje: todos cogieron ladrillos, los hicieron pedazos, y, frenéticos, los lanzaron á la cabeza de su antiguo jefe, ni más ni menos que hicieran unos cuantos días antes contra los soldados. Esteban, aturdido ya, no huía; hacía-les frente, procurando defenderse de las pedradas, y calmarlos, convenciéndolos con frases. Recordaba párrafos de aquellos discursos suyos tan recientes, y que tantos aplausos le valieran; repetía las propias palabras con que los entusiasmara algunos días

antes; pero su influencia estaba muerta. Sólo á pedradas le contestaban; y, herido ya en un brazo, retrocediendo ante el peligro inminente é inevitable, encontróse acorralado contra la fachada de la *Ventajosa*.

Rasseneur estaba en la puerta.

—Entra—le dijo éste sencillamente.

Esteban titubeaba, porque se sentía humillado refugiándose en casa de su rival.

—Entra, hombre, que tengo que hablarte.

El obrero se resignó, y fué á refugiarse á un rincón de la taberna, mientras Rasseneur defendía la entrada.

—Vamos, amigos míos, sed razonables... Bien sabéis que yo no os he engañado nunca. Siempre os aconsejé la calma; y, si me hubiéseis escuchado, no habrían llegado las cosas al punto en que hoy están.

Y les pronunció un discurso de aquellos suyos, que por cierto aquel día le devolvió su popularidad.

Todos le aplaudían, todos se entusiasmaban, todos le decían que aquel era el lenguaje de la razón y de la prudencia.

¡Qué contraste! ¡Pobre Esteban! ¡Cuánto sufrió en un momento, recordando la ovación entusiasta que recibiera en el bosque de Vendome!

Oyóse de nuevo la voz de Rasseneur.

—Jamás la violencia—decía—ha dado buenos resultados; es imposible rehacer el mundo en un

día. Los que os han prometido tal disparate, son unos locos ó unos malvados.

—¡Bravo, bravo!—gritó la muchedumbre.

¿Quién era el culpable? Y esa pregunta que Esteban se hacía en su interior, acababa de anonadarlo. ¿Sería verdaderamente culpa suya aquella desdicha que también á él le alcanzaba, la miseria de unos, la muerte de otros, el hambre de las mujeres y de los chiquillos? Los acontecimientos se habían impuesto, sin que él los buscase, y á veces, á pesar de haber tratado de evitarlos. ¿Podía esperar que sus amigos se revolviere así contra él? Aquellos infames mentían al decir que les había prometido una vida de pereza y de abundancia. Esas cosas las habían soñado ellos. Y en medio de esta justificación, de estas razones con que procuraba acallar sus remordimientos, se agitaba en él la sorda inquietud de no haberse mostrado á la altura de su misión, la duda eterna de los que son sabios á medias. Pero se sentía ya sin valor para seguir luchando; le asustaban sus mismos compañeros; le espantaba aquella amenaza enorme, ciega é irresistible del pueblo, que se desbordaba como un torrente, barriéndolo todo, sin someterse á ningún género de reglas ni de teorías. Cierta repugnancia lo había ido separando de ellos, repugnancia de la cual nacía el malestar de sus refinadas aficiones, y aquel subir lento de todo su sér hacia una clase social superior á la suya.

En el mismo instante la voz de Rasseneur se per-

día entre las aclamaciones entusiastas del pueblo.

—¡Viva Rasseneur! ¡No hay nadie como él. ¡Bravo, bravo!

El tabernero cerró la puerta, y entre tanto los grupos se disolvieron. Los dos hombres se miraron sin hablar palabra. Ambos se encogieron de hombros, y acabaron por beber juntos unas copas de cerveza.

Aquel mismo día hubo gran banquete en *La Piolaine*; celebrábase los esponsales de Negrel con Cecilia. Los señores de Gregoire habían pasado tres días arreglando el comedor y preparando la fiesta. Melanfa reinaba en la cocina, vigilando los guisos y dando el punto conveniente á las salsas, el olor de las cuales trascendía á toda la casa. Quedó decidido que Francisco, el cochero, ayudaría á Honorina á servir la mesa, y la mujer del jardinero fregaría la vajilla, mientras su marido quedaba destinado para abrir y cerrar la verja de entrada. Jamás se había desplegado tanto lujo en la patriarcal morada de los Gregoire.

Todo salió á pedir de boca. La señora de Hennebeau estuvo amabilísima con Cecilia, y sonrió cariñosamente á Negrel cuando el notario de Montson propuso un brindis por la felicidad del futuro matrimonio. El señor Hennebeau también parecía muy satisfecho, hasta el punto de que su buen humor extrañó á todos los convidados, quienes tenían la costumbre de verle siempre taciturno. Debía ser cierto un rumor que circulaba acerca de que la

Compañía le distinguía otra vez con su completa confianza, y que le iban á dar la cruz de la Legión de Honor por su enérgica conducta con ocasión de la huelga. Todos procuraban no hablar de los sucesos recientes; pero en la general alegría había mucho de la satisfacción del triunfo; el banquete parecía celebrarse en honor de una victoria. ¡Ya estaban libres de preocupaciones! ¡Ya podían dormir y comer en paz! Hizose una discreta alusión á los muertos de *La Voreux*, cuya sangre aún no había sido bien sorbida por el fango: la cosa resultaba una lección necesaria, aunque lamentable, y todos se conmovieron cuando oyeron decir á los señores Gregoire que el deber de cada cual ahora consistía en remediar en lo posible los males y las miserias de los obreros. El matrimonio había recobrado su carácter bonachón y su ciega confianza en sí mismo; perdonaba de buen grado á sus buenos obreros las exageraciones pasadas, y decían que debían imitar el ejemplo de resignación que ellos les daban.

Los notables de Montson, sin motivo ya para temblar, convinieron en que la cuestión de los jornales debía ser, en efecto, estudiada muy detenidamente.

A la hora del asado, el gozo fué completo, cuando el señor Hennebeau leyó una carta del Obispo, anunciando el relevo del abate Ravvier. Toda la burguesía de la provincia comentaba apasionadamente la historia de aquel cura, que llamaba asesinos á los soldados. Y el notario, á la hora de los

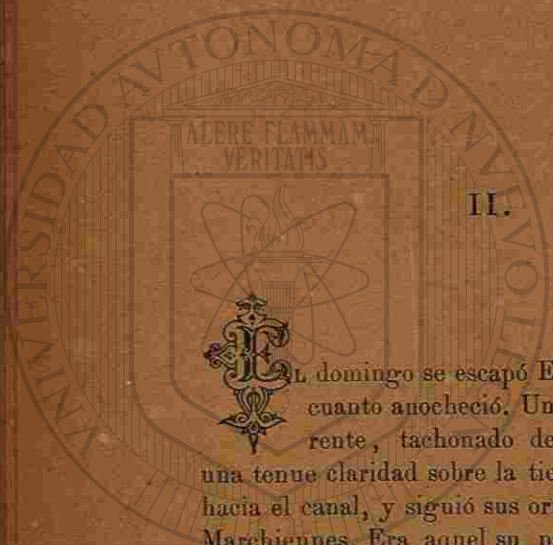
postres, declaró solemnemente que era librepensador.

Allí estaba con sus dos hijas Deneulin, quien, en medio de tanta alegría, se esforzaba por ocultar la tristeza y melancolía de su ruina. Aquella misma mañana había firmado la escritura vendiendo *Vendome* á la Compañía de Montson. Arruinado y abatido, tuvo que someterse á las exigencias de los compradores, abandonándoles á bajo precio aquella presa por tanto tiempo ambicionada, y sacándoles apenas lo suficiente para pagar á sus acreedores. En los últimos momentos aceptó con verdadero placer el nombramiento de ingeniero de división, quedando así destinado á vigilar por cuenta ajena aquello que poco antes era su propiedad, la mina donde había enterrado toda su fortuna.

Cuando pasaron al salón para tomar el café, el señor Gregoire llamó á su primo á un rincón, y le felicitó por haberse decidido á vender.

—¿Qué quieres? Lo único que hiciste malo fué arriesgar en *Vendome* el millón de francos de tus acciones de Montson. Te has tomado un trabajo terrible, y, ya lo ves, te has quedado sin nada, mientras que mi dinero me da de comer sin trabajar, como dará de comer á mi hija y á mis nietos.





El domingo se escapó Esteban del barrio en cuanto anocheció. Un cielo muy transparente, tachonado de estrellas, esparcía una tenue claridad sobre la tierra. El joven bajó hacia el canal, y siguió sus orillas en dirección á Marchiennes. Era aquel su paseo favorito, entre otras cosas, porque nunca encontraba á nadie. Pero aquella vez fué contrariado, viendo venir á un hombre hacia él. Y con la pálida luz de las estrellas, los dos solitarios paseantes no se conocieron hasta que se hallaron de manos á boca.

—¡Hola! ¿Eres tú?—murmuró Esteban.

Souveraine levantó la cabeza sin contestar. Por un momento permanecieron inmóviles; luego, reunidos, siguieron andando en dirección á Marchiennes. Cada cual parecía embebido en sus reflexiones, como si estuviesen uno lejos del otro.

—¿Has visto en los periódicos el triunfo de Pluchart en París?—preguntó Esteban por fin.—Lo esperaban en la calle, y le han hecho una gran ovación al salir de un *meeting* celebrado en Montmartre... ¡Oh! Ya ves qué entusiasmado, á pesar de su ronquera. Ahora ya llegará adonde quiera.

El maquinista se encogió de hombros. Despreciaba profundamente á los oradores, los cuales eran, para él, unos parlanchines, que tomaban la política como los abogados el foro, con objeto de hacerse una renta á fuerza de pronunciar discursos.

Esteban era ahora partidario de las teorías de Darwin. Había leído una porción de fragmentos suyos recopilados en un tomo, que costaba cinco sueldos; y de aquella lectura mal digerida se hacía una idea revolucionaria de la lucha por la existencia: los flacos comiéndose á los gordos; el pueblo vigoroso devorando á la debilitada burguesía. Pero Souveraine se enfureció, extendiéndose á hablar de la estupidez de los socialistas que aceptan á Darwin, ese apóstol de la desigualdad científica, cuya famosa selección no servía más que para los filósofos aristócratas. Sin embargo, su amigo no cedía; descaba discutir, y expresaba sus dudas por medio de una hipótesis: la sociedad antigua ya no existía; habían barrido hasta los últimos residuos de ella; pues bien: ¿no era de temer que la sociedad nueva creciese llevando en sí las mismas injusticias, las divisiones entre buenos y malos; unos, más aptos, más inteligentes, aprovechándose

de todo; y otros, imbéciles y perezosos, convirtiéndose en esclavos?

Entonces, ante aquella visión de la eterna miseria, el maquinista exclamó con tono de rabia, que si la justicia no era compatible con el hombre, era necesario que el hombre desapareciese. Cuantas sociedades se pudriesen, otras tantas debían ser exterminadas.

Ambos volvieron á guardar silencio.

Largo rato anduvo Souveraine con la cabeza baja, y tan absorto, que caminaba por la orilla del canal, con la misma impasibilidad que lleva un sonámbulo paseando con tranquilidad por el alero de un tejado.

Luego se estremeció, sin causa aparente, como si hubiese tropezado con una sombra. Levantó la cabeza, y apareció su rostro, que estaba muy pálido; entonces dirigióse á su compañero, diciendo en voz baja:

—¿Te he contado ya cómo murió?

—¿Quién?

—Mi mujer, allá en Rusia.

Esteban hizo un gesto vago, asustado del temblor que se notaba en su voz, asustado de aquella brusca necesidad de hacer confidencias en un hombre tan impasible de ordinario, que tanto despreciaba todo y á todos los de este mundo. Esteban no sabía sino que aquella mujer era una querida de Souveraine y que la habían ahorcado en Moscou.

—El negocio no marchaba bien—continuó Sou-

veraine, fijando una mirada distraída en el horizonte.—Nos habíamos quedado catorce en el agujero, haciendo una mina subterránea debajo de la vía férrea; y no hicimos volar el tren imperial, sino un tren de viajeros... Entonces prendieron á Annouchka. Todas las noches nos llevaba de comer disfrazada de campesina. También fué ella la que prendió fuego á la mina, porque un hombre hubiese inspirado sospechas... Yo asistí á la vista del proceso, confundido entre el numeroso público que asistió á las seis sesiones que duró...

La voz del ruso se quedó ahogada en su garganta.

—Dos veces estuve á punto de gritar y de saltar por encima de las cabezas de todos, para reunirme con ella. Pero ¿á qué? Un hombre menos es un soldado menos; y, además, yo comprendía que me decía que no lo hiciese, con sus expresivas miradas.

Souveraine empezó á toser.

—El último día, el de la ejecución de la terrible sentencia, llovía á mares, entorpeciendo la lluvia los movimientos de los verdugos malditos. Tardaron lo menos veinte minutos en ahorcar á otros cuatro; la cuerda se estaba rompiendo, y no podían acabar con el cuarto... Annouchka estaba de pie en el patíbulo, esperando su turno. No me veía sin duda, porque sus miradas me buscaban entre la muchedumbre. Me subí á un farol, me vió, y nuestras miradas no se separaron ya. Después

de muerta, sus ojos sin expresión seguían mirándome. Yo la saludé con el sombrero, y me fui de allí.

Hubo otro momento de silencio. Los dos interlocutores continuaban su paseo como abstraídos cada cual en sus preocupaciones.

—Era nuestro castigo—replicó Souveraine con dureza, al cabo de un rato.—Eramos culpables amándonos... Sí, ha convenido que muriese, porque su muerte engendrará héroes, y porque yo ya no soy cobarde, como era entonces... ¡Ah! ¡nada; ni padres, ni mujer, ni amigos; nada que haga temblar mi mano cuando sea necesario arrebatarme la vida de los demás ó sacrificar la mía!

Esteban se estremeció, y se detuvo. Ya no discutía: no hizo más que decir simplemente:

—Estamos muy lejos. ¿Quieres que volvamos?

Tomaron lentamente el camino de *La Voreux*, y, al cabo de un momento, el joven añadió:

—¿Has visto las alocuciones nuevas?

Estaban escritas en grandes carteles de colores, que la Compañía había hecho fijar aquella mañana en las esquinas. En esas proclamas se mostraba más conciliadora aún que antes, porque prometía recibir de nuevo á todos los mineros que estaban despedidos definitivamente, á condición de que bajasen á trabajar al día siguiente. Todo quedaría perdonado: se ofrecía el olvido total de los últimos sucesos, aun para los más comprometidos.

—Sí, ya los he visto,—contestó el maquinista.

—Y bien: ¿qué piensas de ellos?

—Pienso que todo está concluído... Todos trabajarán desde mañana... Sois un atajo de cobardes.

Esteban excusó á sus compañeros con febril entusiasmo: un hombre solo puede ser valiente, pero una muchedumbre muerta de hambre carece de fuerza siempre. Paso tras paso habían llegado á *La Voreux*; y ante la masa informe de los edificios de la mina, volvió á jurar que no bajaría nunca más; pero que perdonaba á los que no siguiesen su ejemplo. Como corrieran rumores de que los carpinteros no habían tenido tiempo de reparar todos los desperfectos, quiso ver cómo iban las obras de reparación. ¿Sería cierto que por el peso de los terrenos que descansaban en las piezas de madera, las cuales formaban una especie de camisa al pozo de bajada, se habían encorvado éstas de tal modo en el interior, que uno de los ascensores de extracción rozaba con las paredes? Era, en efecto, verdad.

—¡Ya ves que eso se rompe!—murmuró Esteban;—y si es así, la catástrofe será espantosa.

Con los ojos fijos en el pozo de la mina, Souveraine añadió tranquilamente:

—Si se rompe y se hunde, todos los compañeros lo sabrán cuando bajen, puesto que tú aconsejas que lo hagan.

Dieron las nueve en el reloj de la iglesia de Montson; y como Esteban le dijera que se iba á acostar, él añadió, sin darle siquiera la mano:

—Pues bien, adiós. Porque yo me voy.

—¿Cómo que te vas?

—Sí; he dicho que me arreglen la cuenta, y me marche á otra parte.

Esteban, estupefacto, emocionado, le miraba con fijeza. Le decía aquello á las dos horas de estar paseando juntos, con tanta tranquilidad, como si nada le importase, mientras á él le hacía daño la idea de tal separación. Habían sido amigos; habían sufrido juntos, y esto siempre da motivo á que se tenga un disgusto al separarse para siempre.

—¿A dónde te marchas?

—Por ahí; no lo sé todavía.

—¿Pero volveré á verte?

—Creo que no.

Ambos guardaron silencio, y estuvieron mirándose uno á otro sin decir palabra.

—Pues entonces, adiós.

—Adiós.

Mientras Esteban se encaminaba á su casa, Souveraine volvía la espalda y tomaba de nuevo la orilla del canal; entonces, solo, anduvo y anduvo largo rato, con la cabeza baja y con paso lento. Parecía un fantasma. De cuando en cuando se detenía á contar las horas que sonaban en el reloj de una torre lejana. Cuando dieron las doce, tomó resueltamente el camino de *La Voreux*.

A esas horas la mina estaba completamente desierta; no encontró más que á un capataz, que, en vez de vigilar, dormitaba tranquilamente. Hasta las dos no encendían las calderas, á fin de que hubiese vapor á la hora de bajar al trabajo.

El ruso entró primero á sacar de un armario una blusa que fingía haber olvidado allí. En aquella blusa había escondido varias herramientas. Luego se marchó; pero, en vez de salir de la barraca, entró en el estrecho corredor que conducía al pozo de las escalas. Y con la blusa hecha un lío debajo del brazo, comenzó á bajar con precaución, sin luz de ninguna clase, contando las escalas para darse cuenta de la profundidad.

Sabía que el ascensor rozaba con las paredes á setenta y cuatro metros de profundidad. Cuando hubo contado cincuenta y cuatro escalas, se detuvo, palpó las paredes, y vió que, en efecto, los puntales de madera sobresalían mucho. Allí era.

Entonces, con la habilidad y la sangre fría de un buen obrero que ha meditado largo tiempo acerca de la tarea que se propone realizar, empezó su trabajo. Comenzó por aserrar una tabla de las que formaban la pared del pozo de las escalas, á fin de comunicarse con el departamento de extracción. Y con ayuda de algunos fósforos que encendía y apagaba rápidamente, pudo darse cuenta del estado en que se hallaban las obras de reparación.

Entre Calais y Valenciennes la perforación de los pozos de mina tropezaba con inmensas dificultades, á causa de las grandes masas de agua subterráneas. Solamente, gracias á la construcción de los revestimientos de madera que venían á formar en el interior del pozo como una camisa, algo parecido á un tonel, porque se seguía el mismo sis-

tema al construirlos, se evitaban las inundaciones, que de otro modo habrían sido inminentes, y se aislaban los pozos en medio de los lagos subterráneos, cuyas revueltas olas combatían constantemente las paredes. En *La Voreux* había habido necesidad de construir dos revestimientos de esa clase: el del nivel superior, formado en terreno poroso, lleno siempre de humedad; y el del nivel inferior, construído directamente debajo del terreno carbonífero en medio de una arena amarilla, y tan fina que parecía harina; allí estaba el *Torrente*, ese mar subterráneo, terror de los mineros del Norte; un mar con sus tempestades y sus naufragios; un mar ignorado, insondable, cuyas olas se agitaban á más de trescientos metros debajo de tierra. Por lo general, las obras de revestimiento aguantaban bien, á pesar de la presión enorme que resistían: Lo malo era el desprendimiento de tierra producido por los trabajos continuos en las antiguas galerías de explotación.

En aquel lento, pero nunca interrumpido desnivel de las capas subterráneas, se producían á veces roturas que venían á resentir las obras de revestimiento, separando algunas piezas de madera, y haciéndolas salir al interior del pozo; ese era el gran peligro de la mina, una amenaza constante de hundimiento y de inundación, que podía producir de un lado una avalancha que cegase el pozo, y del otro un diluvio que le anegara por completo.

Souveraine, á caballo en la abertura practica-

da por él, reconoció las paredes, y echó de ver en aquel sitio una gravísima deformación de las piezas de revestimiento, alguna de las cuales se hallaba por completo fuera de su sitio. Grandes filtraciones se notaban por las juntas de estas piezas, á pesar de las estopas alquitranadas con que se las reforzaba, para que quedasen cerradas herméticamente. Y los carpinteros, á quienes se había dado mucha prisa, sin duda por falta de tiempo tuvieron que contentarse con sujetarlas por medio de unas barras de hierro, pero tan mal puestas, que algunas no servían de nada. Evidentemente en las arenas y en las aguas del torrente estaba produciéndose una gran agitación.

El maquinista comenzó á aflojar los tornillos que sujetaban las barras, de modo que con pocos esfuerzos pudieran sacarse todos de su sitio. Aquella era una empresa de temeraria locura, durante la cual estuvo veinte veces expuesto á caerse, yendo á parar al fondo del pozo, de donde le separaban aún ochenta metros. Tuvo que agarrarse á los cables que servían para que subiese y bajara el ascensor, y suspendido, por decirlo así, en el vacío, iba de un lado á otro, agachándose, inclinándose, adoptando esta ó la otra postura con una tranquilidad tan grande, que sólo se explicaba por el desprecio absoluto que le inspiraba la muerte. Un soplo cualquiera habría bastado para precipitarlo en el abismo; tres veces estuvo para sucederle, y tres veces lo evitó con la mayor sangre fría, sin el más

ligero temblor. Primero palpaba, y luego empezaba á trabajar, sin encender un fósforo más que cuando se veía completamente perdido. Una vez flojos los tornillos, la emprendió con las piezas del maderamen, y entonces el peligro para él fué todavía mayor. Había buscado la pieza principal, aquella en que engranaban todas las demás, y con verdadero encarnizamiento la aserraba, la agujereaba, la adelgazaba, de manera que perdiese toda su resistencia; en tanto que por las rendijas y las grietas el agua que se filtraba caía como copiosa lluvia, cegándole completamente. Quiso encender fósforos, y se le apagaron, porque se mojaban; no había medio de disipar aquella oscuridad profundísima. Entonces se puso furioso. Influencias inexplicables le embriagaban y lo lanzaban á un deseo desenfrenado de monstruosa destrucción. Ensañóse contra la pieza principal del maderamen, sin saber siquiera lo que hacía, atacándola con todas las herramientas que tenía á mano para destrozarla, con tal encarnizamiento, con tanta ferocidad, como si se tratase de dar puñaladas á un sér viviente á quien aborreciera con toda su alma. ¡Al fin iba á matar aquella maldita bestia que se llamaba *La Voreux*, que tanta carne humana se había tragado!

De pronto se calmó, muy descontento consigo mismo. ¿No podían hacerse las cosas con frialdad, cual corresponde, del modo que él se preciaba de hacerlas siempre? Una vez tranquilo, pasó de nue-

vo al pozo de las escalas, tapó el agujero que había practicado, poniendo en su sitio el tablón que aserrara al principio. Ya era bastante; no quería comprometer el éxito de la empresa, produciendo una avería demasiado grande, que se darían prisa á reparar, porque la notarían en seguida. La bestia estaba herida en el vientre, y ya veía él si para la noche vivía aún. El ruso se tomó el tiempo necesario para envolver metódicamente las herramientas en la blusa, y trepó por las escalas con la mayor lentitud y tranquilidad. Luego, cuando salió de la mina sin que nadie le viese, no se le ocurrió siquiera la idea de cambiar de traje. En aquel momento daban las tres. Se quedó en medio del camino, y esperó.

A la misma hora, Esteban, que no podía dormir aquella noche, se puso en cuidado al oír un ligero ruido en medio del silencio profundo de la habitación. Como todos los chicos dormían, creyó que Catalina se habría puesto mala.

—Oye: ¿eres tú? ¿Qué tienes?—preguntó en voz baja.

Nadie le contestó; los ronquidos de los chicos era lo único que se oía. Durante un momento todo permaneció en la mayor tranquilidad. Luego oyóse otro nuevo ruido. Y seguro aquella vez de que no soñaba ni se equivocaba, atravesó el cuarto, y á tientas buscó la otra cama. Su sorpresa fué grande al encontrarse con la joven, que estaba sentada en el borde de la cama, y conteniendo la respiración.

—¿Por qué no contestas? ¿Qué estás haciendo?

La joven, al fin, se decidió á contestar:

—Me esto y levantando.

—¡A estas horas! ¿Para qué?

—Porque voy á trabajar.

Esteban, muy conmovido, se sentó á su vez en el borde de la cama, en tanto que Catalina le daba sus razones. Sufría demasiado viviendo de aquel modo, sin hacer nada, y siendo una carga para su madre; prefería correr el peligro de que Chaval la abofetease; y si luego su madre no quería tomar el dinero que ganase, ¿qué hacer? Ya era grande, y se iría á vivir sola.

—¡Vete, voy á vestirme! Y no digas nada. ¿Verdad que no lo dirás, tú, que eres tan bueno?

Esteban, que no se movió de su lado, cogióla por la cintura, y la estrechó entre sus brazos en una caricia de inmensa tristeza y de compasión. Así estuvieron largo rato, en camisa, estrechados uno contra otro, sintiendo el calor de sus ardorosos cuerpos junto á aquel lecho todavía caliente. Ella, al principio, quiso desprenderse de los brazos de Esteban; luego se echó á llorar en silencio, cogiéndole á su vez por el cuello, y apretándolo contra sí en un acceso de desesperación. Y así permanecieron, sin otros deseos, con el recuerdo de sus desdichados amores, que jamás habían podido satisfacer. ¿Habría concluido todo entre ellos? ¿No se atreverían á reunirse, ahora que uno y otro eran libres? Un poco de felicidad habría bastado para

disipar la vergüenza que les embargaba, aquel mal-estar inexplicable, que jamás les permitió juntarse, á causa de todo género de extrañas ideas, que ni ellos mismos comprendían bien.

—Acuéstate—murmuró élla.—No quiero encender luz, porque se despertaría mi madre... Ya es hora; déjame.

Esteban no la escuchaba, y seguía abrazándola con frenesí, en medio de una alegría inmensa, que le llenaba el corazón. Experimentaba gran necesidad de paz y de calma, un deseo invencible de ser feliz. Ya se veía casado, viviendo en una casita con Catalina, sin más ambición que la de vivir allí juntitos y juntitos morir. Con pan sólo se contentaría, y si no había más que un pedazo, sería para élla. ¿A qué venía soñar con otras cosas? ¿Acaso esta vida vale la pena de que se la tome en serio?

—¡Por Dios, déjame!—repitió Catalina, viendo que era tarde.

Entonces él, decidiéndose bruscamente, sin escuchar más que á su corazón, le dijo al oído:

—Espérate; me voy contigo.

Y él mismo se asombró de haberlo dicho. Había jurado no volver á la mina. ¿De dónde habría nacido, pues, aquel arranque brusco, aquella resolución que formulaban sus labios, sin haber pensado en ello, sin haberlo discutido ni un momento? Sentía dentro de sí una calma tai, una curación tan completa de las heridas morales que le producían sus dudas, que se empeñaba en acompañar á Cata-

lina, considerándose como un hombre salvado en una tabla por casualidad. Por lo mismo se negó á oír las razones que le daba Catalina, creyendo que se sacrificaba por élla, y temerosa de que tuviese un disgusto con sus compañeros. El se reía de todo; ya no le importaba un bledo su popularidad, y puesto que la Compañía perdonaba, se acogía al perdón, y trabajaría sin pensar en ninguna de las cosas que hasta entonces trastornaban su cabeza.

—Quiero trabajar, y se acabó... Vamos á vestirnos, y procuraremos no hacer ruido.

Vistiéronse, en efecto, á oscuras, tomando todo género de precauciones para no despertar á nadie. Ella había preparado en secreto el día antes su traje de minera; él sacó del armario una chaqueta y un pantalón viejos, y para no hacer ruido no se lavaron. Todos los de la casa dormían; pero era necesario atravesar el corredorcillo donde dormía la madre. Al salir tuvieron la mala suerte de tropezar con una silla. La viuda de Maheu despertó sobresaltada, y medio dormida preguntó:

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

Catalina, temblando, se detuvo, y estrechó con fuerza convulsiva la mano de Esteban.

—Soy yo; no tengáis envidia—dijo éste.—No puedo dormir, me ahogo, y voy á dar una vuelta por ahí.

—Bueno, bueno.

Y la viuda de Maheu se volvió á quedar dormida. Catalina no se atrevía á moverse. Al fin llegó á

la sala baja, partió una rebanada de pan que había guardado á propósito el día antes, luego salieron á la calle muy despacio, cerraron la puerta sin hacer ruido, y emprendieron el camino de *La Voreux*.

Souveraine estaba cerca de *La Ventajosa* en un recodo del sendero. Media hora hacía que estaba viendo pasar gente que iba al trabajo. Contaba los mineros como se cuentan las reses al entrar en el matadero, y le sorprendía ver que eran tantos, porque, á pesar de su pesimismo, jamás creyó que el primer día fuese á trabajar tan considerable número de obreros.

De pronto, el ruso se estremeció. Entre los hombres que desfilaban por allí, y cuyos semblantes no podía distinguir, acababa de conocer á uno por la manera de andar. Dió un paso hacia adelante, y le detuvo, diciendo:

—¿A dónde vas?

Esteban, atónito, en vez de contestar, le preguntó:

—¡Hola! ¿No te has ido todavía?

Luego confesó que iba á la mina. Es verdad que había jurado no volver; pero no había medio de esperar con los brazos cruzados y sin comer la llegada de acontecimientos que tal vez no ocurriesen en un siglo; y además, tenía razones particulares para obrar así.

Souveraine le escuchaba, estremeciéndose nerviosamente á cada momento. Y de pronto, cuando

hubo concluido de hablar, lo cogió de un brazo, y empujándolo hacia su casa:

—Vuelvete en seguida atrás —le dijo;—no quiero que vayas á trabajar; ¿oyes?

Catalina se había acercado, y Souveraine la conoció en seguida.

Esteban protestaba, diciendo que no dejaba á nadie el cuidado de juzgar su conducta ni el de darle consejos. Los ojos del maquinista iban de la muchacha á su amigo, al mismo tiempo que retrocedía un poco, haciendo un gesto enérgico y abandonándolos.

Cuando el corazón de un hombre pertenecía á una mujer, aquél estaba perdido; lo mismo daba dejarlo morir. Quizás en aquel instante se reprodujo en su imaginación la escena de la muerte de su querida allá en Moscou, aquel lazo carnal cortado por la mano del verdugo, y que lo había hecho libre para disponer de su vida y de la vida de los demás.

El maquinista dijo simplemente:

—Ve adonde quieras.

Esteban, aturdido, buscaba una frase amistosa para no separarse de aquel modo.

—¿De manera que te vas?

—Sí.

—Pues dame la mano, amigo mío. Buen viaje, y no me tengas rencor.

El otro le alargó su mano, que estaba helada. ¡Ni amigo, ni mujer!

—Adiós para siempre esta vez...

—Sí, adiós.

Y Souveraine, inmóvil en la oscuridad, siguió con la vista á Esteban y á Catalina, que entraron en *La Voreux*.





Las cuatro empezaron á bajar los obreros. Dansaert, instalado en la oficina del marcador, en el departamento de las luces, inscribía en un libro el nombre de cada obrero que iba presentándose, y hacía que le diesen una linterna. Los admitía á todos sin hacer ninguna observación, cumpliendo fielmente la promesa de la Compañía; pero cuando vió por el ventanillo á Esteban y á Catalina, dió un salto en la silla, y se puso muy colorado: se quedó con la boca abierta para decirles que se marchasen; pero se contuvo, y se contentó con el triunfo que aquello significaba. ¡Hola, hola! ¡Conque el fuerte de los fuertes se rendía! ¡El terrible cabecilla de Montson iba á pedirles de comer!

Esteban cogió en silencio la linterna, y subió á la boca del pozo, acompañado de la muchacha.

Pero allí era precisamente donde Catalina temía las malas palabras y las recriminaciones de los compañeros. Al entrar en el cuarto de la máquina, vió á Chaval en un grupo de otros veinte, esperando á que hubiese un ascensor vacío. Ya se adelantaba hacia ella, cuando se detuvo al ver á Esteban. Entonces empezó á burlarse y á encogerse de hombros despreciativamente. ¿A él qué le importaba? Desde el momento en que el otro tomaba lo que él no quería, no debía enfadarse. Allá se las hubiera el *señorito*, si le gustaba ser plato de segunda mesa; y, á pesar de aquellas apariencias de desdén, sentíase acometido por un acceso de celos mal disimulados. Los demás compañeros guardaban silencio, con los ojos bajos y mirando de reojo á los recién llegados; pero sin meterse con ellos. Luego, abatidos, resignados, se volvían á mirar la boca del pozo, con sus linternas en la mano, firitando en medio de las corrientes de aire que penetraban por todos lados.

Al fin, el ascensor se colocó en su sitio, y se dió orden de embarcar. Esteban y Catalina tomaron sitio en un departamento, donde ya estaban Pierron y otros dos. En la vagoneta contigua, Chaval decía á Mouque, en voz muy alta, que había hecho mal la Dirección, no aprovechando la oportunidad de deshacerse de algunos ganapanes que tenían la culpa de todo lo malo que pasaba; pero el pobre viejo, vuelto á la resignación de su triste vida, no se enfadaba ya pensando en la muerte de sus hijos,

y contestaba á Chaval con palabras conciliadoras.

Desprendióse el ascensor, y empezó el descenso en medio de la oscuridad más completa. De pronto, cuando se hallaban á la tercera parte del camino, sintióse un rozamiento espantoso. Los hierros todos sonaron, las maderas crujieron, y las personas cayeron unas encima de otras.

—¡Por vida de Dios!—exclamó Esteban.—¿Quiéren aplastarnos? Nos vamos á quedar aquí todos. Y luego dirán que han arreglado el revestimiento.

Pero el ascensor salvó el obstáculo, y siguió descendiendo bajo una lluvia torrencial tan fuerte, que los obreros, horrorizados, ponían oído al estruendo producido por el agua. Parecía imposible que se hubieran abierto de aquel modo las juntas de las maderas.

Preguntaron á Pierron, que trabajaba hacia ya días, el cual no quiso dejar comprender su espanto, que alguien habría tomado como una censura á la Direccion, y respondió:

—¡Oh! ¡No hay cuidado! Todos los días pasa eso. Sin duda es que no han tenido tiempo de afirmar los tornillos.

El torrente bramaba por encima de sus cabezas, y cuando llegaron al último piso de la mina, se cernía bajo una terrible tromba de agua. A ningún capataz se le había ocurrido subir por las escalas para darse cuenta de lo que pasaba, creyendo que la bomba bastaría para desalojar el agua hasta tan-

to que por la noche reconocieran los carpinteros las paredes del pozo.

Abajo, en las galerías, la reorganización de los trabajos daba bastante que hacer, porque antes de que los cortadores de arcilla emprendieran sus tareas en las canteras, dispuso el ingeniero que durante los cinco primeros días, todo el mundo se dedicara á ciertos trabajos de consolidación, que eran absolutamente indispensables. Porque por todos lados se temían desprendimientos, y las galerías habían sufrido tanto, que en algunos puntos se necesitaba apuntalar en distancias de más de cien metros. De modo que cuando la gente llegaba al fondo, iban formando cuadrillas de diez hombres, al mando de un capataz, y se ponían á trabajar en los sitios que más se necesitaba. Cuando terminó el descenso, se vió que habian bajado trescientos y pico de mineros; esto es, la mitad próximamente de los que trabajaban en tiempos normales.

Chaval fué destinado á la cuadrilla de que formaban parte Catalina y Esteban; no por casualidad, sino porque él había tenido buen cuidado de quedarse el último escondido detrás de los compañeros, de manera que le agrupasen adonde él quería. La cuadrilla fué destinada á trabajar en el fondo de la galería Norte, á unos tres kilómetros de distancia, donde había ocurrido un desprendimiento de consideración. Para quitar los escombros se les atacó con palas y picos. Esteban, Chaval y otros cinco cavaban, mientras Catalina, con la ayu-

da de dos aprendices, llenaba las espuelas de escombros y las llevaban hasta el plano inclinado. Se hablaba poco, porque el capataz no los perdía de vista ni un momento. Sin embargo, los dos enamorados de Catalina estuvieron á punto de venir á las manos por causa de ella. Porque su antiguo amante, aunque diciendo que ya no la quería para nada, la pellizcaba de cuando en cuando, y la daba con el codo, de tal modo, que Esteban le amenazó con darle una paliza, si no la dejaba en paz. Afortunadamente los compañeros los separaron.

A eso de las ocho, Dansaert dió una vuelta por allí, para ver cómo iban los trabajos. Parecía muy malhumorado, y desahogó su furia con el capataz de la cuadrilla: el trabajo iba muy despacio y muy mal; se necesitaba más actividad y mejor voluntad; aquello no podía pasar.

—Me voy —añadió;— y luego vendré con el señor ingeniero. Supongo que os enmendaréis.

El capataz mayor estaba esperando á Negrel desde el amanecer, y no se explicaba aquel retraso.

Transcurrió una hora más. El capataz de la cuadrilla había suspendido la limpieza de los escombros, para ocupar á toda su gente en consolidar el techo de la galería; así es que Catalina y los dos chiquillos, en vez de llevar espuelas de tierra, iban dando á los hombres la madera necesaria para que éstos apuntalaran.

Allí, al final de la galería, la cuadrilla estaba como de avanzada, perdida en una extremidad de

la mina, é incomunicada con las demás canteras y galerías. Tres ó cuatro veces, los obreros volvieron la cabeza, creyendo oír el ruido de rápidas carreras. ¿Que sería? Cualquiera hubiese dicho que los compañeros se iban, abandonando el trabajo; pero como aquellos rumores desaparecían pronto y el silencio continuaba, ellos siguieron trabajando, ensordecidos también por el martilleo. Por fin dejaron aquello, y volvieron al arrastre de escombros.

Pero al primer viaje, Catalina, asustada, volvió diciendo que no había nadie en el plano inclinado.

—He llamado, y no me contestan. Todos se han ido.

El pánico y la sorpresa fueron tales, que los diez tiraron las herramientas y echaron á correr. La idea de quedar abandonados en el fondo de la mina, tan lejos del pozo de subida, los volvía locos. No llevaban consigo más que la linterna.

Y corrían todos en fila; los hombres, la joven, los chiquillos, y hasta el mismo capataz, que perdía la cabeza viendo que llamaba á gritos desesperados, sin que le contestasen en la inmensidad de aquellas desiertas galerías. ¿Qué sucedía para que no encontrasen á nadie? ¿Qué terrible accidente les había arrebatado á todos sus compañeros? El pánico aumentaba ante aquella ignorancia del verdadero peligro, ante aquella amenaza de perder la vida, que ninguno se podía explicar.

Cuando llegaban cerca del pozo, un torrente desbordado les cortó el paso. En un momento se

vieron con agua hasta la rodilla; ya no podían correr; hendían penosamente las aguas, pensando, no sin razón, que la pérdida de un solo minuto podía costarles la vida.

—¡Por vida de Dios! Se ha roto el revestimiento, y todo se lo lleva el diablo. Bien decía yo, que nos quedaríamos aquí todos.

Desde que bajara aquella mañana, Pierron, muy alarmado, veía aumentar el diluvio que caía por los pozos. Sin dejar de cargar las vagonetas con otros dos compañeros, levantaba á menudo la cabeza, y la cara se le mojaba completamente, y los oídos le zumbaban á causa del terrible estrépito que se oía allá más arriba. Pero, sobre todo, se alarmó al echar de ver que abajo se había formado un charco inmenso, porque aquello indicaba claramente que las bombas no podían sacar toda el agua necesaria. Entonces dió cuenta de todo esto á Dansaert, el cual se enfurecía, contestando que era preciso aguardar la llegada del ingeniero. Otras dos veces insistió en lo mismo, sin conseguir más respuesta que encogimientos de hombros y señales de mal humor. ¿Qué había de hacer él si el agua aumentaba?

Entonces apareció Mouque con el caballo *Battador*. Tenía que sujetarlo fuertemente de las bridas, porque el caballo se encabritaba bruscamente, á pesar de sus años, y relinchaba, mirando al pozo.

—¿Qué hay, filósofo? ¿Qué te pasa?... ¿Por qué

es eso? ¿Porque llueve? Vamos, vamos: ¿á tí qué te importa?

Pero como el animal se resistía enérgicamente, tuvo que llevárselo á la fuerza.

Casi en el instante mismo en que Mouque desaparecía con el caballo por una de las galerías laterales, oyóse un estrépito espantoso, indescriptible, que procedía del pozo. Era que una pieza del maderamen del revestimiento se acababa de desprender, y caía desde una altura de ochenta y tantos metros, tropezando con las paredes del pozo. Pierron y los otros dos cargadores tuvieron tiempo de hacerse á un lado, y el enorme tablón no causó más desperfecto que el destrozo de una vagoneta. Inmediatamente después, casi de un modo simultáneo, el agua empezó á caer á mares. Dansaert quiso subir á ver lo que pasaba; pero en el mismo instante se desprendió otra piedra, y ante la tremenda catástrofe que se preparaba, dejó de titubear, comunicó rápidamente las órdenes para que todo el mundo subiese, y encargó á los capataces recogiesen á la gente que estaba trabajando en las canteras.

La escena que entonces se produjo no es para descrita. De todas las galerías de la mina acudían numerosísimos grupos de obreros á todo correr, empujándose, atropellándose, pisoteándose unos á otros en su precipitación por ser cada cual el primero que llegase al asalto del ascensor. Todos querían subir los primeros, Algunos que concibieron

la idea de salvarse por el pozo de las escalas, tuvieron que bajar en seguida, diciendo que por allí estaba ya el paso interceptado. ¡Qué escenas á cada viaje del ascensor! Ya aquél se había hecho; pero ¿quién sabe si podría volver á pasar por entre los obstáculos que interceptaban el pozo? Porque indudablemente, allá arriba continuaba el desastre, toda vez que se oía una serie incesante de sordas detonaciones, producidas por el maderamen que se desengranaba y rompía á impulsos de la terrible inundación. Pronto una de las jaulas estuvo inútil, y la otra rozaba de tal modo con los obstáculos, que seguramente el cable se rompería de un momento á otro. Y aún quedaba por salir un centenar de hombres, un centenar de hombres ensangrentados, furiosos, con agua al pecho y en grave peligro de ahogarse. Las maderas desprendidas habían matado ya á dos; otro, que se había cogido al ascensor, cayó desde una altura de cincuenta metros, y desapareció en el charco que se había formado al pie del pozo.

Dansaert, sin embargo, hacía enérgicos esfuerzos por restablecer el orden. Armado de un pico amenazaba romper la cabeza al primero que le desobedeciese, y quiso formarlos en fila, diciendo que los cargadores serían los últimos que salieran, después de colocar, como siempre, á sus compañeros en las vagonetas. Pero nadie le escuchaba; dos veces tuvo que impedir que Pierron, pálido de espanto y aturcido, se subiera, como intentaba, al ascensor. A

cada viaje tenía que rechazarle de allí á puñetazo limpio. Mas poco á poco el pánico lo fué ganando á él también; un minuto más, y estaba perdido. Allí arriba se destrozaba todo; el maderamen cruja con estruendo sin igual; la boca del pozo era una terrible catarata. Estaban subiendo algunos obreros, cuando él, sin poderse dominar más, precipitose á una de las jaulas del ascensor, sin oponerse ya á que Pierron hiciese otro tanto. La jaula empezó á subir.

En aquel momento, la cuadrilla á que pertenecían Esteban y Chaval llegaba al pozo. Vieron desaparecer la jaula, y se precipitaron á ella; pero retrocedieron en seguida, huyendo del destrozo final del maderamen. El pozo estaba cegado; el ascensor no volvería á bajar más. Catalina gemía, Chaval se desataba en improperios y juramentos. Estaban allí unos veinte hombres. ¿Los abandonarían así los canallas de sus jefes? El tío Mouque, que volvía llevando á *Batallador* de la rienda, se quedó estupefacto, con los ojos desmesuradamente abiertos, ante los rápidos y terribles progresos de la inundación. El agua les llegaba al pecho. Estaban, con los dientes apretados, sin decir palabra, cogió á Catalina en brazos. Y todos bramaban, contemplando tereamente, con verdadera terquedad de imbéciles, aquel pozo por donde caía todo un río, y por donde era ya inútil esperar ninguna clase de auxilios.

Cuando Dansaert llegó arriba, vió á Negrel, el

cual acudía presuroso en aquel instante. Toda la mañana la señora de Hennebeau le había entretenido mirando varios catálogos, á fin de elegir las cosas que había de comprar para su boda; por esto se había retrasado, y eran ya las diez.

—¡Eh! ¿qué pasa?—gritó desde lejos.

—La mina está perdida,—contestó el capataz mayor.

Le relató la catástrofe, casi balbuceando de emoción, en tanto que el ingeniero se encogía de hombros, con aire de incredulidad. ¡Bah! ¡Pues qué! ¿así se deshace un revestimiento, sin más ni más? De seguro exageraban; era necesario verlo.

—Abajo no habrá quedado nadie, ¿no es verdad?

Dansaert se turbó.

—No; nadie. Al menos, así lo creo; aunque quizás pudiera haberse retrasado algún obrero.

—¡Por vida de Dios! Entonces, ¿por qué habéis salido de ahí? ¿Se abandona así á la gente que uno manda? ¡Cobarde!

En seguida dió orden de que se contaran las linternas.

Por la mañana se habían distribuido trescientas veintidós, y ahora no se encontraban más que doscientas cincuenta y cinco, si bien es verdad que varios obreros confesaban haber perdido las suyas, á causa del pánico y de la precipitación de la subida. Se trató de pasar lista; pero esto también fué inútil, porque muchos mineros habían huído, y otros, en medio de la algazara y la agitación que

allí reinaba, no oían su nombre. Ellos mismos no lograban ponerse de acuerdo sobre cuántos compañeros faltaban. Lo mismo podían ser veinte que cuarenta. El ingeniero no tenía más que una seguridad; la seguridad tristísima de que abajo había gente; y la tenía, porque, asomándose á la boca del pozo, en medio del estruendo del torrente y del crujir de las maderas, se oían los tristes quejidos de aquellos infelices.

El primer cuidado de Negrel fué mandar un aviso al señor Hennebeau y procurar cerrar la mina. Pero era demasiado tarde; porque los obreros más impresionables, aquellos que no dejaban de correr hasta llegar á su casa, como si aún los persiguieran los efectos de la catástrofe, habían puesto en conmoción á todo el barrio de los *Doscientos Cuarenta*; y bandadas de mujeres, de viejos y de chiquillos, llorando y chillando á cual más, bajaban precipitadamente hacia *La Voreux*. Fué necesario rechazarlos, y establecer un cordón de vigilantes para que no se acercaran, porque de seguro habrían entorpecido las maniobras. Muchos obreros de los que habían salido del pozo permanecían allí atónitos, estupefactos, sin ir á cambiar de traje, retenidos por la fascinación del miedo, contemplando aquel pozo, en las profundidades del cual habían estado á punto de perecer. En torno de ellos, las mujeres, llenas de espanto, los acosaban suplicándoles, interrogándoles, pidiéndoles nombres. ¿Estaba allí fulano? ¿Y mengano? ¿Y el otro? Na-

die sabía nada; aquellos infelices balbuceaban palabras ininteligibles, temblorosos, haciendo gestos de locos, gestos como para apartar de sí el recuerdo vivísimo de aquella espantosa catástrofe. La muchedumbre aumentaba por momentos; la gente, llorando, acudía de todas partes. Y allá, en lo alto de la plataforma, junto á la caseta de *Buenamuerte*, sentado en el suelo, un hombre, *Souveraine*, contemplaba tranquilamente aquel espectáculo.

—¡Los nombres!—gritaban todas las mujeres, con la voz ahogada por las lágrimas.

Negrel se asomó á la puerta, y dijo estas palabras:

—En cuanto lo sepamos, os lo diremos; pero no está todo perdido; todos se salvarán... Ahora voy á bajar yo.

Entonces la multitud, sobrecogida de angustioso espanto, guardó silencio, y esperó. En efecto: con una bravura extraordinaria y con una tranquilidad verdaderamente heroica, el ingeniero se disponía á bajar. Había hecho que desenganchasen la jaula del ascensor, y ordenado que la sustituyesen con un cubo sólidamente atado al cable; y como sospechaba que el agua le apagaría la linterna, colocó otra luz en la parte inferior del cubo por fuera, de modo que éste la protegiera. Los capataces, temblando, pálidos y descompuestos, hacían todos estos preparativos secundando sus órdenes.

—Vos bajaréis conmigo, *Dansaert*,—dijo Negrel con voz tranquila.

Luego, cuando vió que todos estaban acobardados, y que el capataz mayor temblaba como una mujerzuela, y casi lloraba de miedo, le rechazó con un gesto desdenoso.

—No; me estorbariais... Prefiero ir solo.

Ya se había colocado en el estrecho cubo que se balanceaba pendiente del cable; cogió con una mano la linterna, agarró con la otra la cuerda de señales, y dijo al maquinista con la mayor tranquilidad del mundo:

—¡Adelante! ¡Poco á poco!

La máquina se puso en movimiento, y Negrel desapareció en la oscuridad profunda del abismo, de donde aún salían los gritos angustiosos de los infelices que estaban abajo. En la parte de arriba no había sucedido nada; el ingeniero se convenció de que el revestimiento superior se hallaba en buen estado. Balanceándose en el vacío, se volvía de un lado á otro para alumbrar las paredes; pero trescientos metros más abajo, al llegar al revestimiento inferior, apagóse la luz como había previsto, y sintió que el cubo se llenaba de agua. Ya no tuvo más luz que la muy escasa que despedía la que iba colgada debajo del cubo. A pesar de su bravura temeraria, palideció hasta la lividez, ante el horror de aquel desastre. Sólo algunas piezas de madera quedaban en su sitio; todas las demás habían sido precipitadas al abismo por la fuerza de la inundación: las aguas del torrente, de aquel mar subterráneo, cuyas tempestades y naufragios se

ignoraban, rugían y se precipitaban por la brecha abierta en el revestimiento.

El ingeniero estaba consternado; en aquellos sitios no volvería á ser posible el trabajo humano. Negrel ya no tenía más que una esperanza: la de intentar el salvamento de la gente que estaba en peligro. A medida que iba bajando, los lamentos de aquellos infelices llegaban más distintamente á su oído; pero pronto tuvo que detenerse: el pozo estaba absolutamente infranqueable; los pedazos de madera, las vigas, los sostenes de hierro atravesados de pared á pared, hacían imposible toda tentativa de descenso. Y mientras con el corazón en un puño, casi con lágrimas en los ojos, al pensar en la muerte que aguardaba á aquellos desdichados, estaba esperando, notó de pronto que cesaba el ruido de sus voces. Era indudable que, ó se acababan de ahogar, ó habían huido á las galerías interiores de la mina, creyendo salvarse de aquella terrible inundación.

Entonces Negrel cogió la cuerda, y dió la señal para que lo subiesen. A poco mandó que la máquina se detuviera de nuevo, porque no se explicaba aquella catástrofe tan brusca y tan rápida, cuyas causas le era imposible adivinar. Deseando darse cuenta de todo, empezó á examinar una por una las piezas del revestimiento, y al hacerlo, comprendió fácilmente, por las huellas que había dejado la sierra y el destornillador, las señales de un trabajo abominable de destrucción, que nada de

aquello era casual. Evidentemente alguien que deseaba aquella catástrofe la había preparado. Lleno de espanto ante aquella convicción, no se acordaba de hacer señales para que lo subiesen, cuando, de repente, las pocas piezas del maderamen que aún quedaban en su sitio, se desprendieron con un estrépito infernal, y desbordándose las aguas del torrente por aquella nueva brecha, formaron un remolino monstruoso, en el que estuvo á punto de verse envuelto. Su intrepidez desaparecía ante la idea del hombre que había hecho aquello, y se le erizaba el cabello, se le helaba el corazón, haciéndole sentir una especie de pavor religioso, como si, envuelto en las tinieblas, estuviese allí todavía el autor de la catástrofe, aquel gigantesco criminal, para convertirlo todo en polvo. Dió un grito, y agitó furiosamente la cuerda, haciendo la señal. Ya era tiempo, porque al pasar por el revestimiento superior, echó de ver que todas las piezas se movían; las juntas, después de haber perdido las estopas embreadas, daban paso á una cantidad enorme de agua. Era cuestión de horas. El desastre resultaba inevitable: al cabo de un rato, las paredes del pozo estarían deshechas, y la mina para siempre anegada.

Arriba, el señor Hennebeau esperaba impaciente á Negrel.

—¿Qué pasa?—preguntó.

Pero el ingeniero estaba tan emocionado, que no podía hablar.

—Esto es imposible; una cosa nunca vista... ¿Lo has examinado?

—Sí,—respondía con la cabeza, y dirigiendo miradas de desconfianza en torno suyo.

Negábase á dar explicaciones en presencia de los pocos capataces que le escuchaban. Por eso llevó á su tío á un rincón, y allí, en voz muy baja, hablándole al oído, le explicó el monstruoso atentado, describiéndole el aspecto de las piezas aserradas, de los tornillos sacados de su sitio á propio intento, para terminar diciendo que habían matado la mina. El director estaba blanco como la cera, bajaba la voz también, sintiendo esa necesidad instintiva que nos hace guardar silencio ante la monstruosidad de los grandes desastres y de los grandes crímenes. Los dos pensaban, aterrados, en la existencia del hombre que había tenido valor para bajar hasta aquellas profundidades, arriesgando veinte veces la vida en tan espantosa tarea.

El señor Hennebeau no pudo disimular un gesto de desesperación al ordenar que todo el mundo saliese de la mina inmediatamente.

Cuando él y el ingeniero, que se habían quedado los últimos, aparecieron en la plataforma, la muchedumbre inmensa, que se apiñaba al otro lado del cordón formado en torno de los edificios de la mina, los acogió con este clamoreo, repetido obstinadamente:

—¡Los nombres, los nombres; decid los nombres!

La vinda de Mahen era una de las que estaban en primera fila; al notar la ausencia de su hija y del huésped, supuso desde luego que se habían ido á trabajar; y si bien en los primeros momentos de saber la noticia, dijera furiosa que se alegraba, que merecían quedarse allí enterrados por cobardes y por traidores, luego de pasado aquel acceso, voló á la mina, con lágrimas en los ojos y el corazón metido en un puño, para saber la suerte que les había cabido. La mujer de Levaque y la de Pierron, aunque no tenían á nadie en peligro, eran de las que más chillaban. Zacarías, que se salvó uno de los primeros, á pesar de que siempre se burlaba de todo, había abrazado, llorando muy de veras, á su mujer y á su madre; y sin separarse de esta última, conmovido, trataba de consolarla y de consolarse, diciendo que no creería la muerte de su hermana hasta que los jefes la anunciasen oficialmente.

—¡Los nombres, los nombres; por Dios, los nombres!

—Negrel, que estaba muy nervioso, dijo en voz alta á los capataces:

—Hombte, haced que callen. Esto es cosa de morir de pena... ¡Si todavía no sabemos esos nombres!

Ya habían pasado dos horas, y bajo la influencia de la primera impresión, nadie había pensado en el otro pozo, en el pozo abandonado de *Requillart*.

El señor Hennebeau estaba dando órdenes para

intentar el salvamento por aquel lado, cuando circuló el rumor de que cinco obreros acababan de salvarse, subiendo por las podridas escalas del pozo antiguo, que desde hacía tanto tiempo estaba fuera de uso; y entre los afortunados nombraban al tío Mouque, lo cual produjo general sorpresa, porque nadie creía que estaba abajo. Pero precisamente la noticia vino á aumentar las lágrimas de todos, porque se supo de una manera indudable que otros quince infelices no habían podido seguirlos, y que era de todo punto inútil intentar auxiliarlos, porque por la parte de *Requillart* había ya más de diez metros de agua. Entonces se supieron los nombres de todos, y los gemidos y el clamoreo angustioso de aquella multitud pobló los aires.

—Haced que callen—gritó Negrel furioso.—Y todo el mundo atrás. Sí, sí; á más de cien metros de distancia, porque hay verdadero peligro de un hundimiento. ¡Atrás, atrás!

Hubo necesidad de batirse con aquellas pobres gentes, que no se retiraban, creyendo que trataban de ocultarles mayores daños, hasta que los capataces les explicaron que era inminente un hundimiento de todo aquel terreno. Tal idea les dejó atónitos y silenciosos por un momento; pero cinco minutos después, á pesar suyo, atraídos por una fuerza irresistible, trataban de volver al mismo sitio, y con tal furia, que fué necesario doblar el cordón de vigilantes para evitar una catástrofe espantosa. Más de mil personas que habían acudido

de Montson y de los barrios se agolpaban allí, llenas de angustia y de terror. Entre tanto, allá en lo alto de la plataforma, el jovencuelo rubio con cara de mujer fumaba tranquilamente cigarrillo tras cigarrillo, contemplando el espectáculo con una calma sin igual.

Eran las doce; nadie había comido, ni nadie pensaba en hacerlo. Por el cielo brumoso, de un color ceniciento, pasaban lentamente algunas nubes. Un perro mastín ladraba, furioso, desde el corral de *La Ventajosa*. La muchedumbre poco á poco fué formando un inmenso círculo, de más de cien metros de radio, en el centro del cual se veían los desiertos edificios de *La Voreux*. Ya no había allí ni un alma; ya no se oía ningún ruido; las puertas y las ventanas abiertas permitían ver el abandono interior; un gato rubio, olvidado allí, apareció en lo alto de una escalera; sin duda el animalito presentía el peligro, porque, tras un momento de vacilación, precipitóse de un salto por la escalera, y bufando con rabia, atravesó la plataforma, y huyó por entre los sembrados de remolacha.

A las dos, la situación era la misma; todo seguía igual. El señor Hennebeau, Negrel y otros varios ingenieros, que habían acudido, formaban en primera fila un grupo exótico de levitas y sombreros negros, contrastando con lo abigarrado de los demás trajes; y ellos tampoco se alejaban de allí: febriles, furiosos, al ver su impotencia para evitar

desastre tan espantoso, sin pronunciar más que alguna que otra palabra en voz baja, guardaban la misma actitud que se observa á la cabecera de un moribundo.

Dieron las tres. Nada todavía. Un chaparrón enorme había calado hasta los huesos á la multitud, sin que nadie pensara en alejarse. El perro de Rasseneur empezó á ladrar de nuevo. A las tres y veinte sintióse el primer sacudimiento de la tierra. *La Foreux* vaciló un momento; pero, fuerte todavía, se mantuvo en pie. Sobrevino en seguida otro temblor: un grito estridente salió de todas las bocas á la vez; el cobertizo donde estaba el departamento de cerner, después de tambalearse dos veces, se vino abajo con estrépito terrible. Desde aquel momento la tierra no cesó de temblar; las conmociones se sucedían incesantemente, á causa de los hundimientos subterráneos, acompañados de gigantescos branidos, propios de un volcán en erupción. A lo lejos, el perro de Rasseneur no ladraba ya: aullaba como para anunciar las sacudidas del terreno. En menos de diez minutos hundiéronse todos los techos de pizarra: el departamento de las máquinas, las oficinas, la barraca, con todo cuanto contenían, desaparecieron por el agujero enorme, que á cada nueva sacudida se ensanchaba más. Luego cesaron los ruidos, el hundimiento se detuvo, y un silencio, una inmovilidad grandísimas se produjeron como por encanto.

Entonces sobrevino una calma abrumadora. Ya

los ingenieros, tras mucho titubear, se decidían á aproximarse al sitio de la catástrofe, por si era posible salvar algún material de entre los escombros, cuando, de repente, otra sacudida, cien veces más sensible que las anteriores, una suprema convulsión del suelo, hizo huir á todos. Estallaban tremendas detonaciones subterráneas, como si artilleros invisibles dispararan en el fondo de la mina cien cañones á la vez. En la superficie, las últimas construcciones que quedaban en pie se venían abajo. Un momento después, todo había desaparecido: los escombros de la que fué *La Foreux*, cayeron precipitados al abismo.

La muchedumbre, aterrada, emprendió la fuga. Las mujeres corrían tapándose los ojos. A los hombres los agitaba el pánico, como los vendavales del otoño agitan las hojas secas de los árboles. Nadie quería gritar, y todos lo hacían ante la enormidad de aquel cráter, de quinientos metros de profundidad, que se abría desde la carretera al canal, en una extensión de cuarenta metros por lo menos. Toda la plataforma de la mina siguió á los edificios en el abismo, así como la provisión de madera que tenían preparada. Allá, en el fondo, sólo se distinguía una mezcla de vigas, de ladrillos, de hierro, restos apilados por la catástrofe en su terrible ensañamiento. La fachada de la casa de Rasseneur habíase resentido también. ¿Hasta dónde iba á llegar aquello? ¿Alcanzaría el desastre á las casas de los obreros?

Negrel lanzó una exclamación de dolor; á Hen-

nebeau se le saltaron las lágrimas. El desastre fué completo: porque se rompió una compresa, y las aguas desbordadas del canal se precipitaron en el agujero, formando una catarata infernal. La mina absorbía aquel río; la inundación invadiría todas las canteras durante muchos años. Pronto el cráter estuvo lleno, y un lago de agua encenagada ocupó el sitio donde pocas horas antes se veía *La Voreux*; un lago parecido á aquellos bajo los cuales duermen para siempre las ciudades malditas. Reinaba un silencio aterrador.

Entonces Souveraine se levantó de su sitio. Había visto desde lejos á la viuda de Mahou y á Zacarías sollozando ante aquella masa de agua, cuyo peso aplastaba á los infelices que estaban en el fondo. Y el ruso, después de tirar su cigarrillo, se alejó lentamente, sin volver la cabeza atrás. Era ya de noche; á lo lejos, la sombra de Souveraine desaparecía en la oscuridad. ¿A dónde iba? Al exterminio; adonde quiera que hubiese dinamita para destruir ciudades y aniquilar hombres. Los burgueses no habían tenido jamás un enemigo tan temible.



IV.

QUELLA misma noche, el señor Hennebeau salió para París, deseoso de dar personalmente cuenta á la Compañía de aquel desastre, antes de que los periódicos pudieran publicar la noticia. A su regreso, le encontraron todos muy tranquilo. Evidentemente, había salvado su responsabilidad, y sin duda no incurrió en el desagrado de sus jefes, porque veinticuatro horas después se publicaba el decreto nombrándole caballero de la Legión de Honor.

Pero si el director quedaba á salvo, la Compañía, en cambio, acababa de recibir un golpe terrible. No se trataba ya de algunos millones de pérdida, sino de las preocupaciones terribles que traía en pos de sí la desaparición completa de una de sus mejores minas. Tan resentida quedó, que nuevamente creyó deber recurrir al silencio. ¿A qué

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO
Año. 1922

nebeau se le saltaron las lágrimas. El desastre fué completo: porque se rompió una compresa, y las aguas desbordadas del canal se precipitaron en el agujero, formando una catarata infernal. La mina absorbía aquel río; la inundación invadiría todas las canteras durante muchos años. Pronto el cráter estuvo lleno, y un lago de agua encenagada ocupó el sitio donde pocas horas antes se veía *La Voreux*; un lago parecido á aquellos bajo los cuales duermen para siempre las ciudades malditas. Reinaba un silencio aterrador.

Entonces Souveraine se levantó de su sitio. Había visto desde lejos á la viuda de Mahou y á Zacarías sollozando ante aquella masa de agua, cuyo peso aplastaba á los infelices que estaban en el fondo. Y el ruso, después de tirar su cigarrillo, se alejó lentamente, sin volver la cabeza atrás. Era ya de noche; á lo lejos, la sombra de Souveraine desaparecía en la oscuridad. ¿A dónde iba? Al exterminio; adonde quiera que hubiese dinamita para destruir ciudades y aniquilar hombres. Los burgueses no habían tenido jamás un enemigo tan temible.



IV.

QUELLA misma noche, el señor Hennebeau salió para París, deseoso de dar personalmente cuenta á la Compañía de aquel desastre, antes de que los periódicos pudieran publicar la noticia. A su regreso, le encontraron todos muy tranquilo. Evidentemente, había salvado su responsabilidad, y sin duda no incurrió en el desagrado de sus jefes, porque veinticuatro horas después se publicaba el decreto nombrándole caballero de la Legión de Honor.

Pero si el director quedaba á salvo, la Compañía, en cambio, acababa de recibir un golpe terrible. No se trataba ya de algunos millones de pérdida, sino de las preocupaciones terribles que traía en pos de sí la desaparición completa de una de sus mejores minas. Tan resentida quedó, que nuevamente creyó deber recurrir al silencio. ¿A qué

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONTS
Año. 1877

hablar del abominable atentado? ¿A qué hacer un mártir del autor del crimen, si por acaso era descubierta, para que su infernal heroísmo exaltara otras cabezas y fuese el comienzo de una serie de incendios y de asesinatos?

Por otra parte, no sospechaba quién podía ser el verdadero culpable, y acabó por creer en la existencia de un ejército de cómplices, porque no podía admitir que un hombre solo tuviese audacia y fuerzas suficientes para realizar semejante tarea; en aquello precisamente estaba el miedo que sentía, creyendo amenazadas todas las minas. El director había recibido orden de organizar un sistema de espionaje, y después, de ir despidiendo uno á uno, como quien no hace la cosa, á todos los obreros que inspirasen sospechas de haber intervenido en el crimen. Contentáronse, pues, con aquella resolución, que les parecía la más prudente.

La única víctima inmediata fué Dansaert, el capataz mayor, quien, después del escándalo dado en casa de la mujer de Pierron, se había hecho imposible. Y se tomó el pretexto de su actitud á la hora del peligro, y de su cobardía abandonando á la gente, para echarlo á la calle. Además, aquella medida constituía una especie de concesión á los mineros, de los cuales era muy odiado el capataz.

Sin embargo, empezaron á circular extraños rumores, y la Dirección tuvo que enviar á los periódicos un suelto rectificando la especie de que todo había sido efecto de un barril de pólvora preparado

por los huelguistas. Los ingenieros del Estado, después de una rápida información, convinieron en que todo ello había sido una avería en las obras de revestimiento, producida por las grandes masas de agua subterráneas, cuya presión no había podido resistir el maderamen; y la Compañía tuvo por conveniente callar, á pesar de que aquel informe venía á ser para ella una acusación de falta de vigilancia. En los periódicos de París, á los dos ó tres días, todo lo relativo á la catástrofe fué publicado en lugar preferente de la sección de noticias: todo el mundo hablaba de los pobres obreros enterrados en la mina, y todo el mundo leía con avidez los telegramas referentes al desastre. En el mismo Montson, los burgueses se asustaban de oír hablar de *La Voreux*, en torno de la cual se iba formando una leyenda, que los más animosos no se atrevían á repetir siquiera. Toda la comarca mostraba gran compasión hacia las víctimas; organizábanse paseos á la destruída mina, y la gente acudía presurosa, para procurarse el triste espectáculo de contemplar los escombros.

Deneulin, nombrado ingeniero de división, empezó á ejercer sus funciones en circunstancias tan anormales; y su primer cuidado fué tratar de volver las aguas del canal á su cauce, porque aquel torrente que se precipitaba por la mina constituía una causa de peligro constante. Eran necesarios gigantescos trabajos: inmediatamente fueron cien obreros dedicados á la construcción de un dique.

Dos veces seguidas la impetuosidad de la corriente se había llevado las primeras obras; así es, que hubo que colocar bombas y entablar una lucha formidable con la naturaleza para reconquistar aquel pedazo de terreno.

Pero la opinión estaba todavía conmovida al recuerdo de la gente sepultada. Negrel, encargado de intentar un supremo esfuerzo en obsequio á ellos, no careció de brazos, porque los carboneros acudían en masa á ofrecer sus servicios en pro de sus hermanos. Ya se olvidaban de la huelga, y se preocupaban poco del jornal, puesto que estaban dispuestos á exponer su vida aunque no les diesen un cuarto, desde el momento que se trataba de salvar á compañeros suyos que se hallaban en peligro de muerte. Todos estaban allí, con sus herramientas en la mano, deseando que les dijese dónde tenían que trabajar. Muchos de ellos, enfermos de espanto después de la catástrofe, agitados por temblores nerviosos, inundados de sudores fríos, en la obsesión de continuas pesadillas, se levantaban, sin embargo, de la cama, y se mostraban animosos en aquella batalla contra la tierra, como si hubiesen menester un desquite. Por desgracia, el inconveniente principal era que no se sabía qué hacer, ni cómo bajar, ni por qué lado atacar las rocas.

En opinión de Negrel, ninguno de aquellos infelices sobrevivía, porque de seguro los quince, ó habían sido aplastados, ó habían muerto por asfixia; en estas catástrofes mineras, la regla general es

siempre suponer que viven los hombres sepultados entre los escombros; pero en la hipótesis de que esta vez tuviesen razón los que creían vivos á los quince infelices, el primer problema que debía resolver era averiguar dónde se habían podido refugiar. Los capataces y los mineros viejos, á quienes consultó, estaban unánimes en este punto: sus compañeros, huyendo de la inundación, habrían subido, ciertamente, de galería en galería, hasta las canteras más altas, de modo que, sin duda, se encontraban refugiados en el fondo de alguna vía superior.

Esto, además, concordaba con lo dicho por el tío Mouque, de cuyo embrollado relato se dedujo, que los fugitivos se habían dividido en diferentes grupos, perdiéndose de vista unos á otros, en su afán de huir del nivel de las aguas; pero las opiniones estaban discordes en cuanto se ponían á discutir los medios que había que emplear con probabilidades de éxito. Como las vías más próximas á la superficie se hallaban á ciento ochenta metros de profundidad, era inútil pensar en abrir un pozo. Quedaba, pues, *Requillart*, el único sitio por donde creían verosímil acercarse á los infelices que trataban de salvar.

Lo malo era que como la antigua mina estaba á su vez inundada, había desaparecido la comunicación con *La Voreux*, y no existían libres de las aguas más que algunos trozos de las galerías del primer piso. Achicar el agua hubiese sido empresa

para muchos años; así es, que la mejor medida era reconocer cuidadosamente aquellas galerías, para ver si se comunicaban con las canteras inundadas, en las cuales se suponía que se hallaban las desgraciadas víctimas de la catástrofe. Antes de llegar lógicamente á este proyecto, se habían discutido muchos otros, que por inútiles fueron rechazados.

Negrel revolvió los archivos, y cuando encontró los antiguos planos de las dos minas, los estudió detenidamente, y determinó los puntos donde debían hacerse pesquisas.

Poco á poco aquella tarea le entusiasmaba; á su vez había sido invadido de la fiebre de hacer bien á sus semejantes, á pesar de su irónica indiferencia por los hombres y por las cosas todas de este mundo.

Tropezó con no pocas dificultades para bajar á *Requillart*, puesto que ante todo fué necesario hacer practicable la boca del pozo y reparar las escalas, que estaban casi podridas. Luego empezaron los tanteos. El ingeniero bajó con diez trabajadores, haciendo que éstos dieran golpes en determinadas partes de la vena; y en medio de un profundo silencio, todos pegaban la oreja á la hulla, para ver si se oían algunos golpes lejanos que contestaran á los suyos. Pero en vano fueron recorridas todas las galerías practicables; no se oía nada. Las dificultades aumentaban continuamente. ¿Por dónde comenzar los trabajos? ¿Hacia quién dirigirse, si parecía que no había nadie allí? Y, sin embargo,

no se cedía; se continuaba buscando en medio de una angustia siempre creciente.

Desde el primer día, la viuda de Maheu llegaba por las mañanas muy temprano á la entrada de *Requillart*, sentábase junto á la boca del pozo, y de allí no se movía hasta la noche. Cuando algún hombre subía, se levantaba para interrogarle:

—¿Nada?

—No; nada.

Y la infeliz se sentaba otra vez, y esperaba sin decir palabra. Juanillo, al ver que invadían su madriguera, había rondado por los alrededores, temeroso de que descubrieran sus fechorías, y pensaba, entre otras cosas, en aquel soldado enterrado entre las rocas; pero aquella parte de la mina se hallaba inundada; y, además, los trabajos se dirigían más á la izquierda, por la galería Oeste. Al principio, Filomena iba también por acompañar á Zacarías, el cual formaba parte de la cuadrilla que trabajaba en tan humanitaria tarea; luego se aburrió de tomar frío sin necesidad y sin resultado, y se quedaba en su casa, pasando los días sin hacer nada más que toser.

Por el contrario, Zacarías no descansaba un momento en su ansia de encontrar á su pobre hermana. De noche soñaba con ella, imaginándosela hambrienta y destrozada, rouca ya de tanto gritar pidiendo socorro. Dos veces quiso empezar á cavar sin nadie mandárselo, asegurando que acababa de oír su voz. El ingeniero le prohibió que bajase, y

el pobre no se separaba de la boca del pozo, sin tener siquiera tranquilidad para sentarse al lado de su madre, acometido por una necesidad imperiosa de hacer algo.

Se hallaban en el tercer día de trabajo. Negrel, desesperado, estaba resuelto á desistir de todo, si aquella misma noche no se obtenía algún resultado. A mediodía, después de comer, cuando volvió á bajar con la gente para intentar un esfuerzo supremo, quedó sorprendido al ver salir de la mina á Zacarías, muy encarnado, gesticulando como un loco, y gritando:

—¡Está ahí! ¡Me ha contestado! ¡Venid, venid pronto!

Había bajado la escala, á pesar de la prohibición del guarda, y juraba y perjuraba que en la primera galería del filón *Guillermo* estaban dando golpes.

—Ya hemos pasado dos veces por ese sitio—le contestó Negrel con incredulidad.—En fin, veremos.

La viuda de Mahen, temblando, se había levantado del suelo, y fué necesario evitar á viva fuerza que bajase como quería.

La pobre se quedó esperando en la boca del pozo, inmóvil, silenciosa, con la mirada fija en la oscuridad.

Abajo, Negrel dió tres fuertes golpes en la roca; luego aplicó el oído á las paredes de la galería, recomendando á la gente el mayor silencio. No se oyó nada. El ingeniero, desanimado, movió la ca-

beza. Evidentemente aquel pobre muchacho estaba soñando. Zacarías, furioso, empezó á dar golpes también, y de nuevo oía que le contestaban; sus ojos echaban chispas, y sus miembros todos se agitaban convulsivamente. Entonces todos los demás obreros hicieron la misma prueba, uno detrás de otro, y, en efecto, todos dijeron oír golpes y voces allá á lo lejos, muy lejos. El ingeniero estaba asombrado; pegó nuevamente el oído á la pared, y acabó por percibir un ruido ligerísimo. La hulla transmite los sonidos, lo mismo que el cristal, á grandes distancias. Un capataz, que se hallaba presente, calculaba que el espesor del bloque que los separaba de sus compañeros era, cuando menos, de cincuenta metros. Pero á nadie le parecía demasiado; todos consideraban fácil la tarea, y á las órdenes de Negrel empezaron inmediatamente á trabajar.

Cuando Zacarías vió á su madre, los dos se abrazaron y rompieron á llorar.

—No os hagáis ilusiones—dijo la mujer de Pierron, que había ido á pasear por allí aquella tarde; —porque si luego Catalina no está, será mucho mayor la pena que sintáis.

Era verdad: acaso Catalina estaría en otra parte.

—¡Déjame en paz y vete al infierno!—gritó Zacarías fuera de sí.—Yo bien sé que está ahí.

La viuda de Mahen se había vuelto á sentar, silenciosa y sombría.

Cuando la noticia llegó á Montson, una multitud

grandísima acudió presurosa. Aunque nada se veía, todos deseaban estar allí, y fué necesario mantener á los curiosos á cierta distancia. Abajo trabajaban de día y de noche. Temiendo tropezar con algún obstáculo, el ingeniero había mandado abrir tres galerías descendentes que convergían hacia el punto en que probablemente se hallaban encerrados los mineros. Un solo trabajador iba abriendo brecha; lo relevaban de dos en dos horas, y el carbón, que se sacaba en espuestas, pasaba de mano en mano por medio de una cadena de hombres formada al efecto, y que se hacía más larga á medida que el agujero se prolongaba. Al principio, la tarea adelantó rápidamente; en un día perforaron seis metros.

Zacarías logró que lo destinasen al sitio de más peligro, y se enfadaba cuando iban á relevarle al cabo de las dos horas reglamentarias. Pronto la galería donde él trabajaba estuvo más adelantada que las otras dos; luchaba contra la hulla con verdadero furor. Cuando dejaba el trabajo y salía de allí, negro de carbón, embadurnado de fango, borracho de cansancio, se dejaba caer en el suelo, y tenían que envolverlo en una manta; pero á poco, vacilando aún, se levantaba, y volvía á emprender aquel trabajo penosísimo con más furia que nunca. Lo malo era que cada vez iba siendo más duro el carbón, y que se le rompían las herramientas por la misma violencia con que las empleaba, en su desesperación de no avanzar tanto como quería.

Molestábale también mucho el calor, insoportable en el fondo de aquel cañón de chimenea, donde no podía circular el aire. Un ventilador de mano funcionaba bien; pero la circulación de aire se establecía con grandes dificultades, y ya se habían sacado algunos obreros acometidos de un principio de asfixia.

Negrel vivía allí con sus trabajadores. Le bajaban las comidas, y algunas veces dormía un par de horas encima de un saco de paja y envuelto en su capote.

El valor de todos estaba sostenido por las voces de súplica de aquellos infelices enterrados en vida, voces cada vez más distintas. Ya se oían muy claras, así como los golpes, que sonaban como si los dieran en las teclas de esos pianillos de cristal con que juegan los muchachos. Ellos servían de guía á los trabajadores, que caminaban hacia aquel ruido cristalino, como en una batalla caminan los soldados hacia donde indica el estampido del cañón.

Cada vez que relevaban á un obrero, Negrel bajaba á su sitio, daba un golpe, y aplicaba en seguida el oído, á ver si seguían contestando. Ya no tenía dudas; avanzaban con buena dirección; pero ¡qué lentitud tan funesta! Sería imposible llegar á tiempo. Al principio, en dos días pudieron perforar trece metros; al tercer día ya no abrieron más que cinco; luego sólo cuatro. La hulla se endurecía de tal modo, que con gran trabajo conseguían perforar dos metros diarios. Al noveno día, des-

pués de esfuerzos sobrehumanos, habían conseguido avanzar treinta y dos metros, y calculaban que aún faltaban otros veinte. Para los pobres prisioneros era aquel el dozavo día: ¡doce veces veinticuatro horas, sin pan ni lumbre, sumidos en profunda oscuridad, y á una temperatura verdaderamente insoportable! Pensando en eso se arrasaban los ojos en lágrimas, y se animaban todos para atacar la hulla. Parecía imposible que pudiesen sufrir tanto; y, en efecto, el ruido de los golpes lejanos disminuía considerablemente desde el día antes, y Negrel y los suyos temieron que de un momento á otro cesara por completo.

Al noveno día, á la hora de almorzar, Zacarías no contestó cuando lo llamaron para el relevo. Estaba como loco, y desahogaba su furor á fuerza de juramentos. Precisamente Negrel, que había salido un rato, no estaba allí para hacerle obedecer, ni había nadie más que un capataz y tres mineros. Sin duda Zacarías, furioso de no tener bastante claridad para trabajar, había cometido la imprudencia de abrir su linterna, á pesar de las órdenes severísimas en contrario dadas por Negrel, en vista de que se habían declarado algunos escapes de grisú. De repente estalló un trueno; una columna de fuego salió por la galería, como si ésta fuese la boca de un cañón cargado de metralla. Todo ardía; el aire se inflamaba como pólvora de un extremo á otro de las galerías. Y aquel torrente de llama arrastró al capataz y á los tres obreros, subió por

el pozo, y salió á la superficie en forma de erupción volcánica, que lanzaba piedras y pedazos de maderas á grandes distancias. Los grupos de curiosos huyeron despavoridos, y la viuda de Maheu, llevando en brazos á Estrella, á la cual tenía consigo porque no era posible dejarla en casa todo el día, echó á correr como loca, sin dirección fija.

Cuando Negrel y los obreros regresaron á la mina, fueron acometidos de una cólera terrible, al ver que, en lugar de salvar á unos compañeros, habían perdido á otros. Al cabo de tres horas de esfuerzos sobrehumanos y de peligros indescriptibles, cuando pudieron penetrar en las galerías, comenzó la lúgubre subida de las víctimas. Ni el capataz ni ninguno de los otros tres estaban muertos; pero se hallaban cubiertos de llagas horribles, de quemaduras tan atroces, que, en medio de sus gemidos, pedían á gritos que los acabaran de matar. De los tres mineros, uno era aquel que, durante la huelga, había dado el golpe de gracia á la bomba de *Gastón-Maria*; los otros dos llevaban en las manos señales de las cortaduras que se habían hecho á fuerza de tirar ladrillos á los soldados. La muchedumbre, pálida y temblorosa, se descubrió en silencio al verlos pasar.

La viuda de Maheu esperaba allí fuera, en pie é inmóvil. El cadáver de Zacarías apareció á su vez. La ropa se había quemado: el cuerpo no era más que un carbón negro, calcinado, imposible de reconocer. No tenía cabeza, porque se la había des-

hecho la explosión. Y cuando hubieron colocado aquellos horribles restos en una camilla, la viuda de Maheu le siguió automáticamente, con los párpados hinchados, pero sin derramar una lágrima. Llevaba en brazos á Estrella dormida; y cuando el fúnebre cortejo llegó al barrio, la pobre Filomena empezó á llorar amargamente, buscando así el consuelo que tanto necesitaba. Pero la madre, sin despegar los labios, regresó en seguida á *Requillart*; ya había acompañado el cadáver de su hijo, y ahora iba á recibir el de su hija.

Pasaron otros tres días. Habíanse reanudado los trabajos de salvamento en medio de inauditas dificultades. Por fortuna, las galerías no quedaron cegadas á consecuencia de la explosión de grisú; pero estaba el aire de tal modo viciado, que fué necesario montar más ventiladores. Cada veinte minutos se hacía el relevo. Tanto se avanzaba, que ya no debían separarlos de sus compañeros más que un par de metros á lo sumo. Pero ya trabajaban con la muerte en el corazón, luchando contra la hulla por pura venganza, toda vez que habían dejado de oír las señales de aquellos á quienes intentaban salvar. Llevaban doce días de trabajo; quince habían transecurrido desde el de la catástrofe.

El nuevo desgraciado accidente renovó la curiosidad de Montson; todos los burgueses organizaban excursiones á la mina, con tal entusiasmo, que hasta los señores Gregoire se decidieron á seguir

el ejemplo de los demás. Arreglóse la expedición, quedando convenidos que ellos irían á *La Voreux* en su carruaje, en tanto que la señora de Hennebeau llevaría en el suyo á Lucía y á Juana. Deneulín les enseñaría las obras, y después, todos reunidos, regresarían por *Requillart*, para que Negrel les dijese en qué estado se hallaban sus trabajos, y si aún tenía esperanzas de buenos resultados. Por la noche comerían todos reunidos.

Cuando á eso de las tres los Gregoire y su hija Cecilia llegaron á la mina, encontraron á la señora de Hennebeau que los había adelantado, luciendo un traje azul marino, y defendiéndose del pobre sol de Febrero con una magnífica sombrilla de encaje. Precisamente estaban allí charlando Hennebeau y Deneulín, y ella escuchaba con aire distraído las explicaciones que este último le daba acerca de los esfuerzos hechos para encauzar el canal.

—¡Y para esto se molesta uno!—exclamó desilusionado el señor Gregoire.

Cecilia, muy alegre, contentísima de respirar el aire puro, reía y bromeaba, mientras la señora de Hennebeau, haciendo muecas de repugnancia, decía:

—La verdad es que no tiene nada de bonito.

Los dos ingenieros se echaron á reír, y trataron de interesar á los expedicionarios, explicándoles los diferentes sistemas de bomba y otros pormenores por el estilo; pero las señoras preferían pensar en otras cosas, porque todos aquellos horrores, luego por la noche producían pesadillas.

—Vámonos,—dijo la señora de Hennebeau, dirigiéndose á su carruaje.

Juana y Lucía protestaron. ¡Cómo! ¡Tan pronto! Y se empeñaron en quedarse allí, sacando vistas al lápiz de toda la mina, prometiendo que su padre las llevaría á la Dirección antes de la hora de comer. El señor Hennebeau subió al carruaje con su mujer; deseaba también preguntar á Negrel por el estado de las obras interesantísimas que dirigía. Todos esperaban que de un momento á otro se estableciera comunicación entre las víctimas del desastre de *La Voreux* y sus generosos salvadores.

—Bueno; id delante, que nosotros os alcanzamos en seguida—dijo el señor Gregoire.—Tenemos que hacer una visita de cinco minutos ahí, en el barrio de los obreros... Andad, andad, porque llegaremos á *Requillart* casi al mismo tiempo.

Tomó asiento en el carruaje, después de ayudar á subir á su mujer y á Cecilia; y mientras el coche del señor Hennebeau seguía la orilla del canal, el de ellos empezó á subir lentamente la cuesta que conducía al barrio.

Habían decidido completar su excursión con una obra de caridad. La muerte de Zacarías los tenía llenos de compasión hacia aquella trágica familia de Maheu, de la cual se hablaba en toda la comarca. No compadecían al padre, á aquel asesino de los soldados, al cual fué necesario matar como se mata á un lobo; pero la pobre mujer, que no tenía culpa de nada, lo pagaba todo, y después de que-

darse viuda, acababa de ver morir á su hijo, y quizás su hija Catalina no sería ya más que un cadáver enterrado entre los escombros de *La Voreux*, sin contar que se trataba también de un abuelo imposibilitado, de un muchacho cojo á consecuencia de un hundimiento en *La Voreux*, y de una chiquilla muerta de hambre en los días de la huelga. Y si bien aquella familia tenía merecidas, en parte, todas estas desdichas por sus detestables ideas políticas, habían resuelto olvidarlo todo, y, fieles á su sistema de perdón, llevarles una limosna. En un rincón del carruaje se veían dos paquetes cuidadosamente envueltos.

Una vieja indicó al cochero la casa de los Maheu, que era el núm. 16 de la segunda manzana. Los Gregoire se apearon con los paquetes debajo del brazo; llamaron inútilmente á la puerta. Nadie contestaba; la casa tenía todo el aspecto de una vivienda abandonada desde mucho tiempo antes.

—No hay nadie—dijo Cecilia, en tono de reproche.—¡Vaya un fastidio! ¿Qué haremos ahora de todo esto?

De pronto la mujer de Levaque abrió la puerta de su casa, y se presentó en el dintel.

—¡Oh! ¡señorita, perdonad! ¡perdonad!... ¿Buscáis á la vecina? Está en *Requillart*...

Y en un discurso larguísimo les explicó la situación, añadiendo que, como era necesario que los vecinos se ayudasen unos á otros, se quedaba ella todos los días con Leonor y Enrique en su casa, á

fin de que la pobre mujer pudiera ir á *Requillart*. Fijáronse luego sus miradas en los lios de ropa, y entonces empezó á lamentarse de su situación y de la de su pobre hija, que acababa de enviudar, con objeto de conmoverlos. Después de titubear un momento, añadió:

—Aquí tengo la llave; si los señores quieren absolutamente entrar, les abriré. Ahí dentro está el tío *Buenamuerte*.

Los Gregoire la miraban estupefactos. ¿Cómo? ¿El abuelo estaba allí, y no contestaba, á pesar de lo mucho que habfan llamado? ¿Estaría durmiendo? Y cuando la mujer de Levaque abrió la puerta, el espectáculo que presenciaron los detuvo en el dintel.

Allí estaba el pobre *Buenamuerte*, solo, sentado en una silla delante de la chimenea apagada, con los ojos desmesaradamente abiertos y la mirada fija en la pared.

La habitación, sin el reloj que la animaba y los muebles que tenía antes, parecía más grande; en las paredes no quedaban más que los retratos del Emperador y de la Emperatriz, cuyos sonrosados labios sonreían con un aire de benevolencia oficial. El anciano no se movía, y estaba como si no viese toda aquella gente que se le había entrado por las puertas. Su aspecto era el de un idiota.

—No hagáis caso, si el pobre se muestra grosero—dijo la Levaque en tono amable.—Tiene la cabeza mala, según parece. Hace más de quince días

que no habla una palabra, ni hace caso de nada ni de nadie.

Turbados y llenos de disgusto, los señores Gregoire trataron, sin embargo, de pronunciar algunas palabras amistosas.

—Vamos—dijo el padre,—vamos, buen hombre; ¿qué es eso? ¿estáis mudo?

El viejo no volvió siquiera la cabeza.

—Debían daros una taza de aguas cocidas,—añadió la señora Gregoire.

El viejo continuó inmóvil y silencioso.

—Papá—murmuró Cecilia;—ya nos habfan dicho que estaba imposibilitado, sino que no nos acordábamos...

Detúvose un momento. Después de colocar encima de la mesa un puchero de comida y dos botellas de vino, se puso á deshacer el otro paquete que llevaba, y sacó de él un par de zapatos enormes. Era el regalo que destinaban al abuelo; la joven estuvo un rato con ellos en la mano, y contemplando aquellos piés hinchados, que ya no podrían andar nunca.

—¡Caramba! Llegan un poco tarde, ¿no es verdad, buen hombre?—replicó el señor Gregoire, tratando de animar un poco aquella entrevista.—Pero, en fin, siempre son buenos.

Buenamuerte, ni oyó ni contestó; su semblante no perdía aquella frialdad ni aquella dureza que le asemejaban al de una estatua.

Entonces Cecilia dejó los zapatos en el suelo.

fin de que la pobre mujer pudiera ir á *Requillart*. Fijáronse luego sus miradas en los líos de ropa, y entonces empezó á lamentarse de su situación y de la de su pobre hija, que acababa de enviudar, con objeto de conmoverlos. Después de titubear un momento, añadió:

—Aquí tengo la llave; si los señores quieren absolutamente entrar, les abriré. Ahí dentro está el tío *Buenamuerte*.

Los Gregoire la miraban estupefactos. ¿Cómo? ¿El abuelo estaba allí, y no contestaba, á pesar de lo mucho que habían llamado? ¿Estaría durmiendo? Y cuando la mujer de Levaque abrió la puerta, el espectáculo que presenciaron los detuvo en el dintel.

Allí estaba el pobre *Buenamuerte*, solo, sentado en una silla delante de la chimenea apagada, con los ojos desmesuradamente abiertos y la mirada fija en la pared.

La habitación, sin el reloj que la animaba y los muebles que tenía antes, parecía más grande; en las paredes no quedaban más que los retratos del Emperador y de la Emperatriz, cuyos sonrosados labios sonreían con un aire de benevolencia oficial. El anciano no se movía, y estaba como si no viese toda aquella gente que se le había entrado por las puertas. Su aspecto era el de un idiota.

—No hagáis caso, si el pobre se muestra grosero—dijo la Levaque en tono amable.—Tiene la cabeza mala, según parece. Hace más de quince días

que no habla una palabra, ni hace caso de nada ni de nadie.

Turbados y llenos de disgusto, los señores Gregoire trataron, sin embargo, de pronunciar algunas palabras amistosas.

—Vamos—dijo el padre,—vamos, buen hombre; ¿qué es eso? ¿estáis mudo?

El viejo no volvió siquiera la cabeza.

—Debían daros una taza de aguas cocidas,—añadió la señora Gregoire.

El viejo continuó inmóvil y silencioso.

—Papá—murmuró Cecilia;—ya nos habían dicho que estaba imposibilitado, sino que no nos acordábamos...

Detúvose un momento. Después de colocar encima de la mesa un puchero de comida y dos botellas de vino, se puso á deshacer el otro paquete que llevaba, y sacó de él un par de zapatos enormes. Era el regalo que destinaban al abuelo; la joven estuvo un rato con ellos en la mano, y contemplando aquellos piés hinchados, que ya no podrían andar nunca.

—¡Caramba! Llegan un poco tarde, ¿no es verdad, buen hombre?—replicó el señor Gregoire, tratando de animar un poco aquella entrevista.—Pero, en fin, siempre son buenos.

Buenamuerte, ni oyó ni contestó; su semblante no perdía aquella frialdad ni aquella dureza que le asemejaban al de una estatua.

Entonces Cecilia dejó los zapatos en el suelo.

—¡No tengáis cuidado, que no dará las gracias siquiera!— exclamó la Levaque, mirando los zapatos con envidia. — Eso es echar margaritas á puercos...

Y siguió hablando, á ver si conseguía llevar á su casa á los Gregoire, y hacer que se compadeciesen de ella. Por fin, imaginó un pretexto, cual fué, el de alabarles á Leonor y á Enrique, que eran muy monos, y tan inteligentes y tan listos, que contestaban como ángeles á todo cuanto se les preguntaba. Ellos explicarían á los señores lo que quisieran saber.

—¿Vámonos, hijita mía?— dijo el señor Gregoire, que estaba deseando salir de allí.

—Sí, allá voy,— respondió la joven.

Cecilia quedó á solas con *Buenamuerte*. Lo que la retenía allí, fascinándola, atrayéndola, era que creía conocer al viejo; ¿dónde había visto aquella cara escuálida, lívida, sureada de manchas de carbón? De pronto lo recordó todo; recordó las turbas amotinadas que la rodearon, amenazándola, y sintió unas manos heladas que la cogían por el cuello. Eran las de aquel viejo; volvía á fijarse en él, le miraba las manos que tenía puestas en las rodillas, manos de obrero, en las cuales residía toda su fuerza; puños de hierro sólidos aún, á pesar de la edad, capaces de matar á cualquiera con la sola presión de los dedos. Poco á poco *Buenamuerte* parecía ir despertando de su letargo, y á su vez examinaba á la joven con extraña atención. De repente sus me-

jillas se colorearon, como si toda su sangre afluyese á la cabeza, y un temblor nervioso contrajo su boca, por entre cuyos labios se escapaba un hilo de saliva negra.

Atraídos uno hacia otro, ambos permanecían inmóviles, contemplándose en silencio: élla, fresca, hermosa, llena de juventud y de vigor; él, arrugado y horrible, verdaderamente asqueroso por efecto de su prematura hereditaria decrepitud. El contraste no podía ser más grande.

Al cabo de diez minutos, cuando los señores Gregoire, inquietos, viendo que Cecilia no salía de allí, volvieron á entrar en casa de Mahen, dieron un grito terrible de angustia y de dolor: su hija yacía en el suelo, con la cara amoratada por efecto de una estrangulación. Los dedos enormes de *Buenamuerte* habían quedado marcados en su cuello, y el viejo había caído al suelo, al lado de su víctima, sin poderse levantar.

Tenía las manos abiertas, y miraba á la gente con aquella expresión de idiotismo que no le abandonaba ya.

Jamás se pudo establecer con exactitud la verdad de los hechos. ¿Por qué se acercó Cecilia al viejo? ¿Cómo éste, que no podía moverse de la silla, la había cogido del cuello?

Indudablemente élla se habría defendido, y era extraño que nadie oyera ni una queja, ni un lamento, ni un grito.

Era necesario creer en un ataque repentino de

locura furiosa, en una tentación inexplicable de asesinar, á la vista de aquel cuello tan blanco y tan bien cuidado de la joven. Tal acto de salvajismo llamó mucho la atención en aquel viejo imposibilitado, que había vivido siempre como un hombre honrado, como una bestia resignada, y siendo enemigo de las ideas modernas que empezaban á propagarse entre los obreros. ¿Qué rencor, ignorado hasta por él mismo, lo había llevado al asesinato?

El horror que todo ello inspiraba convenció á la gente y á la justicia de que era irresponsable, y de que aquel asesinato era el crimen de un idiota.

Los señores Gregoire, arrodillados junto al cadáver de su hija, gemían, inconsolables en su dolor terrible. Aquella hija adorada, aquella hija á quien tanto amaban, aquella cuyo sueño subían á contemplar de puntillas para no interrumpirlo, para la cual todo les parecía poco, había dejado de existir á manos de un asesino inconsciente. ¿Para qué querían vivir ya, si no habían de vivir con ella y para ella?

La mujer de Levaque, horrorizada, no hacía más que gritar:

—¡Ah! ¡Viejo bribón! ¿Qué demonios has hecho? ¿Quién había de esperar cosa semejante!... ¡Y su nuera que no vendrá hasta la noche! ¿Queréis que vaya á buscarla?

El padre y la madre, anonadados, no contestaban.

—¿Eh? Será mejor.... Allá voy.

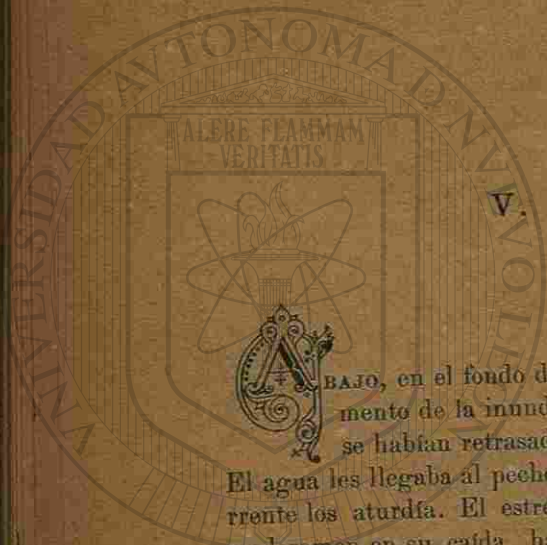
Pero antes de salir, la mujer de Levaque miró

los zapatos. El barrio entero se había puesto en conmoción; la gente se apiñaba á la puerta de la casa. Probablemente alguien robaría los zapatos. Además, en casa de los Mahieu no quedaba ningún hombre á quien le sirvieran.... Un minuto después, sin titubear ya, los cogió debajo del brazo y se marchó con ellos. Debían estarle muy á la medida á Bouteloup.

En *Requillart*, los señores de Hennebeau estuvieron con Negrel mucho rato esperando á la familia Gregoire.

Aún se hallaban allí cuando llegó la mujer de Levaque en busca de su vecina, y contó lo sucedido.

La señora de Hennebeau estuvo á punto de desmayarse. ¡Qué horror! ¡Pobre Cecilia! ¡Tan alegre, tan animada aquella misma mañana! El señor Hennebeau tuvo que hacer entrar á su mujer en la cabaña de Mouque un momento, para que se repusiera de la emoción. Con mano torpe y nerviosa le desabrochaba el vestido, excitado de no sé qué extraños deseos, al oler el perfume que salía de su seno. Y cuando élla, con lágrimas en los ojos, abrazaba á Negrel, dándole el pésame por aquella desgracia que impedía su boda; cuando el marido los vio lamentando juntos la muerte de aquella pobre muchacha, se sintió satisfecho y libre de una preocupación, la de que aquella desgracia lo arreglaba todo, porque prefería que su mujer se quedase con el sobrino, no fuese á hacer el diablo que le sustituyera el cochero ó el criado de su casa.



BAJO, en el fondo de la mina, en el momento de la inundación, los infelices que se habían retrasado bramaban de terror. El agua les llegaba al pecho. El estruendo del torrente los aturdió. El estrépito producido por el maderamen en su caída, hacía pensar en una catástrofe horrenda que acabara con el mundo entero; y su espanto sin límites crecía, oyendo los relinchos de los caballos encerrados en la cuadra, relinchos de muerte, terribles, inauditos, capaces por sí solos de volver loco á cualquiera.

Monque había soltado á *Batallador*. Y el pobre animal, con la orin erizada, el ojo dilatado y la mirada fija, contemplaba el agua, que iba subiendo de nivel rápidamente. De pronto, el animal volvió grupas, y emprendió una vertiginosa carrera por las oscuras galerías. Aquella fué la señal de

¡sálvese el que pueda! Todo el mundo echó á correr detrás del caballo.

—Aquí no hay nada que hacer—gritó Monque;—vamos á ver si podemos salir por *Requillart*.

La esperanza de salvarse por la mina vieja, si las aguas no la habían invadido todavía, les daba alas.

Los veinte corrían á cual más, levantando las linternas todo lo que podían, para que la humedad no las apagase. Afortunadamente, la galería estaba en cuesta, y pudieron recorrer doscientos metros sin ser alcanzados por las aguas. Al llegar al primer sitio donde se cruzaban dos galerías, surgió un desacuerdo de opiniones. El mozo de cuadra se empeñaba en tomar por la derecha, mientras que otros creían que por la izquierda se acortaba el camino. Entre tanto, se perdió un minuto.

—¿A mí qué me importa que reventéis?—gritó brutalmente Chaval.—Yo me voy por aquí.

Y tomó la galería de la derecha, seguido de otros dos.

Los demás echaron á correr en pos del tío Monque, que, después de todo, debía conocer aquello, puesto que había nacido y vivido siempre en *Requillart*. Así y todo, titubeaba á cada momento. Cada vez que se presentaba una bifurcación de la galería, se quedaba parado, acabando por tomar aquella que le aconsejaba su instinto. Esteban corría el último, retenido por Catalina, á quien entorpecían el cansancio y el miedo.

Por su gusto, hubiera torcido á la derecha, como Chaval, porque creía que aquel era el buen camino; pero lo detuvo el deseo de separarse del hombre á quien más aborrecía en el mundo.

Las opiniones volvieron á dividirse, y cada cual tiró por su lado, no quedando más que seis en el grupo que seguía al tío Mouque.

—Cógete á mis hombros, y te llevaré,—dijo Esteban á la joven, viéndola desfallecer.

—No; déjame—murmuró ella;—no puedo más; prefiero morir en seguida.

Habíanse quedado un poco rezagados; y empezaba Esteban á cogerla en brazos á pesar de su resistencia, cuando la galería quedó interceptada. Un bloque enorme, desprendido del techo, los separó de sus compañeros. La inundación crecía por todas partes, y no pudiendo continuar su camino, volvieron atrás, andando á la ventura, y sin saber la dirección que llevaban. Ya se acabó todo; era necesario renunciar á salvarse por *Requillart*.

Su única esperanza consistía en huir de la crecida y llegar á las canteras más altas, de donde los compañeros los sacarían si el nivel de las aguas comenzaba á descender.

Esteban reconoció que se hallaban en el filón *Guillermo*.

—Bueno—dijo:—ya sé dónde estamos, y vive Dios que íbamos por buen camino; pero ahora ya no hay esperanza... Mira, sigamos derechos, y subiremos por la chimenea.

El agua les llegaba al pecho. Caminaban con mucha lentitud. Mientras llevasen luz no desesperarían, por lo cual apagaron una de las linternas, á fin de guardar el aceite para echársele oportunamente á la otra. Empezaron á subir por la chimenea; Catalina, acometida de un repentino pavor, murmuró al oído de Esteban:

—¡Por Dios! ¡Sácame de aquí, sácame de aquí; yo no quiero morir!

El joven la había cogido por la cintura, y la llevaba como si fuese una pluma. Ya era tiempo, porque el agua subía, y cuando ellos penetraban en la chimenea, tenían hasta el cuello mojado. Cuando consiguieron verse en la primera galería superior adonde las aguas de la crecida no alcanzaban aún, respiraron libremente. Pero su tranquilidad duró bien poco; acosados por la inundación, de aquélla subieron á la segunda galería, de ésta á la tercera, y así sucesivamente hasta la novena, que era la última. No había, pues, medio de subir más; si el nivel de las aguas no se detenía, estaban perdidos irremisiblemente.

Catalina, muerta de cansancio, aturdida por el miedo y los rugidos de aquella tempestad subterránea, continuaba diciendo:

—¡Yo no quiero morir, no quiero morir! ¡Sálvame, por Dios!

Esteban, por tranquilizarla, le decía que allí no había peligro; que estaban corriendo hacia seis horas, y que de seguro sus compañeros procurarían

salvarlos. Y decía seis horas, por decir algo, puesto que habían perdido la noción del tiempo, y en realidad habían tardado un día entero en aquella ascensión de galería en galería por el filón *Guillermo*. Instaláronse allí, calados hasta los huesos y tiritando. Ella se desnudó para retorcer la ropa, y volvió á ponerse los pantalones y la blusa sin secar del todo. Como estaba descalza, el joven la obligó á ponerse sus zuecos. Ahora ya podían esperar.

A poco de estar allí, sintieron grandes dolores en el estómago, y comprendieron que se morían de hambre. Hasta entonces no pensaron en ello. Y como en el momento de ocurrir la catástrofe no habían almerzado todavía, encontraron en el bolsillo su merienda, aquellas tostadas de pan convertidas ahora en verdaderas sopas. Repartiéronse el pan como hermanos, y luego la pobre muchacha, rendida de cansancio, se quedó dormida sobre la tierra húmeda. Él, acometido por el insomnio, la velaba con la cabeza entre las manos y la mirada fija en el suelo.

¿Cuántas horas transcurrieron así? No lo hubiera podido decir. Lo que sí sabía es, que por el agujero de la chimenea subía el agua, subía, firme en su empeño de devorarlos. Esteban, por compasión, no se atrevía á despertarla; pero al fin, ante la inminencia del peligro, no tuvo más remedio que hacerlo. Mas ¿por dónde huir? Y buscando, recordó que el plano inclinado establecido en aquella parte del filón, se comunicaba por un extremo con el del

piso superior de la mina. Tal recuerdo era una esperanza de salvación; así es que cuando Catalina, despierta, hablaba de morir, él la tranquilizó, diciendo:

—¡No! Cálmate; te juro que todavía no está todo perdido.

Con inmenso trabajo, gracias á esfuerzos verdaderamente sobrehumanos, llenos de heridas hechas por las escabrosidades de la pared, consiguieron llegar adonde deseaban; pero quedáronse atónitos cuando al desembocar en la galería superior, vieron luz y oyeron la voz de un hombre, que les gritaba enfurecidos:

—Otros tan bestias como yo.

Reconocieron á Chaval, que estaba allí furioso, sin poder seguir su camino á causa de recientes desprendimientos, los cuales, al producirse, habían matado á los dos compañeros que le acompañaban. Él, herido en un codo, tuvo, sin embargo, valor para arrebatárles las linternas, y robarles de los bolsillos el pan del almuerzo. Al separarse de los dos cadáveres, otro derrumbamiento del techo acabó de cerrar la galería.

Al ver á los recién llegados, juró no repartir con ellos sus provisiones, aunque fuese preciso matarlas para conservarlas todas.

Luego, cuando vió quiénes eran, se calmó de pronto, y comenzó á sonreír en son de burla.

—¡Hola! ¿Eres tú, Catalina? Vienes á buscar á tu hombre, ¿eh? Haces bien.

Y afectaba no notar la presencia de Esteban. Este último, furioso con aquel encuentro, había hecho un movimiento para proteger á la muchacha, que se estrechaba contra él. Pero no quedaba más remedio que aceptar la situación; y como se habían separado amistosamente, se contentó con preguntarle con la mayor tranquilidad:

—¿Has mirado al fondo? Ya habrás visto que es imposible llegar á las canteras.

Chaval seguía bromeando.

—¡Ah! Las canteras...; están todas cegadas, estamos aquí presos como el raton en la ratonera. No hay más remedio que morir. Si te quedas—añadió después de un momento,—procura dejarme en paz, que yo no he de meterme contigo. Todavía cabemos aquí los dos. Luego veremos quién revienta primero.... A menos que vengan á salvarnos, lo cual me parece muy difícil.

Esteban, sin hacerle caso, se limitó á contestar:

—Puede que si diéramos golpes nos oyeran.

—Estoy cansado de darlos.... Mira, toma esa piedra, y á ver si eres tú más afortunado.

El joven recogió del suelo el pedazo de carbón que le indicaban, y comenzó á dar golpes en la pared, haciendo la señal al uso entre los obreros cuando se veían en peligro. Luego pegó la oreja á la vena, á ver si le contestaban. Veinte veces hizo lo mismo, y ninguna de ellas consiguió oír el menor ruido.

Entre tanto Chaval, afectando gran tranquilidad,

se entretenía en arreglar las tres linternas, después de apagar dos de ellas, para que le sirviesen más tarde. Luego dejó en un rincón el pan que le quedaba, que escaseándolo un poco, sería suficiente para mantenerlo un par de días.

—Oye—dijo de pronto, volviéndose hacia Catalina;—cuando tengas hambre, ya sabes que la mitad de esto es para tí.

La joven no contestó. ¡Qué desgracia tan grande, encontrarse otra vez entre aquellos dos hombres! Sentáronse todos en el suelo; ni Chaval ni Esteban hablaban una palabra; por indicación del primero, y á fin de economizar aceite, apagó el segundo su linterna: luego reinó entre ellos el más profundo silencio. Catalina se acercaba al joven, inquieta y disgustada con las miradas que le dirigía su antiguo amante. Las horas transecurrian, y el rumor del agua, que cada vez iba subiendo más de nivel, no casaba ni un instante. Cuando la linterna estuvo á punto de apagarse, fué necesario abrir otra para encenderla; estremeciéronse al pensar en el grisú; pero como era preferible morir de una vez á estar en la oscuridad, vacilaron muy poco. No pasó nada; afortunadamente no había grisú.

Tendiéronse de nuevo en el suelo; las horas siguieron transecurriendo con abrumadora lentitud. Al cabo de no se sabe cuánto tiempo, un ligero ruido hizo levantar la cabeza á Esteban y á Catalina; Chaval se decidía á comer; cortó la mitad de una tostada, y empezó á mascar un pedazo len-

tamente, para que le durase más. Ellos, atormentados por el hambre, lo contemplaban en silencio.

—¿De veras no quieres?—preguntó á la muchacha con aire provocativo.—Pues haces mal.

La pobrecilla bajó la cabeza, temiendo ceder á la tentación, con el estómago tan dolorido, que las lágrimas asomaban á sus ojos. Pero adivinaba lo que le pedía; aquella mañana había tratado de conquistarla, poseído de violentos deseos, bajo la influencia, sin duda, de los celos, al verla al lado de otro. Y la pobre muchacha presentía una catástrofe espantosa, si aquellos dos hombres volvían á chocar.

Esteban se hubiera muerto cien veces de hambre antes que mendigar un pedazo de pan de su rival. El silencio era abrumador; parecía durar ya una eternidad, á causa de la monótona lentitud con que pasaban aquellas horas sin esperanza. Ya llevaban un día encerrados los tres juntos. La segunda linterna estaba apagada, y encendieron la tercera. Chaval entonces se preparó á comer otro pedazo de pan, mientras que mirando á Catalina con ojos de codicia, murmuraba:

—¡Ven, tonta!

La joven se estremeció. Para dejarla en libertad, Esteban se había vuelto de espaldas, y viendo que no se movía, le dijo en voz baja:

—Anda, hija mía.

Entonces asomaron á sus ojos las lágrimas que hacía tiempo estaba conteniendo. Lloró amargamente, sin tener fuerzas para levantarse, sin saber

siquiera si tenía hambre ó no, sufriendo grandes dolores en todo el cuerpo. El se había puesto en pie. Iba y venía de un lado á otro; golpeaba las paredes fuertemente, haciendo la señal de los mineros en peligro, furioso de aquel resto de vida que le obligaba á pasar encerrado con un rival aborrecido. ¡Ni siquiera el consuelo de reventar uno lejos de otro! No podía andar ocho ó diez pasos sin tropezar con aquel hombre. ¡Y ella, pobre muchacha, que era necesario reparársela aun á la hora de la muerte! Pertenecería al último que muriese; el otro se la volvería á robar, si moría antes que él.

Aquel tormento no terminaba; la repugnante promiscuidad se agravaba con la confusión de los alientos y de las necesidades íntimas satisfechas en común. Por dos veces Esteban la emprendió á puñetazos con las rocas, como para abrirse un camino.

Pasó otro día más; Chaval se acercó á Catalina, compartiendo con ella el pan que se disponía á comer. La joven mascaba los bocados penosamente; él se los hacía pasar á caricias. Catalina, abatidísima, se abandonaba á él; pero cuando éste trató de violentarla, la infeliz se quejó:

—¡Oh! ¡Déjame! ¡No puedo; estoy medio muerta!

Esteban, temblando, había apoyado la frente en la pared para no ver nada. De pronto se volvió, y dirigiéndose al otro, gritó fuera de sí:

—Si no la dejas, te mato.

—¿Qué te importa á tí esto?—dijo Chaval.—Es mi mujer, y me pertenece.

Y estrechándola entre sus brazos tan fuertemente, que la hacía gritar, la besó en la boca repetidas veces, mientras añadía:

—Déjame en paz, ¿eh? Haz el favor de retirarte un poco, para que hagamos nosotros lo que nos parezca.

Pero Esteban, con los dientes apretados, exclamó de nuevo:

—¡Si no la dejas, te ahogo!

El otro se puso rápidamente en pie, porque comprendió por el tono de su voz que la cosa iba de veras. La muerte le parecía demasiado lenta, y era necesario que inmediatamente uno de los dos dejase de vivir. Empezaba de nuevo la batalla en el mismo sitio donde uno de los dos, ó los dos quizás, se quedarían para siempre; y tenían tan poco sitio para luchar, que no podían blandir los puños sin destrozárselos contra la pared.

—¡Cuidado— rugió Chaval;— porque esta vez te mato!

Esteban, en aquel momento, se volvió loco. Sintió algo así como una ola de sangre que se le subía de las entrañas á la cabeza, quitándole la vista. Le acometía una necesidad imperiosa de matar: una necesidad física, como la excitación de una mucosa produce un golpe de tos. Todo aquello era superior á su voluntad y consecuencia de la lesión hereditaria. Había cogido un pedrusco enorme de carbón; lo levantó con los dos brazos, y arrojándolo con fuerza, lo dejó caer sobre el cráneo de Chaval.

Este, que no tuvo tiempo de hacerse atrás, cayó al suelo con la cara destrozada y el cráneo hecho pedazos. Los sesos fueron á estrellarse contra el techo de la galería; de la herida manaba un río de sangre. Esteban, con los ojos casi fuera de sus órbitas, contemplaba aquel cadáver sumido en la semioscuridad que reinaba en la galería. Al fin había sucedido lo que temía; al fin había matado á un hombre. En confusión recordaba todas sus luchas: aquel combate inútil contra el veneno que dormía en sus músculos, contra el alcohol acumulado en su raza. Sin embargo, no estaba ebrio más que de hambre; la continua borrachera de sus ascendientes había bastado. Erizábasele el cabello ante el horror de aquel asesinato, y á pesar de las protestas de su educación, su corazón latía alborozado con la bestial alegría de un apetito al fin satisfecho. Luego sintió el orgullo de haber sido el más fuerte. ¡También él sabía matar!

Catalina dió un grito terrible:

—¡Dios mío! ¡Está muerto!

—¿Lo sientes?—preguntó Esteban con extraña entonación.

La pobre se ahogaba, y no sabía qué decir. Luego vaciló, y cayó en brazos del joven.

—¡Ah! Mátame á mí también. ¡Ah! ¡Muramos los dos juntos!

Y se abrazaba á su cuello, y él correspondía al abrazo, y así permanecieron largo rato, como si en efecto aguardasen la muerte en aquel instante. Al

cabo de algunos minutos, se desprendieron uno de otro. Luego, mientras ella se tapaba los ojos con las manos, él arrastró el cadáver hasta la entrada del plano inclinado, para quitarlo de aquel rincón estrecho, donde aún era necesario permanecer quien sabe cuánto tiempo. La vida se habría hecho imposible con aquel muerto á sus piés. Ambos se estremecieron al oír el sordo ruido que produjo el cuerpo de Chaval cuando cayó en el agua.

Al cabo de un rato echaron de ver que la inundación, siempre creciente, invadía el trozo de terreno donde se refugiaban.

La lucha empezó de nuevo contra el temible elemento. Habían encendido la última linterna que les quedaba; el agua no tardó en subirles hasta la rodilla. Como la galería estaba en cuesta, subieron á la parte superior, lo cual les dió un respiro de algunas horas. Pero la inundación crecía, y pronto se vieron mojados hasta la cintura. En pie, horrorizados, con la espalda pegada á la pared, contemplaban la crecida, sin saber qué hacer. Cuando el agua les llegase á la boca, todo estaría concluido.

De pronto reinó profunda oscuridad, se había consumido la última gota de aceite de la última linterna que tenían. Oscuridad completa, absoluta; la oscuridad de la tierra, donde habían de quedar enterrados sin volver á ver jamás la luz del día.

—¡Por vida de Dios!—exclamó sordamente Esteban.

Catalina se apretaba contra él, como buscando protección, y repetía en voz baja una frase muy usual entre los mineros:

—La muerte apaga la linterna.

Ante aquella amenaza, su instinto luchó con bríos; sentían un deseo febril de vivir. Esteban empezó á abrir un agujero en la hulla con ayuda del mango de la linterna, en tanto que Catalina hacía lo mismo con las uñas. De ese modo hicieron una especie de banquillo en alto, donde poder sentarse; y cuando se vieron en él, los dos se encontraron sentados, con las piernas colgando, la espalda encorvada y la cabeza pegada al techo de la galería. El agua no les mojaba más que los talones; pero pronto experimentaron una terrible sensación de frío en todo el cuerpo. En el banco que habían hecho, la humedad era tanta, que estaba muy resbaladizo y les obligaba á sujetarse muy bien para no caer. Se acercaba el final. ¿Cuánto tiempo esperarían la muerte metidos en aquel nicho, sin atreverse á hacer movimiento alguno, extenuados, hambrientos, sin pan y sin luz? Lo que más les hacía sufrir, era la oscuridad.

Las horas transcurrieron monótonamente, sin que ninguno de los dos pudiera darse cuenta de su duración. Ya no tenían esperanza alguna de salvación; todo el mundo ignoraba su presencia en aquel sitio, todos estaban en la imposibilidad de llegar allí, y el hambre acabaría con ellos, si por acaso la inundación les perdonaba.

Quisieron hacer otra tentativa, llamando á golpes en la pared, como antes; pero la piedra de que para ello se sirvieran se había quedado abajo.

Además, ¿quién había de oírlos?

Catalina, resignada, apoyó su dolorida cabeza contra la pared de carbón. De pronto se estremeció violentamente.

—¡Escucha!— murmuró en voz baja.—¡Escucha!

Esteban pegó la oreja á la pared. Uno y otro quedaron inmóviles, llenos de ansiedad... No, no se equivocaban... Allá, á lo lejos, muy lejos, acababan de sonar tres golpes. No sabían cómo contestar. Entonces Esteban tuvo una idea.

—Puesto que tienes los zuecos puestos, saca los pies, y da golpes con los talones.

Así lo hizo ella; volvieron á escuchar, y distinguieron otra vez el ruido de los tres golpes lejanos. Veinte veces hicieron la prueba, y las veinte les contestaron. Los dos estaban llorando; se abrazaban y se besaban, á riesgo de perder el equilibrio. Por fin sus amigos, sus compañeros, estaban allí y corrían á socorrerlos. Aquello fué un desbordamiento de gozo y de amor, que mataba los tormentos pasados, como si sus salvadores estuviesen tan cerca, que no necesitaran más que empujar un bloque para abrirles paso.

Poco á poco fueron desanimándose otra vez, y pensando en el tiempo que se necesita para perforar un metro en el espesor de las capas de carbón; comprendieron que de ningún modo podrían estar

vivos cuando llegara el auxilio generoso de sus amigos.

Pasó un día y luego otro. Llevaban seis allí enterrados. El agua, que se había detenido cuando les llegaba por la rodilla, no subía ni bajaba; sentían las piernas metidas en aquel baño de hielo.

La pobre Catalina sufría horriblemente por efecto del hambre. Se llevaba las manos á la garganta, como si quisiera ahogarse, y no podía contener los quejidos que le arrancaban aquellos dolores espantosos que sentía en el estómago. Esteban, acosado por el mismo tormento, palpaba febrilmente en la oscuridad; de pronto, sus dedos tropezaron en un pedazo de madera, sin duda restos de algún puntal medio podrido, y sus uñas se clavaron en él para arrancarle las hebras. Dió un puñado de ellas á Catalina, que se las comió con glotonería. Dos días vivieron comiendo de aquella madera podrida; la devoraron toda entera, y se desesperaron al ver que se había concluido. Entonces creció su suplicio; estaban rabiosos de no poder comerse la ropa que cubría sus cuerpos; un cinturón de cuero que Esteban llevaba puesto, los consoló un poco. El joven fué cortando pedacitos de él con las uñas; Catalina los mordía, los mascaba, y acababa por tragárselos, entreteniéndose sus mandíbulas, y acariciando la ilusión de que estaba comiendo. Cuando se acabó el cinturón, se consolaron chupando un pedazo de tela de sus blusas.

Pero pronto aquellos violentos gritos del estóma-

go se calmaron; el hambre se convirtió en un dolor profundo, pero sordo, en el agotamiento lento y progresivo de las pocas fuerzas que les quedaban. Sin duda hubieran muerto antes, á no ser porque tenían toda el agua que deseaban. Les bastaba bajarse un poco, para beber en la palma de la mano.

Otro y otro día transeurrieron. Catalina lloraba mucho, y estaba abatidísima, hasta que acabó por caer en un estado de somnolencia invencible. Esteban la despertaba; la muchacha decía torpemente algunas palabras, y se quedaba otra vez dormida, sin levantar siquiera los párpados, y temiendo que se cayese y se ahogara, la cogió por la cintura. El era quien tenía ahora que contestar á las señales hechas por los compañeros que trabajaban para salvarlos. El ruido se aproximaba cada vez más; los golpes de las picas y de las palas se oían á sus espaldas muy distintamente. Pero también sus fuerzas disminuían por momentos, y ya no tenía ni valor para contestar á las señales que hacían sus salvadores. Ya sabían que estaba allí; ¿á qué cansarse más? Ya no tenía interés ni siquiera en que llegasen. A fuerza de esperar tanto, acababa por olvidarse durante horas y horas de lo mismo que esperaba.

Algún tiempo después tuvo un consuelo. El nivel del agua descendía considerablemente. Hacía nueve días que trabajaban para salvarlos, y por primera vez, desde entonces, gracias al descenso

de las aguas, podían dar unos cuantos pasos por la galería, cuando una conmoción espantosa los tiró al suelo. Buscáronse en la oscuridad, y abrazándose estrechamente, locos de terror, permanecieron un gran rato, creyendo que la catástrofe se reproducía. Todo permaneció en silencio; hasta el ruido de los trabajos que los habían de salvar cesó de repente.

En el rincón donde se habían acurrucado, Catalina rompió en una estridente carcajada.

— ¡Qué hermoso día debe hacer en la calle!... Ven; salgamos de aquí.

Esteban, al principio, trató de combatir aquel acceso de locura; pero su cabeza, aunque más sólida que la de ella, se contagió, y el jorzen perdió la exacta sensación de la realidad. Todos sus sentidos se trastornaban, sobre todo los de Catalina, agitada por la fiebre, atormentada ahora por la necesidad de hablar y de hacer gestos. Los zumbidos de sus oídos se habían convertido en murmullos de agua corriente, en gorjeos de pájaros, y percibía un fuerte perfume de hierbas campestres, y veía claramente grandes manchas de fresca verdura, tan grandes, que se le figuraba estar en el campo, á las orillas del canal, paseando por los trigos, disfrutando de un hermosísimo sol.

— ¿Eh? ¡Qué calorcito hace!... ¡Cógeme en tus brazos, y estemos juntos, muy juntitos, siempre, siempre!

Esteban la abrazaba, ella se estrechaba contra

él, y continuaba aquella alegre charla de mujer dichosa.

—¡Qué tontos hemos sido esperando tanto! Desde el primer momento te quise, y tú, sin comprenderlo, retrasaste nuestra felicidad... Luego... ¿te acuerdas de aquellas noches, de aquellas noches que pasábamos en claro, llenos de deseos que jamás satisfacíamos?

Esteban se sintió contagiado de aquel fingido buen humor, y bromecía, evocando los recuerdos de sus pasadas angustias y de sus poco afortunados amores.

—¡Me pegaste una vez, sí, sí!—murmuró:— ¡me diste de bofetadas en los dos carrillos!

—Porque te amaba con toda mi alma—murmuró Catalina.—Quería dejar de pensar en tí, y me decía cien veces que todo estaba concluido; bien sabía yo que al fin y al cabo seríamos el uno del otro... Pero se necesitaba una ocasión, una oportunidad, ¿no es verdad?

Esteban guardaba silencio.

—¿De modo que me quedaré ahora contigo?—continuó ella.—Ya no nos separaremos más.

Estaba tan desfallecida, que apenas podía hablar. El, asustado, la estrechó contra su corazón.

—¿Estás mala? ¿Sufres mucho?

Ella se incorporó asombrada.

—¿Sufrir? ¡No por cierto! ¿Por qué?

Pero aquella pregunta la sacó de su sueño, y mirando desesperada á la oscuridad, se retorció las

manos, acometida de un nuevo acceso de tristeza.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡qué oscuro está!

Ya no eran los trigos, ni el olor á hierbas campestres, ni el canto de las alondras, ni los rayos del sol; era la mina inundada, destruída, convertida en sepulcro; donde agonizaban desde hacía tantos días.

La perversión de sus sentidos aumentaba el horror; sintióse acometida de las supersticiones de su infancia, y vió al Hombre Negro, aquel minero viejo que á lo mejor aparecía en las minas para castigar á las muchachas de mala conducta.

—Escucha... ¿Has oído?

—No; nada oigo.

—Sí, el Hombre Negro... ¿No sabes? ¡Mira! ¡Allí está!... Allí, dispuesto á vengar á la mina del daño que acababa de hacerle. ¡Oh! ¡Tengo miedo... mucho miedo!

La joven calló un momento. Luego continuó en voz baja:

—Pero no... es el otro.

—¿Qué otro?

—El que estaba con nosotros... el que ya no volverá.

La imagen de Chaval la perseguía, y hablaba confusamente de él; relataba la vida de perros que le daba; recordaba el único día que estuviera amable con ella, en *Juan-Bart*, y los demás días pasados entre caricias y golpes.

—Te digo que viene, y que nos impedirá re-

uirnos... ¡Ah!... Vuelve á tener celos... ¡Oh! ¡Echale de ahí; que yo esté sola contigo y con nadie más!

En un acceso de entusiasmo se colgó á su cuello, buscó la boca de Esteban, y pegó á ella la suya apasionadamente, como si quisiera beber su aliento. Creyó que se disipaban las tinieblas otra vez y que de nuevo veía el sol. La pobre sonrió de ese modo que sólo pueden hacerlo las mujeres enamoradas. El, excitado, sintiéndola tan cerca de sí, medio desnuda, con aquel traje de hombre hecho pedazos, la abrazó en un inesperado despertar de su virilidad. Aquella fué su noche de boda, celebrada en el fondo de una tumba, sobre aquel suelo fangoso, obedeciendo á la necesidad de no morir sin haber sido felices siquiera un momento. Se amaron en el instante de desesperar de todo, en el momento de la muerte.

Todo quedó tranquilo después. Esteban seguía sentado en el suelo en el mismo rincón, con Catalina sobre sus rodillas, acostada é inmóvil. Horas y más horas transcurrieron de aquel modo. Durante mucho tiempo creyó que estaba dormida; luego la tocó, y la sintió muy fría... Estaba muerta. Y sin embargo, Esteban no se movía, como si temiera despertarla. La idea de que era el primero que la había poseído después de ser mujer, y de que acaso se hallaba embarazada, le conmovía profundamente.

Pero poco á poco aquel infeliz llegaba al agotamiento completo de sus fuerzas. No tenía conciencia de dónde estaba, ni qué le sucedía. Muy cerca de él sentíanse los golpes enérgicos de los picos que perforaban la roca; pero además de que tenía pereza de levantarse, le faltaban fuerzas para ello.

Pasaron otros dos días; Catalina, es claro, no se había movido: él seguía acariciándola maquinalmente, sin darse cuenta de que estaba muerta.

Esteban se estremeció de pronto. Oíase voces: pedazos de roca cayeron á los piés del joven, y cuando un instante después vió una luz, se echó á llorar. No pudo moverse de su sitio; más sus amigos se lo llevaron de allí y empezaron á darle á la fuerza cucharadas de caldo. Hasta que llegó á la galería de *Requillart*, no conoció al ingeniero Negrel, que estaba en pie delante de él; y aquellos dos hombres que se despreciaban, el obrero sublevado y el jefe escéptico, se echaron uno en brazos de otro, y lloraron juntos, como si fuesen los mejores amigos del mundo.

Arriba, en medio del campo, la viuda de Maheu, arrodillada junto al cadáver de Catalina, dió un grito, luego otro, luego otro, y después una serie de quejidos que partían el alma.

Ya habían sacado varios cadáveres que estaban colocados en fila: Chaval, á quien se supuso aplastado por un desprendimiento del techo de la galería, un aprendiz y dos cortadores igualmente destrozados. Multitud de mujeres, confundidas con la

muchedumbre, perdían el juicio, se desgarraban los trajes y se mesaban el cabello. Cuando lo sacaron de allí, después de haberlo ido gradualmente acostumbrando á la luz y después de darle algún alimento, Esteban apareció flaco, cadavérico, con el cabello completamente blanco, y todos se separaron respetuosamente ante aquel pobre viejo.

La viuda de Maheu cesó de llorar un momento, para mirarle con expresión estúpida, y con los ojos desmesuradamente abiertos.



VI.

ERAN las cuatro de la mañana. La noche fresca de Abril iba templándose á medida que se acercaba el alba. En el cielo sereno palidecían las estrellas, mientras que la claridad de la aurora ponía el horizonte de color de púrpura.

Esteban seguía con paso rápido el camino de Vendome. Acababa de pasar seis semanas en una cama del hospital de Montson. Aunque pálido todavía y muy delgado, se sentía con fuerzas para marcharse, y se marchaba. La Compañía, que, fiel á sus proyectos, continuaba despidiendo gente con prudencia, le habia dicho que no podía darle trabajo en las minas. Lo único que le daba, al mismo tiempo que le ofrecía un socorro de cien francos, fué el consejo paternal de que abandonase el trabajo de las minas, porque para el estado de-

muchedumbre, perdían el juicio, se desgarraban los trajes y se mesaban el cabello. Cuando lo sacaron de allí, después de haberlo ido gradualmente acostumbrando á la luz y después de darle algún alimento, Esteban apareció flaco, cadavérico, con el cabello completamente blanco, y todos se separaron respetuosamente ante aquel pobre viejo.

La viuda de Maheu cesó de llorar un momento, para mirarle con expresión estúpida, y con los ojos desmesuradamente abiertos.



VI.

ERAN las cuatro de la mañana. La noche fresca de Abril iba templándose á medida que se acercaba el alba. En el cielo sereno palidecían las estrellas, mientras que la claridad de la aurora ponía el horizonte de color de púrpura.

Esteban seguía con paso rápido el camino de Vendome. Acababa de pasar seis semanas en una cama del hospital de Montson. Aunque pálido todavía y muy delgado, se sentía con fuerzas para marcharse, y se marchaba. La Compañía, que, fiel á sus proyectos, continuaba despidiendo gente con prudencia, le había dicho que no podía darle trabajo en las minas. Lo único que le daba, al mismo tiempo que le ofrecía un socorro de cien francos, fué el consejo paternal de que abandonase el trabajo de las minas, porque para el estado de-

licado de su salud era harto penoso. Esteban había rehusado los cien francos. Una carta de Pluchart, contestando á otra suya, acababa de llamarle á París, y de llevarle el dinero para el viaje. Aquella era la realización de sus sueños. La noche antes, al salir del hospital, había dormido en casa de la viuda Desir. Levantóse muy temprano, porque deseaba despedirse de sus compañeros antes de ir á tomar el tren que salía á las ocho de Marchiennes.

De cuando en cuando Esteban se detenía en el camino, á respirar el aire puro de la primavera. El día se anunciaba magnífico. Poco á poco iba amaneciendo. El joven no había vuelto á ver á nadie; solamente la viuda de Mabeu estuvo un día en el hospital; sin duda luego no pudo volver. Pero sabía que toda la gente del barrio de los *Doscientos Cuarenta* trabajaba ahora en *Juan-Bart*.

Poco á poco los desiertos caminos iban poblándose; mineros y más mineros pasaban junto á Esteban, dirigiéndose silenciosos á su trabajo. La Compañía, según de público se aseguraba, abusaba de su triunfo. Después de dos meses y medio, vencidos por el hambre, tuvieron que pasar por todo, incluso por la tarifa nueva, aquella disimulada disminución de los jornales, más odiosa ahora, porque había costado la vida á muchos compañeros. Les robaban una hora de trabajo, les hacían faltar á su juramento de no someterse, y este perjurio, impuesto é inevitable, se les había atravesado. Ya se trabajaba en todas partes; en *Mirou*, en *La Mag-*

dalena, en *Crevecœur*, en *La Victoria*. Pero en el ademán sombrío de aquellas masas de obreros que se encaminaban á las minas, adivinábase que todos rechinaban los dientes con disímulo, que sus corazones rebosaban de odio y deseo de venganza, y que en su actitud no había más resignación que la impuesta por las necesidades del estómago.

Cuanto más se acercaba Esteban á la mina, mayor era el número de obreros que encontraba. Casi todos iban solos; los que iban en grupos caminaban en silencio, cansados de sí mismos y de los demás.

Cuando llegó á *Juan-Bart*, aún no había amanecido del todo.

Entró en la mina, y atravesó la escalera del departamento de cerner, para entrar en el de la boca del pozo.

Empezaban á bajar los obreros. Un momento permaneció inmóvil, en medio de la agitación y el ruido que siempre se produce mientras dura esa operación; porque entre la multitud de gente que allí había no vió á ninguna cara amiga. Los que estaban esperando turno en el ascensor, le miraban con cierta inquietud, y bajaban en seguida la vista, como si su presencia les causara vergüenza. Sin duda le conocían, y no le guardaban rencor. Antes al contrario, parecían temerle y avergonzarse á la idea de que su antiguo jefe pudiera tacharlos de cobardes.

Aquella actitud le conmovió, y ya perdonaba á aquellos miserables que le habían insultado, y casi

acariciaba de nuevo la idea de transformarles en héroes, de dirigir ese pueblo, al cual consideraba como una fuerza natural que se devoraba á sí misma.

Cuando aquella tanda de obreros desapareció por la boca de la mina, y entró en la sala una nueva tanda, vió á uno de sus lugartenientes durante la huelga, uno que había jurado morir antes que someterse.

—¡También tú!—murmuró Esteban asombrado.

El otro palideció y con voz temblona le contestó:

—¿Qué quieres? Tengo mujer.

Sus amigos y conocidos fueron llegando unos después de otros.

—¡Tú también! ¡Tú también! ¡Tú también!—decía á cada momento.

Y todos balbuceaban con voz torpe:

—¡Si tengo madre!.... ¡Si tengo hijos!.... ¡Es menester comer!....

—¿Y la viuda de Maheu?—preguntó Esteban.

Nadie contestó. Sólo por señas dijeron que debía llegar de un momento á otro. Algunos levantaron los brazos en ademán de compadecerla: ¡ah! ¡pobre mujer! ¡cuánta desgracia! ¡cuánta miseria! Hubo un momento de silencio, y cuando su antiguo jefe les dió la mano en son de despedida, todos se la estrecharon con efusión, todos pusieron en aquel apretón de manos la rabia silenciosa de haber cedido, y la febril esperanza de tener un desquite. La

jaula del ascensor estaba dispuesta. Llenóse de gente, y desapareció en la oscuridad del pozo.

En aquel instante apareció Pierron llevando en la mano una linterna de capataz. Hacia ocho días que era jefe de una brigada en *Juan-Bart*, y todos los obreros se separaban á su paso, porque el ascenso le había hecho tan orgulloso, que nadie podía sufrirle.

El encuentro con Esteban le contrarió; pero á pesar de eso, se acercó á él para saludarlo, y se tranquilizó cuando le oyó decir que iba á despedirse. Hablaron de todo un poco. Su mujer había comprado el cafetín del *Progreso*, gracias al apoyo de los señores de la Compañía, que seguía distinguiéndola mucho. Pero se interrumpió para regañar al tío Mouque, á quien acusaba de no haber bajado el pienso para los caballos á la hora reglamentaria. El pobre viejo lo oía con la espalda encorvada y bajando la cabeza. Luego, antes de bajar, sofocado con aquella reprimenda, estrechó también la mano de Esteban con tanta efusión como los demás, dándole un apretón, en el que había mucho de promesa de aprovechar la primera ocasión que se presentara para vengarse, y aquella mano que estrechaba la suya, aquel pobre viejo que le perdonaba la muerte de sus dos hijos, le emocionó de tal manera, que lo vió desaparecer por el pozo sin haberle podido decir una palabra.

—¿No viene hoy la viuda de Maheu?—preguntó á Pierron al cabo de un momento.

Este hizo como que no oía, porque sólo con hablar de ella podía uno llamar sobre sí la *mala sombra*. Luego, alejándose de allí con el pretexto de dar una orden:

—¿No preguntabas por la Maheu?... Ahí viene.

Y, en efecto, la pobre mujer salía de la barraca, con la linterna en la mano, vestida de hombre, y con el cabello oculto por un pañuelo atado cuidadosamente. Era una excepción que la Compañía, siempre caritativa, había hecho en obsequio suyo, permitiéndole trabajar á los cuarenta años, por consideración á sus terribles desventuras; y como parecía difícil emplearla otra vez en el arrastre, habíanla destinado á manejar un pequeño ventilador instalado poco antes en la galería Norte, en aquellas regiones infernales, debajo del *Tartaret*, en las cuales se hacía difícilmente la renovación del aire. Ganaba treinta sueldos.

Cuando Esteban la vió con aquel traje de hombre que le sentaba ridículamente, no encontró palabras con que decirle que se marchaba, y que no había querido dejar de despedirse de ella.

La pobre viuda lo oyó sin escucharlo, y luego dijo tuteándole:

—¡Eh! ¿Te asombra verme así?... Es verdad que amenacé á los míos con ahogarlos si volvían á trabajar; ahora trabajo yo también, y, por lo tanto, debía ahogarme á mí misma... ¡Ah! Ya lo hubiese hecho, si no tuviese en casa al pobre viejo y á los chiquillos.

Continuó hablando con voz cansada. No buscaba excusas ni pretextos; no hacía más que relatar sencillamente las cosas, diciendo que habían estado á punto de morirse todos, y que se había decidido á trabajar para que no la echasen de la casa.

—¿Qué tal está el viejo?—preguntó Esteban.

—El pobre no da que hacer, pero su cabeza está cada vez peor... ¿Ya sabes que salió bien de la causa aquella de asesinato? Quisieron llevarlo á una casa de locos, pero yo no quise, temiendo que acabarán de matarlo... Todo aquello, sin embargo, nos ha hecho mucho daño, pues se niegan á concederle la pensión, porque sería inmoral dársela, según me dijo el otro día un señor en la Dirección.

—Y Juanillo, ¿trabaja?

—Sí, le han buscado una colocación arriba, para que no tenga que bajar á la mina. Gana veinte sueldos... ¡Oh! No me quejo; demasiado buenos han sido los jefes, como ellos mismos me explicaron... Los veinte sueldos del muchacho y los treinta míos, son cincuenta. Si no fuéramos seis personas, tendríamos que comer. Estrella devora ya, y lo malo es que habrá que esperar cuatro ó cinco años antes de que Leonor y Enrique tengan edad para venir á la mina.

Esteban no pudo dominar un gesto doloroso.

—¡Ellos también!

Las palidas mejillas de la viuda se colorearon rápidamente, y de sus ojos brotó una chispa; pero

pronto pasó aquel relámpago, y bajó la cabeza como anonadada bajo el peso del destino.

—¿Qué quieres?— dijo.—Ellos, después de nosotros... todos han dejado aquí la piel; ahora les toca á los pequeños.

—¡Vamos, vamos, holgazanes!—gritó Pierron.—Embarcad, porque no acabaremos, si no, de bajar hoy.

La viuda de Maheu, á quien se dirigía, no se movió, y sin hacerle caso ni fijarse si bajaba el ascensor, siguió hablando con Esteban.

—¿Conque te vas?

—Sí, ahora mismo.

—Tienes razón. El que puede, debe marcharse á otra parte... Me alegro mucho verte, porque al menos te irás sabiendo que no te odio. Hubo algunos días, después de aquella matanza terrible, en que te aborrecí; pero luego he reflexionado y he comprendido que aquello no fué culpa de nadie... No, no fué culpa tuya; lo fué de todos.

Ya hablaba tranquilamente de sus muertos, de su marido, de Zacarías, de Catalina; y solamente se vieron sus ojos arrasados en lágrimas al pronunciar el nombre de Alicia. Había vuelto á su calma de mujer razonable, y miraba las cosas sin pasión de ningún género. Estaba segura que los burgueses pagarían alguna vez aquellas matanzas de infelices, sin necesidad de que nadie se metiese á precipitar los acontecimientos, que llegarían por sus pasos contados; entonces tal vez los soldados

hicieran fuego contra los señores, como lo habían hecho antes contra el pueblo. Y en su resignación secular, en aquella herencia de disciplina que le hacía bajar la cabeza, otra vez había nacido la seguridad absoluta de que tales injusticias no podían continuar por más tiempo, y que, si no había ya Dios, surgiría otro para vengar á los pobres.

Hablaba en voz muy baja, mirando á todas partes con recelo y desconfianza. Luego, al ver que Pierron se aproximaba á ellos, añadió levantando la voz:

—¡Bueno! Pues si te vas, tienes que recoger de casa lo que hay allí tuyo... Dos camisas, tres pañuelos y un pantalón viejo.

Esteban rehusó con un gesto aquellos trapos que no habían querido los prestamistas.

—Eso no vale la pena; compónlo para los chicos... En París ya me arreglaré.

Como el ascensor había hecho otros dos viajes, Pierron se decidió á interpelar directamente á la viuda.

—¡Eh! Que os están esperando abajo. ¿Acabáis pronto de hablar?

Pero ella le volvió la espalda. ¡Qué afán el de aquel bribón de tomarse interés por lo que no le importaba! Bastante lo aborrecía ya la gente de su brigada, para ir á crearse antipatías entre los demás.

Ni Esteban ni ella hablaron una palabra. Conti-

nuaban mirándose mutuamente, como si desearan decirse todavía más cosas.

Al fin ella, por hablar, dijo:

—La mujer de Levaque está embarazada; su marido sigue preso, y entre tanto Bouteloup le reemplaza.

—¡Ah! sí, Bouteloup.

—Oye, ¿no te conté?... Filomena se ha escapado.

—¿Cómo que se ha escapado?

—Sí, con un minero del Paso de Calais. Me temía que me dejara los dos chiquillos. Pero no, se los ha llevado... ¡Eh! ¿qué tal? Y luego parece que está tísica pasada.

Se detuvo un momento, hablando con más lentitud:

—¡Cuántas cosas han dicho de mí!—añadió...—

¿Te acuerdas cuando decían que dormías conmigo? ¡Dios mío! Después de muerto mi marido, quizás hubiera sucedido, si yo fuese más joven, ¿no es verdad? Pero ahora me alegro de no haberlo hecho, porque de seguro tendríamos que sentirlo.

—Sí, es cierto;—contestó Esteban.

Y ya no hablaron más. La jaula del ascensor estaba esperando; la llamaron á gritos, amenazándola con una multa, y la pobre mujer se decidió á bajar, después de estrechar cariñosamente la mano del joven.

Entonces Esteban salió de la mina; una vez en el campo, contempló un momento el camino. Multitud de ideas encontradas cruzaban su cerebro.

Pero experimentó la sensación del aire libre, y respiró con placer. El sol radiante aparecía en el horizonte. La mañana era magnífica, y á propósito para inspirar esperanzas.

Esteban las tuvo, y acariciándolas, acertó el paso, mirando á derecha é izquierda, para disfrutar de aquella alegría primaveral. Pensaba en sí mismo; se consideraba fuerte, madurado por su triste experiencia en el fondo de la mina. Su educación era ya completa, y salsa de allí armado, como soldado razonador de la revolución que declaraba la guerra á la sociedad tal como la veía, tal como la condenaba. El gozo de reunirse con Pluchart, de ser, como Pluchart, un jefe considerado, le inspiraba discursos, cuyas frases hilvanaba en alta voz. Pensaba en ensanchar su programa; el refinamiento burgués, que le había sacado de su esfera, lo lanzaba á un odio más grande á la burguesía. Deseara que aquellos obreros, cuya vida miserable le repugnaba ahora, se transformaran, y juraba para sus adentros que les calificaría de grandes, de gloriosos, de impecables, de única parte noble y única parte sana de la humanidad. Ya se veía en la tribuna aclamado frenéticamente por el pueblo.

Allá en las alturas cantó una alondra, que le hizo levantar la cabeza para mirar al cielo. Sin saber por qué, se le aparecieron entonces las imágenes de Souveraine y de Rasseneur. Decididamente todo se echaba á perder cuando cada cual tiraba por su lado, y pretendía erigirse en jefe. Así, por

ejemplo, aquella famosa Internacional, que debía haber renovado el mundo, abortaba de impotencia, después de ver dividido su poderoso ejército á causa de las rivalidades personales. ¿Tendría Darwin razón? ¿No sería este mundo más que una batalla, en la cual los grandes se comían á los pequeños para mejoramiento y continuación de la especie? Esta pregunta le turbaba, á pesar de que en todo se daba aires de tener opiniones propias, como los hombres de ciencia. Pero una idea repentina disipó sus dudas: la de interpretar aquella teoría la primera vez que hablase en público en el sentido de que si alguna clase debía comerse á otra, sería ciertamente el pueblo, que al fin y al cabo era vigoroso y joven, y no la burguesía, caduca y pervertida. La sangre nueva engendraría una nueva sociedad. Y en aquel esperar una invasión de los bárbaros que regenerase las viejas nacionalidades caducas, reaparecería su fe absoluta en una revolución próxima, la verdadera, la de los trabajadores, aquella que hacia fines de este siglo arrollaría todo lo existente en estas sociedades.

El joven continuaba su camino, jugueteando con el bastón, y contemplando con gozo cada uno de los terrenos aquellos donde habia ejercido el papel de jefe de un ejército sublevado. Ahora empezaba de nuevo el trabajo brutal y mal pagado. Allí debajo, á setecientos metros de profundidad, se moría un ejército de obreros, el que acababa de ver bajar por el ascensor de *Juan Bart*, derrotado por sus

enemigos y sujeto por ellos á su esclavitud de antes. Estaban vencidos, pero en París no se olvidarían los asesinatos de *La Voreux*, y la sangre del imperio correría también por aquella herida incurable; y si bien la crisis industrial caminaba á su fin; si bien las fábricas iban abriendo sus puertas una después de otra, no por eso quedaba menos en pie el estado de guerra; la paz era imposible ya. Los mineros se habían contado, habían probado sus fuerzas, y sobrecogido de terror á los burgueses con sus gritos pidiendo justicia. Así es que su derrota no satisfacía á nadie; la clase media de Montson, poco gozosa de su victoria, no se atrevía á darse la enhorabuena, temiendo que el día menos pensado se reproducirían las escenas terribles de la huelga, comprendiendo que la revolución no agachaba la cabeza, y que los obreros simulaban paciencia y resignación, sólo para tomarse el tiempo de organizarse convenientemente. Lo ocurrido allí era un empujón dado á la sociedad ruinoso, y los burgueses, que la habían sentido crujir, temían nuevas sacudidas desastrosas é incesantes, que echarían abajo este edificio, como los hundimientos de *La Voreux* acabaron con la mina y con toda la riqueza que ella encerraba.

Esteban tomó á la izquierda del camino de Joiseille. El trabajo estaba normalizado en todas partes. De un extremo á otro de aquellas ciudades subterráneas, miles de obreros exponían su vida y su salud en provecho de unos cuantos. El joven sospe-

chaba, en vista de esto, que es un mal sistema el de la violencia. ¿A qué cortar tantos cables y apagar tantas calderas, y destrozar tantos rails? ¡Tarea inútil! Adivinaba, aunque vagamente, que pronto la legalidad daría resultados más eficaces. Su razón estaba madura, porque rechazaba ya los consejos de las malas pasiones y del rencor. Sí, la viuda de Maheu decía bien; era necesario organizarse tranquilamente, conocerse, reunirse en sindicatos, al amparo de las leyes; luego, una mañana, cuando hubieran establecido ese tacto de codos que recomiendan los militares; cuando un ejército de millones de trabajadores presentara una batalla á unos cuantos miles de haraganes, ¿qué había de suceder? Que aquéllos serían los amos y lograrían el poder. ¡Ah! ¡qué triunfo de la verdad y de la justicia!

Esteban abandonó el camino de Vendome para tomar la carretera. A la derecha distinguía á Montson. Enfrente de él estaban los escombros de *La Voreux*; allá, en el horizonte, las otras minas, *La Victoria*, *Santo Tomás*, *Fentry-Cantel*, mientras que hacia el Norte las altas chimeneas de las fábricas despedían denso humo, que iba á perderse en el aire transparente de aquella mañana primaveral.

Si no quería perder el tren de las ocho, tenía que apresurar el paso, porque aún le faltaban seis kilómetros que recorrer para llegar á la estación. Echó á andar más de prisa, contemplando el espectáculo grandioso de la Naturaleza, mientras que á su imaginación se presentaba el contraste que for-

maba con el trabajo de un pueblo subterráneo que tanto conocía, dentro del cual se verificaba la labor germinadora que en el orden material se realizaba en aquellos campos bañados de sol y de luz.

Allí abajo crecían los hombres, un ejército negro de carbón, vengativo, que germinaba lentamente para producir frutos en el siglo próximo, y cuyo germen había de dar pronto al traste con la enteca sociedad actual.

FIN DE LA OBRA.

